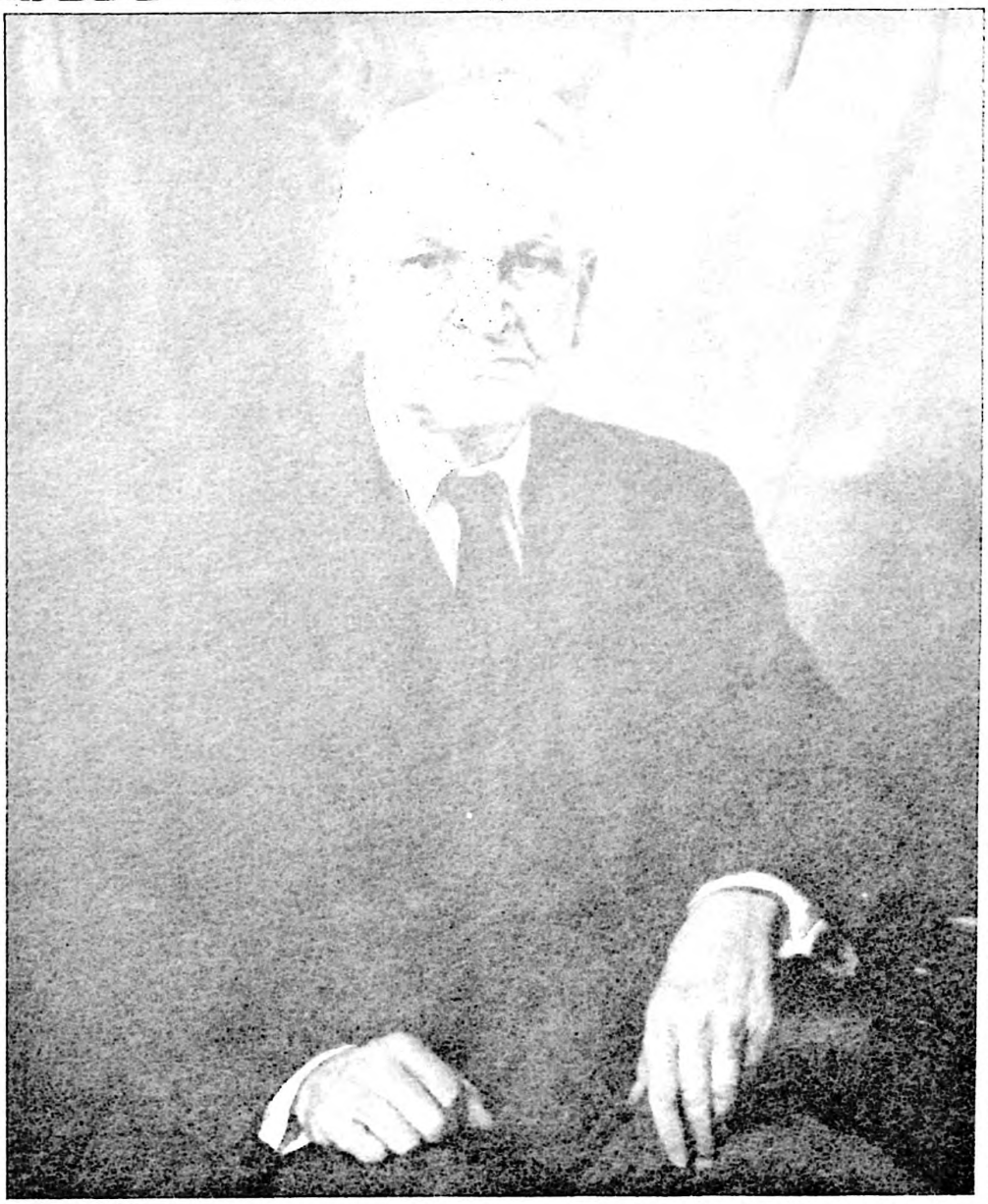
VIDA E HISTORIA DE VICENTE LECUNA

Valentina Lecuna

Dedicatoria

A TODOS LOS VENEZOLANOS,
ESPECIALMENTE
A AQUELLOS QUE, CON ESPÍRITU
JUSTO, OPTIMISTA Y PURO
SEAN ALENTADOS POR LA DEDICACIÓN
DE TODA LA VIDA
DEL PERSONAJE CENTRAL
DE ESTA OBRA
DON VICENTE LECUNA,
QUIEN, HABIENDO TENIDO
QUE LUCHAR
POR COSAS TERRENALES,
SE DEDICÓ
AL OBJETIVO PRINCIPAL
Y CONSTANTE
DE HACER CONOCER MEJOR
A SUS COMPATRIOTAS
ESE GENIO INCOMPARABLE:
SIMÓN BOLÍVAR
Y A QUE EL EJEMPLO DEL LIBERTADOR
VIBRARA E ILUMINARA
SUS CONCIENCIAS
PARA EL BIEN DE LA PATRIA.

A MI HERMANA BOLIVIA.



Vicente Lecuna

Prólogo

La historia de Vicente Lecuna que pretendo exponer no parte de una escritora, sino de la hija que permaneció largos años al lado de su padre, escuchando sus propias palabras. Estos relatos se han visto confirmados por el testimonio de otras personas, por documentos escritos que expongo y que se encuentran en el archivo de la Fundación Lecuna. Con todos ellos queda aclarada la inmensa y fecunda labor patriótica, desinteresada y honorable que forjó para su País. Algunas de sus aspiraciones se vieron coronadas por el éxito; otras, desgraciadamente, no llegaron a realizarse, con la gran aportación que ello hubiera supuesto para el desarrollo moral, intelectual, social y económico de Venezuela.

Vicente Lecuna acompañaba a una gran cultura y un generoso espíritu, un carácter de férrea voluntad incapaz de claudicar de sus principios; tuvo que soportar por su honrado proceder continuas luchas en la consecución de los ideales que se había trazado; su vida fue una larga senda sembrada de dificultades que nunca le hicieron titubear en sus afanes ni deslucir su dignidad.

Escribo este libro para satisfacción propia, demostrando con datos precisos la historia de un personaje al que no quiero alabar, sino hacer merecida justicia. Para justificar mi iniciativa me apoyo en la sentencia de Bolívar: —«El talento sin la probidad es un azote»—. En consecuencia, resultará más importante en esta obra mi irrenunciable amor a la verdad que mis propios méritos.

I

Antepasados de Vicente Lecuna

Valentín Salboch Elizalde

Datos biográficos

VICENTE LECUNA SALBOCH NACIÓ EN CARACAS EL DÍA 14 DE SEPTIEMBRE DEL AÑO 1870.

FUERON SUS ABUELOS PATERNOS DON VICENTE LECUNA PÁRRAGA Y DOÑA MARGARITA SUCRE Y ALCALÁ.

FUERON SUS ABUELOS MATERNOS DON VALENTÍN SALBOCH ELIZALDE Y DOÑA CARMEN ESCOBAR VILDÓZOLA.

SUS PADRES FUERON DON RAMÓN LECUNA SUCRE Y DOÑA CARMEN SALBOCH ESCOBAR.

De cinco niños habidos en este matrimonio, Vicente era el cuarto en edad y único varón.

Ramón
Lecuna Sucre

Carmen
Salboch de Lecuna

Ana Salboch Elizalde

Don Vicente Lecuna Párraga, abuelo paterno de don Vicente Lecuna *

Hoy queremos recordar la vida y la importante hoja de servicios del ilustre prócer de nuestra Independencia, Vicente Lecuna Párraga.

Nació Vicente Lecuna Párraga en la historiada ciudad de Valencia, hoy capital del Estado Carabobo, cuna de ilustres varones de la nacionalidad, en el año de 1790.

Fueron los padres de Vicente Lecuna don José Antonio Lecuna y doña María Antonieta Párraga, descendientes de respetables familias de la legendaria Nueva Valencia del Rey.

La infancia y juventud de Vicente Lecuna Párraga transcurrió en su nativa región, donde realizó sus estudios. Muy joven se incorporó al partido de la República, y debido a los conocimientos adquiridos en su educación, es destinado al importante ramo de la Hacienda Pública. Fue meritorio en varias comisarías del Ejército, encontrándose en diversas campañas en desempeño de su delicado cargo.

En el año de 1814 tuvo que marchar con los restos del ejército patriota, en la célebre emigración de Oriente; viajó a las Antillas, y regresó a Venezuela, en comisiones del servicio que venía ejerciendo con señalada rectitud.

Continuó Vicente Lecuna Párraga, como comisario de Guerra en diversas zonas y, especialmente, en el oriente venezolano. En el año de 1817

* Tomado de la obra «Ilustres próceres», por don Alberto Sanabria.

llega a Guayana, acompañando al Libertador, quien conociendo las dotes del joven valenciano, y una vez libertada la interesante región de Angostura, lo designa con el nombramiento de Tesorero Nacional, y después lo envía a desempeñar la comisaría de Guerra del Ejército de Apure. También concurrió a la campaña de 1819 sobre la Nueva Granada, donde el genio de Simón Bolívar realizó el prodigio de la libertad en aquellas tierras hermanas. Igualmente se encontró Lecuna en las recias campañas de Venezuela, en los años de 1820 y 1821, habiendo concurrido a la inmortal jornada de Carabobo, que selló el magno proceso de la Independencia Nacional. Fue nombrado comisario general del Ejército que operaba en Venezuela, con residencia en su nativa tierra valenciana, hasta la definitiva ocupación de la plaza de Puerto Cabello por las armas patriotas en 1823. Desde el año de 1823, fue destinado a Caracas, para desempeñar la Tesorería departamental de los Departamentos de Venezuela, Zulia, Maturín y Orinoco. Disuelta la República de Colombia en 1830, y constituida Venezuela en nación independiente, entró a desempeñar por largos años la Tesorería General del Estado.

Debido a los eficientes servicios de Vicente Lecuna Párraga en la Hacienda Nacional, recibió como merecido premio a su labor el grado de teniente coronel del Ejército, con pensión como jefe de cuartel. Poco después fue administrador de la aduana de La Guayra, y en la Administración del general José Tadeo Monagas, desempeñó el Ministerio de Hacienda. Representó en el Parlamento Nacional a su nativo Carabobo, como senador de la República. Desempeñando el delicado puesto de presidente del Tribunal Mayor de Cuentas, le sorprendió la muerte el día 22 de noviembre de 1862.

El prócer Vicente Lecuna Párraga había contraído matrimonio con doña Margarita Sucre, hermana paterna del gran mariscal de Ayacucho, y formaron honorable hogar, entre cuyos descendientes se encuentra el ilustre ingeniero y economista don Vicente Lecuna, presidente del «Banco de Venezuela» por largos años, y quien consagrara su meritoria existencia a investigar sobre la gloriosa vida y la gigantesca obra del Libertador.

Queremos finalizar estas breves notas periodísticas con estos hermosos conceptos que tomamos de la obra «Biografía de hombres notables de Hispanoamérica», por don Ramón Azpúrua, acerca del ilustre prócer, que ahora recordamos: «Vicente Lecuna Párraga fue uno de los hombres dignos de ser imitados, habiendo empleado su vida desde muy joven en el desem-

peño de cargos públicos delicados y erizados de peligros; lo hizo a satisfacción de sus conciudadanos y con aprobación de las Administraciones de Colombia y de Venezuela; ceñido siempre a las leyes o disposiciones superiores, sin haber dejado un enemigo personal, ni político; sin haber dejado una mala voluntad para su memoria.»

Margarita Sucre y Alcalá, abuela paterna de don Vicente Lecuna y otros hermanos del gran mariscal de Ayacucho *

Vicente de Sucre nació el 20 de agosto de 1791, en Cumaná, y como todos sus hermanos fue entusiasta partidario de la causa independentista. Contrajo grave enfermedad y fue sacrificado por las hordas de Boves, en el trágico día 16 de octubre de 1814.

Pedro de Sucre fue bautizado en su tierra cumanesa el 15 de septiembre de 1793, en cuyo año había nacido. La Junta Suprema de Caracas nombró a Pedro de Sucre subteniente del Real Cuerpo de Ingenieros de Cumaná, con fecha 6 de agosto de 1810; anteriormente había sido subteniente de Húsares. El ejecutivo de Caracas lo ascendió el 12 de septiembre de 1811 a teniente del Cuerpo Nacional de Ingenieros. En 1812 tuvo que emigrar, al sucumbir la Primera República. En el año de 1813 vuelve a la Patria y en unión del general Santiago Mariño hizo muchas campañas y siguió con el glorioso margariteño en 1814 hacia el centro, donde las tropas orientales auxiliaron con señalado valor al Libertador. Con el grado de mayor del Ejército, y después de derrochar la valentía digna de su raza, pereció Pedro de Sucre en la segunda batalla de La Puerta, infortunada acción de armas, de tan dolorosos resultados. Algunos historiadores dicen que fue fusilado en la plaza de La Victoria. En plena juventud, cuando los ensueños no han abandonado al hombre, murió Pedro de Sucre cual un héroe de leyenda.

Francisco de Sucre nació en Cumaná el 23 de enero de 1799, y al igual que sus hermanos, se alistó muy joven en las huestes libertadoras. El 3 de agosto de 1813, cuando apenas contaba quince años, es citado honrosamente en el boletín de la toma de Cumaná por las tropas al mando del

* Estudio de don Alberto Sanabria.

Antonio José de Sucre y Alcalá
Mariscal de Ayacucho

María Josefa Sucre y Alcalá

Antonio José de Sucre*, Presbítero

* A este sacerdote, notable por sus virtudes, le tocó, por esos azares del destino, impartir la absolución a Obando, asesino de su familiar el Mariscal de Ayacucho.

general Santiago Mariño. Continuó militando en la región oriental, y el día 10 de junio de 1817, en la acción de Cariaco, defendiendo con señalado valor el ideal patriótico, cayó prisionero y fue fusilado, pagando con su juventud en flor el tributo de los héroes de la inmortalidad.

Las hermanas del Gran Mariscal de Ayacucho, en el primer matrimonio de su padre, el coronel don Vicente de Sucre, fueron María Josefa, Aguasanta y Magdalena. María Josefa, nacida en la ciudad del «Manzanares», en el año de 1786; «María Josefa, por quien don Andrés Bello tuvo un sentimiento más vivo que el de la amistad y al que ella guardó siempre fiel recuerdo, era mujer de agradable presencia y de ingenio despierto», —nos dice un ilustre historiador. Fue María Josefa de Sucre poetisa y dama de señalados encantos. Murió esta insigne mujer, en unión de su hermana Aguasanta y sus ocho hijos, en un naufragio ocurrido en 1821, navegando de La Habana a Saint Thomas, de donde pensaban seguir a Cumaná, la tierra de sus mayores y de sus hondos afectos.

Magdalena de Sucre, la menor de la patricia familia cumanesa, de catorce años, en la flor de su vida, se lanza desde un balcón de la casa familiar, al ver las hordas de Boves invadir su mansión, y a consecuencia de la fatal caída se durmió en la paz de Dios. Dicha casa estaba situada en la parroquia de Altagracia, contigua al puente «Guzmán Blanco».

Habiendo enviudado don Vicente de Sucre en 1802, se casó en segundas nupcias con doña Narcisa Márquez Alcalá, prima de la anterior esposa. De este segundo matrimonio nació doña Margarita, que se casó con don Vicente Lecuna Párraga, quien era abuelo del ilustre historiador bolivariano doctor Vicente Lecuna.

Hemos recordado en breves crónicas a los hermanos de Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho y figura continental, cuya inmaculada vida y prodigiosa obra honran las páginas de la historia americana.

Don Valentín Salboch, abuelo materno de Vicente Lecuna

Por la Gracia de Dios, Carlos IV, Rey de Castilla, de Aragón, etc., etc., otorga: Sentencia de la Real Corte obtenida por don Joaquín Josef Salboch y Racax, y sus respectivos hijos, don Juan José y don Valentín Salboch.

(Proveyolo el Rey Carlos IV) el 14 de agosto de 1802. Era patrimonial del reino de Navarra D. F. V. de Azcona. Naturales del noble Valle del Roncal, de la Villa Vidangoz, que está en él.

Todos hijosdalgos viejos, exentos del sorteo militar y demás cargas que sufren los plebeyos de esta provincia, han ejercido los empleos de Alcalde Regidor i otros que sólo se confieren a los vecinos oriundos de las primeras casas y han estado y están alistados y empadronados en los Apeos Generales como resulta todo de escrituras a que me remito.

El escudo primitivo del Valle del Roncal consta de las siguientes divisas: la cabeza del rey moro Abderramán de Córdoba sobre un campo azul y que por nueva célula de 13 de marzo de 1798 (Aranjuez) se le concedió la facultad de usar el de un castillo y un lebrel. El Licenciado don Fermín Sans y López i Miguel de Iturvide (Procurador) de Salboch, piden le concedan a éste, todas las prerrogativas que como tales nobles han ganado.

Que sus antepasados se distinguieron (baronías de Salboch y Racax) en las batallas de Ocharren y Olasli, en tiempos de los Reyes de Navarra don Ferbuño y don Sancho García.

Decreto final firmado por el Marqués de las Amarillas (Gerónimo Girón), Virrey de Navarra el 27 de septiembre de 1803.

Doña Carmen Escobar de Salboch, abuela materna de don Vicente Lecuna

Hija de don Esteban Escobar Vildózola, quien por beca del Rey de España se fue de Venezuela a la edad de trece años, para ingresar en el Alcázar de Segovia, donde entonces se educaba la nobleza española. Esta beca al joven Escobar le fue otorgada en atención a servicios militares prestados por sus antepasados en el puerto de la Guayra y en otros lugares de la Capitanía General de Venezuela.

Regresó a su Patria después de graduarse de coronel de Artillería, y casó con D.ª Carmen Basalo o Vasallo.

«Su viaje a España casualmente lo hizo con Simón Bolívar, que contaba quince años de edad, y desde entonces quedaron amigos. Bolívar

iba a conocer España y a visitar a su tío Esteban Palacios, que residía en Madrid. Bolívar y Escobar viajaron en el barco *San Ildefonso*, teniendo que detenerse más de un mes y medio en Veracruz, por estar sitiada La Habana por los ingleses. De allí viene la famosa conversación del joven Bolívar, quien llegando a la capital, recomendado por el obispo de Caracas, fue seguramente presentado al virrey Asanza. El general Alava, a la sazón en México, conoció a Bolívar en el Palacio del Virrey y refirió a O'Leary el siguiente episodio: un día, rodando la conversación sobre la Revolución Francesa, el joven venezolano se expresó con tanta audacia que asombró a los oyentes y causado gran disgusto al virrey, si otro de más años y extensas relaciones en el país hubiese emitido semejantes opiniones...».

El Sr. Escobar llegó a ser dueño de la Hacienda «Los Caracas», y tenía una gran casa de comercio en La Guayra, que hoy pertenece al Gobierno de Venezuela, y ocupaba hasta hace poco el «Servicio Sanitario del Puerto».

Ya pasados los años de la Guerra Emancipadora, Bolívar Libertador, vino a Venezuela, pasando por La Guayra; su amigo don Esteban Escobar le ofreció una gran fiesta en esa casa, engalanando además gran parte del puerto con banderas.

* * *

Relataré el episodio que sucedió, en la noche de esa fiesta, contado por don Vicente Lecuna, según le refirió su abuela, Carmen Escobar de Salboch: «Tenía yo unos ocho años, y mi padre me mandó a llamar a la sala, para que conociera al Libertador; ambos estaban sentados en dos sillones, algo apartados de la concurrencia; yo me mantenía de pie a su lado, y, después de la afectuosa acogida de Bolívar, él, quizá, algo nervioso, tomó un pañuelo que llevaba en mis manos y se enjugó la frente; de pronto se dio cuenta, y devolviéndomelo exclamó: ¡Dispensa, querida niña!»

Casa de la Guayra, que fue de don Esteban Escobar Vildózola, en que se celebró la fiesta mencionada en el texto. (Hoy propiedad del Gobierno venezolano.)

II

Infancia, Adolescencia y Juventud

Vicente Lecuna, adolescente

Vida privada de don Vicente Lecuna

RECUERDO claramente el primer contacto espiritual con mi padre Vicente Lecuna; acercamiento que no se interrumpió jamás durante su vida. La imagen de esta escena que voy a referir la llevo grabada en mi mente como el retrato amado que encontramos en el viejo álbum de estampas familiares. Tendría yo unos cinco años; estaba él en su cuarto de trabajo y escribía sentado en el sillón de estilo colonial; me acerqué a él, dejó un libro que estaba consultando sobre sus piernas, pasó su mano por mis largos cabellos que estaban arreglados en crespos, y me dijo: —«Así me gusta verte, peinada como mi hermana Valentina; cuando éramos niños estábamos siempre juntos y unidos en nuestros trabajos e ilusiones»—.

* * *

En diferentes ocasiones le oí relatar la difícil época de su niñez; las impresiones angustiosas de su infancia jamás le abandonaron, marcando su espíritu con la huella de una doliente e incurable melancolía; todas estas amarguras hicieron de él, en resumen, un niño triste: —«Pasé mi infancia —me contó muchas veces— en Macuto, viviendo en una gran pobreza. Mi hermana mayor, Luz, languidecía en una larga dolencia, de la que falleció muy joven; mi padre * hubo de empeñar su reloj de oro con cadena repujada, para pagar al médico. Carmen, mi segunda hermana, ya a los quince años empezó a ayudar a los gastos de la casa, haciendo trajes para algunas señoras amigas. Mi madre y mi abuela se ocupaban de todos los menesteres del hogar. Nuestro padre, en aquellas circunstancias, y estando además en desacuerdo con el Gobierno del País en aquella época, tomó la determinación de irse a Cuba en busca de trabajo como corredor de comercio. Después de grandes padecimientos, a lo largo de varios meses de

* Ramón Lecuna Sucre.

estancia en la isla, se hizo cargo de un ingenio en el sitio de Callajaos; desde allí nos envíaba sus exiguas ganancias. ¡Pobre padre mío! Su progenitor (mi abuelo don Vicente Lecuna Párraga), rico en haciendas, le envió a estudiar nada menos que a la Universidad de Oxford; cuando regresó de Londres, finalizados sus estudios, en los años en que ya estaba consolidada la Independencia del País, todo lo tomó de sorpresa: la repentina muerte de su progenitor, las haciendas arruinadas y sin personal preparado para su elaboración, sus hermanas, casadas con señores tan distinguidos como inadaptados al trabajo duro, imprescindible para aquellos avatares. En estas vicisitudes, mi padre, completamente desprovisto de preparación para la nueva vida que se le presentaba, entregó en manos de un administrador la mayordomía de la hacienda y algún pequeño resto de su fortuna; pero esta persona, carente de escrúpulos, lo despojó astutamente del resto de sus bienes. Mi padre se casó, cuando aún disfrutaba de cierta holgura económica, pero a nosotros, sus hijos, sólo nos alcanzó la visión constante de la depresión moral de aquel ser, tan virtuoso y noble, como mal preparado para la vida práctica».

La vida consciente, dura y difícil comenzó para Vicente Lecuna hacia los seis años. El niño Vicente era el cuarto y único varón de los cinco hijos del matrimonio. Su madre * era una bondadosa y bella mujer que él recordaba con especial ternura; y su abuela materna, persona de temple sin igual, influyó mucho en el niño por sus estoicas y severas cualidades a la par que abnegada en su absoluta dedicación al hogar de su hija; había enviudado muy joven, y no tuvo más placeres en su vida que entregarla a aquellos a quienes amó y sirvió hasta su muerte; también se dedicaba en muchas ocasiones, como una «Florence Nightingale», a auxiliar a familiares y amigos en momentos graves de sus vidas; se trasladaba espontáneamente a la casa de los enfermos que se encontraban graves; la ciudad de Caracas era entonces como la residencia de una gran familia en la que sus habitantes compartían dolores y alegrías. La familia Lecuna, por su limitada posición económica, tuvo que trasladarse muchos años a Macuto, donde un generoso amigo ** les prestó una casa. El viejo caserón situado en el centro del pueblo, hacía esquina, y a todo lo largo había un frondoso corral con algunos árboles frutales. Esta casa fue mucho tiempo después restaurada, sirviendo de lujosa residencia al General Manuel Antonio Matos. Contaba el Sr. Lecuna que en su niñez este corral había sido en parte salvación para la familia; él cortaba la leña desprendida y seca de los

* Carmen Salboch Escobar.

** Don Casto Olza.

árboles para la cocina, o se iba a buscarla a los montes cuando ésta acababa; por cierto que, en una de esas subidas a los cerros buscando leña, sufrió una grave caída; estuvo sin conocimiento tres días, acostado sobre una mesa; el médico dio pocas esperanzas de que su cerebro quedase sano.

Ya repuesto de este accidente, lo mandaron a pasar un corto tiempo a la casa caraqueña de su abuela, Margarita Sucre de Lecuna; como hemos dicho anteriormente, esta señora era hermana paterna del Mariscal de Ayacucho; decía de ella mi padre: —«Era una viejecita de aspecto muy fino y bonita cabeza blanca; delgada y ágil; la acompañé varias veces a misa de seis de la mañana a la catedral. En cierta ocasión*, iba por una calle llevado de la mano de mi abuela; de pronto se acerca un tumulto vociferante que hace salir de un cuartel cercano a varios soldados con la bayoneta calada. Ella quiere esquivar aquel exceso callejero sin duda para evitarnos algún peligro; pero yo halando a mi abuela la obligué a seguir diciéndole, ¿es que tiene miedo?»—. «Mi abuela sentía veneración por su hermano, el Mariscal, y no quiso tratar nunca más a su viuda, la marquesa de Solanda, por haberse casado de nuevo poco después de la desgraciada muerte del Héroe; tanto es así, que cuando llegó del Ecuador el retrato de esta señora, lo mandó colgar como castigo en la pared frente a la letrina que existía en el fondo de los corrales de las casas de Caracas. El cuadro permaneció allí muchos años hasta el fallecimiento de mi abuela, en que, al final fue destruido con otros objetos al parecer inservibles»**.

* * *

En cierta ocasión, mi padre recordó en nuestra mesa cubierta de manjares, como él, pequeño, vio un día a su madre sustentándose con unas pequeñas frutas verdes; cuando acabó su relato, y vi sus ojos brillantes de lágrimas que se quedaron fijas en sus pupilas; y como, en un rictus de

* Esta anécdota ya presagiaba la identificación de Vicente Lecuna con lo heroico. Muchos años después esta fortaleza de espíritu se puso a prueba al enfrentarse cara a cara con un hombre temible y autoritario, con gran riesgo de su vida, el mandatario Juan Vicente Gómez.—A. Rumazo González.

** Existía en los ánimos de la familia el descontento por esta boda y, especialmente, por la caída de la hija de Sucre, de tres años de edad, de los brazos de su padrastro, cuando se encontraba éste en el balcón de la casa que daba hacia la calle, ocasionándole la muerte; este hecho produjo en Caracas una gran indignación, al llegar la noticia desde el Ecuador. El doctor Lecuna siempre deploró que fuese destruido este cuadro, que era una bella imagen de la marquesa en traje de gala, tratándose además de una obra de arte. Mi padre siempre creyó, con razones muy bien fundadas, que la muerte de la hija de Sucre fue un desgraciado accidente.

dolor, se contrajeron las facciones de su rostro por breves instantes, momentos que yo compartí con él, largos, tensos y dolorosos. Siempre nos relataba diferentes épocas de su niñez, quedando ésta grabada en su ánimo como una trágica marca que jamás le abandonó,... así esos niños tristes de Dickens. Sólo, su hermanita, Valentina *, tres años mayor que él, mitigó mucho sus preocupaciones de niño precoz; era ésta un prodigio de viveza, de talento y optimismo: la alegría de aquel hogar. Fue su gran compañera; al no poder ir a la escuela, aprendieron juntos a leer en viejos periódicos; también intuyeron que la vida no era fácil para ellos; la niña ideaba trabajos que él compartía; dándose cuenta que, muy a menudo, pasaba una tropa cerca de la casa, por su propia cuenta, comenzó a hacer latas de «carato»** que su hermanito cargaba al hombro esperando el paso de los soldados; les vendía a un centavo el vaso. Nos contaba que un día, algo desesperados, estaban asomados a una ventana que daba a la calle, cuando ven pasar una hermosa vaca con su ternero, que un hombre llevaba atada por el cabezal; Valentina exclama: «¡Mira que si fuera de nosotros!»; cuál no sería la sorpresa de ellos cuando ven que el hombre gira y entra por el zaguán de la casa entregando una carta; un amigo de la familia les pagaba una lejana deuda con el animal. La niña, animosa, amanecía ordeñando la vaca, a la par que canturreando, alegre, por aquel inesperado alimento.

Se retrasaban a veces los envíos de dinero del padre; el niño Vicente tuvo que ir a la pulpería a pedirle al dueño un papelón y café fiados para la familia. Le fue negado y él se echó a llorar, lo que conmovió al dependiente; éste, el indio Juan, le suministró estos alimentos, unos tres meses, hasta que fue pagada la deuda a aquel hombre generoso.

Dichosos recuerdos de estos tiempos de Macuto eran los baños en el río. Subía él, lleno de gozo por las orillas; dejaba la hermosura de los azules del mar y se acogía al amparo del río, con la dulzura de sus aguas, el júbilo del sol sobre un pozo profundo y la animada música de un torrente; siguiendo la sombra de los senderos campesinos, escuchaba los conciertos ruidosos de los pájaros bajo la verde techumbre. Recordando esta difícil época de su vida, mi padre me contaba algunas veces en la sobremesa cómo aquellos momentos sirvieron de alivio a sus años infantiles.

El niño Lecuna adoraba la naturaleza; ante un árbol maltratado sufría como ante un amigo enfermo; en él existía como una amorosa compenetra-

* Desgraciadamente ya casada murió joven, dejando sus hijos pequeños.

** Infusión algo gruesa y refrescante de harina de arroz o de maíz cocida con agua, endulzada con papelón y aromatizada con especies de canela y clavo.

ción con el paisaje; especialmente de estos pequeños ríos de nuestra Patria, nada peligrosos, que saltan de las altas piedras en brinco cristalino de gráciles cascadas; ¡aguas limpias como el alma de los niños y libres como el sentir de los poetas!

Importante fue para el niño Lecuna el día en que su padre regresó de Cuba; la situación en la casa mejoró y, entre otras atenciones, hubo una cena especial para obsequiarle y en ella un hermoso pollo horneado, plato que el niño no saboreaba desde hacía algunos años; se le hacía la boca agua, pensando en el momento de la comida; presidía la mesa su padre, estando sentados a su lado sus dos hijos menores, María y Vicente; éste pensaba ¡Oh golosina que me espera! (el trocito de pollo apetecido); el niño ante el plato servido se fue terminando lo demás, guardando para el final su parte de pollo; cuando de repente, ante su asombro, disgusto y silencio respetuoso, ve que su padre lo traspasa al plato de la hermanita, exclamando: —«¿Qué te pasa, es que no te gusta el pollo?».

Esa misma noche su padre les fue repartiendo algunos pequeños regalos; para él un precioso caballito, primer y único juguete de su niñez; a los pocos minutos, llegó una familia de visita con un niño; quizá por estar en deuda de algún favor con ellos, le quitaron el juguete de sus manos para dárselo al niño visitante.

* * *

El padre de Vicente Lecuna, señor Lecuna Sucre, pasó poco tiempo en su Patria; se llevó a toda su familia al ingenio de Cuba. Cuando el general Antonio Guzmán Blanco, presidente de la República y amigo de la familia, le ofreció pasado un tiempo, el cargo de tesorero de la Nación, regresó con toda la familia a Caracas.

Nuestro padre nos contaba la impresionante despedida de Cuba: —«Salíamos de la casa para tomar la diligencia que nos llevaba al puerto, y mi abuela volvió para recoger cierto objeto olvidado; acababa de volver al coche, cuando empezaron a perfilarse en el horizonte unas densas nubes negras, que fueron transformándose tras breves minutos en violento huracán; detenido el carruaje unos momentos, por causa de aquel mismo viento, vimos ante nuestros ojos asombrados como comenzaron a volar las tejas de la casa que nos había cobijado, resquebrajándose por la fuerza del viento y ya de lejos, vimos como sus paredes comenzaban a desplomarse hacia el suelo».

El Sr. Lecuna Sucre tomó posesión en Caracas del cargo ofrecido; volvió la dicha al hogar con el regreso a la Patria. Su hijo Vicente, que ya tenía doce años, le acompañaba para oír la Retreta de la Banda Municipal en la Plaza Bolívar. Era éste, entonces, un centro social de gran refinamiento; sus jardínes, fuentes de agua y árboles, rodeaban como ahora, la estatua de nuestro Máximo Héroe; y la torre del reloj de la Catedral cantaba las horas, que para los caraqueños era canción íntima, hogareña: el corazón de Caracas vibraba allí. Se acostumbraba entre los amigos, a alquilar sillas que, en diferentes grupos, se instalaban para oír la música. Una de esas noches estaba con su padre y un grupo de señores amigos; entre aquellos venezolanos comienza una conversación con ciertas críticas y opiniones equivocadas con respecto a Bolívar; el jovencísimo Vicente, que se había desvelado muchas noches para perfeccionar sus conocimientos de nuestra Historia, se levantó de su silla y con toda serenidad y firmeza interpeló a aquellos señores: empezó a rebatirles sus ideas con razones muy bien expuestas, diciéndoles al final: —«Todo esto que dicen ustedes parecen cuentos de viejas»—. Así dio el niño Lecuna su primera lección bolivariana.

Habiendo agravado la salud de su progenitor, hacía tiempo precaria, don Ramón Lecuna Sucre, éste pide al Gobierno ser reemplazado por su hijo en la Tesorería; por esta razón Vicente Lecuna a los trece años de edad fue tesorero de la Nación durante más de un año, hasta el fallecimiento de su padre. Diariamente iba el niño desde la Tesorería hasta el Banco de Venezuela llevando las llaves; delante de él, un hombre puesto a su servicio cargaba sobre sus hombros la pesada mochila de monedas de oro y de plata.

* * *

Algunos de los hechos de la adolescencia de nuestro padre Vicente Lecuna los conozco a través de su hermana mayor, Carmen. Era ella de carácter muy parecido al de su único hermano: de gran mentalidad y fuerza moral. De su hermano contaba: —«Cuando Vicente pasó uno de los exámenes de la Universidad lo hizo con tal brillantez que sus condiscípulos, emocionados, le lanzaron vivas. Se trató ese día del final de curso, y el profesor alemán Sr. Ernst se comportaba duramente con él; parecía que deseaba cogerlo en falta. En dicho examen hizo preguntas salteadas a los examinandos y dejó a mi hermano Vicente para el final: así se propuso agobiarle, y habiéndole contestado él todo rápidamente y con soltura, por espacio de más de dos horas; le pregunta el nombre de un mineral rarísimo

entonces, recién descubierto en Alemania, y al contestarle al profesor afirmativamente, éste se sorprende y le dice, exclamando: —«Si en este momento descubriera yo un mineral, lo pondría 'Lecunita'»—. Y terminó Vicente diciendo: —«Pocos días antes me había enterado de tal descubrimiento»— *.

Otra vez me contaba ella: —«Una vez que nosotras, sus hermanas, nos casamos, vivía él en una casita con nuestra madre; en ella había un pequeño cuarto con una sola puerta y una ventanilla; en él se encerraba mi hermano al llegar de la Universidad; nuestra madre tenía que darle en la noche el plato de comida por la ventana; grande su angustia cuando lo veía a través de la reja, con el pantalón arremangado y las piernas sumergidas en un tobo de agua fría para evitar adormilarse mientras estudiaba en la noche; en una mesilla, a su lado, un candelero con la vela encendida hasta altas horas de la madrugada».

Continuaba mi tía: «En la casa una sola lámpara de 'kerosene' colgaba sobre la mesa del comedor. Así vivían muchas familias en Caracas; era tal la estrechez de medios de que disponían, que una vez nuestra madre tuvo que desprenderse de una gran bandeja de plata repujada**, una de las pocas cosas de valor que le quedaban. Dada la amistad que la unía con doña Ana Teresa Ibarra, esposa del General Guzmán Blanco, Presidente de la República, fue a ella a quien se la mandó ofrecer. La gran bandeja, una vez adquirida por dicha señora, se empleó en todas las fiestas del Palacio Presidencial, para servir el 'champagne'; pasados los años de Gobierno de dicho Presidente, la noble señora se la devolvió, obsequiándola, además, con el adorno de un lujoso mantel.»

* * *

El joven Lecuna, de poco más de veinte años, era ya ingeniero y después de trabajar hasta la terminación del ferrocarril alemán, tuvo que orientar su profesión hacia otros menesteres; pocas obras se hacían en el País; por tanto, fue vicerrector de la Escuela de Petare, ganando tres onzas mensuales, y guardando una onza cada mes. Nos decía: —«Hijos, economizaba mucho; mis amigos se burlaban de mí, me consideraban un avaro. Yo lo que sentía era horror a la pobreza. ¡Cuántos de aquellos amigos de

* Creemos que el nombre era Lanuzita.
** Aún guardo esa bandeja, que reservo para ocasiones especiales.

entonces llegaron a la vejez sin una pequeña renta para sostenerse y vivían amargados! Como tantas veces les he dicho, odio el lujo, la sobriedad es mi lema, pero me espanta la miseria».

Sigamos el relato del ingeniero Lecuna. Habiendo fallecido su madre y dado su desacuerdo con la política del País, no le faltaron en esos años mozos la rebelión de joven con ímpetu patriótico; siguiendo la contienda armada al mando de José Manuel Hernández, llamado más tarde «El Mocho Hernández», tras perder un brazo en el combate de «Los Lirios». Hallándose Hernández cierta vez escondido en Caracas, alistándose para combatir de nuevo, se le confió a Lecuna la misión de guardián del furgón del tren, con la urna utilizada para sacar ahí al revolucionario de la capital, y llevarlo hasta el interior del País; al poco de salir de Caracas y levantar la tapa de la caja —contaba él— le pareció descubrir, por su figura, la estatua de un antiguo santo asceta.

Era «El Mocho Hernández», al estilo de los luchadores románticos, físicamente fino, desprendido de ambiciones. Siguió el joven Lecuna * a aquel caballero andante y fue detenido en prisión. Al lograr la libertad, su sentido común le hizo pensar que era mejor dedicarse al trabajo y a aquella urgente Obra Bolivariana, que ya estaba fija en su mente. A pesar de su descontento hacia los Gobiernos de esos tiempos, tuvo la fuerza indoblegable de sostener su dedicación creadora y estudiosa en la defensa y exaltación de su héroe. Su primer libro se titula «Papeles de Bolívar».

Vivía entonces el joven Lecuna en diferentes casas de pensión; era muy frugal, pero exigente en cuanto a calidad y limpieza en las comidas; por esta razón se mudaba con frecuencia. En uno de esos cambios, llegó a una casa grande, de dos pisos, cuyos suelos eran de madera, por lo que se oían todos los ruidos de los vecinos; él se sentía allí más o menos conforme, pero un día, dos señoritas hermanas le ruegan que se cambiase de cuarto con ellas. El, que siempre le gustó actuar caballerosamente con las damas, aceptó la propuesta. A la primera noche, apenas acostado, los terribles ronquidos de cierto señor que ocupaba el piso superior sobre su cuarto lo mantuvieron en vela; lo mismo le ocurrió las dos o tres noches siguientes. Se mudó de nuevo de casa; a los pocos días supo el desenlace del asunto: llegó a ocupar su cuarto un general proveniente del interior, algo entrado en años, de poca paciencia y delicado oído, como su antecesor en la habitación; y una noche, el militar desesperado, cogió el revólver y soltó

* «La revolución de Quepa», por Vicente Lecuna.

hacia arriba unos tiros al roncador, lo que proporcionó en la pensión, a aquellas horas de la noche, la escena —mezcla de diversión y susto— que es de suponer.

Al ingeniero Lecuna todos estos contratiempos que acabamos de contar, lo llevaron a la idea de alquilar una casita situada entre las esquinas de Glorieta y Hospital, junto con su amigo, el sacerdote-poeta, Dr. Carlos Borges *.

Pasados algunos días, fue llamado al Ministerio de Obras Públicas. Se trataba de lo siguiente: el ministro, señor Uzlar, había ordenado desde hacía unos años la edificación del Gran Mercado de Caracas, hoy Plaza de San Jacinto. Dicha obra, en manos de un administrador y dos ingenieros, no acababa nunca de terminarse. Un día el ministro, impaciente, llamó a su secretario y le dijo: —«¿No habrá por ahí algún ingenierito honrado para que se termine el tal mercado?»—. Su Secretario** le contesta: —«He oído hablar de un joven Lecuna que es intachable»—. —«Llámelo»— dice Uzlar: por esta razón fue llamado Vicente Lecuna como único ingeniero de la fábrica del mercado.

Decía nuestro padre: —«Al final de la primera semana, o sea, el sábado en la noche, se presentó en nuestra casa un individuo de parte del administrador, pidiéndome las relaciones de la obra, con las consabidas cuentas de dinero. Al primer momento me indigné y de pronto adiviné el resto; contesté al mensajero enérgicamente, sin titubear un instante «Las entregaré al señor ministro el lunes a las ocho de la mañana, en el Ministerio».

Poco hay que añadir; en menos de dos meses se inauguró el Mercado para júbilo y satisfacción del público.

* * *

El ingeniero Vicente Lecuna y el sacerdote-poeta Carlos Borges, como dije, vivían en la pequeña casa que habían alquilado. Carlos Borges, como todos saben, poseía un espíritu religioso extraordinario, y es sensible que sus debilidades humanas aminoren su personalidad mística ante la historia. Nuestro padre nos contaba muchas anécdotas de este personaje venezolano.

* «Vida de Carlos Borges», por Miguel Mosqueda Suarez.
** No recuerdo el nombre del Sr. Ministro Uzlar, ni el de su Secretario.

Detallaré un episódio que refleja al padre Borges mejor aún que el famoso retrato al óleo del pintor español López Mezquita, tanto como sus sermones en el púlpito, de los que se dice que sus pensamientos eran sublimes, pronunciándolos con dulcísima voz, divina música en las almas de sus afortunados oyentes. En esa época, el sacerdote estaba exento de sus obligaciones, por disciplina impuesta por el arzobispo. Una noche, Borges tomó un coche de caballos; después de dar unas vueltas por la ciudad, quizá en místicas meditaciones, lo mandó detener frente a la Catedral, cuyas puertas estaban ya cerradas; se bajó del coche y arrodillándose en la acera con los brazos abiertos comenzó a confesar sus culpas en voz alta, ante el asombro de las gentes que pasaban, y se arremolinaban a su alrededor. Su amigo Lecuna, avisado por algún conocido, fue a buscarle, encontrándolo en aquella humilde posición con los ojos bañados en llanto *.

* * *

Cartas del Padre Carlos Borges a Vicente Lecuna

Mi querido e inolvidable Vicente:

Mucho te he agradecido la dulce emoción que me proporcionó tu tarjeta: gocé mucho leyéndola... Era tu corazón que venía a ponerse junto al mio; en mi alma revivió todo un mundo de cosas muertas... cosas idas... ¡tan amables! Nuestros días de estudiantes... ¿Qué te diré?: que estoy bien gracias a Dios. Con mucho trabajo, pero muy contento; con la inmensa alegría del náufrago que perdió todos sus tesoros en el mar y se ve en la playa, desnudo, miserable, pero salvo. Me alegra que tengas encanjada tu vida... Ama a tu Dios... Acuérdate que el último abrazo del Libertador, no fue para su espada, sino para su Crucifijo.

CARLOS BORGES.

Mi querido Vicente:

Te deseo un año muy feliz junto con tus queridos hijos, a quienes Dios bendiga y glorifique. Estoy muy orgulloso ahora más que nunca de ser tu amigo, y quererte tanto. Y ¿a qué viene esto? —dirás— Es que he sabido tu generosa, noble y cristiana conducta (tan admirable en estos tristes tiempos) con la Señora e hijas del desgraciado Ramón Mijares. Me he acordado de tu padre, ya pobre, y de lo que hizo con

* La vida del padre Borges tiene cierta similitud con la del gran español Lope de Vega, quien tras su azarosa condición amatoria, se ordena sacerdote, y escribe él mismo «El ánimo dispuse al sacerdocio porque este asilo me defienda y guarde /.

cierto viajero desconocido a bordo, camino del destierro. Gesto digno de San Martín al compartir su capa con un mendigo. Sobre tus hombros pesa la gloria de esa herencia. Dios te lo premiará.

Tuyo de corazón:

CARLOS BORGES PRESBÍTERO.

• • •

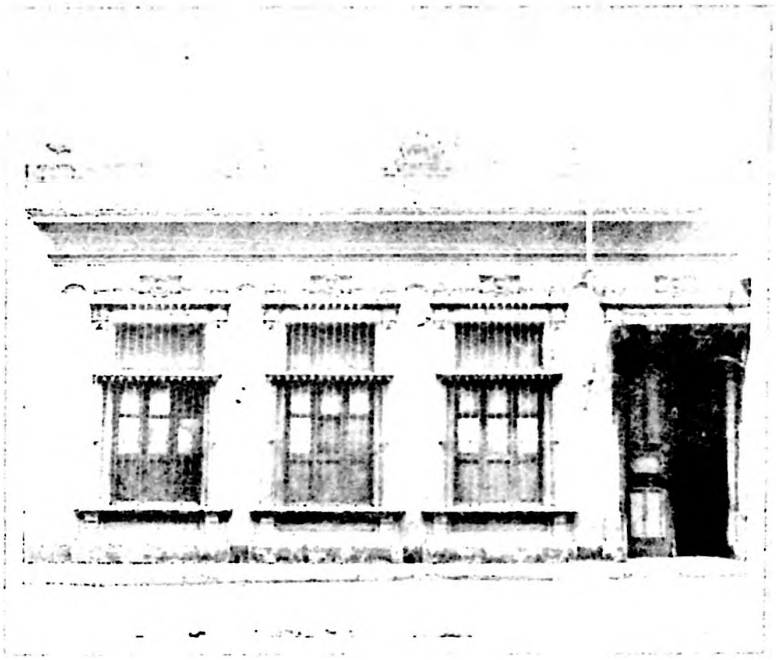
(...) Tu «Lámpara Eucarística»
su lumbre misteriosa,
proyecta sus reflejos
sobre el altar mayor;
te dio la lira Apolo
Venus su roja rosa
la corona de espinas
te dio NUESTRO SEÑOR.

Con tu verbo elocuente,
como el mármol de Paros,
esculpiste la efigie
del gran Libertador:
te dio la lira Apolo
y sus épodos claros
la corona de espinas
te dio NUESTRO SEÑOR. (...)

*«Letanía Profana» a Carlos Borges, de Alejandro Fernández García**.*

Habiendo padecido tifus, Lecuna, para reponerse, fue invitado a pasar unos días a la casa de su hermana Valentina, casada con su primo Vicente Vallenilla Lecuna. Residía el matrimonio en Puerto Cabello, donde su pariente tenía un gran negocio de maderas. En su equipaje, el joven Lecuna llevaba una pequeña bolsa llena de monedas de oro. Su hermana le preguntó: —«¿Y esto qué es, Vicente?»—: —«Mis economías»—, contestó su hermano. Este hecho impresionó a su marido, hombre sumamente correcto y laborioso, que resolvió, dadas las condiciones de su joven cuñado, aceptar los propósitos de ampliar, bajo su cuidado, el negocio de maderas, montando una sucursal de Caracas, único que existía en la capital; éste llegó a ser muy próspero y floreciente; instalado en un local del Sr. Vallenilla, que pasó después de muchos años, a ser el Cine Ayacucho. Lecuna, en su obra de organización, envió una carta al director del Ferrocarril alemán, citando las ideas de Bismarck, y logró que rebajasen los aranceles o tarifas del transporte, quedando el director germano gran amigo de Lecuna; y éste engrandeciendo el negocio, hizo allí algunas economías, que le permitieron comprar algunas acciones del Banco de Venezuela. Estas adquisiciones motivaron su admisión en la Junta del Banco, finalizando por nombrarle presidente permanente de la Institución.

** Tomado de «Poesías y entrevistas», publicado por la hija del poeta Carmen Fernández de Alemán y sus hermanas.



III

Vida Familiar

Casa de D. Vicente Lecuna en Reducto a Miranda, Caracas

NUESTRO padre, a lo largo de su vida, siempre se me representaba sentado en su sillón favorito, conventual, rodeado de documentos en papel y letra de otros tiempos; muchos libros, pulcramente encuadernados, a su alcance sobre una mesa de igual estilo que el sillón; asimismo, se veía esta documentación a través de las hojas de cristal en varios escaparates que ocupaban una larga pared de su cuarto; era éste espacioso, todo encalado en blanco, los techos altos y de pulida caoba; en los espacios libres de las paredes, en especial lugar, se miraba una cabeza de Bolívar, de tamaño natural, obra de Tito Salas, y un bello óleo del Mariscal de Ayacucho, de Arturo Michelena; una fotografía del doctor Vargas; en la mesa de noche, un retrato de su madre y un Cristo sobre el copete de la cama.

Frente al lecho podía verse una imagen casi viva, dolorosa: era el cuadro que representaba a nuestra madre, fallecida en la flor de su juventud, pintada del natural por Tito Salas; mostraba su cabeza sobre linos bordados y dos rosas entre sus manos*.

Expongo mis remembranzas como me acuden expontáneamente a la memoria. Situémonos como resulta obligado hacerlo en el mismo sitio, es decir, en la gran casona** que habitamos hasta algún tiempo después de fallecer nuestro padre. Esta casa, que sensiblemente tuvo que ser demolida años después, se encontraba situada entre las esquinas de Reducto a Miranda n.º 59. Como se trata de la vida e historia de Vicente Lecuna, invariablemente tengo que unir su vida pública y familiar, ya que sus confidencias tanto se referían a una como a otra.

* Este cuadro sirvió de modelo para el que representa a la esposa de Bolívar, fallecida, existente en la Casa Natal del Libertador.

** Me es obligado repetir algunos temas, ya publicados en mi anterior obra: «Una Casa de Caracas.»

Nuestro padre se encontraba en la plena madurez de su vida cuando ocurrió la muerte repentina de nuestra madre; fue una dolorosa conmoción espiritual para todos nosotros; yo tenía casi doce años y desde entonces me tocó vivir al lado de mi padre hasta su muy avanzada edad.

Volviendo a este doloroso suceso de la desaparición de nuestra mamá, a mi hermano Vicente* le habían enviado un año antes a la Universidad de Washington; desgraciadamente para ambos, ya no volvieron a verse más. La recuerdo perfectamente; durante la ausencia de su hijo, se pasaba los días suspirando; durmió mucho tiempo en su cuarto, le parecía, quizá, que al reposar en su cama lo sentía más cerca.

Aquella casa, hasta ese día vergel de amor y de paz, ahora fue de pronto abatida en un ambiente sombrío. Nuestro padre parecía anonadado, y a nuestro derredor, tantísimas personas que más bien me inspiraban desconfianza y miedo. ¿Cómo puede presentir el alma de un niño en su inocencia, sin haber conocido jamás los agravios del mundo, que esa perfecta seguridad en sí mismo y en la que vivía, parecía desvanecerse en un confuso y oscuro temor indefinible? Yo miraba a todas aquellas personas ya dolidas o indiferentes, vestidas de luto... Así también, el trajecito negro, con el que de pronto me vistieron... y en la sala de la casa, entre las pompas fúnebres... Ella... hecha de Luz, ya lejana, reposaba... Yo no acertaba a comprender la verdad; sólo mis pasos trémulos e inseguros y un extraño rumor de abandono y soledad acechaban mis sienes. ¡Oh pensamientos infantiles, cuán dignos sois de lástima! Pesar imborrable con el que se estigmatiza a un ser en esa edad, huella tan dolorosa. Nunca más he podido contemplar sin amargura a un niño solitario, triste o pensativo.

* * *

En las noches siguientes mi pequeña hermana Bolivia mojaba de lágrimas la almohada de nuestra madre que todavía conservaba el perfume de sus cabellos; nadie comprendía —lo supe después— por qué aquella niña

* A Vicente lo habían enviado a la Universidad de Washington, por consejo de los médicos, en el sentido de que sólo un radical cambio de clima como el de los Estados Unidos, podría aliviar la fuerte asma que padeció en su niñez. En el traslado de Vicente niño influyó mucho el célebre profesor Guillermo Sherwell; durante su estancia allí fue a modo de generosamente desinteresado tutor suyo. Después del fallecimiento de este profesor, mi padre solicitó de sus hijos en que la permitieran, en homenaje de gratitud, erigirle una lápida conmemorativa en su tumba del cementerio de Washington.

de cinco años no quería que le cambiaran de funda a su almohada y a ella prendida llevaba su luto y su dolor; asimismo Vicente que llegó inmediatamente del colegio de Estados Unidos, en profunda tristeza, sin palabras, se escondía, hombre al fin, para ocultar el llanto. Los cuatro hermanos no abandonábamos a nuestro padre un instante; el natural de su carácter no era de conformidad; pasaba su alma del más grande abatimiento a exteriorizar su duelo, llamándola en sus desvelos nocturnos con exclamaciones de dolor; a pesar de lo grande que era nuestra casa y toda la hilera de habitaciones que se unían unas a otras con altas puertas, muchas de éstas permanecían abiertas y recuerdo que una vez mi hermana Elena y yo nos levantamos de nuestras camas, yendo a recostarnos sobre su pecho; esto pareció calmarlo y desde aquella noche ya no le oíamos más; así pasó el primer año.

* * *

Anteriormente como era natural toda la vida familiar giraba en torno a nuestra madre*. Era muy bella; figura corporal de armoniosas líneas; hubiera inspirado a Rabindranath Tagore para sus poemas en prosa de mujeres suaves y ojos soñadores envueltos en velos de misterio, embellecidos por sus cejas que parecían dibujadas por un artista oriental. Su tez, morena muy clara, tinte marfileño, y sus cabellos lisos negros servían de marco a una cabeza de líneas perfectas. Pero lo más extraño y admirable en ella era su forma de ser; semejaba algo extraterreno; hablaba poco, pausadamente, sin decir jamás banalidades, ni cosas graves; sus risas no eran fuertes ni sus regaños violentos; no exigía nada para sí; era la perfecta expresión de la serenidad.

Nuestra madre nos llevó por una senda pura, libre de todo aquello que nos pudiese provocar pensamientos insanos, y nos daba el ejemplo de lo que le intuía nuestra religión: amor y respeto. A su dulce vigilancia crecimos como florecen a las orillas de un límpido riachuelo las plantas y flores de los campos; nosotros, siempre reflejados en el claro espejo de sus virtudes insignes.

Cuando se sentían en el zaguán de entrada a la casa los pasos de nuestro padre que llegaba cada día exactamente a la misma hora, nuestra madre nos hacía tener mucha compostura; y después de pedirle a él su bendición, nos hacía retirar de su presencia. Ya sabíamos el motivo: había

* Elena Escobar Llamozas.

Retrato de
Elena Escobar Llamozas

Retrato de
Vicente Lecuna

que guardar silencio, porque así lo exigía su constante dedicación a aquella labor en los pergaminos y papeles; o a su ensimismamiento en las páginas de sus libros. A veces, a su llegada compartíamos con él algunos momentos que con alegre expresión en su rostro nos llevaba y repartía un paquete de bombones, y moneditas de oro en especiales ocasiones.

A nuestro padre jamás le oímos nada impropio a nuestra edad; sólo pensamientos elevados, exaltando nuestra imaginación con relatos de las grandiosas gestas de nuestros Próceres, o con algunas recitaciones de los Clásicos del Siglo de Oro Español y de nuestros poetas, Bello y Pérez Bonalde. Otras veces nos llevaba a su biblioteca y nos mostraba unos volúmenes muy bellos de cantos dorados: El Quijote, Grecia y Roma, La Divina Comedia... Cierta vez nos llevó a la Casa Amarilla para hacernos conocer en el lienzo de Rojas la escena de la aparición de Beatriz a Dante en El Paraíso.

Maestro ideal de los saberes y enseñanzas que encierra la Belleza, ya fuese natural ya humana; su sensibilidad le hacía percibir todas las manifestaciones artísticas. ¡Y qué decir de las historias de Bolívar y de Sucre! Sus vibrantes narraciones nos dejaban totalmente conmovidos.

* * *

Los paseos más frecuentes con nuestros padres eran a la colina del Calvario; en ellos, nos hacían amar y tener preocupación y cuidado por cada uno de los árboles, enseñandonos a distinguirlos; llegué a mirarlos como si tuvieran diferentes fisonomías humanas; así la agrisada tristeza del eucalipto, cuya corteza parece desgajarse en sollozos; el «matapalo», órgano sonoro en su profundo ramaje animado de pájaros cantores; los generosos naranjos dando vida a las orquídeas en el abrazo de sus delicadas raíces; la vainilla y su prometedora esencia, aferrándose a un grueso tronco; la espiral triste del ciprés...

Cuando salíamos solos con nuestra madre era para visitar los familiares y llevarnos a las «piñatas» que se celebraban; alguna bonita mañana, una excursión a bañarnos al pozo de «Ño Alejandro», en los Chorros; y la Pascua, esos eran días emocionantes: contemplar los nacimientos más notables y preciosos. Muy divertido era ir hacia El Paraíso, a la hacienda de caña de azúcar, propiedad de unos amigos de la familia; gustar las melcochas batidas con el papelón caliente de las inmensas pailas donde hervía el

melado de las cañas; montarnos, después, en una carreta tirada por bueyes y recorrer los caminos entre los cañaverales: ¡paseo delicioso e inolvidable!; cielo azul, aire purísimo y el batir de las cañas por el viento; silencio musical donde sólo se oía la voz del gañán alertando a los bueyes y el gracioso canto de algún pajarillo que se posaba un momento sobre los cuernos de las impasibles bestias. Ese día, tal vez, se abrió mi corazón a la poesía en la contemplación de la naturaleza y comprendí, también, la delicia que pudieron gozar los grandes músicos clásicos en la sublime creación de sus armonías.

Así era la ciudad de Caracas...: sencilla, grata e inocente. Fresca de clima, rodeada de sus colinas multiformes de constante verdor y custodiada por la imponente montaña del Avila.

* * *

Unos dos años después nuestro hermano Vicente volvió a los Estados Unidos y se radicó en el Massachussets Institute of Technology en Boston hasta que obtuvo el grado de ingeniero. Sus vacaciones las pasaba en Caracas y era para todos una gran alegría. Poco después mis dos hermanas quisieron irse a un colegio en Washington. Antes y después de la partida de mis hermanos pasó una triste e inquietante época, en ausencia de la buena madre y esposa que llevara el timón del hogar; fui yo la que tuvo que llevar la custodia de la casa, cuyos cimientos se habían derrumbado; los deseos de frecuentar la sociedad y la compañía de amistades acordes con mi edad, dejaron de inquietarme; y, aunque a veces mi misma naturaleza se oponía, me impuse a mí misma la obligación dura y difícil ante el cuadro de heridos sentimientos que imperaban en nuestro hogar; el dueño de la casa era un ser inconsolable por la ausente; aunque muy abnegado en los problemas del cuido de los hijos, su vida se le hacía difícil: las luchas políticas e imperfecciones humanas en general, ya que su forma de ser no admitía la menor negligencia. Los familiares* nos imponían un excesivo

* La única persona en cuya lealtad y protección podíamos confiar era la sobrina carnal de nuestro padre a quien él trataba como a una hija, Carmen Vallenilla Lecuna**. En estos primeros años de nuestra orfandad, siendo ella muy joven, fue la que todos los días desde muy temprano en la mañana se ocupaba de nosotros, resultando nuestro auténtico ángel protector. ¡Cuanta gratitud por nuestra parte merece su extraordinario desinterés y abnegación!

** Casada años mas tarde con el doctor Julio García Alvarez, hombre de ciencia, médico relevante y de proceder intachable. Fue ministro de Sanidad en el Gobierno del general Eleazar López Contreras y organizó por primera vez en Venezuela la Asistencia Social y creó la primera policlínica. Se decía que el exceso de trabajo que él mismo se había impuesto había acortado tan útil y meritoria vida.

respeto hacia nuestro padre, lo que nos privaba a veces de reposar nuestras almas en la suya y de libertad para llegar a su corazón, el más noble que haya jamás conocido.

Siempre permanecí, por propia voluntad, al lado de mi padre, constituyendo para él en una modesta pero segura Marta y María. Marta, ya que me ocupaba de todas las obligaciones que la casa imponía. María, al ser su constante compañía y su asidua oyente.

La anécdota que paso a exponer confirmará mis anteriores afirmaciones. Llegó un día papá de sus múltiples ocupaciones en la calle; me llamó a su presencia y me dijo: —«La señora X X me ha visitado esta mañana en el Banco de Venezuela y me ha propuesto hacerse cargo del gobierno de esta casa, ya que por mi parte mis trabajos me dejan muy poco para dedicárselo; pero (agregó mirándome fijamente) no la aceptaré sin tu opinión y consentimiento»—. El nombre de dicha señora, propuesta para gobernanta, trajo a mi mente con la velocidad del rayo las negras sensaciones de calamidades y desgracias, cual de una nueva cenicienta. Además de los comentarios que había escuchado sobre el agrio carácter de la mencionada señora, tenía un recuerdo personal y desagradable; estando unos dos años antes de visita en la casa situada frente a la nuestra de don Laureano Vallenilla Lanz y su familia, con quienes nos unía una gran amistad, dicha señora se encontraba allí, sentada en el sofá del corredor, seguramente esperando al dueño de la casa; yo, quizá por atención, me senté frente a ella pensando ir hacia adentro lo más pronto posible, pero viendo pasar un lindo perrito que nunca había visto allí, le pregunté con timidez: ¡Qué bonito!, ¿es suyo?; a lo que ella respondió con expresión hosca y voz iracunda: «¡Niña, yo no ando con perros!»; esta destemplada contestación me asustó y me hizo huir despavorida hacia mi casa, con la mala suerte de que, en ese momento, entraban por el zaguán de la casa de don Laureano el doctor Pedro Manuel Arcaya (primer ministro por muchos años del presidente Gómez); iba del brazo con su esposa; hacían una pareja verdaderamente arrogante; en mi carrera sin poder evitarlo, le di un fuerte golpe con mi cabeza en el pecho a doña María Teresa, donde llevaba, sujeto con su mano, un abierto y lujoso abanico, saltando éste al suelo y rompiéndose; ante las naturales exclamaciones de esta señora, a pesar de mi turbación, recogí el abanico, se lo puse en su mano y corrí hacia mi casa.

Recordé pues, con gran lucidez en aquel instante, ante las palabras de mi padre todos aquellos pormenores y las historias de aquellas mujeres malignas que acaban sojuzgando y apoderándose de las personas. Y, con

una audacia y valor impropia de mis pocos años, intuyendo que en aquella decisión se jugaba nuestro destino, respondí mirando con decisión el rostro de mi padre: —«No la llames, yo me haré cargo de todo.»— Años más tarde he reflexionado con la sentencia evangélica: «Más vale la buena voluntad que los merecimientos.»

Mucho tiempo después fuimos a dar un pésame a la señora Arcaya, y en medio de nuestra amable conversación, me toma del brazo conduciéndome hacia una vitrina de la sala y dice: «Mira el abanico que me rompiste, regalo de Arcaya el día de nuestro compromiso.» Ya se comprenderá cómo me sentiría; pero ella con su señorío habitual cambió de tema, tratándome afectuosamente.

* * *

Según una invariable costumbre, mi padre y yo nos sentábamos a las seis y media de la tarde para tomar la comida. Algunas veces nos levantábamos de la mesa nada más terminar; él subía a sus aposentos para continuar su labor; yo, por mi parte, me dedicaba a practicar en el piano o a leer mis libros favoritos. Pero muchas veces, tras la comida, permanecíamos a la mesa y él me relataba algún tema de sus trabajos bolivarianos o algún suceso político de actualidad que lo tenía agobiado.

Recuerdo lo sucedido en una de aquellas veladas nocturnas, después de la comida. Mi padre me acababa de relatar, enervado, uno de los episodios de la vida política del país. Yo, impresionada por sus palabras, le interrumpí diciéndole: —«Papá, me gustaría anotar diariamente en una libreta lo que me cuentas; así no se me olvidarán tantos nombres y detalles, y quizá algún día...»— No me dejó terminar la frase; se levantó de su asiento y, acercándose al que yo ocupaba, exclamó como aterrado: —«No lo hagas, no lo hagas,... ¡júramelo!»—, y añadió en voz baja: —«Alguien podría delatarte o comentarlo alguna amiga y me llevarían preso».

Recuerdo, entre otros, los referentes a algunas víctimas de las prisiones, como el Capitán Luis Rafael Pimentel, Armando Zuloaga*, un joven de apellido Azpúrua, el doctor Arévalo González... y Manuel Lorenzo Maldonado, distinguido elemento de nuestra juventud, de triste fin su vida, encarcelado por el hecho de haber exclamado con voz de protesta, aunque con respeto, desde las barras del Congreso: «General Gómez, no le dicen la verdad; el pueblo tiene hambre.»

* Tanto el Capitán Pimentel como sus hermanos fueron heroicos mártires de la época gomecista. Armando Zuloaga Blanco fue digno, por su patriótico sacrificio, de las páginas poéticas y heroicas del libro de su abuelo, D. Eduardo Blanco, «Venezuela heroica».

Volvamos a los relatos que van surgiendo en mi memoria de las diferentes etapas de la vida de mi padre. Las palabras oídas de sus propios labios me conmovían de tal manera que empecé a sentir antes que a pensar; estaban impregnadas de reminiscencias de padecimientos de su infancia o enervadas en admirativos ímpetus por sus luchas vividas y llenas de exaltación y hacía vibrar las fibras de mi corazón cuando se referían a la historia de nuestro país. Ante mí desfilaban sus héroes en hermosos lances, caravana triunfal que los llevaba a la ansiada meta de sus altos ideales.

Papá tenía una conversación instructiva, clara y precisa. Perduraban con lucidez en su memoria las más lejanas anécdotas y hazañas de los grandes personajes de la historia del mundo; naturalmente también de sus contemporáneos, ya fuese juzgándolos elogiosamente, ya con profundo desprecio por la falta de moral, de patriotismo y bajeza; principalmente de aquéllos que manejaban la política. Conocía todos los recónditos sentimientos para definir o clasificar rápidamente a los hombres; en él era esto de admirar, porque su espíritu nunca conoció la astucia*. Sin embargo en algunos casos era mas dado a elevar que a rebajar el personaje del cual se tratase; esto último sin regatearle algún mérito que poseyera; así que instruía creando, no destruyendo. Parecía más bien gozar en dar a conocer lo positivo que podría encerrar cada espíritu humano.

Sobresalía también en él, a pesar de su carácter tan severo, una gracia oportuna en el decir de anécdotas, que venían a su pensamiento con la rapidez de un relámpago; y, así, sus parlamentos eran delicia para el oyente y útiles sus consejos y ejemplos de moral; despreciable para él, era la más leve mentira. Su criterio era realmente exigente, aunque flexible; pedía una conducta tan honrada en la vida corriente, en el trabajo y en la intimidad de su hogar, como en aquellas ocupaciones o cargos públicos a los que dedicó su vida. Desde niño hasta la ancianidad fue una sola línea recta, indoblegable. De carácter violento pasajeramente; impaciente ante pequeñas cosas; de honradez poco común en aquellos mortales que han tenido todas las riquezas a su fácil alcance. Siempre dio muestras de rigidez ejemplar y delicadeza extrema en asuntos de los cuales tendré ocasión de relatar detalladamente.

La dignidad era su exacta posición ante la vida.

* «La astucia no es cualidad, sino defecto de mala clase, ya que está puesta en la constante desconfianza hacia los demás.» (Doctor Gregorio Marañón.)

La armonía silenciosa del parque

Ya desde niña había comprendido que nuestra casa tenía que mantenerse en silencio*, mientras mi padre permaneciera allí; aunque regresara aparentemente sereno, yo sabía lo fatigado que realmente estaba por los trabajos y problemas del día; era un combate desigual: entre su correcto proceder y las debilidades de tantos hombres; entre una moral recta y la picardía abundante; entre su cultura y la ignorancia ajena; además debía soportar todas estas luchas sin perder su compostura ni ecuanimidad.

Por todo esto, los momentos en que mi padre regresaba al hogar no eran los adecuados para molestarle con los pequeños disgustos surgidos en las tareas hogareñas. Necesitaba él, tanto física como espiritualmente, encontrar en la casa un remanso de paz. Todo el servicio estaba ya advertido de que debían acallarse todos los ruidos cuando llegaba mi padre; como la casa era grande, costó bastante mantener el silencio en toda la mansión.

Por ser gran madrugador, mi padre acostumbraba a recostarse media hora de siesta, después del almuerzo, tras conversar unos minutos de sobremesa. Y en la tarde, al llegar de sus trabajos, después de la cena, e igualmente después de algunos momentos de conversación en la mesa se dirigía hacia el fondo de la casa, y, bajando tres escalones a la derecha,se llegaba a un corredor abierto a un frondoso y ajardinado parque; en aquel lugar, el único sonido era el rumor del aire en el ramaje de la arboleda. En las estanterías, escaparates y mesas de un cuarto contiguo pasaron muchos años los papeles del Archivo del Libertador. Aun con todas las precauciones, existía una causa que podía perturbar el silencio: la guacamaya azul que estaba en el parque y que al oscurecer, por fortuna, ya no se sentía. Esta guaca había sido traída de la selva para servir de modelo para el lienzo «El Primer Comercio en Venezuela», encargado para el Banco de Venezuela por mi padre al pintor Tito Salas; vivió más de diez años y la enterramos en el jardín, bajo un rosal.

En aquel cuarto del corredor del parque trabajaba mi padre desde el crepúsculo hasta medianoche. En aquella estancia a la que no llegaban los ruidos de la calle, del teléfono ni del vecindario siempre reinaba el silencio: de allí, surgió la gran Obra Bolivariana.

* * *

* Cuando viene el Silencio y se posa en la boca del hombre, nace algo nuevo en el corazón, y en la frente, posado entre las cejas, se enciende la Luz. Abul Beka de Ronda (LXX).

Nuestro padre hizo su primer viaje a Europa apenas finalizados sus estudios y hechas sus primeras economías. En aquel viaje visitó España, Francia e Italia. En España fue especialmente al País Vasco para averiguar el lugar exacto de dónde eran oriundos los Bolívar y cómo fueron éstos a Venezuela. Allí hizo que el Gobierno de Venezuela hiciese un monumento en recuerdo al Libertador, en el sitio llamado Puebla de Bolívar.

Su segundo viaje fue recién casado y el matrimonio estuvo en los mismos países; mi madre contaba, siempre agradecida a él, este gran obsequio de bodas.

Al paso del tiempo, fallecida nuestra madre, y después de algunos años de luto por ella, nos llevó a sus hijos a hacer el mismo viaje: ¡Estábamos en una edad tan juvenil! ¡Cuántas bellas impresiones quedaron para siempre grabadas en mi espíritu! Considero siempre esta experiencia como mi único colegio en las ramas de la historia y, principalmente, del arte; nuestro padre fue el maestro; él nos llevaba a todos los museos, enseñándonos a contemplar cada mármol griego, a apreciar la serenidad y armonía que imparte su belleza clásica. En las pinturas, la historia de los personajes más relevantes expuestos, relatándonos también datos de la vida de los artistas de tantas bellas creaciones.

En las mañanas, solía llevarnos otras veces a algún palacio, aleccionándonos sobre los principales personajes que lo habitaron, y en los parques, enseñándonos a apreciar los monumentos que se divisaban entre las arboledas.

Cierto día en París, fuimos al cementerio del Pére Lachaise, lugar en el que reposan muchas celebridades. Recuerdo las estatuas de Abelardo y Eloísa, donde los novios dejan, como símbolo de buena suerte, un ramito de violetas; en el mausoleo de Musset recordé la estrofa de los versos del poeta pidiendo a sus amigos que plantaran un sauce sobre su tumba. El gran monumento a Oscar Wilde...

Veamos algunos episodios de la educación artística y moral que nuestro padre nos inculcaba durante nuestro viaje a Europa.

En las noches parisienses nos llevaba a la «Comedie Française» a ver obras de Racine, Molière; en otras ocasiones, a la Gran Opera; me cautivaban los músicos italianos románticos, y en las representaciones de Wagner, siempre recordaré la ternura en Tristán e Isolda y la arrolladora

fuerza de la Cabalgata de las Walquirias; papá dijo la noche en que se representó esta última: —«Bolívar se hubiese merecido algo así»—, y agregó: —«Si lo hubiera conocido Beethoven quizá le hubiera dedicado la sinfonía, cuya dedicatoria borró a Napoleón tras la coronación de éste»—. Al día siguiente de haber visto la opera «Andréa Chenier», papá nos llevó al anochecer a un sitio lejano; era una calle estrecha y pobre en la que íbamos a tomar chocolate con «brioches»; al sentarnos ante una mesa de una vieja posada, papá nos dijo, señalando la casa que estaba al frente: —«Les diré el motivo de traerles aquí; miren al balcón del primer piso de esa modesta casa y su placa de mármol, ahí vivía el joven poeta Andréa Chenier, que fue guillotinado en la Revolución Francesa»—. También visitamos la casa de Victor Hugo, haciéndonos leer algo de su obra.

En nuestro viaje a Italia nos hizo conocer en Roma las obras de Miguel Angel y Bernini, y en Florencia nos relató en pocas palabras un resumen de la historia de la familia Médicci, protectora de las artes, y entre tantos tesoros, el Perseo y las obras de artesanía de Benvenuto Cellini.

Para nuestro viaje a España ya veníamos preparados con las explicaciones que nos había dado en Caracas sobre la cultura y el arte, y aún más, el carácter y el espíritu de este país; en literatura, nos había hecho conocer a Calderón de la Barca, su autor teatral clásico preferido; en pintura, su favorito era Velázquez. Con esta preparación histórica y espiritual nos fue más fácil comprender tanto la gran diversidad como la personalidad inequívoca de las regiones y las ciudades españolas. ¿Cómo no distinguir la exhuberancia festiva de una Sevilla, de la serena tristeza de una Córdoba dormida?: el trote caracoleado de los caballistas, que parecen ir al sonido de las castañuelas, y el palmeral abierto al Oriente de la Mezquita. Granada, cuyas fuentes encontraba el músico Juan Vicente Lecuna más cantarinas que las de la Villa D'Este. Las huellas del Cid en las tierras burgalesas. La conmovedora historia del Doncel de Sigüenza. En Avila, la visita a la tumba del príncipe don Juan, fallecido de amor, mientras las campanas redoblaban sobre las murallas abulenses. En el monasterio de El Escorial, la estatua yacente de don Juan de Austria, cuya palidez marmórea dan color, a veces, los besos de secretas enamoradas. Toledo, callejuelas misteriosas y el Tajo recostado como una espada en que se refleja la historia de los lances caballerescos. Y el monasterio de Yuste, solitario convento, donde fue a refugiarse y a morir el emperador que había enseñoreado el mundo. Madrid, lujosa capital, en cuyo Parque del Retiro, sobre arboledas románticas, pasan las estaciones y en ellas las «Sonatas»

de ese artista de la palabra que fue don Ramón del Valle-Inclán... ¿Y qué decir del solar de los Bolívar en Vizcaya? Estos lugares merecerían adentrarse en la historia en largas páginas, finalizando con aquella sentencia de ese gran vasco don Miguel de Unamuno: «El Universo hubiese quedado incompleto sin Simón Bolívar.»

Vicente Lecuna y los árboles

(...Sin Lecuna, la vieja Ceiba de San Francisco se habría muerto debido a nuestra incuria, a nuestro desprecio por los árboles...)

MANUEL MALDONADO
Diario «El Heraldo»

Vicente Lecuna se levantaba cada día de cuatro y media a cinco de la mañana para realizar sus ejercicios físicos.

De nuestra casa, situada entre las esquinas de Reducto a Miranda, se iba andando hasta la colina del Calvario, gozando los senderos arbolados ascendentes hasta la planicie de su cima. Se regocijaba con el contacto de la tierra, del aire purísimo del amanecer y su oxígeno revitalizador; se alegraba con el nuevo brote de cada árbol, que a su cuidado* surgía cada día, unido al murmullo suave del ramaje y los incesantes trinos de los pájaros; recreándose entre la naturaleza que le era tan amada; alejado de los hombres, dejando a un lado en esos minutos las diarias, cruentas realidades, que se le presentaban, de servidor constante en las rudezas de su diaria jornada, multiplicada todos los días y en cada hora de su clara y a la vez complicada vida. Luchando con la entrega y afán de bien, personalidad indiscutible, firme cual una montaña, carácter de férrea voluntad.

* Para proteger aquel bosque y sus jardines y evitar que se fabricaran ranchos en sus contornos se hizo nombrar por el Gobierno director «ad honorem» de aquella colina que entonces era un bello paseo. Desde muy joven había aprendido con el director del ferrocarril alemán a podar adecuadamente los árboles y a curar sus troncos enfermos. Hizo sembrar árboles frutales para el sustento de los pájaros, que se reprodujeron, aumentando así la musicalidad de su canturía.

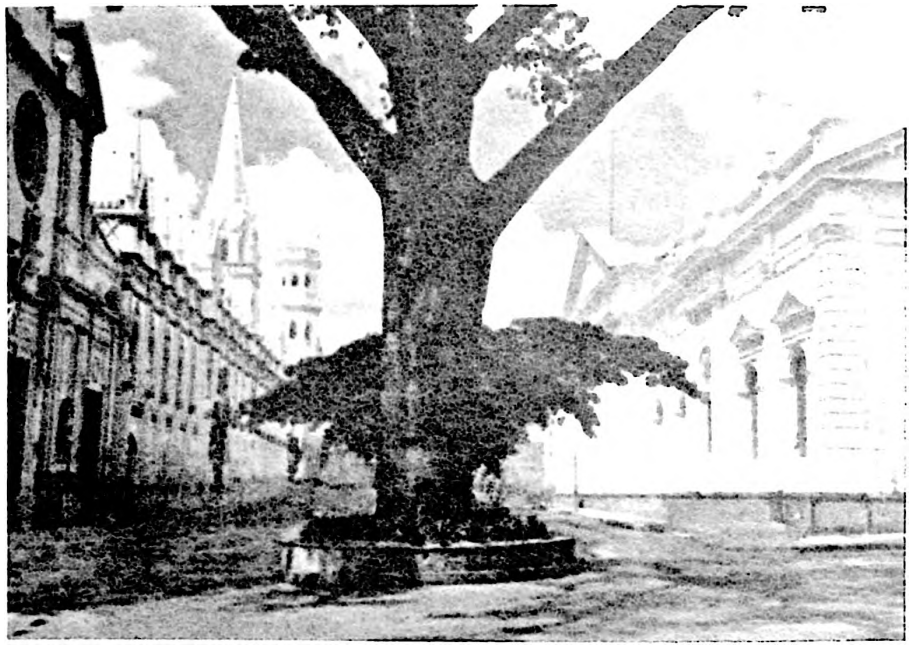


Foto del árbol conocido por ceiba de San Francisco

El montículo del Calvario era solaz para su espíritu y natural reconstituyente para sus nervios en constante tensión.

* * *

Caracas, 4 de marzo de 1938.

Señor general

ELBANO MIBELLI

Presente

Distinguido amigo:

Con gran sorpresa mía vi hoy derribado el cedro más hermoso que tenía El Calvario, frente a los estanques, y a una distancia que no podía dañar a éstos, como han pretendido algunos con el objeto de derribarlo. También vi unos montones de leña fresca de cují, y según me dijeron en la falda donde han permitido establecerse a unos mendigos, continúan tumbando árboles. Le recuerdo su propósito de establecer una vigilancia. Creo indispensable que el inspector sea un hombre enérgico, y que esté todo el día en el parque recorriéndolo y disponiendo su conservación con instrucciones adecuadas.

El saneamiento de árboles enfermos es muy fácil y barato. Yo me ofrezco para darle instrucciones al inspector sobre este punto.

Su apreciador y amigo:

VICENTE LECUNA.

VL/EBN.-

Caracas, 9 de agosto de 1938.

Señor general

ELBANO MIBELLI

Presente

Distinguido amigo:

Hoy me ha sorprendido ver varios árboles desgajados, en poda bárbara, alrededor de la redoma del Calvario, y una escalera encaramada en un matapalo muy hermoso en el borde de la meseta de los jardines, al parecer para desgajarlo o tumbarlo. General, salve usted el Calvario. Los hombres que han hecho esa poda no tienen idea de cómo se tratan los árboles. Es urgente acudir al remedio porque seguramente hoy mismo tumbarán el matapalo. Nombre usted una junta «ad honorem» que se encargue del embellecimiento y conservación de los árboles. Le indico al doctor Alfredo Jahn y al señor Luis Churión. Con gusto yo formaría parte. Bastaría que usted le diera orden a los encargados del paseo de no tocar los árboles sin consultarnos. Yo no creo que esa poda sea dispuesta por el técnico del jardín botánico, y si fuere así, ese señor no serviría para el caso. Yo soy discípulo del señor Knopp, antiguo director del Ferrocarril alemán.

Su afectísimo amigo y s. s.

VICENTE LECUNA.

VL/EBN.

Caracas, 31 de mayo de 1938.

Señor doctor

LUIS CHURION

Presente

Distinguido amigo:

Recibí su apreciable nota del 25 de mayo respecto a un proyecto de Carta de Turismo. En esta materia no tengo conocimiento; en cualquier otra cosa estoy completamente a la orden de esa comisión que usted dignamente preside.

Le recuerdo la conveniencia del saneamiento moral de los barrios que quedan al pie del Calvario, en el centro de la ciudad, en condiciones poco recomendables para presentar ante turistas. Yo creo urgente proponer al Gobierno Nacional, como medidas previas lo siguiente:

1. Eliminar las mujeres de mala vida de todo ese barrio.

2. Proceder a componer la calle de la Amargura convertida actualmente en un basurero.

No se debe pedir más por el momento porque no lo harían. Hecho esto, haríamos otras indicaciones.

Su atento s. s. y amigo.

VICENTE LECUNA.

VL/EBN.

Señor coronel

JUAN DE DIOS CELIS PAREDES

Presente

Distinguido señor gobernador y apreciado amigo:

Como usted recordará en el Paseo Independencia necesitamos hacer un muro cerca de la capilla para sostener la calzada. En octubre le pedí para esta obra Bs. 600 y 40 saquitos de cemento, que usted me prometió para más adelante. Ahora necesitamos con urgencia otros Bs. 600 y 60 saquitos de cemento para hacer los brocales de la calzada desde la estatua de Colón hasta el Arco de la Federación. Estos le darán un gran realce a los cuadros de grama que estamos poniendo. En resumen: necesitamos para ambas obras Bs. 1.200 y 100 saquitos de cemento. Será el aguinaldo que le dará la Gobernación al Paseo Independencia.

Aprovecho la oportunidad para desear a usted Felices Pascuas y Feliz Año Nuevo, con todo género de venturas para usted y los suyos.

Su atento servidor y amigo.

Por la Junta de Ornato
de Paseo Independencia

VICENTE LECUNA.
Presidente.

VL/ebn.

Caracas, 5 de enero de 1940.

Señor general

ELEAZAR LOPEZ CONTRERAS

Macuto

Estimado señor presidente y amigo:

Estando usted en Macuto puede ver fácilmente el bosque situado en el río al sur de la Toma, donde se podría organizar, con poco gasto, un precioso parque para niños y recreo de temporadistas, al estilo europeo y americano, sin alterar los niveles del suelo y conservando de adorno los peñascos.

En ciertos lugares de la playa se pueden sembrar uveros y cocos, para completar la belleza del conjunto, y al pie de éstos cuadros adecuados, con pequeñas plantas, que se dan en la playa y hacen el efecto de grama.

La playa, desde la entrada de la Guzmania hasta el Ceibo se puede limpiar de basuras marinas, conchas de coco y otros desperdicios que arroja la gente por una vieja costumbre.

Una limpieza en el lugar de los baños daría aspecto europeo a ese lugar de concurrencia. Todo esto se podría hacer con muy poco gasto por el jefe civil, que es muy buena persona, asesorado por una junta de tres personas de conocimiento.

Esta obra digna de su Gobierno transformaría notablemente el lugar.

Como vecino de Macuto, donde paso los sábados y domingos, me ofrezco a las órdenes de usted en la Quinta San José, al lado del Hotel Miramar.

Su atento seguro servidor y amigo.

VICENTE LECUNA.

VL/EBN.

Caracas, 7 de mayo de 1941

Señor doctor

LUIS GERONIMO PIETRI

Presente

Mi muy estimado amigo:

Estoy de plácemes por el nombramiento de usted.

Amante del Calvario y de los árboles quiero exponerle mis ideas. Mis proyectos son muy baratos para embellecer el Calvario y fomentar los árboles.

En la semana entrante cuando usted esté menos ocupado le pediré una audiencia muy corta.

Le desea el mayor éxito su amigo,

VICENTE LECUNA.

VL/ebn.

Caracas, 15 de mayo de 1941.

MEMORANDUM

Para el señor doctor Luis Gerónimo Pietri
gobernador del Distrito Federal

Paseo de la Independencia

Necesita cuido y dirección especial:

1. Sanear los árboles, casi todos llenos de agujeros, de tocones de ramas cortadas y de otros defectos que afean el conjunto y que no se ven en ningún parque europeo ni norteamericano. Esto es fácil y se puede hacer con el personal.

2. Poner los nombres científicos a los árboles para justificar el nombre de jardín botánico. No se concibe un jardín botánico que no tenga los nombres de las plantas.

3. Abonar en ciertos lugares para que los árboles no se sequen. Esto es lo principal por el momento.

La calle de la Amargura es una de las principales entradas al paseo. Sin embargo, por su estado ruinoso es un basurero inmundo. Arreglarla con pavimento y escalones no es costoso.

Frecuentemente se encuentran animales muertos que apestan el ambiente. Un vigilante del mismo personal que recorra las avenidas puede impedirlo, mejor todavía si se agrega un policía con ese objeto.

Todo esto lo podía dirigir una junta de tres personas, «ad honorem», yo me encargaría de presidirla. Diariamente subo al Calvario de cinco a seis de la mañana. Todavía creo que se podría encargar el control de la administración y la dirección de los trabajos a la Sociedad Bolivariana. Todos los individuos de ésta acogen la idea.

Lo expuesto es lo esencial para empezar la mejora y resurgimiento del paseo a lo que fue en tiempo de Guzmán Blanco. Como la Sociedad Bolivariana proyecta un monumento al Libertador, por suscripción pública, para lo cual ya tiene Bs 16.000 recogidos, está justificado encomendarle el cuido del paseo.

Atentamente,

VICENTE LECUNA.

VL/Ebn.

Caracas, 9 de julio de 1941.

MEMORANDUM SOBRE MACUTO

Para el señor doctor Luis Gerónimo Pietri
gobernador del Distrito Federal

Contando con el interés por el bien público y cultura del señor doctor Luis Gerónimo Pietri, me atrevo a hacerle estas recomendaciones en favor de Macuto. Sólo anotaré lo más esencial a una renovación del balneario, dejando para más adelante las obras costosas.

1. La primera necesidad de Macuto es limpiar la playa de basuras, y no permitir que se boten en ella. Yo he visto a los barrenderos botar la basura en el mar, frente al parque. Toda la playa está llena de desperdicios por la costumbre inveterada de botarlos a la playa. Esta limpieza cuesta muy poco. El punto de los baños es propiamente un basurero, jamás se limpia. Actualmente a la entrada a los baños existen basuras de todas clases. El aseo urbano así como limpia las aceras de las calles, puede limpiar el punto de los baños y su pequeña playa, los cuales deben estar siempre pulcros.

2. Es necesario enseñar a las autoridades y empleados en general a cuidar los árboles. Desde tiempo inmemorial destrozar los árboles para quitarles las tiñas, tirándoles machete a diestra y siniestra. Hablé sobre esto al actual jefe civil, coronel Ricardo Ramos y le expliqué cómo se debía podar. Hombre de muy buena voluntad y muy buen sentido, me ofreció tener en cuenta mis observaciones. En el particular tengo conocimientos, como discípulo del señor Gustavo Knop, director del Gran Ferrocarril de Venezuela con quien trabajé varios años como ingeniero ayudante.

3. Del puente de Macuto hacia el Pavero, es decir hacia La Guaira, donde se han construido muchísimas quintas, existen grandes espacios de terreno, inmediatos a la calzada, que se deben sembrar. El jefe civil, señor Ramos, me dijo que tenía el proyecto de sembrar árboles de clemon y que el señor ingeniero municipal proyectaba destinar uno de esos terrenos para parque de niños, poniéndole baranda de concreto para que los niños no corrieran peligro por estar el camino entre dos calzadas de mucho tráfico. A mí me parece que un parque de niños en esa situación es un peligro aunque se pongan barandas. Estas además

acortarían el terreno y le darían un aspecto mezquino al paseo, cuando es más hermoso darle la mayor amplitud. Esos terrenos a que me refiero deben considerarse como una prolongación del paso de Macuto y embellecerlos sembrando los árboles que se proyecta intercalados con bastantes cocos que den carácter tropical al paseo y son el mejor ornamento de la playa. El parque para niños existe junto al parque actual en la espléndida finca que fue de Guzmán Blanco, y pertenece al Gobierno. Abrirlo al público con ese objeto no cuesta nada.

Los cocales por desgracia están desapareciendo del paisaje y es necesario reemplazarlos. En resumen me parece que el Gobierno por el momento debe preparar esos terrenos para hacer un paseo a la europea más adelante de grande extensión, limpiándolo por ahora de basura, de piedras sueltas pequeñas dejando los peñones que sirven de adorno, y sembrándolo abundantemente de cocos y uveros. Esto cuesta muy poco y sería un paso gigantesco a la transformación de Macuto, afeado al presente y empequeñecido por el abandono criollo y el desconocimiento de todo lo que vale la espléndida ornamentación de nuestras plantas tropicales.

Estos trabajos de limpieza y de resiembro los podría hacer el actual jefe civil asesorado por una junta de tres personas que hayan visto las playas y paseos europeos y tengan gusto artístico y gusto por el embellecimiento del lugar. Yo voy a Macuto todos los viernes en la tarde y regreso los lunes de madrugada y me ofrezco para este servicio.

El señor Ricardo Ramos es hombre honrado, tiene la mejor voluntad y por su conducta y su trato se ha ganado la estimación general.

4. El cerro de Macuto era un bosque hace cincuenta años; hoy está desvastado, pero todavía le queda monte pequeño. Cubierto de árboles pequeños, pero de tupido follaje, de cardones y magueyes presentaba una flora especial de terrenos áridos, de una belleza incomparable cuando en la primavera florecían los magueyes y los cardones. El actual jefe civil, señor Ramos, ha logrado alejar los chivos de la parte del frente que iban destruyendo lo poco que queda, pero a éstos los han retirado hacia atrás a la cuenca del río y si no se suprimen del todo acabarán con el bosque que le da agua a Macuto. No son muchos y el gasto que hiciera la Gobernación quedaría ampliamente compensado.

Este cerro de Macuto sería una belleza, y un adorno soberbio convirtiéndolo en jardín botánico de plantas de las regiones desérticas de Venezuela, de las cuales tenía grandes cantidades cuando era un bosque. En Coro existe una gran variedad de cardones y de tunas que

sería fácil trasplantar y resembrar además otras plantas propias de su terreno árido y seco. Mas para esto sería necesario prohibir el corte de leña. Es una idea para más adelante que someto a consideración.

5. Abajo de la toma, a la orilla del río existe un gran terreno cubierto de bosque alto, en el que por fortuna el Gobierno no ha permitido fabricar. En él se puede establecer un parque magnífico limpiándolo también de basuras como la playa quitándole unas piedras sueltas y haciendo pequeños trabajos que sirvan de adorno.

El progreso del país, la belleza de las playas de Macuto y la importancia que pueda adquirir el lugar en tiempo no lejano justifican estas ideas que no me resolvería a exponer a otro magistrado que no tuviera las dotes que distinguen a mi estimado amigo el doctor Luis Gerónimo Pietri.

Atentamente,

VICENTE LECUNA.

VL/ebn.

Los amigos

La amistad es preferible a la gloria; la amistad es mi delirio; la amistad es mi pasión; la verdadera amistad es pura como la luz del sol. La amistad es más fuerte que el infortunio.

SIMÓN BOLÍVAR

Para don Vicente Lecuna el sentimiento de la amistad era sagrado; aseveración ésta que no concierne solamente a lo social (actos de esta índole a los que siempre se negaba a acudir), sino principalmente en aquellas circunstancias tanto privadas como en los servicios que prestaba en los importantes cargos públicos que desempeñó durante su vida. Siempre demostró esta cualidad de una forma desinteresada, leal y generosa.

Todos los domingos a partir de las diez de la mañana estaba preparada nuestra casa para recibir a sus amigos. El «entreportón» segunda puerta del zaguán de entrada a la casa, se mantenía semiabierto; altas y anchas sus hojas de bellas proporciones, pintadas en blanco; en la parte superior unos calados de madera labrada la hacían más agradable a la vista. Puerta, en fin, que parecía decir en el grato ambiente de la estancia: «entrad, amigos, aquí reina la fidelidad»; y así era. A aquellos hombres, ciertamente aunque de diferentes ideas, caracteres y valores, les unían cualidades indispensables en su amistad: la educación, la nobleza de espíritu y el talento.

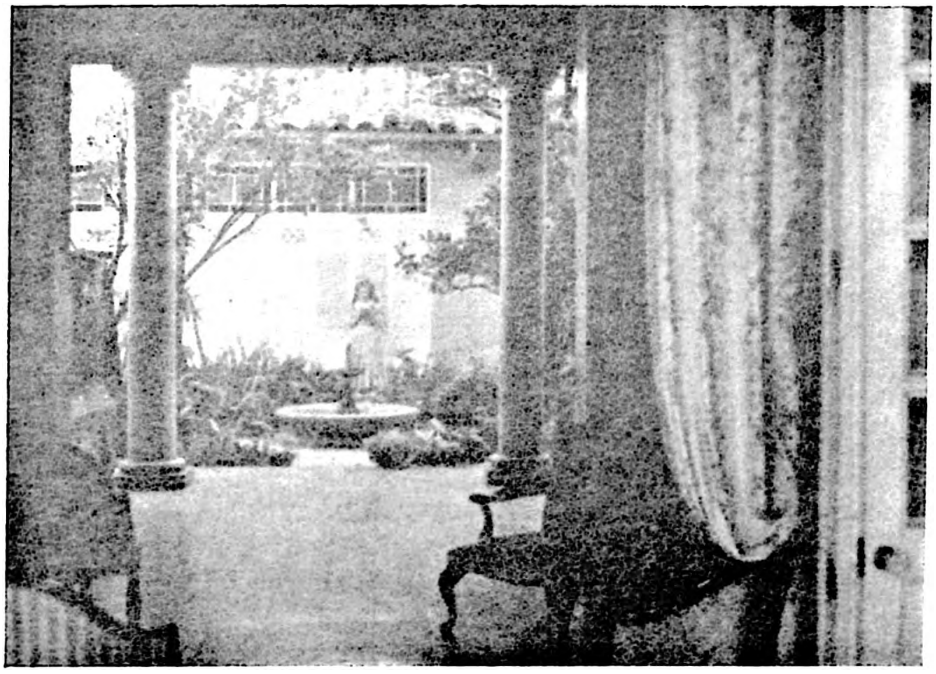
Los amigos llegaban cada domingo; sabían que no hacía falta anunciarse; el dueño de la casa los aguardaba en el parque, o en el largo corredor que estaba a su frente; este recinto estaba recién construido; en lo alto de la pared, un escudo de Caracas lucía su talla en piedra; unos altos y redondos pilares arrancando de un piso de mosaicos claros, sostenían el

arquitrabe; las elegantes proporciones del intercolumnio toscano daban al conjunto, pese a estar sencillamente encalado en blanco, todo el encanto de una academia clásica dedicada al diálogo intelectual. A su frente se abría el parque, separado de los vecinos por altos aunque no agobiantes muros. Esta disposición del fondo de la casa se debía a la época ya lejana en que perteneciera a un general que en tiempos pasados la había fabricado, agregándole al fondo los antiguos corrales que compró de pequeñas casas vecinas. El parque, uno de los mayores atractivos de la casona, era poseer y poder gozar en la sosegada intimidad del hogar de un bosque de corpulentos árboles, arbustos ornamentales, de toda clase de perfumados jazmines y enredaderas florecidas que le prestaban sus aromas y color; cuando se abrían las tres fuentes de agua, completaban el conjunto delicioso de un jardín de palacio árabe; unos suaves, otros bulliciosos; el surtidor más alto caía en fina lluvia sobre un macetón de helechos y de éste se deslizaba a la gran pila de los pececitos en que algunos nenúfares flotaban sobre el agua.

Una ancha acera de mosaicos rosados servía para pasear por el centro del parque y a sus lados unas piedras alargadas servían de asiento. A uno de esos bancos lo llamaba nuestro padre «La Piedra Histórica»*; este trozo de piedra era el único resto que quedaba de la casa en que Bolívar joven se reunía con los seguidores de las ideas de independencia: esta reunión se denominó «Sociedad Patriótica»; de allí tomó el nombre de «Sociedad» que aún conserva dicha esquina caraqueña. Nuestro padre nos refería que saliendo cierto día de la Casa Natal hacia el hogar miró consternado cómo habían derribado la fachada de la casa de la esquina de «Sociedad»; su dueño la destruía; ya no había nada que hacer; el señor Lecuna recogió entre los escombros el alféizar, tallado por su borde exterior, pieza de una de las ventanas enrejadas que daban hacia la calle; se la compró a los carreteros, que ya habían arrojado al río Guayre todo lo demás. Nuestro padre la colocó con especial esmero en el sitio principal del parque, delante de un grueso tronco en el que colgamos un farolillo que encendíamos ciertas noches en que había visitantes, como homenaje a aquellos patriotas. Había otra piedra muy larga que lleva una inscripción en latín; también la adquirió el señor Lecuna al encontrarla abandonada en medio de la calle tras haber sido quitada de su emplazamiento en el umbral de la iglesia de Altagracia para ser reemplazada por mosaicos; en dicho templo que tuvo «Derecho de Asilo» ** salvó Level de Goda su vida agarrado a sus aldabas, ya que al ser de noche estaban cerradas sus puertas.

* La tengo guardada para donarla a algún lugar histórico de Caracas.

** Tambien esta destinada para un sitio igual.



Frente al comedor, el patio, con sus jazmines y su fuente...

En este corredor frente al parque, como ya dije, llevó a efecto el historiador su obra bolivariana. En unas grandes mesas, las cartas de Bolívar estuvieron organizándose largos años; cada bloque estaba sujeto con una piedra que llevamos de la playa marina («guarataras» limpias y blancas semejantes a pulidos trozos de mármol de Carrara). Aquel archivo guardado en armarios o en las mesas, según las circunstancias lo exigían, era cuidado con gran esmero. Mi padre no permitía que el servicio tocara aquellos documentos, sólo yo misma con un pequeño plumero acompañada de una sirviente de confianza que limpiaba todo lo demás.

Papá había copiado para su uso el austero butacón de asiento y espaldar de suela, perteneciente al marqués del Toro; varios sillones iguales amueblaban aquel salón abierto hacia el parque o de antemano eran transportados, bajo la sombra de algún frondoso árbol.

Maravillosa estancia era esa casa criolla, de las que ya no existen en el centro de Caracas; sosegada, tranquila, espaciosa, de patios en claridad y corredores de umbría acogedora; las habitaciones, de hermosas puertas altas y blancas, siempre abiertas; y en la noche llegaba hasta los dormitorios el rumor de los árboles que desde el parque interior de la vivienda venía en alas del aire; y los aromas de tantas plantas de nuestra tierra: albahacas, jazmín real, flor de baile, damas de noche, malabares y unos lirios morados llevados de la fila de Mariches y que, desde que se agostaron al desaparecer la casa, no he vuelto a encontrar más...; perfumes sólo comparables a los percibidos una noche de verano en los jardines del Alcázar de Sevilla; y en Egipto y Jerusalén...; en el primero, en forma de granos encerrados en minúsculos pomos; y en la Ciudad Santa, en aquellas hierbas que aromaban los caminos del Sublime Nazareno.

* * *

Existen cosas que parecen nimias, pero en el fondo no lo son. En el parque de esa casa yo pasé muchos años cuidando la gran bandada de pájaros que allí se refugiaban; sus cantos y gorjeos incesantes colmaban el aire...; cristofués, turpiales, paraulatas...; los azulejos, aunque sin canto, hermoseaban los contornos del parque, apareciendo todos juntos como un girón de nube azul prendiéndose ansiosos del dorado racimo de cambures, que para todas aquellas aves se dejaban madurar en los altos mástiles de sus troncos; era un goce el alborozo de su fiesta. Mi padre había mandado construir una mesa redonda de alto pie que se hallaba clavada en la tierra, y se guarnecía a diario de suficiente fruta, cuando los árboles estaban

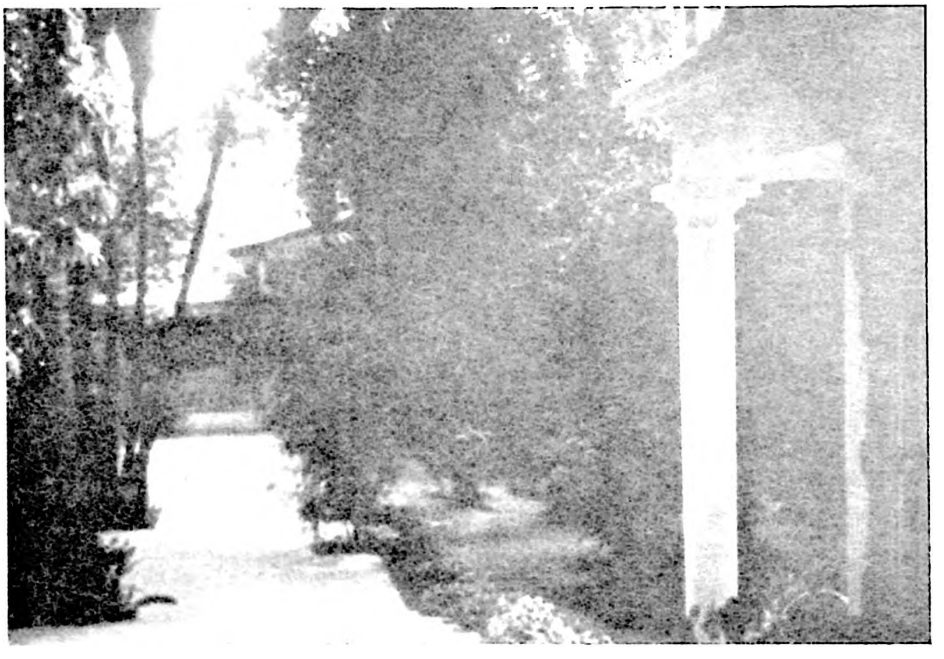
despojados de ésta; habíamos hecho sembrar un jazminero que trepado alrededor de la mesa hacía más linda la escena.

Inesperadamente algún zamuro siniestro y agorero sombreaba con su vuelo la pureza del cielo; o una sombra de luto aparecía aposentándose en la tierra queriendo adueñarse de aquella ciudadela: eran los tordos, de plumaje negro y opaco que, llenos de rencor, intentaban hacer huir a todos los demás pájaros; incluso se atrevían a pescar algún pececito rojo de la pila grande, que sacudía su impotencia, apresado, por el astuto pájaro pescador.

Algunos días, de amanecer transparente que hacían sentir el goce de la gran fiesta de la vida, sentada en el banco privilegiado del jardín (la «piedra histórica») me hacía servir allí el pequeño azafate con el desayuno. ¡Qué alborozo compartir el pan con mis amigos cantores que después se cobijaban entre el ramaje!

* * *

Refiriéndonos a las reuniones de los domingos; sólo con una copa de «cocktail», que me enseñó a hacer don Manuel Segundo Sánchez, eran obsequiados aquellos personajes; no necesitaban nada más. Acudían sin falta el ya nombrado don Manuel Segundo, bibliógrafo e historiador de extraordinaria cultura y distinción personal; el poeta Luis Correa, de exquisita sensibilidad; José Eustaquio Machado, fino poeta; don Alberto Sucre, ya muy mayor y versado en historia; los admirables Planchart, Julio y Enrique; el poeta Eduardo Carreño, y algunas veces el doctor Villegas Pulido, de bello porte físico; Ricardo Zuloaga; Bartolomé López de Ceballos; y Pedro Grases a quien nuestro padre reclamaba cuando faltaba algún domingo; otros muchos historiadores de toda nuestra América y señores que venían del interior de la República; pasaban también por aquel cenáculo, algunos extranjeros que no deberíamos llamarles tales por sus espíritus tan afines con el de aquellos personajes: El general Edgardo Ubaldo Genta, del Uruguay, autor de la epopeya a Bolívar, y que aún clama por una estatua de nuestro Héroe en su Patria; el general Chiriboga, ecuatoriano de lealtad incomparable; el doctor Luis Felipe Lira Girón compendio de excelsas cualidades, quien impuso el señor Lecuna la máxima condecoración de Bolivia; el escultor español Victorio Macho, invitado a venir por el historiador a Venezuela; el motivo era la realización de las esculturas yacentes de los padres y esposa de Bolívar que ornamentan las tumbas de éstos en la Catedral de Caracas; este genial artista colocó sobre el vientre de la madre de Bolívar una corona de laureles. Otro proyecto del doctor



El corredor que arremansó en su ambiente de calma, la difícil tarea bolivariana de don Vicente Lecuna

Lecuna era que este escultor realizara un grandioso monumento a Bolívar en la colina del Calvario, que sería visto desde todo Caracas y que desgraciadamente con la desaparición de ambos no se llevó a efecto. En años anteriores habían estado también en esas reuniones el poeta español Francisco Villaespesa, autor de una obra teatral sobre nuestro Libertador, y el poeta peruano José Santos Chocano, autor entre tantos poemas, el de la «Despedida Lírica a Caracas», del que copio las estrofas del canto cuarto dedicadas al doctor Lecuna.

También asistía con frecuencia, en sus últimos años, casi ciego, don José Antonio, padre del pintor Tito Salas, venerable anciano de hermosa cabeza blanca: yo lo comparaba con el árbol más antiguo del jardín, un eucalipto corpulento de grueso tronco en el que revoloteaban siempre las mariposas... Tito era la alegría, la fuente del jardín.

Todos los venezolanos allí reunidos durante el período gomecista coincidían en las mismas ideas antigubernamentales. Cuando asistía el doctor Román Cárdenas no se hablaba de política. Para el señor Lecuna el doctor Román Cárdenas, ministro de Hacienda por muchos años en el gobierno de J. V. Gómez, fue un ministro de acrisolada honradez, organizador de la hacienda pública. Yo lo recuerdo en los posteriores años; su elegante figura atravesando los corredores de la casa con imponente seriedad.

Creo que el preferido de los amigos de mi padre además de Luis Correa era don Manuel Segundo Sánchez. En cierta ocasión hubo entre ellos una discusión de alguna recia acritud y don Manuel no volvió más. Había pasado más de un año, cuando un día llega a la casa papá sumamente mortificado y me dice: «Hija, Manuel Segundo está muy grave.» Desde aquel día todas las tardes iba a sentarse al lado del lecho de su gran amigo y así estuvo visitándolo durante su larga enfermedad hasta el día de su deceso.

* * *

CANTO IV

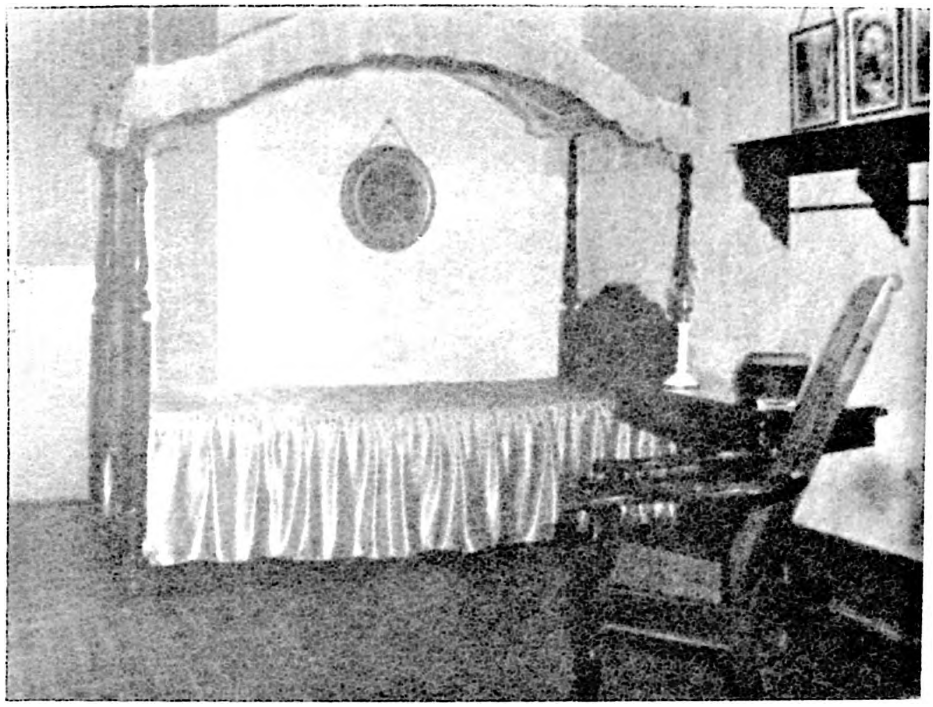
A VICENTE LECUNA

Tócame despedirme del gran bolivariano
que restauró la casa donde el Héroe nació
y abrió el Palacio donde se atesoran no en vano
prendas con las que un libro de versos haré yo.
Al pensar en Bolívar, ya que la buena suerte me
hace ser su Poeta, no me puedo marchar
sin sacudir la mano-mano de varón fuerte
que dio al Héroe la sombra de su árbol familiar...

Torna el granado histórico a prodigar sus ramas...
Varón fuerte: ¡tu mano lo hizo reverdecer!
En sus frondas, el propio nombre con que te llamas
y el del padre del Héroe funden sus monogramas...
Si el Héroe al ver tu nombre piensa en quién le dio el ser
cual si de su familia renaciesen las damas,
para hacer el elogio del amor con que le amas
en cien granadas se abren cien bocas de mujer...

¿He de hacer yo tu elogio? Lo hace cada granada,
que volcando en un brindis su sangre coagulada,
se te ofrece a manera de una palpitación...
Al restaurar la casa donde nació el Grande Hombre,
uniste para siempre con su nombre tu nombre,
que va a quedar sonando, por eso, en mi canción...

JOSÉ SANTOS CHOCANO
Obras completas



Lecho y butacón de D. Vicente Lecuna Párraga
que usó muchos años su nieto el doctor Vicente Lecuna

Ultimos años

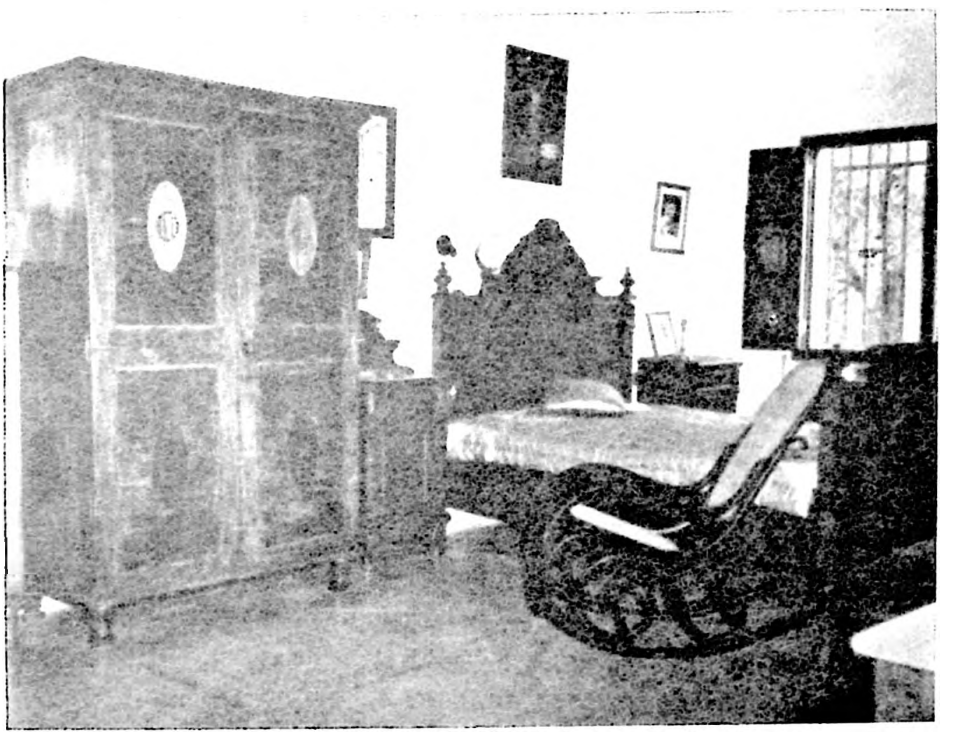
Desde el fallecimiento de nuestra madre, papá nos llevaba al cementerio cada sábado a sus hijos; desde la época en que ellos partieron a los colegios de los Estados Unidos, y al regresar, después de sus bodas, cuando ya vivían en sus casas, mi padre a través de toda esta época siguió esa costumbre en mi compañía*. Había transcurrido largo tiempo y él ya pasaba bastante de los setenta años de edad. Uno de estos días, entrando al Camposanto, mirando el sauce que bañaba con sus sombras las losas, me dijo: —«Ya estoy como ese viejo tronco, pronto estaré yo aquí también»—. Me conmoví tanto que, recostada del árbol, no pude contener mis sollozos.

A nuestro padre, a pesar de amar tanto la vida y de su permanente optimismo ante sus luchas, creo que se le podría aplicar esta frase de Unamuno: «El sentimiento trágico de la vida.» Cierta vez, Tito Salas le dijo: —«Vicente, tú naciste triste»—. Eran estas otras facetas de su forma de ser.

Esa misma tarde, al llegar del cementerio a casa, llamé a Tito Salas por teléfono, contándole lo que había pasado, para que invitara a papá los sábados en la tarde a su casa, a su grata tertulia de amigos, en el Toboso; así sucedió a lo largo de un año hasta que su hijo Vicente le obsequió con una quinta en Macuto, donde pasó años muy felices. Se iba los viernes por la tarde y regresaba el lunes, saliendo a las cinco de la mañana (la Autopista Caracas-La Guayra no estaba terminada); esto, para llegar al Banco de Venzuela a las siete y media en punto, según su costumbre, pues al salir del Banco a las once y media de la mañana para ir a su casa diariamente y evitar el tráfico, recuperaba esta media hora antes, para dar ejemplo. Y ya llevaba casi cuarenta años de presidente de dicha Entidad.

* * *

* Rezábamos el rosario y llevábamos un ramo de azucenas de las que dejaba, a veces, alguna, en la cercana y abandonada tumba del poeta Juan A. Pérez Bonalde.



Habitación de D. Vicente Lecuna

Cuando mi padre frisaba ya los ochenta años de edad, comenzó a sentir los embates de la enfermedad; su vida se vio amenazada por una anemia de corazón. Mi hermano Vicente resolvió, siguiendo las recomendaciones de los médicos, mudar a nuestro padre al campo. Yo me fui a New York bajo pretexto de mi salud, para hacerle menos difícil a mi padre la salida de la casa. Fue trasladado al Country Club; nuestro hermano le hizo fabricar un apartamento adjunto a la casa de nuestra hermana Elena, casada; éste se componía de dos enormes salones, dormitorio y biblioteca, altos techos de obra limpia de caoba y paredes encaladas en blanco, copia de sus habitaciones de la casa del Reducto. La Quinta de Vicente quedaba muy próxima a la de Elena. Este lugar, entonces, era una verdadera fuente de salud, por las profusas arboledas que reinaban en todo su ámbito.

Pocos años vivió nuestro padre en la nueva casa; a su vitalidad natural, mantenida siempre con una vida sana, sin vicios y metódica, se oponían sus luchas siempre iniciadas en aras del bien y sus esfuerzos agotadores en servicio de la Patria.

Una vez instalado en ella, dejó todas sus numerosas ocupaciones, a ruegos de su hijo, dedicando todo su tiempo a concluir la obra bolivariana, titulada «Catálogo de Errores y Calumnias en la Historia de Bolívar». Con esta obra completaba sus eruditos estudios sobre el héroe, rematando la grandiosa tarea de limpiar de maledicencia y equivocaciones su pura y heroica existencia; de los cuatro volúmenes en que estaba planeada, únicamente pudo concluir tres; del cuarto tomo tenía preparado el estudio de crítica y corrección de errores y falsedades de la biografía de Bolívar por Emil Ludwig, que incluimos más adelante.

Nuestro padre nunca se quejaba de sus males y refiriéndose a su estado decía con cierta resignación «estoy bien, por lo conforme»; él sufría mucho entre el padecer físico y la angustia de no ver terminada su Obra; su ansiedad, naturalmente, aparecía al aumentar sus dolencias y debilitarse sus fuerzas y reiniciaba el trabajo con alegría en cuanto apenas mejoraba su estado. Jamás se quejó de cansancio o de hastío.

* * *

Su hijo, durante este tiempo, lo acompañaba muchas horas del día y probaba con los médicos nuevos tratamientos para la posible recuperación de sus dolencias; además, la sola presencia del único hijo varón, lleno de

amor y desvelo, le daba fuerzas al padre para conllevar las angustias y debilidad que se acentuaban de día en día.

* * *

En los últimos tiempos de la vida de nuestro padre en esa casa, el embajador de Ecuador en Venezuela, señor Homero Viteri Lafronte, fue a imponerle la máxima condecoración del Ecuador, y con ese mismo motivo, llegó a Caracas el general Angel Isaac Chiriboga, gran personaje de aquel país. El discurso del señor Viteri Lafronte, muy elogioso y conciso, entre otras magníficas alusiones a su obra histórica, afirmaba: —«Si el Libertador resucitara, estoy seguro que le preguntaría a menudo: Dígame, Lecuna, ¿qué hice yo aquel día, aquel mes o tal año?; y, para terminar, agregó estas bellas palabras: —«Vicente Lecuna, por su integra lealtad, perseverancia, fidelidad y tantas virtudes, ha sido el segundo Sucre de Simón Bolívar»—.

* * *

Rememorando en aquella casa su última cena de homenaje para aquellos dos personajes del Ecuador, como convidados especiales, nuestro padre había dicho: —«No quiero más personas en el banquete, sólo mis hijos»—. Yo fui la última en llegar; iba desde nuestra casa en el Reducto; ya estaban todos sentados ante la larga mesa; mi padre, al verme entrar, se dirije a sus dos ilustres invitados y dando a su voz el tono solemne con el que solía imprimir a sus palabras cuando le embargaba la emoción, les dice: —«General Chiriboga, Señor Embajador: esta es la hija que nunca me dejó solo»—. Recuerdo que llevo prendido en mi corazón y me compensó las múltiples vicisitudes pasadas a su lado; luz que me guía, ahora que no está entre nosotros, no sólo por este recuerdo, sino por la gratitud que debo a su abnegación familiar y a la ejemplaridad pura de su vida; que me anima a proseguir estos relatos con la intención de que se mantenga viva su memoria.

* * *

Don Vicente Lecuna conservó una perfecta lucidez hasta el final de sus días.

Envió telegramas, despidiéndose de sus amigos bolivarianos de Colombia, Ecuador, Bolivia y otros países.

A todos nos mortificaba mucho el más mínimo detalle que él pudiese percibir de su gravedad; pero una tarde, sobreponiéndose a estos sentimientos, le dije: —«Papá, tu amigo Monseñor Nicolás Navarro, quiere venir a saludarte»—. Me contestó de inmediato: —«Sí, sí, que venga»—.

Monseñor lo quería entrañablemente. Cuando le avisé, me dijo: —«Esperaba impaciente esta llamada»—. Al día siguiente, a las seis de la mañana, pasé a recogerlo en un automóvil; Monseñor estaba revestido y llevaba el Santo Viático; le rodeaban los dos acólitos que se acomodaron con él en los asientos posteriores; yo me senté al lado del chófer. Llegamos a la Quinta; vi a nuestra hermana, cuando entrábamos a la casa tocando las campanillas los monaguillos. Fuimos directamente al cuarto de mi padre; ya estaba sentado en su sillón. Estábamos solos y yo me hinqué en el suelo a poca distancia del espaldar de su asiento; en el rostro de mi padre había la firmeza y el dominio de sí mismo; su mirada era clara y su voz no desfallecía en su repuesta a Monseñor: —«Sí creo, sí creo»—.

El comulgó con la unción y el respeto que siempre profesó a nuestra Santa Religión Católica.

Dentro de la gran tristeza, tuve la satisfacción de un postrer deber cumplido.

Aquella noche, en la esfera celeste, tenían más fulgor las estrellas.

Al día siguiente se durmió para siempre y nos dejó a sus hijos en la más grande soledad; yo puse sobre su pecho el Crucifijo de marfil que le habían regalado las dos nietas que habían crecido a su lado en la casa del Reducto: Helena y Carmen Galindo Lecuna.

El Gobierno de Venezuela decretó tres días de Duelo Nacional y la bandera izada quince días a media asta en la Casa Natal del Libertador.

* * *

Poco después, Vicente Lecuna hijo, instituyó la Fundación Vicente Lecuna en honor de nuestro padre y para servir de estudio a jóvenes venezolanos que siguiesen el camino de nuestra Historia. Allí se publicaron dos obras inéditas del historiador: «Bolívar y el Arte Militar» y «Catálogo de Errores y Calumnias en la Historia de Bolívar», éste último en tres volúmenes.

Vicente Lecuna, por Vitorio Macho

Vicente ha comenzado a organizar también y publicar con la colaboración de Ester Barret en la Fundación Vicente Lecuna, el Archivo del Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre.

Vicente tiene la costumbre en la Misa que se oficia por el alma de nuestro padre don Vicente Lecuna, el día de su defunción, 20 de febrero, en el Oratorio de la Casa Natal del Libertador obsequiar a todos los asistentes con el tomo que termina por año, de este archivo. Obra que nuestro padre no pudo hacer por dedicarle toda su vida a Simón Bolívar.

Asimismo obsequió primeramente sus obras inéditas.

* * *

No había transcurrido mucho tiempo cuando el Cementerio de Caracas vio alzarse el monumento que en homenaje a don Vicente Lecuna labró el escultor Victorio Macho, por encargo de su hijo Vicente. El fue en la vida de nuestro padre, un hijo ejemplar, y despues de su muerte, sigue honrando su memoria con el mismo devoto fervor.

IV

Vicente Lecuna
y
el Arte

Medallón de Bolívar, por David D'Angers, existente en el Museo de Louvre (París), y que el doctor Lecuna hizo copiar para regalo a la Casa Natal.

En la idiosincrasia de la inmensa mayoría de los hombres, por muy grandes que estos hombres sean, siempre dominan las cualidades del razonamiento o las del sentimiento. En otras palabras, las personas notables destacan por sus dotes para conocer o para sentir; para razonar o para soñar; para conocer o para intuir; para adentrarse, en suma, en el campo del conocimiento, o para captar inspiradamente la menor vibración de la vida. Según las condiciones dominantes, las personas llegan a ser grandes científicos o grandes artistas; pero sólo unos pocos son tocados con la gracia de la plenitud, como en el caso del doctor Lecuna, simbiosis perfecta del sabio y del esteta.

PEDRO M.ª RUBIO REQUENA
Doctor catedrático

Obras artísticas realizadas por iniciativa del doctor Lecuna

RESTAURACIÓN de la Casa Natal de Bolívar con la precisa exactitud arquitectónica histórica y artística, logrando el traslado desde París del pintor venezolano Tito Salas para mostrar en sus pinturas la historia del Libertador.

Reorganización e instalación de la Sociedad Bolivariana y el Museo Bolivariano a ambos lados de la Casa Natal.

Recuperación del busto de Bolívar del gran escultor Tenerari, que se encuentra en la Casa Amarilla de Caracas.

Erección del monumento a los padres y esposa de Bolívar en la Catedral de Caracas, obra del escultor Victorio Macho *.

Iniciativa para pintar tres grandes cuadros de la historia y vida del general y prócer de la Independencia Rafael Urdaneta, que se encuentran en la ciudad de Maracaibo, obra del pintor Tito Salas. Asimismo, un grandioso cuadro para Colombia.

Ornamentación completa de la obra pictórica de Tito Salas, lograda por el doctor Lecuna, del Panteón, en Caracas.

Rescatar para la Nación la «Cuadra Bolívar», hoy museo.

Reconstrucción arquitectónica del Banco de Venezuela, ornamentado además con dos grandes lienzos de Tito Salas. Uno representa «El Primer Negocio en Venezuela», que trata de enseñar a los venezolanos a no dejarse engañar por extranjeros. El otro representa, en un tríptico, «Silva a la Zona Tórrida», del poeta Andrés Bello, tema no tratado antes por ningún pintor.

* La figura en bronce a los pies del mausoleo, no representa a Bolívar, sino que se trata de una figura alegórica, añadida por el escultor.

Reconstrucción y puesta en marcha y organización de la enseñanza de la Escuela de Artes y Oficios para hombres en Caracas. Gratuita.

Traslado del Monumento a Bolívar en New York al frente de la Avenida de las Américas, idea que copiaron posteriormente los argentinos con San Martín y los cubanos con Martí.

Proyectos

Proyecto del grandioso Monumento a Bolívar, encargado al escultor Victorio Macho, para ser colocado en la Colina del Calvario, y así poder ser visto por todo Caracas. Este no se llevó a efecto por la muerte de ambos.

Otros proyectos fueron grandes obras hacia el interior del país, tales como ferrocarriles, explotación agrícola, nacionalización del petróleo; llevar a Venezuela la Comisión Rockefeller, para sanear al país del terrible paludismo; creación en el interior de hospitales, escuelas, viviendas, en todos los pueblos, con prohibición de ranchos, que sólo son muestra de incultura, insalubridad y miseria. Todos estos proyectos fueron tratados con algunos mandatarios de Venezuela, no apoyando sus ideas.

La Escuela de Artes y Oficios para hombres en Caracas

El director de una escuela, es decir, el hombre generoso y amante de la Patria, que sacrificando su reposo y su libertad se consagra al penoso ejercicio de crearle ciudadanos al Estado que le defiendan, le ilustren, le sacrifiquen, le embellezcan, y le engendren otros tan dignos como él, es sin duda benemérito de la Patria: merece la veneración del Pueblo y el aprecio del Gobierno. El debe alentarle, y concederle distinciones honrosas.

SIMÓN BOLÍVAR

* * *

(...) El objeto más noble que puede ocupar al hombre: ilustrar a sus semejantes.

SIMÓN BOLÍVAR
(29-6-1827)

* * *

(...) El ingeniero Vicente Lecuna fue uno de los pocos maestros fieles de corazón, que hallamos en la Escuela de Artes y Oficios para hombres, en Caracas.
(Párrafo de una carta.)

BENJAMÍN FONTÁN

* * *

Un hecho catalítico en esa vida extraordinaria de VICENTE LECUNA *fue el trazado del mapa de Venezuela, en dieciséis grandes planchas, cuando Lecuna dirigía la Escuela de Artes y Oficios en su doble calidad de ingeniero y extraordinario organizador. Ese contacto directísimo, casi de la mano sobre la tierra y del ojo sobre el agua de los ríos, significaba vivir en un permanente despertar de sucesos del pasado. De las rutas que iban trazándose surgía admirable la silueta de los ejércitos libertadores; aquí se moría un centenar, en la última refriega; allá los godos fueron aplastados; en este punto se tramó la gran traición al Libertador; en aquella plaza de Angostura hubo que fusilar a Piar. Así, un libro y un atlas decidieron de esa vocación y fijaron el destino de un hombre excepcional.*

ALFONSO RUMAZO GONZÁLEZ

* * *

El doctor Vicente Lecuna se hizo cargo de este Instituto el año de 1911. Por aquellas fechas era éste un caserón destartalado que ocupaba una manzana y mal equipado en medios personales y materiales.

Empezaremos este artículo repitiendo sus propias palabras: «Yo acepté el cargo de director de la Escuela de Artes y Oficios contando hacer obra útil para la difusión de conocimientos científicos en nuestros obreros y en la juventud que quisiera adquirir la preparación necesaria al ejercicio de nuestras industrias, y me consagré con fervor a esta tarea. A fin de llevar a cabo el noble propósito a que me refiero se creó la escuela nocturna, se solicitaron los mejores profesores, se surtió el establecimiento de abundante material de enseñanza y pronto se llenó de alumnos.» La Escuela era gratuita. El señor Lecuna transformó aquel centro, que permanecía en completo abandono, en una academia digna de los más avanzados países europeos. Comenzó por reconstruir sus fachadas ornamentándolas con grandes ventanales enrejados que daban al conjunto una hermosa apariencia exterior. Interiormente se construyeron salones de tamaño adecuado para cada oficio; de esta manera los obreros podían escoger el oficio que prefirieran según su habilidad y gusto. El salón más espacioso estaba dedicado a conferencias educativas, cine instructivo y exposiciones de Arte. Todos estos salones circundaban un gran terreno que su director fue transformando en parque plantado con diversos árboles, dejando un espacio adecuado al aire libre para gimnasio obligatorio y una gran piscina para natación, la primera construida en Venezuela; el profesor de gimnasia y natación fue el señor Armando Alvarez de Lugo.

Todas las artes y oficios estaban allí representados, ocupando cada grupo su sala especial: mecánica, herrería, pintura, física, electricidad, carpintería, talla dorada al fuego, mosaico y fotografía; estas salas se complementaban con un bello salón destinado al Atlas de Venezuela; instalado sobre una inmensa mesa, estaba todo nuestro territorio con sus ciudades, montañas y ríos; la maqueta, en escayola, estaba decorada con extraordinario buen gusto. Cuando el doctor Lecuna estuvo invitado en el Perú con ocasión de festejarse el centenario del Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre (el doctor Lecuna era sobrino del mariscal), llevó este Atlas a Lima; en aquella ciudad fue nombrado Doctor «honoris causa» de la Universidad de San Marcos. (El primer Atlas de Venezuela fue hecho por Codazzi en Italia; el segundo, fue elaborado en Caracas por el doctor Lecuna, enteramente realizado por obreros venezolanos.)

El director dedicó al centro gran parte de su tiempo hasta que éste comenzó a funcionar debidamente; nombró personal educativo, encargó a Estados Unidos modernos aparatos sanitarios, así como vestuarios, etcétera.

El señor Lecuna pidió al sabio doctor Luis Razetti que diese conferencias para instruir a los alumnos en el peligro de las enfermedades venéreas, así como en su curación; también se dedicaron algunas de sus clases a divulgar los daños del alcoholismo. Estas conferencias se completaban con proyecciones cinematográficas y cuadros instructivos instalados en las paredes. El doctor Lecuna luchó mucho en Caracas para que fuesen eliminadas las casas de juego, lugar en que algunos trabajadores malgastaban sus jornales.

Como resultado de estos esfuerzos se formó en la Escuela una generación de hombres que dominó con gran maestría sus respectivos oficios, llegando a ser excelentes ciudadanos.

Profesores y maestros dedicados a la instrucción en la Escuela de Artes y Oficios para obreros, artesanos y aprendices

Vicente Lecuna.
Director.

Julio Planchart.
Subdirector.

Guillermo Salas y Alberto Posse.
Dibujo y Construcción.

Henri Pittier.
Botánica.

Alfredo Jahn.
Meteorología.

F. Machado Hernández.
Jefe de talleres.

Fernando Pacheco.
Ecónomo.

Julio C. Díaz.
Profesor de instrucción.

Félix Martínez Volcán.
Tenedor de libros y cajero.

Luis F. Torres.
Operario carpintero.

R. Sarría.
Guarda almacén.

A. Alvarez de Lugo.
Profesor de gimnasia.

Antonio Muñoz Tebar.
Meteorología. Litografía.

Guillermo Méndez.
Fundición.

Santiago Key Ayala.
Física.

Luis Muñoz Tebar.
Colaborador.

J. Marichal Torres.
Profesor de automovilismo.

F. Hernández.
Maestro de mecánica.

Ricardo Hernández.
Maestro de carpintería.

A. González Vidal.
Operararío encuadernador.

Ramón E. González.
Operario encuadernador.

Miguel A. Parra.
Oficial de mecánica.

Germán Ely.
Operario tornero.

José Antonio Ferraro.
Oficial de mecánica.

Luis María Karrás.
Litógrafo.

C. Benfele.
Operario herrero.

Avelino Osío.
Vigilante-cobrador.

* * *

(...) Allí Tito Salas pintaba algunos de sus cuadros. Se abrió un departamento para la Escuela de Ingeniería, construyendo todo el mobiliario la Escuela de Artes y Oficios por su cuenta. De esta unión de las dos Escuelas, en que continuaron su obra de civilización los profesores Calcaño,

Ugueto, Muñoz Tebar, Delgado Palacios, Luis Urbaneja, Ricardo Razzetti y Toro Manrique, resultó una reforma trascendental, utilizando la Escuela de Ingeniería los talleres para sus experiencias, y así se vieron trabajos notables, como los de Luis A. Urbaneja, sobre las resistencias de nuestras maderas y se mantuvieron en brillante pie los gabinetes y se distinguieron en este servicio los estudiantes de ingeniería Francisco J. Sucre y Andrés M. Frájenas; primeramente se había instalado la Oficina del Mapa (...).

Caracas, 18 de marzo de 1935

Señor doctor

VICENTE LECUNA

Respetable y apreciado doctor:

Aun cuando no tengo autoridad suficiente para dirigirle una carta por mi escaso grado de intelectualidad, hágolo impulsado por el deber que siente todo ser honrado, de alentar con su expresión sincera a los hombres de buena voluntad y rectos procederes como usted.

Por mi condición de obrero y haberle hecho trabajos en distintas ocasiones y por más de dieciocho años, puedo asegurar que usted es uno de los pocos que se interesan y tienen en mejor concepto al artesano.

Todos los que hemos tenido el honor de conocerle íntimamente conservamos algún detalle de actos suyos con los cuales, sin estar fuera del país, reprochaba los malos procederes del Gobierno pasado.

Me permito citarle uno que quizá usted no le dio demasiada importancia, pero que yo conservo entre otros como recuerdo de sus bondades: era la época en que el Gobierno de Gómez escogía la hora de salida de los trabajadores para hacer aquellos alarmantes reclutamientos de los vagos, y habíamos un número considerable de obreros trabajando en su casa de habitación, y usted dispuso se hiciera comida para todos y que nos quedáramos a dormir para no exponernos a ser reclutados, sin reparar que aquel acto comentado en la calle por nosotros mismos pudiera ser mal visto por aquel Gobierno.

Estos y otros favores de su bondad siempre los recordaré con agradecimiento.

Reciba las consideraciones de mi papá y de su atento s. s.

MARCOS ESCOBAR.
Escuela de Artes y Oficios
para hombres en Caracas.

El busto de Bolívar, por Tenerani

Caracas, 12 de diciembre de 1927

Señor general

JUAN VICENTE GOMEZ

Maracay

Respetado general:

Contando con su benevolencia y la decidida protección que presta usted a la familia del Libertador, me atrevo a hacerle la siguiente exigencia.

El joven Fernando Bolívar, nieto de don Fernando Bolívar, sobrino carnal e hijo adoptivo del Libertador, tiene un busto de mármol de Bolívar que fue la primera obra del Libertador ejecutada por el célebre Tenerani. Fue mandada hacer en 1837 por don Fernando Bolívar. Es magnífica, de gran mérito artístico.

Como un obsequio de Pascua para esta Casa y al mismo tiempo una protección al joven Fernando Bolívar, único que lleva el apellido, y quien es a su vez uno de los más próximos parientes, yo suplico a usted que adquiera este Busto para la Casa de Bolívar. Personas entendidas con quienes he consultado lo evalúan como muy barato en Bs. 25.000, y privadamente he sabido que el joven Bolívar tiene hipotecada por esa suma la única casa que posee, hogar de su madre viuda.

Esta rama de la familia Bolívar no ha recibido protección de los Gobiernos anteriores. Toca a usted realizar esta obra de justicia. El joven Fernando sólo tiene veinte años de edad, es empleado de comercio y se conduce con honor.

Con sentimientos de consideración me repito su s. s. y amigo,

VICENTE LECUNA

Caracas, 2 de enero de 1928

Al señor doctor

VICENTE LECUNA

Presente

Avisa recibo a su distinguido amigo el señor doctor Vicente Lecuna de su atenta carta de 23 de diciembre último y en contestación le manifiesta que fue resuelto en Gabinete la adquisición del busto de Tenerani que posee el joven Fernando Bolívar, con destino a la Casa Amarilla. Al efecto, el doctor Lecuna se servirá tratar ese asunto con el doctor Itriago Chacín, ministro de Relaciones Exteriores, a los fines de la correspondiente orden de pago que conforme a instrucciones del ciudadano presidente de la República será librada por el Departamento de Relaciones Interiores.

Arcaya devuelve a su amigo el doctor Lecuna la tarjeta del Benemérito General Gómez que se sirvió acompañarle y aprovecha esta oportunidad para expresarle las veras de su consideración y aprecio.

Bolívar, por Tenerani (1831)

La Cuadra Bolívar renace en la Caracas Cuatricentenaria *

Caracas, 16 de noviembre de 1925

Señor general

JUAN VICENTE GOMEZ

Presente

Respetado general:

Existe de la esquina de las Piedras a la de Bárcenas, cerca del Guaire, una vieja casa colonial con solar, que fue de Bolívar, y donde se puede decir nació la Revolución de Independencia. Esta finca célebre en la historia se conoce con el nombre de Cuadra Bolívar.

Bolívar vivió en esa casa muchos años, y allí se educó. Actualmente tienen arrendada la finca las religiosas de Nuestra Señora de Caridad del Buen Pastor de Angera, monjas americanas muy distinguidas y a quienes preside una colombiana hija del célebre diplomático Herrán y nieta de los generales Herrán y Mosquera, compañeros de armas del Libertador, y presidentes ambos de Colombia.

Esta casa está expuesta a ser destruida por su dueño para aprovecharla mejor como negocio, y como se trata de una finca llena de historias desde la Conquista creo que sería muy propio de su Gobierno adquirirla para la Nación y dejársela a las referidas monjas que la tienen destinada a una escuela y se comprometerían a conservarla en su perfecto estado colonial.

Yo creo que si usted viera esta casa la encontraría muy interesante. Adquiriéndola el Gobierno, es como si no se hiciera gasto, porque tendría la Nación una propiedad más.

Ojalá en uno de sus paseos usted pudiera ver por dentro esta casa que tiene tanta nombradía entre todos los historiadores de la América española y aún de los Estados Unidos, que saben cómo se formó allí la Revolución. Si usted resuelve verla me gustaría mucho estar presente para tener el honor de mostrársela.

Lo saludo atentamente y me repito, seguro servidor y adicto amigo.

VICENTE LECUNA

* Tomado de Mauro Páez Pumar.

Relata la tradición que hacia 1808 aquel eminente jurista don Miguel José Sanz fue invitado a un festejo que habría de llevarse a cabo en la hermosa quinta «El Palmito», extramuros de la ciudad, y que apenas el ya maduro caballero había traspuesto los umbrales de la posesión campestre del futuro Padre de la Patria, al comenzar sus ojos con tal multitud de jóvenes enfiestados, prefirió retornar a su tranquilo hogar en las cercanías de El Cují. Pues bien, lo que muchos ignoraron entonces y aún hoy es que tras esas festinadas reuniones se conspiraba con singular intensidad para lograr la separación de España. En ese recinto brotaría la conspiración de 1808, semilla de los gloriosos sucesos del cercano 19 de abril de 1810, cuando Caracas iniciaría definitivamente el movimiento independentista latinoamericano.

Esa estancia «El Palmito» a la cual quiero referirme hoy, arropada por modernas construcciones y despojada de la mayor parte de sus jardines, es la misma que conocemos bajo el nombre de Cuadra Bolívar, sita en el ángulo sureste de la esquina de Bárcenas, y cuyo frente principal se destaca entre esta esquina y la de Las Piedras. Denomínase así, según unos, por medir una cuadra por lado, o sea, una manzana, y no llegaba hasta las orillas del Río Guaire, pues de aquellas frondosas riberas la separaban vegas de distintos propietarios. Según otros, el nombre proviene de aposentarse allí las monturas de los Bolívar, así como ser estación obligatoria de las recuas y carretas venidas de San Mateo y el Tuy. Cualesquiera que fuese su original nombre, el que aún palpita en el ánimo recordante del caraqueño, es el de Cuadra Bolívar.

El sitio donde está enclavado el inmueble es pleno en tradiciones antiquísimas del Valle de los Caracas. Hasta mediados del siglo XIX, en que desdichadamente fue derribado para utilizar su grueso maderamen, elevaba su centenaria copa un gigantesco cedro llamado comúnmente «El cedro de Fajardo», en recuerdo de aquel mestizo colonizador que intentó la primera fundación de la ciudad. Aun cuando algunos historiadores señalen la región de Catia como el asiento de Fajardo y el posterior de Rodríguez Suárez, se abriría aquí la interrogante acerca de si fue este sitio de la Cuadra de Bolívar, y no aquél de la para entonces lejana Catia, el enclave del Hato de San Francisco. Varias premisas abonarían esta no polémica sino evocadora afirmación, tales son: la existencia del varias veces centenario Cedro de Fajardo, la cercanía al para entonces caudaloso Guaire, camino obligado para las veloces piraguas, las vegas ricas en pastos que los meandros del río mantenían en constante humedad, más proclives para el yantar del ganado que la roja contextura arcillosa del suelo de Catia, y por

último el nombre de Las Piedras, que si bien ignoramos en qué época se produce para distinguir a aquella esquina, de por sí indica, bien la existencia de grandes peñascales aptos para la defensa o los muros con que desde antaño y mediante el sistema de acomodar una piedra sobre otra se acostumbraba, y aún se estila emplear en algunas regiones montañosas, para crear los corrales de encierro del ganado.

La Cuadra Bolívar debió ser adquirida por don Juan Vicente de Bolívar y Ponte, pues no figura como heredero de la misma en los testamentos de sus padres. A su muerte es directamente adjudicada a su hijo Simón Bolívar Palacios, el futuro Libertador. Durante los últimos años del siglo XVIII, habría de ser reacondicionada a elevados costos, entre los cuales podríamos señalar como detalle de particular interés colectivo, el acueducto de agua potable que en tubos de arcilla hace empotrar la madre del Libertador, doña María de la Concepción Palacios y Blanco, desde la lejana fuente de la plaza de San Pablo (antiguamente situada frente al Teatro Municipal, hoy edificio sur del Centro Simón Bolívar). Se conocía el documento de solicitud al Ayuntamiento fechado en el año de 1789, y al explotarse minuciosamente el terreno se encontraron, siguiendo la debida orientación, los conductos de arcilla vidriada de aquella antigua y costosísima instalación. Para esa época y los años venideros la casa debió recibir sucesivas mejoras, pues los Bolívar gustaban de temperar en ella, costumbre que ha supervivido entre las familias de la ciudad hasta estos umbrales de su Cuatricentenario.

Para los primeros años del siglo XVIII, sirvió como se ha dicho antes, so capa de festejos de alegre juventud, para nidal de águilas en acecho conspirativo. Después del año 1812, el Libertador quizá la visitaría ocasionalmente, en sus esporádicas visitas a su ciudad natal. Es, pues, el escenario de su primera juventud.

Tito Salas, el inmortal pincel de nuestra historia, lo pintaría allí, recibiendo lecciones del padre Andújar y ciertamente en la Cuadra Bolívar estuvo y está presente el espíritu del maestro de América, Andrés Bello, de quien recibió lecciones el joven Simón. Al respecto señala Arístides Rojas que a instancias de su discípulo Bello diseñaría en latín una frase para ser colocada sobre el portal principal de la mansión: «Ruris deliciis urbana adjecta commoditas», que vertida al castellano significa: «Aquí encontraréis reunidas las delicias del campo con las comodidades de la ciudad.» Hoy nuevamente esta divisa, tal como la soñara el Libertador y la proyectara su maestro, campea sobre el portal, como el mejor de sus escudos, y

hace recordar al transeúnte aquella memorable frase de don Marcelino Menéndez y Pelayo: «Caracas tiene la gloria de haber dado a la América española, simultáneamente, su mayor hombre de armas y su mayor hombre de letras: Simón Bolívar y Andrés Bello.»

Años más tarde, durante la tercera década del siglo XIX, Bolívar donará la casa a su sobrino favorito, Fernando Bolívar, hijo de su hermano mayor, desaparecido en temprana edad, Juan Vicente, su compañero de conspiración en la misma Cuadra. En poder de la familia de éste permanecería hasta casi el presente siglo.

Pasaría luego la posesión a manos del general Tello Mendoza, y posteriormente a sus herederos. Será fundamentalmente en este siglo cuando se irá mermando por parcelamientos y ventas la manzana originalmente ocupada por la Cuadra. Así surgirá el actual colegio que ocupa la esquina de Las Piedras, los edificios que construyera don Manuel Lander, para sede y garaje de La Equitativa, amén de otras construcciones que hoy escapan a nuestra memoria y que dejarían la vivienda original solamente rodeada por un estrecho pasillo, al este y al sur, donde antes se dilataba la espaciosa huerta. Las construcciones existentes, hacia la esquina de Bárcenas, fueron vendidas también a don Antonio Feo, quien instaló en ellas su cochera. La vivienda original quedaría, pues, bastante reducida, y logró conservarse hasta nuestros días merced a una reparación ejecutada por el arquitecto Mujica por orden de los herederos de Tello Mendoza. A lo largo del siglo habría de servir de local de embotelladora, lavandería china y una vez adquirida por el Gobierno Nacional, hace unos veinte años, de hospicio bajo el nombre de «Casa Hogar María Antonia Bolívar». Para el momento de iniciarse su restauración definitiva en 1963, la Cuadra Bolívar presentaría un estado de ruina tan deplorable, que si la acción oficial y de un grupo de particulares interesados no hubiese actuado a tiempo, quizá la Caracas Cuatricentenaria no podría exhibir a propios y extraños tan insustituible monumento de su Arte y de su Historia Bolivariana.

En esa época fue comisionado para la ejecución de la obra el Centro Simón Bolívar, bajo la supervisión de una Comisión «ad-honorem», integrada por el desaparecido Carlos Manuel Möller, R. D. Silva Uzcátegui y por quien estas breves cuartillas escribe.

Con el apoyo de los sucesivos ministros de Relaciones Interiores la obra de restauración ha continuado lentamente hasta su ya muy cercana culminación. Fueron adquiridas las construcciones que integraban la antigua

cochera de Feo y actualmente se trabaja en ellas activamente. Fachada, corredores, salones, cocina y otras dependencias están totalmente listas.

El jardín, que hasta ayer solamente conservaba un enfermo tamarindo traído de Santa Marta, hoy está poblado de fronda ya crecida, donde se entremezcla la elevada copa de un cedro, en recuerdo del de Fajardo, con granadas revestidas de flores y frutos en agraz; y más allá el limonero, el naranjo dulce y el agrio, y el ciprés junto a la tapia, no sólo llenan de verdor lo que hace dos años fuera encementado patio, sino que se ha mutado en seguro refugio para las canoras avecillas que aún vuelan en nuestro cielo caraqueño. Las techumbres han sido rehechas cuidadosamente por el sistema tradicional de mangle y caña amarga, y los muros han recuperado su primigenia textura exterior de cal viva, con sus puertas y ventanas color añil. Interiormente, tras un minucioso trabajo de exploración, logró recuperarse gran parte de los diseños, que desde el suelo hasta el techo decoraban con vivos y tropicales colores las estancias principales, en una especie de emulación criolla de la papelería francesa de los últimos años del siglo XVIII. Los pisos que conservaban testimonios intactos de la época fueron embaldosados con panelas criollas de la misma forma, dimensiones y edad de los originales.

Las mayores dificultades de la restauración presentáronse en la porción del inmueble, donde actualmente se trabaja, o sea, el ocupado antiguamente por la cochera de Antonio Feo. Allí hubo que demoler posteriores tabiques y volver a levantar algunas tapias, partiendo de indicios señalados por los cimientos de las mismas. Sin embargo, merced a los estudios practicados en la exploración y a la cuidadosa cooperación de Joaquín Martínez, encargado por el Centro Simón Bolívar, la restauración del inmueble está en su última etapa, o sea, en el patio de caballos.

Para terminar, quisiéramos expresar que la Cuadra Bolívar que en la Ciudad Cuatricentenaria abrirá sus puertas, no estará carente del ambiente que debió tener en la época de su mayor esplendor. Cedidos en custodia por la Asociación Venezolana de Amigos del Arte Colonial y otras instituciones, entregadas en donación por empresas y particulares amantes de la tradición, van plenándose sus estancias con muebles de época, cuadros, bancos, lámparas, y otros objetos que nos irán llevando como de la mano a peregrinar hacia dentro en nuestro propio pasado.

Proyecto de monumento a Bolívar

Caracas, 28 de diciembre de 1943.

Señor general

ISAIAS MEDINA ANGARITA

Presente

Estimado señor presidente y apreciado amigo:

En Lima usted visitó al gran artista español Victorio Macho, y apreció sus obras. El está al terminar su contrato con el Gobierno peruano y este es el momento oportuno de comprometerlo para que haga un boceto del monumento del Libertador en el Paseo Independencia. A continuación extracto lo que me dice Elías Pérez Sosa, de Lima, con fecha 20 del presente: «Estuve en el taller de Victorio Macho en la quinta La Magdalena; cuando se pueda decir de este hombre es pálido para su gloria. Está concluyendo el monumento del almirante Grau en el que viene ocupándose ha varios años. Le hablé del interés que tenemos en la maqueta del monumento a Bolívar patrocinado por nuestro presidente el general Medina, en el Paseo Independencia de Caracas. Me dijo que no sólo se ofrecía a ello sino que era tal su ansiedad de hacer algo grandioso para Bolívar que estaba dispuesto a consagrarle lo que le quedaba de vida. Respecto a lo que se irá a concretar en la obra, hágame un memorandum para la mayor exactitud de todo. Es conveniente ganar tiempo porque sus compromisos con el Gobierno peruano están para expirar, y puede contraer otras obligaciones.»

En vista de esto me permito insinuarle me autorice a pedir al señor Macho un boceto para que usted lo considere y resuelva. Una obra de tan gran artista será un ornamento para Caracas, una lección de arte y un motivo de gloria para el Gobierno de usted.

Con sentimientos de sincero afecto me repito, su s. s. y amigo.

VICENTE LECUNA
Conservador «ad-honorem»

VL/ebn.

Lima, 4 de febrero de 1942.

PARTICULAR

Señor Victorio Macho

Distinguido amigo:

Le envío los datos que usted me ha indicado.

Plano de Caracas. *Existen unos muy grandes; le mando uno pequeño, pobre, pero manuable. Me parece que le basta para el propósito de usted. Si no fuere así, tenga la bondad de avisármelo. En la primera página está la ciudad antigua. En él le he marcado la colina con lápiz azul. En la página interior se ve toda la ciudad con las urbanizaciones modernas, apenas indicadas sin detalle, pues hay mucho construido. Caracas es un valle a 1.000 metros de altura, separado del mar por una bellísima montaña de 2.664 metros. En esta página interior también he marcado la colina del Calvario con lápiz azul. Se ve claramente cómo se adentra la colina en la ciudad. El barrio de Catia al Norte, está todo construido, lo mismo que El Empedrado al Sur. La estatua de Bolívar ecuestre, reproducida en la primera página es copia de la existente en Lima. Se halla en la antigua Plaza Mayor, hoy Plaza Bolívar.*

Colina de El Calvario. *Nombre oficial, Paseo de la Independencia. La vista general está tomada del centro de la ciudad. Aparece pequeña porque es tomada de frente, la colina se prolonga hacia atrás. En el centro se divisa la escalinata. Para los coches hay avenidas en espiral que llegan hasta lo más alto. En la cumbre, completamente plana, existe un jardín de más de una hectárea de superficie, y a un lado está lo que llamamos la Redoma, base de un antiguo monumento del presidente Guzmán Blanco, derribado de una de tantas revoluciones que ha tenido el país. En esta Redoma es donde se pretende situar la estatua de Bolívar.*

La Redoma es una rampa en espiral, como se ve en los dos dibujos que le incluyo. La base mide 43 metros de largo y 28 metros de ancho. La parte superior tiene 32 metros de largo y 17,40 metros de ancho. De un lado, la altura total es de 6,40 metros y del otro, 6,75 metros. Va un plano con perfil vertical, también una vista ideal de la Redoma, no muy perfecta, pero que da idea de cómo es.

El Proyecto. *Encontrará usted también en el paquete una vista del pedestal que presentamos al señor presidente. Habíamos supuesto darle*

20 metros de altura, y construirlo como una torre con escalera por dentro. En el dibujo se suponen cuatro puertas, pero me parece que mejor es una sola. El autor de este dibujo es un joven que lo ha hecho a excitación mía y sin ninguna pretensión, de manera que usted lo puede criticar con entera libertad. Pensábamos hacerlo de cemento armado, bien fuerte, imitando piedra; como le he escrito a usted, al presidente le pareció poco para Bolívar. Encima de este pedestal pensábamos colocar una estatua pedestre, de bronce, de 10 metros de altura más o menos. Al fijar estas proporciones fue con el objeto de que se distinga de toda la ciudad.

Retrato de Bolívar. *Hay muchísimos que son verdaderas caricaturas. Le envío un grabado del retrato de 1810, hecho en Londres del natural, al pie dice dónde se halla la miniatura, y una fotografía del retrato hecho en Lima, también del natural por Gil en 1825, mal dibujado, pero muy parecido según tradición. Dispénseme el estado de estos grabados, pero no tengo otra cosa a la mano; son los mejores retratos de Bolívar.*

Ojalá que usted se interese en nuestro proyecto y nos haga un boceto digno de Bolívar, y del lugar prominente en que se piensa colocar el monumento.

Su atento s. s. y amigo,

VICENTE LECUNA

VL/ebn.

Adición: La colina está a la altura de las calles de la parte alta de la ciudad, tiene unos 70 metros sobre las calles del barrio inmediato y unos 100 metros sobre las partes más bajas de la ciudad. La escalinata tiene unos 26 metros de altura más o menos.

V

Obra Bolivariana

Simón Bolivar
del natural por Carmelo Fernández

Ciudadano eminente de Caracas

Según reciente acuerdo de la municipalidad distrital, ayer a las diez de la mañana, en sesión extraordinaria del Ilustre Cuerpo Edilicio, el doctor Vicente Lecuna recibió una medalla de oro que tiene un efigie del Padre de la Patria en el anverso y el escudo de la ciudad en el reverso, y fue declarado: Ciudadano Eminente de Caracas. Año de 1951.

Fundación Vicente Lecuna

Sencillo en su forma, pero de un profundo valor sentimental y cívico fue el acto celebrado ayer tarde en el salón de sesiones del Banco de Venezuela, para constituir legalmente la «Fundación Vicente Lecuna», creada por el doctor Vicente Lecuna, hijo y sus hermanas, como homenaje a la memoria de su padre, para que la obra del historiador, patriótica y erudita, germine en las generaciones por venir. La fundación vendrá a ser como una escuela bolivariana, semillero de futuros historiadores.

CRISTÓBAL MENDOZA

Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar

Don Vicente Lecuna, al fallecer, tenía bien adelantada la elaboración de esta obra, que fue editada luego por la Fundación Vicente Lecuna. Sus capítulos, ordenados cronológicamente, siguen el hilo de los acontecimien-

tos de la existencia de Bolívar. El autor, con la seguridad que proporciona el dominio del tema, analiza y rebate las interpretaciones erróneas que gran número de autores de nuestro siglo o del pasado le habían dado a distintos aspectos de la vida y la obra del Libertador. Estos tres volúmenes, en cierto modo, constituyen una pequeña enciclopedia de Bolívar y de su época, cuyo manejo se facilita gracias a la «cronología» y el índice analítico que figuran al fin del tomo tercero.

MANUEL PÉREZ VILA
Caracas, agosto 1970

El Panteón

La Sociedad Bolivariana, que para mi honor presido, dedicará el 20 de febrero una sesión pública y solemne consagrada a la memoria de quien fuera su presidente honorario y también consejero general, don Vicente Lecuna, con motivo del XXV Aniversario de su muerte. Una vez más la Sociedad Bolivariana subrayará la prestancia de venezolano de gran inteligencia, gran carácter, fiel republicano y bolivariano irrevocable. Renovará en tan señalada ocasión, la iniciativa de que sus restos sean trasladados al Panteón Nacional como uno de los actos del Sesquicentenario del Libertador.

Caracas, enero de 1979
LUIS VILLALBA VILLALBA *

... Suele escribirse y decirse con cabal justicia que Lecuna consagró su talento extraordinario al ahondamiento máximo en la vida de Bolívar, hasta dejar al héroe y genio en su autenticidad absoluta, redimido de falseamientos, deformación y calumnias. Añádase que en aquella investigación acumuló sabiduría que hubiese correspondido normalmente a varios historiadores a la vez.

Vicente Lecuna ha dado ya mucho que padecer a los falsificadores de la historia de Bolívar, conscientes o no, malintencionados o desprevenidos. Y este simple hecho de haber defendido tan valerosamente la verdad, ha consagrado como inmortales a no pocos personajes, señalándolos como ejemplo de rectitud y carácter. Lecuna posee su inmortalidad; pero por haberse consagrado al Libertador, la tiene en un alto grado de grandeza.

ALFONSO RUMAZO GONZÁLEZ
Quito (Ecuador)

* Orador incomparable y brillantísimo en la historia venezolana, que a través del tiempo y en muchos países ha exaltado con su verbo arrebatador las glorias patrias, culminando en las gestas extraordinarias del Libertador.

Era natural que la frágil envoltura que albergó por ochenta y cuatro años al espíritu inmortal de don Vicente Lecuna se quebrara al fin, agobiada por una prolongada sucesión de resistencia; mas al disgregarse la materia, el espíritu que en su compañía formó la persona del señor Lecuna, pudo abandonarla con agradecimiento perdurable porque entrambos dejaron sobre la tierra americana un ejemplar digno de la tarea que se impuso el ilustre historiador, que hace pocas horas dejó la vida terrenal para entrar de lleno en los dominios de una posteridad envidiable.

ROBERTO CORTÁZAR
«Diario el Tiempo»
Colombia

Comparé a don Vicente Lecuna con las murallas de Tarragona.

MAGÍN ALFONSO
Barcelona (España)

... Así cuando don Vicente Lecuna al frente de su obra empuja —ésta es la palabra— su apasionado culto a Bolívar, sólo los tontos podrían entregarse a reparos mezquinos. El «bichaje» solía decir con sana cólera don Vicente; para caracterizar ese pulular de vividores que como bichos frenéticos buscan engordar entre la podredumbre social. El culto heroico que él quiso imponer era como un grito estentóreo que debía detener, amendrentar o castigar al «bichaje».

AUGUSTO MIJARES
«El Nacional», 1 marzo 1957

... Lecuna, ha sido un hombre que ha hecho credo de su vida las normas morales y políticas del Libertador.

CECILIO ZUBILLAGA PERERA
Carora, 16 de febrero de 1936

El 20 de febrero de 1954 moría en Caracas un venezolano con méritos suficientes para que el Gobierno de la República decretase duelo nacional por tres días, durante los cuales la bandera debía permanecer izada a media asta en los edificios públicos. Nada menos que en la Casa Natal del Libertador, izada como señal de luto durante quince días, como signo visible de que había fallecido el forjador, el custodio y el más profundo conocedor de un imponderable tesoro espiritual, amado y venerado por todo el pueblo venezolano: el archivo del creador de la República, instalado en el solar de los Bolívar. El doctor Lecuna, con algo más de ochenta y tres años de edad, se había ido para siempre de entre nosotros, después de haber vivido una de las más hermosas existencias que puede tocarle a un ser humano: el de rendir la obligada honra a quien la nación debía la libertad y el alto magisterio de su palabra y ejemplo.

La obra de Lecuna es un extenso y luminoso itinerario para quienes deseen seguir la senda noble del bolivarianismo más legítimo... ¿Cuántas veces el sol le habrá sorprendido al amanecer, inclinado sobre el papel cuadricular, precisando un punto geográfico, o colocando en su debido lugar la señal indicadora de las fuerzas patriotas o realistas?

A veces habla de desaliento, a causa de algunas incomprensiones; pero no era posible que un hombre de su temple dejase en paz la inquietud que lo impulsaba hacia sus altos fines. Es posible que alguien no lo haya entendido, como a aquel famoso «loro de los Atures», sobreviviente único de un lenguaje desaparecido, del que nos habla Humboldt. En verdad la fama y la gloria de don Vicente Lecuna crecen y se consolidan al paso de los años, mientras se decanta y sazona su dedicación ejemplar y su tesón incomparable por el más noble de los fines: la verdad en su Patria. El impresionante dominio de la causa bolivariana lo consagra con legítimo título como primera autoridad en el tema en todo el ámbito del mundo hispánico. En las polémicas puede esgrimir armas superiores a todos sus contendientes, porque conoce como nadie el pensamiento de los propios protagonistas en sus prístinas fuentes. Todas sus cualidades singularísimas no hubieran dado sazonados frutos si no se hubiesen sustentado en dos ideales fielmente servidos en todo instante: el sentido de patria y el amor a la verdad. La recia voluntad de Lecuna no conocía el cansancio ni requería el reposo, si en su mente se había trazado la continuación de un esquema o la anotación de unos documentos pendientes de lectura.

¿Que tuvo algún momento de exaltación, entusiasmo y cayó en exageración? Se le suele achacar como defecto de los cegatos. Pero en el supuesto de que así fuese, ¿es justo censurar por exceso de amor? Y en última

instancia, ¿sería razonable que la censura la profiriesen los que han sido amados?

PEDRO GRASES
Caracas, 1970

A don Vicente no se le puede ni se le debe decir, como a los demás mortales: ¡descansa en paz! Desde su augusto retiro seguirá luchando para imponer la verdad en la historia, pues sus obras serán siempre como las espadas de los héroes legendarios, que después de muertos parecen levantarse para seguir combatiendo contra aquellos que ignoran que la verdad tiene la calidad de la luz meridiana.

MANUEL GARCÍA HERNANDEZ
«El Universal», Caracas

Era Vicente Lecuna varón que fundía su prestancia personal en el decoro de la modestia elegante. Respaldaba siempre con su firma cuanto afirmaba. Su rostro, por otra parte, tan firme en los rasgos, tan categórico y severo, con un doble matiz de autoridad en el ceño y de bondad en la sonrisa, vivía en la imaginación de todos con elegante sello inconfundible.

El doctor Lecuna fue para este diario un amigo de todos los días; el más encumbrado, más valioso y más respetado amigo. A estas páginas enviaba con frecuencia sus colaboraciones.

Ni de América, ni de Venezuela, ni de Caracas, ni de esta casa se borrará jamás el nombre de Lecuna, varón que llegó a situarse, por fuerza de sabiduría, honradez mental, alteza de concepciones y amor deslumbrado ante el genio, en digno analizador y elogiador de Bolívar. El Libertador y Lecuna ocupan el sitio de preferencia en este hogar, donde tratamos de servir con fe y patriotismo los intereses de la patria y del continente.

DIARIO «ULTIMAS NOTICIAS»
Caracas, 1954

Don Vicente Lecuna y su teorema bolivariano

Ha muerto don Vicente Lecuna y con él una modalidad singular de la historiografía nacional.

La gloriosa personalidad de Simón Bolívar, en torno a la cual tanta tinta ha corrido, pero de cuya verdadera dimensión nos encontramos todavía distantes, fascinó a don Vicente desde los días de su juventud, y esbozó desde entonces esa notable faceta de su existencia que le da un relieve particular en el proceso de nuestras investigaciones históricas... Otro que él hubiese enfocado la personalidad del Libertador desde los mismos ángulos de la teoría o del sentimiento en que lo han hecho los más de sus panegiristas y de sus detractores. Pero Lecuna era un hombre práctico, una mentalidad matemática orientada hacia las comprobaciones objetivas de la realidad y procedió de otro modo... Y así, en vez de rodear su concepción moral del héroe de una atmósfera etérea de lucubraciones abtractas, las sometió al rigurísimo escueto del dato que es la característica personal de sus trabajos de historiador. Una frase que tuve oportunidad de oírle una tarde en que le visité en su biblioteca, ratificó justamente el criterio que me había formado de su personalidad: —«Yo no soy un literato —me dijo—. Soy un hombre de cifras y comprobaciones exactas»—... Estas palabras sinceras, desnudas y casi bruscas, pronunciadas por un hombre que ya había realizado una obra como la suya y conquistado con ella un prestigio internacional tan extenso y tan sólido, tienen el valor lapidario de una doctrina... Por eso he dicho que su Bolívar no es una teoría, sino un teorema, una figura moral tratada por un matemático. Lecuna debió plantearse su proposición partiendo de lo abstracto hacia lo concreto, como un ingeniero que va a edificar un templo para alojar a una divinidad nueva, que perdería sus virtudes ante los ojos del pueblo si la techumbre le cayese encima. Si detenemos nuestra atención en este aspecto de la realidad histórica del Libertador, admitiremos que él tuvo razón.

RAMÓN DÍAZ SANCHEZ
Caracas, febrero de 1954

* * *

Nadie conoció a Bolívar como Vicente Lecuna; nadie penetró en lo íntimo de su pensamiento como él; por eso nadie podía darlo a conocer como él.

Sin el doctor Lecuna, quizá, la Casa Natal del Libertador habría sido demolida, como tantas otras casas célebres de Caracas vinculadas a nuestra historia civil y militar, para convertirse en establecimiento mercantil como había sido antes; sin él, sin Lecuna, los numerosos manuscritos originales de publicaciones periódicos de Bolívar estarían en bibliotecas y en hemerotecas extranjeras; sin Lecuna, el Templo, que es hoy el Panteón Nacional, sería el viejo Templo de la Capitanía General, pues sin él no estaría tan espléndidamente decorado, logrando que el Gobierno encargara esta obra al pintor Tito Salas.

MANUEL MALDONADO
Diario «El Heraldo»

«La campaña de Queipa», obra de Vicente Lecuna

Diez días antes de morir el historiador Vicente Lecuna llamó al novelista Ramón Díaz Sanchez para encargarle el prólogo de su obra titulada «La campaña de Queipa», como también todo lo concerniente a su impresión.

Vicente Lecuna tendría unos veinticinco años cuando peleó en esta campaña a las órdenes del Mocho Hernández y fue uno de los que más tarde cayó preso.

Concebida y realizada en un plan nervioso, de gran reportaje, llega hasta nosotros esta obra póstuma de don Vicente Lecuna. Díaz Sánchez, con su acertada precisión de siempre, califica de «matemática» el estilo en que está vertida. Así venimos a saber que el libro aparecido pocos días de la muerte de don Vicente fue realizado en sus tiempos de juventud, escrito a manera de apunte, sobre sucesos de los cuales fue actor.

Frente a Hernández, el caudillo sin éxitos, surge para perfeccionarlo en los recuerdos; él, que nació para los sueños, ha de perder la gran oportunidad de aniquilar al enemigo y llegar al poder. Es hijo de isleños, nacido en la barriada de San Juan, tiene el perfil de medalla, los labios finos, la mirada serena y reposada. Alrededor de esta figura y de los hombres que estuvieron a su lado se desarrolla el libro del doctor Lecuna; eso basta para darle calor a sus páginas, trazadas a cordel sencillo y en una forma que sólo puede interesar a los venezolanos.

Se queda el libro sobre la mesa con sus hojas movidas por la brisa y nos parece que hemos conversado largamente con el ilustre bolivariano.

MANUEL RODRIGUEZ CÁRDENAS
Caracas, mayo de 1954. «El Nacional»

Celebrando el centenario del nacimiento del doctor Vicente Lecuna

Presidido por el primer magistrado de la nación, doctor Rafael Caldera, se realizó ayer, a las seis de la tarde, en la sede de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, los actos programados por la comisión nacional de homenaje al doctor Vicente Lecuna, con motivo del centenario de su nacimiento.

Doce instituciones de primer orden, entre ellas, la Sociedad Bolivariana de Venezuela, la Academia Nacional de la Historia, el Colegio de Ingenieros de Venezuela, el Consejo Municipal de Distrito Federal, el Banco de Venezuela, la Cámara de Comercio de Caracas, el Banco Central de Venezuela, la Fundación John Boulton, la Fundación Eugenio Mendoza y la Fundación Vicente Lecuna, intervinieron en la organización del homenaje a la memoria ilustre de quien fuera el primer historiador bolivariano.

El cardenal José Humberto Quintero, arzobispo metropolitano, estuvo representado por monseñor José Rincón Bonilla, obispo auxiliar de Caracas. Concurrieron igualmente el cuerpo diplomático de todos los países hemisféricos y de Alemania y España, naciones europeas que tienen sociedades bolivarianas; académicos, intelectuales, periodistas y más de veinte personas de la familia del doctor Lecuna.

El acto fue abierto por el doctor Luis Villalba, presidente de la Sociedad Bolivariana de Venezuela.

Por otra parte, con el nombre de «Vicente Lecuna» fue bautizada ayer tarde la avenida Este-oeste 10, de Caracas.

* * *

La avenida Vicente Lecuna, nombre que le fue otorgado por el Cabildo de Caracas, a la expresada avenida, atendiendo el clamor de múltiples entidades representativas del civismo, las letras, la historia, la ciencia, la economía, el periodismo y las instituciones oficiales en número de quince organismos del primer orden en la vida nacional; para tributarle al doctor Lecuna el homenaje de su admiración y de su gratitud por su imponderable labor divulgativa acerca de la personalidad, la vida y la obra del genio de la Emancipación Americana. La avenida en referencia, además, pasa frente a la antigua casa de don Vicente Lecuna, entre las esquinas de Miranda y Reducto, donde el escritor hizo su grandiosa obra histórica.

Prof. J. A. ESCALONA ESCALONA
«El Universal», 10 de febrero de 1971
(Publicado por Eleazar Pérez Peñuela.)

En el auditorio de la Escuela Normal «Miguel Antonio Caro» se efectuó ayer, a las diez treinta de la mañana, un acto de homenaje al historiador don Vicente Lecuna, organizado por el Centro de Estudios Sociales de ese plantel que lleva su nombre.

Vicente Lecuna, paradigma de lealtad

Todo elogio resulta pequeño ante la enormidad de la figura de don Vicente. En él se aúnan, en briosa amalgama, dos cualidades que pocas veces marchan de consuno en un autor: la facundia y la calidad. Para un venezolano de nuestro tiempo es ésa la más digna de las posturas, la más patriótica de las actitudes. Un proceder que es trasunto genuino, expresión cabal de una virtud, que, por rara, no es cotizable a precio alguno: la lealtad.

Veamos ascendiendo por el tronco familiar de don Vicente, que su abuelo, el coronel Vicente Lecuna Párraga, teniente insobornable del Libertador, tuvo por esposa a doña Margarita Sucre, hija del ferviente repúblico, coronel Vicente de Sucre y Orbaneja, y hermana paterna de gran mariscal de Ayacucho, paradigma de la fidelidad bolivariana, La lealtad del historiador Lecuna hacia Bolívar tiene sus raíces en la verticalidad de aquellos optimates.

MARIO BRICEÑO PEROZO
Caracas, 1970

Tuvo el insigne Lecuna una sola idea que copó el foco de su conciencia, que concentró y llegó a impregnar poderosamente su electividad: la de su consagración a la gloria del Libertador. Es lo que podríamos calificar psicológicamente de monoteísmo lecuniano; que no roza con la psicología patológica, sino el de quien, obediente a valoraciones y vivencias íntimas, se vuelva con tenacidad, desinterés y grandeza, en alma, vida y corazón, ajeno a cálculos mezquinos y a hipocresías y temeridades, a despojar de patrañas, errores y calumnias la figura augusta de Simón Bolívar.

Opulenta cosecha que ha dejado a la sombra otros aspectos sustanciales de Lecuna y que acreditan las previsiones de su patriotismo ingente; sus publicaciones en el Boletín de la Cámara de Comercio y en los diarios de la capital, destinados a dar pública y ponderada manifestación de su vida batalladora, a sacudir la modorra y el fatalismo que se había apode-

rado del alma nacional, en torno a problemas de tanta monta como la canalización de la Barra de Maracaibo, el crédito público, los ferrocarriles, el contrabando, la inmigración europea y aquel que, con título sugestivo, rotuló de «nueva era» en la ocasión de ser erradicado el flagelo de la malaria.

El injerto de criollo y vasco, eximinio pariente del mariscal de Ayacucho, nunca desmereció ante la magnitud y la significación de los sucesos en los cuales le tocó ser protagonista. Tenía que ser un pariente de uno de los grandes de América, el hijo mimado de Cumaná y de Quito, quien en el prólogo a su «Crónica razonada de las guerras de Bolívar», escribiera con señorial orgullo estos sentenciosos conceptos; —«En las admirables campañas de Sucre, hemos señalado su costumbre de ofrecer al adversario el combate en cualquier terreno. La Batalla de Ayacucho, desde el punto de vista del arte militar, estaba enterrada, como esas estatuas del maravilloso arte griego, caídas en las ruinas de algún templo. Nosotros la hemos sacado a la luz, señalando el verdadero sitio del combate y la manera de Sucre de batir sucesivamente a las divisiones de los adversarios sin dejarlas entrar al combate.»

Así escribía este caraqueño preclaro, tal el varón que vi como conservaba en sus horas crepusculares la lucidez mental, su estupendo equilibrio de facultades y la ductora serenidad de espíritu cuando me fue presentado por don Cristóbal Mendoza en su biblioteca, con un libro en la mano; y llevando su corazón a los labios y enalteciendo el gentilicio ofrendarme palabras encomiásticas, ricas de bolivarismo y de fe, que silencio, naturalmente, para no incurrir en pecado de inmodestia, pero que conservo intactas en los soterrados redaños del alma.

LUIS VILLALBA VILLALBA
Presidente de la Sociedad Bolivariana

Don Vicente Lecuna supo dignificar siempre su dedicación a Bolívar y su parentesco con Sucre. Si hubiera sido contemporáneo de ambos, el Libertador lo habría nombrado su primer edecán; o el Mariscal lo habría elegido como su jefe de Estado Mayor. Nacido medio siglo, casi, después de Carabobo, llegó a convertirse en el definitivo albacea espiritual de las glorias del Padre de la Patria. Merced a ello, y por haber consagrado su vida a la investigación y al estudio del acervo documental bolivariano, mereció con entera justicia el título del primer historiador bolivariano.

JOSE ANTONIO ESCALONA-ESCALONA
Secretario Sociedad Bolivariana de Caracas

Vicente Lecuna desde muy joven se dedicó al trabajo tanto como a la historia. En sus años juveniles, mientras otros se divertían con los amigos, él estaba solo, estudiando y escribiendo, escudriñando el pasado, donde está la esperanza del porvenir. Así llegó a convertirse en primera autoridad en historia de Bolívar. El doctor Lecuna se lamentaba de no ser literato, pero ni aún así podían contra él, dados los conocimientos históricos que poseía y la fuerza de su dialéctica irrefutable. Otro aspecto valioso de su obra fueron sus iniciativas. A él se debe, además de la Casa Natal de Bolívar, el monumento a los padres y esposa del genio, así como la ubicación del Museo Bolivariano y la Sociedad Bolivariana, que él había fundado, en sitios adyacentes a la casa natal del Libertador.

La Sociedad Bolivariana de Venezuela, institución de exclusiva y neta inspiración patriótica, creada por iniciativa del Prócer general Rafael Urdaneta; pero haciéndose real y efectiva, con sede propia por el señor Lecuna, apoyado por el general Eleazar López Contreras, presidente de Venezuela. También se creó el boletín.

¿Qué legado deja el doctor Lecuna a las generaciones nuevas?: Su acrisolado patriotismo y su espíritu de trabajo. Tenía un inmenso amor por el territorio patrio, que había recorrido muchas veces. Del Apure decía que era el Nilo de Venezuela; él vería esas tierras amasadas con sangre de nuestros libertadores. En fin, creemos que el doctor Lecuna después de tantos sacrificios y luchas intelectuales, realizados con un sentido místico por la Patria y su Libertador, habrá encontrado el camino de Dios.

MIGUEL MOSQUEDA SUÁREZ

Se vende en Colombia edición pirata de las obras completas del Libertador

Dice don Vicente Lecuna: —«Es censurable y criminal el acto que la Editorial 'Lex' de La Habana; el Gobierno de Venezuela tiene derecho a reclamar este abuso». Las obras completas del Libertador Simón Bolívar, recopiladas y seleccionadas por el historiador don Vicente Lecuna, y editadas por el Gobierno para su distribución gratuita, han sido utilizadas para una edición pirata de especulación, que está circulando profusamente en diferentes países de América.

El doctor Lecuna seleccionó los trabajos del Libertador y no cobró nada por ello; más de treinta años de trabajo. Solamente hay una edición

en dos tomos, en papel biblia y encuadernación de cuero, para venderlos a beneficio del Patronato Nacional de Alfabetización.

Es la única venta de esta obra. La edición se agotó rápidamente; entonces, el Gobierno ordenó la segunda edición, esta vez más barata, de diez mil ejemplares, la misma, pero en tres tomos y en papel ordinario para su distribución gratuita por los Ministerios de Educación, de Relaciones Interiores y de la Defensa.

Diario «El Nacional», 29 de noviembre de 1951

Obras póstumas de Lecuna

«Relaciones diplomáticas de Bolívar con Chile y Buenos Aires», y «Bolívar y el arte militar», y «Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar», que consta de tres volúmenes.

Estas obras vienen a refrescar en la memoria de nuestro país el recuerdo de una vida ejemplar de historiador imbuido en el más cálido fervor bolivariano, fundamentables para conocer la verdad histórica de América en el período fulgurante de la emancipación, adulterado de continuo por la mala fe y miras interesadas y mezquinas de una vieja escuela de chauvinismo y estéril negación.

LINO IRIBARREN CELIS
«El Nacional»

Vicente Lecuna no fue sólo un gran historiador, sino que se volvió ante toda y, sobre todo, en la gran muralla, el muro poderoso, el indomable baluarte ante el que se estrellarían los tiros de la maledicencia, los dardos de la incomprensión malévola, las elucubraciones freudianas, los arranques pasionales, los falseamientos históricos.

GENERAL ANGEL ISAAC CHIRIBOGA
Quito (Ecuador)

«El Libertador fue la pasión dominante en la vida del doctor Lecuna y a su gloria consagró más de la mitad de su existencia.»

J. A. COVA

(...) Vivir en el honor y la virtud fueron las características que plasmaron la austera existencia del Doctor Vicente Lecuna.

RAMÓN HERNÁNDEZ RON
París, 7 de febrero 1981

(...) A Don Vicente, lo tuve de cerca, allá en los ejemplares días del Gral. López Contreras, cuando permanecí al frente del Ministerio de Hacienda (...), y su valiosa cooperación me fue eminentemente útil con la economía del País. En definitiva, respeto profundamente el fervor bolivariano y la autoridad financiera que nos dio Vicente Lecuna.

ATILANO CARNEVALI
Málaga, 7 de enero 1981

(...) Siento permanente admiración por su padre, Don Vicente Lecuna, a quien tanto y tanto debe la historiografía venezolana.

J. L. SALCEDO-BASTARDO
Miraflores, 26 de Nov. 1976

Cartas y frases de Lecuna

—«La obra escrita de Bolívar, por sus enseñanzas morales, la nobleza de los pensamientos y principios políticos y militares que contiene es la más notable dada al público en el continente americano; la fuente más preciosa de su historia y la guía para su desarrollo futuro.»

.....

—«He pasado mi vida diciendo la verdad.»

.....

—«No soy literato, soy un matemático.»

.....

—«Bolívar no entregó a Miranda, ni era capaz de tal infamia.»

.....

—«Es necesario desarrollar en el país grandes obras productivas.»

.....

Señor doctor

J. M. NUÑEZ PONTE

Presente

Distinguido y muy estimado amigo:

Estoy profundamente agradecido a la bondad de usted y de nuestros compañeros de la Sociedad Bolivariana por la importancia que dieron a la fiesta de ayer, así como también le agradezco mucho que se hubiera molestado en llamarme por teléfono con tantas instancias. Mis hijas e hijo me expresaron su profunda satisfacción y el agradecimiento que sentían hacia usted por las palabras generosas al referirse a mi persona. Yo creo en Dios, en nuestra Santa Religión, en los hombres de virtud como usted, pero no creo en mi persona; yo siento que valgo muy poco. Por tanto, mi agradecimiento para usted es muy grande.

Su atento s.s. y amigo:

VICENTE LECUNA

17 de enero de 1940

Los Angeles.

Señor

JOSEPH B. LOCKEY

Mi querido amigo:

He tenido el gusto de leer su amable carta. Le agradezco mucho los conceptos con que usted me favorece; el juicio de usted sobre mis humildes trabajos me animan a seguirlos con más ardor...

(Párrafo de una carta) VICENTE LECUNA

* * *

... Sobre la figura moral de Bolívar rodaban los errores y calumnias que se dirigieron como el agua sobre las rocas de granito de nuestras cordilleras. El representa para nosotros el prototipo de la nobleza espiritual más perfecta: sus concepciones están basadas en la realidad, la compren-

sión de nuestros problemas políticos, y su buena fe absoluta, fueron las guías de todas sus acciones. La Confederación Panamericana, iniciada por él y su sueño de la SOCIEDAD DE LAS NACIONES, son los anhelos actuales de todos los habitantes de estos dos continentes americanos.

VICENTE LECUNA

* * *

Confederación Americana

El doctor Vicente Lecuna, conocido intelectual venezolano, dijo anoche, por la Radiodifusión Nacional, que «es de creer que la X Conferencia Interamericana, que se efectuará en Caracas en el segundo semestre de 1952, estreche las relaciones entre los diversos poderes del continente y que su poderío sea bastante para mantener el reinado de la justicia entre las naciones y el equilibrio del universo, como lo pedía Bolívar en el seno de la asamblea reunida en el templo de San Francisco el 2 de enero de 1814».

Simón Bolívar

Con la obra bolivariana del doctor Lecuna quedó definitivamente establecido el elevado grado de heroísmo, de moral, así como el romanticismo y sentido estético, que están siempre presentes en todos los momentos en la vida del Libertador; conjunto de rasgos extraordinarios que, aclarados con el método histórico más riguroso, fijaron a ese ser insigne sin paralelo biográfico que fue Simón Bolívar.

Fue propósito de todos sus escritos sobre la historia de Bolívar, en que su admiración por el personaje en nada mengua su pasión científica por la verdad, el de divulgar para el conocimiento general su gloriosa y dramática vida. También hacer ascender gloriosamente la obra de Bolívar por sus rasgos de suprema grandeza, de visión del presente y, sobre todo, del futuro; demostrar su espíritu de sacrificio, tras el más puro ideal, en cada momento de sus más pequeños hechos. Asimismo, el subrayar lo que de dramático tuvo su actividad vital, contrastando con su nobleza de propósitos y su preocupación por la dificultosa realización de altos ideales; dramática existencia, por el perfeccionismo que Bolívar muestra en cada uno de sus actos y la angustia de alcanzar las altísimas metas de lo sublime.

* * *

El doctor Vicente Lecuna comenzó a interesarse desde niño por la historia de su país. Veneraba la figura de Antonio José de Sucre; pero la personalidad extraordinaria de Simón Bolívar enardeció su espíritu en candente admiración por el héroe, sin disminuir jamás su interés, estudio y preocupación en la incansable búsqueda de documentos; asimismo, fue constante con su permanente respeto a la verdad. A lo largo de más de setenta años de su vida se dedicó, con «alma y corazón», a su obra. En una época cercana a su ancianidad, estuvo gravemente enfermo, teniendo que

trasladarse a un apartamento en New York por seis meses, para tratamiento médico; y en ese delicadísimo estado hizo traducir, conjuntamente con el profesor Harold Bierck, de la Universidad de Carolina, USA, del castellano al inglés* una parte especial, muy importante, de su obra bolivariana; el Banco de Venezuela la patrocinó en su obsequio estos dos volúmenes para ser donados a los países de habla inglesa, especialmente a los Estados Unidos.

Cierta vez le dije: «Papá ¿porqué no te ocupas de la vida de Sucre, que es, además, antepasado tuyo? Me contestó: «No he tenido tiempo: la historia de Bolívar no me hubiera quedado bien».

Por todo esto, su trabajo raya la perfección; no es lírico, es severo, justo y acorde con la realidad.

El señor Lecuna, además, conocía los grandes personajes de la Historia universal: Tutmes III, Ciro, Alejandro, Aníbal, Julio César, Napoleón, etc... Todos se empequeñecían en comparación con la excelsitud de Bolívar.

En una ocasión pude constatar, aún más, la serenidad de nuestro padre, en todo cuanto se relacionaba con su obra bolivariana. Estando en Macuto** en reposo de fin de semana, que también dedicaba, naturalmente, a esta obra, muy tranquilo (cómodamente recostado en su mecedor frente al balcón que daba al mar) me llama alarmado mostrándome el periódico. —«Mira esto; estas cartas*** son falsas, no son del Libertador»—.—«¡Lo que me espera!, a mí que no me gusta la polémica».

Al tratar de estas falsedades contra Bolívar, el falsificador no contaba con la erudición y eficiencia del historiador venezolano; y fue un combate en que el doctor Lecuna, con sus buenas y poderosas armas, desarboló a su contrincante, dejándolo humillado en el campo de aquella batalla, en que él levantó su estandarte, victorioso y feliz.

Resulta sorprendente que nuestro padre jamás alardeara de sus obras tan numerosas y completas a lo largo de su vida****.

* «Selected Writings of Bolívar».

** Su hijo Vicente le obsequió esta quinta en Macuto a nuestro padre, que fue para él solaz y descanso en los últimos años de su vida. Ordenó no instalar teléfono para que no interrumpiese su trabajo.

*** Se trataba de las cartas apócrifas del embajador argentino Colombres Mármol.

**** Solamente una vez le oí alabar un trabajo sobre Bolívar: —«Esta obra mía de la «Recopilación de las cartas del Libertador», con su índice analítico, es muy superior, mucho mejor hecha que la «Recopilación de las cartas de Napoleón.»

Nunca le oí palabras malsonantes contra sus detractores ni vanidosas sobre sí mismo. Me parecía extraño que no cambiara jamás su línea de actuación. No era orgulloso. Pienso que su pasión, la dignidad, era su constante actitud ante la vida. Al pasar del tiempo admiro más aún sus cualidades. Cierta vez, por halagarlo en una ocasión que me pareció oportuno, le dije: —«Papá, has estado maravilloso»—. El muy serio, casi adusto y sin mirarme, me dijo: —«No me alabes, no me gusta»—. Francamente tengo que reconocer que me sentí un tanto abochornada, como si hubiese adulado a algún personaje extraño; máxime cuando los Lecuna nunca hemos sido dados a la adulación.

El doctor Vicente Lecuna nunca defendía a Bolívar con palabras apasionadas. Sus razonamientos eran siempre sosegados y demostraba una paciencia sin límite, extraña, dado su forma de ser violenta, aunque fuera sólo pasajera. Siempre le oí razonar con una calma impropia de un carácter tan vital. Como muestra, me ocuparé de lo sucedido en el caso de la biografía * de Bolívar por Salvador de Madariaga. Este señor a quien papá recibió en Caracas, invitado en nuestra casa** y al que puso generosamente a disposición toda la documentación bolivariana, a la vez que atendió con todo gentil señorío y caballeroso estilo; rasgo éste tan usual en su vida cotidiana, tanto entre personas de su amistad como en las íntimas relaciones familiares; aún así el doctor Lecuna, en defensa de las acusaciones que hacía Madariaga sobre Bolívar y su biografía, que el historiador Lecuna califica de «malévola y disparatada», y que titula «Odio de Madariaga a Bolívar», pese a su indignación, jamás profirió una palabra ofensiva a este señor, calificándolo en otra ocasión de «notable escritor».

* Catálogo «Errores y calumnias en la historia de Bolívar», tomo 1.º, págs. 366 hasta la 401. «Odio de Madariaga a Bolívar».

** No conocí personalmente al señor Madariaga, por estar en esos días en Nueva York.

Línea paterna del Libertador

Anotamos algunas referencias de sus antepasados en Venezuela.

Simón de Bolívar el Viejo. Nació en Marquina, Señorío de Vizcaya hacia 1532. Fue regidor de la ciudad de Caracas, oficial real, contador general de la Provincia de Venezuela. Procurador de Caracas ante el Rey Felipe II. Murió el 9 de marzo de 1612.

Simón de Bolívar el Mozo. Nacido en Santo Domingo, vino a Venezuela con su padre en 1589. Casó con Beatriz de Rojas. Viudo, se hizo sacerdote. Se ignora fecha de su muerte.

Capitán Antonio de Bolívar. Nació en Caracas y fue bautizado el 7 de marzo de 1596. Alcalde de la Santa Hermandad, corregidor y justicia mayor de Turmero y Valles de Aragua. Residió en la hacienda de San Mateo, solar de la familia Bolívar desde 1593. Casó dos veces: primero, con Luisa de Marmolejo, y luego, el 20 de febrero de 1622, con Leonor Rebolledo. Murió en 1655.

Capitán Luis de Bolívar. Nació en Caracas y fue bautizado el 22 de febrero de 1627. Capitán de infantería, compañía de soldados armados y sustentados a su costa. Alcalde ordinario de Caracas en 1667. Había casado con María Martínez de Villegas. Murió en 1702.

Juan de Bolívar y Villegas. Nació en los Valles de Aragua en 1665. Allí fue corregidor de San Mateo, de Cagua y justicia mayor de todos los Valles de Aragua. Nombrado teniente general de gobernador, desempeñó el cargo de gobernador y capitán general de la Provincia de Venezuela. Fundó la Villa de San Luis de Cura. Adquirió de los monjes del convento de Monserrat, en Madrid, en 1728 el título de marqués de San Luis para él y sus descendientes. Casó en primeras nupcias con Francisca Aguirre y el 8 de enero de 1711, en segundas nupcias, con Petronila de Ponte y Marín de Narváez*. Murió en 1729.

He aquí la robusta vid bolivariana: Este infazón de rostro enérgico, de frente audaz y pecho hercúleo bajo el jubón de acero, es el primer Simón Bolívar, el «Anciano», el conquistador, el plantador en Venezuela de la más vigorosa estirpe que arraigara en tierras de América; contador general de la

* Historial genealógico del Libertador, por Luis A. Sucre. De la obra de Vicente Lecuna «Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar».

ciudad de Caracas y su provincia, y por cuya valiosa influencia otorga el Rey escudo de armas a nuestra gentilísima Santiago de León.

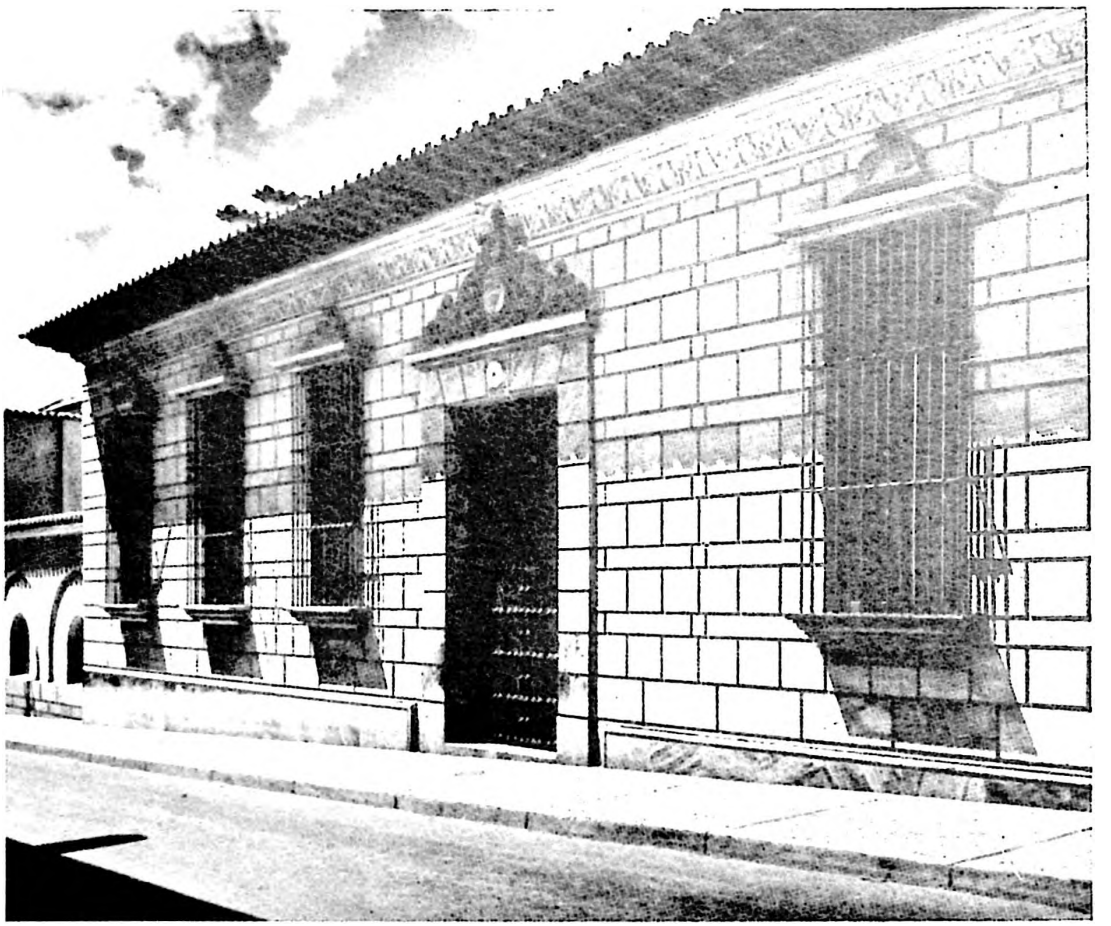
Ese otro, de hábito eclesiástico, semblante severo que dulcifican, sin embargo, los expresivos ojos, de un sereno azul místico, es Simón Bolívar el «Joven», llamado por sobre nombre el «Americano», encomendero de San Mateo, tan activo en la guerra como laborioso en la paz, quien, al perder la amada esposa, en la desolación de su viudez temprana, irremediablemente triste, suelta su potro de batalla, desunce sus bueyes, liberta sus esclavos, y, estrechándose aún más con la cruz por medio de la unción sacerdotal, encuentra en la sotana, definitiva y negra, un luto digno de su duelo*.

Siguen, en orden de abolengo, Antonio y Luis, campeones del trabajo, agricultores y criadores, quienes, además del heredado cargo de encomendero, ejercen el no menos honroso de justicia de Aragua, y en cuyas manos, nunca ociosas, se aumenta considerablemente el cuantioso caudal de la familia.

Viene luego don Juan de Bolívar y Villegas, teniente de gobernador en la Capitanía de Venezuela, fundador de San Luis de Cura, soldado valiente y devoto, como aquéllos, sus remotos abuelos peninsulares, concreción de la virtud vasca en el troquel católico, dignos de ser armados caballeros por un Ignacio de Loyola, bajo el propio árbol de Guernica. Fue este mismo Bolívar y Villegas quien, dando hermoso ejemplo de humildad cristiana, quiso y mandó en su testamento que se le enterrase en el umbral del convento de las Concepciones, para que en aquel sitio de público pasaje pisara todo el mundo las cenizas del pecador. Religiosamente fue cumplida su voluntad.

Remata y corona esta iconografía, asamblea de varones perínclitos, el retrato de don Juan Vicente Bolívar y Ponte, actual jefe de la familia. Hombre galante cinco años en la brillante corte de Madrid, ilustrando su inteligencia y aquilatando su cultura, sin que aquel ambiente impropicio a sus sentimientos liberales logre ahogar en su pecho el espíritu de independencia que constituye la fisonomía de su carácter y que le llevará un día a habérselas con el propio Consejo de Indias en defensa de su conducta como jefe del Batallón de Aragua.

* Del discurso en la inauguración de la Casa Natal del Libertador por el padre Carlos Borges.



Fachada de la Casa Natal del Libertador, Caracas

La Casa Natal del Libertador (Su historia)

Vicente Lecuna era muy joven y se dolía de que la Casa Natal de Bolívar estuviese en aquel estado, alquilada durante largos años como una de las dependencias del mercado principal de San Jacinto, que quedaba enfrente. Por ella transitaban, al entrar y salir, los asnos cargados de frutos y productos de semejante índole.

Bien es verdad que años después el mismo Vicente Lecuna consideró como una suerte que esta residencia se dedicara a tales menesteres. En efecto, de haber sido habitada por familias, hubiera sufrido, en las reformas, cambios en su forma y ornamentación que la hubieran hecho perder su estructura original de gran valor desde el punto de vista histórico; pero por aquella razón la casa no perdió, prácticamente, nada del primitivo estilo de su arquitectura exterior ni interior. Sus habitaciones, patios, corredores y demás dependencias habían permanecido exactamente igual desde los tiempos en que naciera allí el futuro Libertador. La alcoba, a lo que hoy llamamos antesala y dentro de cuyas paredes nació Bolívar, conservó hasta los mismos ladrillos en su suelo.

* * *

El arreglo de aquella casa fue hecho con la misma devoción que un sacerdote emplea en la ornamentación de su templo, con materiales nacionales y por artistas y obreros del país. Durante largo tiempo hubo de luchar, incansable, para obtener el permiso de restauración, con absoluta libertad, de esta casa, según su idea y sentimiento y, por tal razón, también esperó para inaugurarla a que el sacerdote y poeta padre Carlos Borges tuviese permiso eclesiástico de presentarse en público y poder pronunciar su hermoso discurso.

Los primeros Bolívar en Venezuela

El primer Bolívar que vino a Venezuela, nombrado generalmente Simón Bolívar el Viejo, nació en Marquina, en el señorío de Vizcaya, en 1532. Sirvió en el Foro y en la Milicia. En el año 1589 llegó a Caracas don Diego de Osorio, nombrado gobernador y capitán general de Venezuela. Era hombre de saber y hábil gobernante. Trajo de secretario al mencionado Simón Bolívar, fuerte y activo, tipo característico de la nobleza vasca. En 1589 el ayuntamiento, de acuerdo con el gobernador Osorio, lo designó para desempeñar una misión política ante el rey Felipe II. Su comisión fue desempeñada con habilidad y buen éxito. Obtuvo ventajas para la colonia*.

Los Bolívar en la Casa Natal

La Casa Natal de Bolívar, propiedad de don Pedro de Ponte Andrade Jaspe de Montenegro, por matrimonio de su hija María Petronila Ponte Andrade Jaspe de Montenegro con don Juan de Bolívar Villegas, pasó a ser hogar de este magnate y de cuatro generaciones de su linaje. Estos venezolanos a que se refería el doctor Lecuna —«presidían el sector de la colonia denominada sociedad de vida agrícola, acostumbrada a la libertad y a la práctica de la virtud, sus miembros no pudieron soportar la tiranía oficial—. A ellos se deben sus actos heroicos y la gloria de la independencia, patrimonio de la América bolivariana.»

Don Juan Vicente Bolívar contrajo matrimonio el 1 de diciembre de 1773 con doña María de la Concepción Palacios y Blanco, de quince años de edad (había nacido el 9 de diciembre de 1758). Don Juan Vicente falleció, tras corta enfermedad el 19 de enero de 1786, dejando viuda a su esposa a los veintiocho años. Doña María de la Concepción falleció a los treinta y cuatro años a consecuencia de una hemorragia o hemotisis tuberculosa de la que no pudo restablecerse.

Este matrimonio tuvo cuatro hijos: María Antonia, Juana, Juan Vicente y Simón.

* * *

* Ver «Historia de la Casa Natal» escrita por Vicente Lecuna, publicada el año de 1954, por la Sociedad Bolivariana de Venezuela.

El doctor Vicente Lecuna no aceptó nunca ninguna remuneración ni ningún obsequio por sus trabajos. Fue nombrado conservador «ad honorem», de la casa.

La familia Bolívar vendió la casa solariega el 19 de junio de 1806, en la cantidad de 7.000 pesos, al señor don Juan de la Madrid, pariente del Libertador. Fue habitación de varias generaciones de esta distinguida familia hasta que pasó a ser propiedad del general Guzmán Blanco en 1876.

Desde que la Casa Natal pasó a manos del general Guzmán Blanco fue alquilada a comerciantes de víveres y dividida en dos locales por una pared a lo largo del edificio. Al celebrarse el centenario de Bolívar, el Gobierno se limitó a poner una lápida en la fachada, al lado del portón de entrada, que decía:

SIMÓN BOLÍVAR
NACIO EN ESTA CASA EL DÍA 24 DE JULIO DE 1783

* * *

Gestiones hechas por el doctor Lecuna tendentes a destinar la casa a oficios más propios no dieron resultado.

Decía el doctor Lecuna: «Lamentando estas circunstancias hablé con frecuencia en tiempos de Castro con el doctor Manuel Díaz Rodríguez, el célebre escritor, mi condiscípulo, y a él le tocó en suerte fundar años después la Sociedad Patriótica para recoger dinero del público, con el objeto de comprar la casa para la nación. Formaron parte de la sociedad: Manuel Díaz Rodríguez, Santiago Key Ayala, Eduardo Calcaño Sánchez, Leopoldo Torres Abandero, Esteban Gil Borges, José Santiago Rodríguez, M. Flores Cabrera, Pedro Emilio Coll, Juan José Mendoza, presbítero José Vicente Lozano, Angel César Rivas, Oscar Blanco Fombona, Federico Brandt, E. Loynaz Sucre, José Austria, Antonio Ibarra, Adolfo Nones, José Rafael Pérez, Rafael Acevedo y Vicente Lecuna.

Se formó una comisión encargada de recaudar los fondos.

Compra de la casa

Adquirido el edificio el 11 de octubre de 1912, de los sucesores del general Guzmán Blanco, en la cantidad de Bs. 114.326,60, no se procedió a la reconstrucción sino cuatro años después, según decreto del ejecutivo nacional que se inserta a continuación:

DOCTOR V. MÁRQUEZ BUSTILLOS
PRESIDENTE PROVISIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

CONSIDERANDO:

Que las disposiciones dictadas por el Congreso y por el Ejecutivo Federal, en distintas épocas, respecto a la Casa Natal del Libertador, envuelven el propósito de hacer de dicha mansión un monumento nacional que constituya digno homenaje a la memoria del Padre de la Patria, y que en lo material responda a la significación moral e histórica del edificio; y por cuanto los estudios practicados hasta la fecha permiten proceder a la ejecución de las obras correspondientes,

D E C R E T O :

Artículo primero.—Procédase a reconstruir y embellecer la Casa Natal de Simón Bolívar con la magnificencia digna de un monumento consagrado a la veneración pública como recuerdo del Libertador.

Artículo segundo.—De conformidad con lo anteriormente dispuesto por el Ejecutivo Federal, habrá de restituirse al edificio, con la fidelidad histórica posible, la disposición y el estilo que tenía en la época colonial; pero utilizando, para la mayor perfección de las obras, los recursos modernos.

Artículo tercero.—En la ejecución de los trabajos aquí ordenados se observarán las prescripciones generales siguientes:

a) Los techos y demás obras de carpintería se reconstruirán totalmente con las mejores maderas del país, convenientemente preparadas.
b) Los pavimentos, zócalos y obras accesorias se construirán de mármol, y para los primeros, se usarán baldosas que imiten los ladrillos de la época.
c) En los patios se conservará la inclinación de los aleros, y se devolverá a las columnas de los corredores su estilo primitivo.
d) Se colocará en la fachada el escudo de armas de la familia Bolívar, esculpido en mármol.

Artículo cuarto.—Se aprueba el proyecto presentado para estas obras por el ingeniero Vicente Lecuna, y se destina para su realización la cantidad de doscientos mil bolívares (Bs. 200.000,00), que se erogará de los fondos generales destinados a construcciones en el Presupuesto de Gastos

del Departamento de Obras Públicas. Esta erogación se hará por entregas parciales en el lapso necesario para la ejecución sólida y correcta de los trabajos, de acuerdo con el progreso de ellos.

Artículo quinto.—La dirección y la administración de los trabajos correrán a cargo del ingeniero Vicente Lecuna, autor del proyecto.

Artículo sexto.—El ministro de Obras Públicas queda encargado de la ejecución del presente Decreto.

Dado, firmado, sellado con el sello de Ejecutivo Federal y refrendado por los ministros del Despacho Ejecutivo, en el Palacio Federal, en Caracas, a 28 de octubre de 1916, año 107.º de la Independencia y 58.º de la Federación.

V. MÁRQUEZ BUSTILLOS

* * *

Para el mejor cumplimiento del decreto oficial nombró el señor Lecuna una junta privada compuesta por maestros en sus respectivos ramos, a saber: los arquitectos Antonio Malaussena y Alejandro Chataing, el señor Luis Malaussena, discípulo de la Academia de Bellas Artes de París, el bibliófilo Manuel Segundo Sánchez, el anticuario Christián Witzke y Manuel Landaeta Rosales, experto investigador de los archivos coloniales. Todos fueron muy útiles en sus respectivas especialidades. «El señor Witzke, por ejemplo, descubrió en uno de los salones del convento de San Francisco los admirables zócalos al temple puestos a la casa, de moda en la época colonial.»

«... —El edificio se hallaba desmantelado. De las cuatro ventanas de la calle, habían desaparecido las rejas de tres de ellas; una se encontró en poder de un particular, y se fabricaron las dos que faltaban; de esta manera las ventanas para la calle quedaron tales como fueron en la colonia. Lo mismo el portón de la casa, al cual sólo le faltaban dos o tres clavos de cabeza de cobre. Los cielos rasos de las dos salas se conservaban en su forma, pero con las maderas carcomidas y sólo existía un rosetón dorado de sostener la araña en la sala menor. Se han fabricado los otros cuatro idénticos y el auténtico se puso enfrente de la alcoba donde nació Bolívar.

Las cenefas de la sala se tomaron de la casa de don Martín Jerez de Aristeguieta, situada de Gradillas a San Jacinto. Y las cortinas de damasco rojo pertenecieron a la iglesia de La Pastora, y ya no estaban en uso cuando

las adquirimos para la casa del Libertador. La alcoba inmediata a la sala y comunicada con ella por una gran puerta, era la pieza más estimada de la casa. Esa gran puerta sólo se abría en las fiestas importantes para que desde la sala se distinguiese el lecho nupcial. En la alcoba de esta casa nació el Libertador.

El terremoto del 26 de marzo de 1812

El espantoso terremoto del 26 de marzo de 1812 destruyó parte de la población de Caracas. Entre los muertos se hallaban numerosos patriotas y muchos parientes de Bolívar.

La casa no cayó, pero las paredes quedaron agrietadas en tal forma que sorprende no se vinieran al suelo.

Bolívar pasó el terremoto en su casa, llamada del Vínculo de la Concepción, en la esquina de las Gradillas, y vino a la plaza de San Jacinto, donde tuvo lugar el conocido episodio, cuando le quitó la palabra a un fraile y explicó al público que el terremoto no era castigo del cielo, como decía aquél, sino un fenómeno natural ajeno a las ideas religiosas y políticas, y terminó con la célebre frase recogida por el revistero realista José Domingo Díaz, que en ese momento llegaba de su casa: «Si la naturaleza se opone a nuestros designios, exclamó Bolívar al terminar, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca.» Idea propia del genio atrevido e irreductible del héroe.

Magnificencia de la casa

Como consta en el decreto de la reconstrucción de la casa, fechado el 28 de octubre de 1916, se dispuso reconstruir y embellecer la casa «con la magnificencia digna de un monumento consagrado a la veneración pública como recuerdo del Libertador».

Al efecto, los techos y demás obras de carpintería se reconstruirían con la mejor madera del país; los pavimentos, zócalos y obras accesorias se harían de mármol; se colocaría en la fachada el escudo de armas de la familia Bolívar, esculpido en mármol; los pisos y zócalos debían hacerse todos de mármol, imitando ladrillos de la época, y lo mismo otros detalles

semejantes, por brevedad no anotados aquí. Sin embargo, considerando el director de la obra necesario presentar la casa en su mayor parte como era, sólo usó los mármoles en la fachada y en los pisos de las salas y de la entrada, y todo el interior se reconstruyó exactamente como era, pisos de ladrillo, fabricados como los antiguos; puertas y ventanas, las mismas remendadas con la parte sana de maderas de los techos y estos últimos reconstruidos exactamente iguales a los originales, con madera de cedro incorruptible, como es el nuestro. Consultado el Gobierno en diferentes ocasiones, aceptó este plan como el más lógico. En él se da magnificencia al edificio y se conserva la integridad del primitivo.

La portada de la casa dibujada por el artista Antonio Malaussena y puesta después por el mismo en barro, para darle la elasticidad natural a las hojas y entregarla al marmolista, resultó una obra maestra por su naturalidad y proporciones. Este sabio arquitecto y su hermano Luis, experto en ornamentaciones, prestaron los servicios más útiles y la cooperación más valiosa. También nos fue útil la colaboración del arquitecto Alejandro Chataing y del célebre anticuario Christián Witzke.»

Ornamentación

El doctor Vicente Lecuna hizo venir especialmente desde París a Caracas a nuestro gran pintor venezolano Tito Salas, para adornar las paredes de la casa con inmensos óleos que presentaran la vida del héroe *. Los grandes marcos que encuadran dichos óleos fueron hechos por un artista venezolano, hombre de color, de muy finas facciones y de trato sumamente delicado; lo conocí muy anciano y siento no recordar su nombre. Cada marco fue tallado por este señor según sus propios dibujos y finalmente fueron dorados al fuego. Como pueden admirar, los que visiten la casa, son todos diferentes.

Pila bautismal

La pila bautismal está en el centro del primer patio de la casa; regalo de la Catedral de Caracas, por haber sido Bolívar bautizado en esta pila; tallada en piedra granítica del Avila.

* Al general Gómez le habían recomendado un pintor español, pero el doctor Lecuna le insinuaba que la gloria se la debería llevar un venezolano y gran pintor: Tito Salas.

Retrato de Vicente Lecuna

Entrada victoriosa de Bolívar
a Caracas por Tito Salas (Panteón)

Mobiliario

Como naturalmente después de la Guerra de la Independencia todo en Caracas quedó desvastado, el doctor Lecuna a través de los años fue recogiendo de familiares de Bolívar la mayor parte de los muebles, entre ellos la litera que pertenecía a la madre del Libertador.

Oratorio

El altar del oratorio es composición del señor Tito Salas. Los elementos de que está formado pertenecían a un altar del siglo XVIII de la iglesia de San Francisco, derribado en 1890 para abrir una de las puertas, la de la izquierda; dicho altar había sido ofrendado por los militares a la iglesia y cedido a la casa por el presbítero Calixto González. El señor Tito Salas se ingenió para hacer el oratorio de la Casa Natal empleando elementos del otro que era mucho mayor. El cuadro central, que es asimismo de Tito Salas, representa a la Santísima Trinidad, a la que eran devotos la familia Bolívar.

Cuadros de Tito Salas

«Deseando que toda la reconstrucción fuera obra de venezolanos —dice el doctor Lecuna— tuvimos la fortuna de encontrar en el señor Tito Salas un artista venezolano a la altura de los mejores de Europa. Se le encargó la ornamentación de la casa por medio de cuadros históricos que el Gobierno le iría indicando. La colección, de un mérito artístico insigne, contiene el resumen de una historia de España y algunos períodos de la colonia; a saber: El descubrimiento, la conquista, la protección de los indios por el padre Las Casas, el Dorado, La Fundación de Caracas, Guaicaipuro, el 19 de abril. En uno de los frisos aparece Colón recibiendo las joyas de Isabel la Católica, los primeros pasos del descubridor, y se recuerda la conquista de Caracas con las figuras de Guaicaipuro y Diego de Losada. La Sociedad Patriótica, quedó representada en otro friso.»

«Luego vienen los grandes cuadros: «La apoteosis», en la sala principal; «El desembarco de Colón», «El 19 de abril», «El bautizo de Bolívar», «La confirmación», una «Lección de Andrés Bello», «La muerte de la esposa», «El terremoto de 1812», «La batalla de Araure», «La emigración»,

«El combate naval», «La toma de las Flecheras por Páez». Esas obras costaron Bs. 238.400 y representan varios años de trabajo. El cuadro del «Matrimonio» no está incluido en esta suma: fue regalo del comercio de Caracas.

Presbítero Carlos Borges

Decía el doctor Lecuna —«Estuve sin inaugurar la Casa Natal, esperando que la Curia Romana permitiera hablar al presbítero doctor Carlos Borges. El nuncio se lo había prohibido por razones disciplinarias. No era posible que un acontecimiento tan grande como la resconstrucción de esta casa fuera deslucido por un discurso político, y creí que sólo la elocuencia de Carlos Borges era digna de realizar una obra sublime»—. Al efecto, como el doctor Lecuna, práctico en su historia trazó, al doctor Borges cuáles eran los asuntos que se debían mencionar, y él, con su admirable arte, compuso la pieza oratoria que tanta fama ha logrado en toda nuestra América.»—

Por su gran belleza desearía copiar en esta obra todo el discurso, pero no es posible, por la extensión del mismo, sólo estas frases de Bolívar, que entre unas emocionadas palabras pronunció la última vez que estuvo en la casa de sus mayores.

Decía el padre Borges: —«Eran entonces dueños de la casa don Juan Madriz y su hija Teresa Madriz de Aristeguieta y Bolívar, prima del Libertador, quienes obsequiaron a su egregio pariente con un banquete de carácter íntimo y unos pocos amigos de confianza. Bolívar se presentó sencillamente en traje civil, de negro y sin séquito alguno. Cuenta la tradición que los señores de la casa dispusieron que el puesto ocupado en la mesa por el Libertador quedaba precisamente cerca del punto donde él había nacido. Bolívar, al instante, se da cuenta de la fina intención, y aquel hombre acostumbrado a las emociones supremas, se enternece hasta derramar lágrimas. Levanta su copa, se pone en pie y habla. Es el discurso de su última cena cuando ya se cernía sobre su frnete las sombras del calvario—.»

—«¡Con cuánto gozo me encuentro en medio de vosotros! ¡Cuántos recuerdos se aglomeran en este instante sobre mi mente! Me habéis dado la más pura satisfacción con esta fiesta del hogar, en el seno de la familia y de la Patria. Gozad, pues, como yo, de ese placer verdadero. ¡Ojalá pudiera vivir entre vosotros el resto de los días que la Providencia me ha señalado. Os encontráis en Caracas como duendes que vienen de la otra vida. Dejás-

teis una dilatada y hermosa familia. Ha sido segada por una hoz sanguinaria. Todo está en escombros. Todo en memorias. ¿Dónde está Caracas? Caracas ya no existe, pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo ha quedado resplandeciente de libertad y está cubierta de la gloria del martirio. Nuestra familia se ha mostrado digna de ser fiel a nuestro deber y su sangre se ha vengado por uno de sus miembros. Yo he tenido esa fortuna. Yo he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas, parientes y amigos. Yo los he representado a presencia de los hombres. Yo los presentaré a presencia de la posteridad»—.

—«El orador evoca el recuerdo de su adorada madre y el improvisado discurso termina en explosión de llanto. ¡Ahí, el presidente de la gran Colombia, el Libertador de América sólo era un triste huérfano sollozando sobre las ruinas del hogar deshecho».

—«Ya era de noche cuando Bolívar salió por esa puerta..., para no volver más! ... Lo esperaba la traición, el puñal de septiembre, la anarquía, el destierro, la tumba.

Esa noche en el corto trayecto que hay de San Jacinto a las Gradillas vieron los transeúntes un hombre de rostro pálido y ojos ardientes vestido de negro, que iba deprisa, como sonámbulo. Los que lograban reconocerle a favor de algún claro de luna, deteníanse al punto sorprendidos, y ya, sin tiempo para el saludo, se decían en voz baja, con profundo respeto: es el Libertador.»

* * *

—«Reconstruido el templo, respuesta el ara ¿dónde está el sacerdote? ¿A quién confiar las llaves diamantinas del Santuario? ¿Quién mantendrá el fuego sagrado en este pritáneo de la Gloria? No necesitó nombrar a Vicente Lecuna. Cuarenta años de amistad íntima desde los bancos de la escuela, cuarenta años de acrisolado amor fraterno, amordazan mi lengua para el elogio de este gran bolivariano.»

El archivo del Libertador

Recopilación

La prenda más preciosa existente en la Casa Natal del Libertador es su archivo, al cual se han agregado otros del mismo orden, de diferentes personajes, relacionados todos con Bolívar.

Los 206 volúmenes empastados de que se compone ocupan tres escaparates especialmente destinados a este objeto, en los llamados «cuartos de enfrente» de la casa.

En este valioso acervo histórico se conservan las cartas y papeles personales del Libertador, sus decretos y proclamas, los copiadores de órdenes de su Secretaría General y del Estado Mayor, numerosos escritos de próceres venezolanos y de toda Hispanoamérica, muchas cartas de extranjeros notables dirigidas a Bolívar, y multitud de documentos relacionados con la figura central de nuestra nacionalidad.

Gracias al volumen y a la riqueza del archivo, que es desde hace tiempo la admiración de propios y extraños, Caracas, cuna de Bolívar, se ha convertido en el centro más interesante donde se pueda estudiar la figura del Libertador, para rendir el debido homenaje a sus glorias y para el más acendrado respeto a su memoria.

Su historia

Desde los días de la campaña admirable —vale decir, casi desde los comienzos de su fecunda vida pública— Bolívar se preocupó por organizar su secretaría y su archivo, que le siguieron constantemente en el curso de la guerra. Este orden y método en el trabajo, excepcional entre los caudillos

de nuestras guerras de independencia, revelan una cultura y un sentido práctico ajenos al medio en que se desenvolvían los sucesos. No se limitó el Libertador a conservar en su archivo las cartas y comunicaciones que recibía: por orden suya, en la secretaría y en el Estado Mayor llevábanse sendos cuadernos, en los cuales se copiaban los oficios, comunicaciones y disposiciones que dictaba el propio Bolívar, dirigidos a los generales, jefes subalternos, agentes diplomáticos, autoridades, etc.

Bolívar conservaba su archivo cuidadosamente, pero por desgracia, la dificultad de las marchas y las vicisitudes de la guerra hicieron que parte del mismo se extraviara, perdiéndose así para la posteridad.

En los últimos meses de su vida, cuando pensó retirarse a Europa, Bolívar depositó su archivo en la casa de comercio de Pavageau, en Cartagena, donde tenía sus fondos para el viaje. Y en su testamento, en la cláusula 9.ª, dispuso: «Ordeno: que los papeles que se hallan en poder del señor Pavageau se quemen.» Ocupaban diez baúles con todo lo salvado de sus archivos. Por fortuna, el albacea Juan de Francisco Martín, lejos de cumplir la orden, recogió los baúles y se los llevó a Jamaica, cuando fue expulsado por sus enemigos políticos. Allí dividieron el archivo en tres porciones: Los documentos de 1813 a 1818, inclusive, se enviaron a Briceño Méndez, ausente en Curazao, con el objeto de que escribiera la historia de la guerra durante aquel período. La segunda parte, muy numerosa, de documentos de 1819 a 1830, la tomó O'Leary para escribir la historia de esos años. El resto de la primera parte y mucho de la segunda, todos los documentos oficiales y correspondencia particular de funcionarios de los diversos países, los conservó Juan de Francisco Martín.

Ordenación del archivo

La sección de Briceño Méndez. —La parte que conservó Daniel Florencio O'Leary. Quedaba por adquirir la parte que había conservado el señor Juan de Francisco Martín, rico caballero de Cartagena, amigo de Bolívar y uno de su albaceas, quien se llevó esos documentos a París, donde desempeñó durante muchos años el puesto de embajador. Su hija, la señora Bolivia de Francisco, casó con un funcionario de la embajada de España, de apellido Quiñones de León, y esta sección del archivo fue conservada por su hijo, el célebre embajador de este nombre durante el reinado de Alfonso XIII. Las primeras gestiones sobre estos papeles no dieron resultado, pero a la larga

obtuvimos, mediante una importante suma, que el embajador Quiñones de León cediera los papeles a nuestra patria. De esta manera se reunió otra vez el archivo del Libertador, y se conserva cuidadosamente en su Casa Natal.

* * *

«¡Ojalá este ligero bosquejo del contenido del archivo * contribuya a facilitar y a orientar las investigaciones de cuantos se interesan por nuestra historia! La figura del Libertador, estudiada a la luz de los documentos auténticos de su época, y a través del testimonio de sus contemporáneos imparciales, gana en grandeza ante la posteridad, y acreciéntase su fama —así como crece la sombra cuando el sol declina.»

VICENTE LECUNA

Los 206 volúmenes de documentos que forman el archivo de Bolívar, actualmente se hayan en la Casa Natal; el doctor Lecuna los encuadernó en piel legítima, color caoba, y con letras doradas, por orden de fechas y acontecimientos y se guardaban en un escaparate con hojas de cristal, manteniéndose así a la vista de los visitantes. Hoy dichos libros están guardados en caja fuerte.

* Papá me dijo una vez: —«Tuve la suerte que mi gran amigo desde la juventud, Laureano Vallenilla Lanz, era director del Archivo Nacional de Caracas; y me daba libre entrada en la búsqueda de manuscritos de Bolívar y de su amanuenses..., etcétera.»

Don Laureano, de talento y distinción imponente, a quien yo desde niña admiraba y quería mucho, dijo una vez en mi presencia: «Vicente es el tipo perfecto del buen ciudadano.»

A lo que siempre quedé agradecida.

Historia de Tito Salas

El general Juan Vicente Gómez no quería el regreso de Tito Salas a Venezuela; consideraba al pintor como un revolucionario. Tampoco el artista sentía deseos de abandonar la dorada bohemia de París; en aquel ambiente, difícil para el triunfo, por la gran cantidad y calidad de artistas de todos los países del mundo, había llegado Tito Salas a conseguir nada menos que «Medalla de oro» por su cuadro «El milagro del perdón», inspirado en una fiesta típica de la Bretaña. Por cierto, que una noche apostando al anverso y reverso de la medalla, con sus amigos sobre el puente de Alejandro III, saltó ésta hasta el agua y aún debe dormir su sueño en el lecho del Sena.

Fue el doctor Lecuna que interesado en que el pintor regresara a Venezuela a realizar la importante obra de la vida e historia de Bolívar, para ornamentar los salones de la Casa Natal del Libertador, en Caracas, consiguió su vuelta a la Patria.

El doctor Lecuna era insistente ante la negativa de Gómez, hasta que un día ya impaciente, con carácter decidido y firme le dijo al dictador: —«General, yo salgo de fiador por Tito Salas»— *, y así le fue enviado el pasaje a París, para que el pintor regresara prontamente a Venezuela.

El distinguido y honorable padre de Tito, ya bastante mayor, don José Antonio Salas, visitaba constantemente al señor Lecuna esperando que de las gestiones ante Gómez su hijo regresara al hogar.

* * *

* El doctor Lecuna fue también generoso apoderado de Tito Salas, defendiendole los intereses económicos, como se puede ver en las copias de cartas expuestas que siguen.

Recuerdo aquella figura varonil y atractiva del pintor, en la mañana, temprano, atravesando los largos corredores de la casa del reducto. En estas ocasiones venía a buscar a papá para irse ambos a la casa de Bolívar.

La extraordinaria personalidad de Tito Salas está tan unida desde los días vividos de mi niñez y adolescencia que no puede desvanecerse de mi mente. Su gran genio de pintor, su encanto personal, su talento en todas las manifestaciones del arte, eran paralelos a su gracia y a su señorío. Papá decía que hubiese sido también un buen escultor y gran arquitecto.

Fueron, no obstante, aquellos años de las pinturas bolivarianas causa de no pocos trabajos para nuestro padre porque, en algunas temporadas, el diablillo tentador le hacía huir de las obligaciones y aun de Caracas. Tito Salas, como buen artista, algo bohemio (aunque creo que en él esto fue accidental), necesitaba de este tipo de descanso para conseguir después con más ahinco su línea creadora; pero el ángel tutelar del pintor («así lo llamaba Luisa Antonia, la hermana mayor de Tito»), nuestro padre don Vicente Lecuna, no admitía otra línea que la recta: la labor constante y sistemática.

Se trataba de estampar en sus lienzos la vida del máximo de nuestros héroes: del Libertador Simón Bolívar; para plasmar toda la grandeza del Padre de la Patria, era imprescindible la ascensión a genio inmortal del pintor en una dura labor sintetizadora. Me refiero ahora a la serie de cuadros dedicados al Libertador y que engalana hoy las paredes de la Casa Natal; los que gozan con su contemplación no pueden figurarse las preocupaciones que le proporcionaron al doctor Lecuna, durante el tiempo que duró su ejecución. El se había hecho oficialmente responsable de la decoración pictórica de la casa de Bolívar y se ponía de malísimo humor si no adelantaba la obra. A mí (cuando era una jovencita de catorce años) me impuso papá la obligación de llamar por teléfono a la casa de Tito Salas; antes de las seis de la mañana, en que a estas edades suele estarse rendida por el sueño, la muchacha de servicio que atendía a mi padre en el desayuno me despertaba con unos rudos golpes en la ventana de mi cuarto, y anunciaba con voz fuerte y mandona —«Niña, el doctor, que llame a don Tito»— ...Así, tambaleándome de sueño, me tiraba de la cama, yendo apresuradamente al teléfono.—«Dice papá..., a Tito que se levante, porque ya lo va a buscar»—; Luisa Antonia, como ya dije, hermana del pintor, salía invariablemente al teléfono, encargándose de despertarle. Un día contesta la hermana: —«M'hijita, dile a Lecuna que Tito tiene dolor de muelas y no puede trabajar»—. Regreso yo rápidamente al comedor con el tiempo justo para

arreglarme (en nuestra casa nos estaba prohibido salir de nuestras habitaciones en bata), y digo a papá: —«Tito tiene dolor de muelas»—. El doctor Lecuna contesta: —«Llama inmediatamente y di que eso es embuste, que ya voy para allá.»

La mayoría de las veces el doctor Lecuna iba personalmente a buscar a Tito a la propia casa del pintor, que quedaba no muy lejos de la nuestra, de Reducto a Miranda y la de los Salas estaba entre las esquinas de Mercaderes y La Gorda; de allí se iban a la Casa Natal, donde mi padre veía la marcha de la labor; daba entonces al pintor los datos históricos sobre los distintos cuadros que estaba realizando; también solía proveerlo de modelos para sus cuadros, ya que le era fácil lograr todos los tipos físicos entre los empleados del Banco de Venezuela, quienes iban encantados a posar para el pintor.

Además de su talento múltiple y su gracia de conversador eran cualidades del artista sus sentimientos; sumamente religioso, casi místico y de una moral rectísima, así como comprensivo para toda la gente. A estos efectos redactaré una anécdota que ocurrió encontrándonos en Venecia largos años después, en un grupo familiar, al que se habían agregado el doctor Eduardo Santos, ex-presidente de Colombia y su esposa; ambos nos fascinaron con su personalidad. Estábamos todos los del grupo sentados frente al Palacio Ducal, conversando animadamente. En aquel momento se acerca un hombre de cara dolorida pidiendo algún dinero para atender a su hija que estaba en cama, enferma de tuberculosis. Cada uno de nosotros lo socorrió con algo. Una señora de una pareja que se nos había unido circunstancialmente al grupo esa noche, comentó: —«A lo mejor todo eso es mentira»—. A lo que Tito contestó inmediatamente: «Dios quiera que lo sea».

Como hemos dicho antes, el doctor Vicente Lecuna se constituyó en el protector de Tito desde la llegada del pintor de París a Venezuela; con el objeto de decorar con sus cuadros, que representarían la vida e historia de Simón Bolívar en la Casa Natal, en el Panteón Nacional, en el Banco de Venezuela, y en otros lugares adecuados del país. En Maracaibo se encuentran tres grandes cuadros: la vida del general Rafael Urdaneta.

El doctor Lecuna fue su instructor en historia y asesoró a Tito en las situaciones y momentos de la vida del Padre de la Patria, y él con su gran genio hacía rápidamente su maravillosas composiciones, que recuerdan a Sorolla, en el colorido, vida y movimiento.

En esa época, del viaje a Europa que he aludido, Tito estaba recién operado de cataratas en Nueva York, de lo que se reponía lentamente; además de los grandes cuidados naturales de que le rodeaba la familia, su esposa y sus tres hijas, sobresalía el amor filial de su hija mayor, Valentina, de catorce años de edad; no desamparaba al padre un instante, y sin hacérselo notar al bajar las obligadas escaleras en cualquier sitio de aquella ciudad como a todo largo del viaje que proseguimos hasta Roma, ella siempre se situaba a su lado ofreciéndole su hombro, donde él apoyaba la mano.

Continuó esta hija de Tito en sus constantes dedicaciones hasta el final de los días de su padre, demostrando su gran sensibilidad, que además hoy sintetiza en su talento de poeta y pintora.

Tito Salas en París

Antes de su llegada definitiva a Venezuela para su obra bolivariana, Tito residió largo tiempo en París. Tendría algunos veinte años de edad. Estuvo rodeado de un excelente grupo de intelectuales y artistas. Recordemos, entre otros, al célebre astrónomo Flammarion, la notable científica Mme. Curie, la actriz Sarah Bernard y su sobrina pianista, el escultor Rodin y el maestro de Tito, Jean Paul Laurent. Las hijas de Tito Salas conservan una fotografía de esta época: Tito con estos personajes.

Residía el pintor en compañía de algunos interesantes compatriotas; entre ellos, Salustio González Rincones, y en cierta época, el compositor de música Joaquín Silva Díaz; era un espacioso local donde curiosamente también había vivido Lenin; también se había agregado al grupo nuestro joven primo Ramón Vallenilla Lecuna *, fraternal amigo de Joaquín y de Tito, quien contaba graciosos episodios de todos ellos, refiriéndose a esa época. Estudio, donde a veces, se podía hallar a Jean Paul Laurent, Lucien Simón, Ignacio Zuloaga y a los escritores García Calderón, entre otros. Contaba Ramón: —«Almorzábamos un 'Pot au feu' que yo hacía en la cocina del estudio, y en la noche casi siempre íbamos a cenar al bar 'Bulier'. Allí acudían siempre Gómez Carrillo, el poeta venezolano Arreaza Calatrava, un célebre torero español que se lucía haciendo pases con su capa en medio de grandes aplausos de la concurrencia. Cierta noche, Rubén Darío estuvo en nuestra reunión, lo que motivó que una de las damiselas asistentes se quitase una cinta de raso de su sombrero y enlanzando unas rosas que estaban en un florero se las ofreciese al poeta.»

Ya en Caracas, también de esa época, contaba Ramón Vallenilla Lecuna, que andando una noche de invierno bajo una lluvia fina, por las calles

* Ramón Vallenilla Lecuna. «Historia de un venezolano en Mallorca», por Valentina Lecuna.

de París, cuando ve de improviso la figura de un joven de aspecto triste, que pálido y tembloroso, andaba como perdido en la niebla; Ramón, con su inagotable sensibilidad, de corazón se le acerca al desconocido: era Pedro Castrellón, fino pintor venezolano, quien ante las palabras de su interrogante le contesta: —«Estoy muriéndome de hambre y de frío»— (estaba tuberculoso); a lo que Ramón, despojándose de su abrigo y cubriendo al joven enfermo, reaccionó llevándoselo al estudio y buscándole después alojamiento en una pensión, que tomó por su cuenta de los limitados ingresos que recibía mensualmente de Caracas. Ignoro cómo fue el fin de este desgraciado compatriota.

* * *

Caracas, 10 de mayo de 1921.

Señor general:

JUAN VICENTE GOMEZ

Presente

Respetado general:

Se ha continuado con actividad la decoración de la casa del Libertador. El señor Tito Salas tiene ya pintado el gran cuadro del padre Las Casas, protegiendo los indios y ha empezado el de la Apoteosis de Bolívar. Tanto él como yo le agradeceríamos nos honrara con una visita, cuando sus ocupaciones se lo permitan, para que vea la marcha de los trabajos.

Dentro de pocos días no será necesaria ya la presencia de los indios que vinieron de la Goajira para modelos. Ellos desean regresarse. Espero sus órdenes para solicitar del señor doctor V. Márquez Bustillos los medios de embarcarlos.

Los saluda atentamente,

S.S. y amigo

VICENTE LECUNA

Caracas, 31 de mayo de 1938.

Señor doctor

ALFONSO MEJIA

Presente

Distinguido amigo:

He tenido el honor de recibir su nota verbal del 30 del presente, en que me avisa que el señor presidente de la República ha resuelto fijar al señor Tito Salas una asignación de Bs. 3.000 mensuales a cuenta del cuadro de grandes proporciones que está pintando en París para el Panteón Nacional. Doy a usted las más expresivas gracias en nombre del señor Salas y le suplico presentarlas también al señor presidente de la República.

Con sentimientos de consideración, soy de usted,
Atento s.s. y amigo

VL/EBN. *VICENTE LECUNA*

SEÑOR TITO SALAS

Suffern

Querido Tito:

Te escribí informándote mi opinión y la de Beiner de pedir Bs. 1.200 el metro y que en conversación con Merzerhane habíamos convenido en bajar a Bs. 1.100 para que resultara hacedero, es decir, sin peritos, porque le tengo miedo a los diversos criterios que puedan tener los peritos. Espero que sea todo eso de tu aprobación.

De Colombia me pidieron un artículo sobre el Rincón de los Toros para «El Siglo», recuerda que en ese punto trataron de matar a Bolívar a media noche, introduciéndose en el campamento ocho hombres que tenían el santo y seña, y se dividieron de dos en dos sobre las hamacas. Murieron el padre Prado, los coroneles Salcedo y Galindo, y Bolívar se salvó porque sintió ruido y saltó de la hamaca hacia el caballo. Se me ocurrió pedirle un cuadro a Elenita y me lo hizo un poco grande, y como no era fácil mandarlo así saqué unas fotografías y me ha parecido tan bueno que te mando un ejemplar, para que cuando vuelvan al colegio les des consejos y le enseñes algo, porque me parece que vale la pena. ¿Por qué no te ofreces a las monjas como profesor de dibujo? Darías las clases por señas, mientras aprendes inglés.

En carta anterior te he dicho más o menos lo que puedes considerar sobre Sociedad de Naciones para que hagas algunos bocetos. Tú debes trabajar de seis a seis. Haz una exposición.

Antes de ayer, sábado, hubo un motín en el cuartel Páez de Maracay, motín soldadesco contra los oficiales; fue sometido en pocas horas, pero con mucho plomo; murió el capitán Patro y quedó gravemente herido un teniente Mendoza. Es un mal símtoma, que ojalá no se repita y ojalá se acaben estas huelgas que nos tienen en completa preocupación, porque cuando no es por un lado es por el otro; eso no le conviene ni al país ni al Gobierno.

Muchos saludos a las niñitas y a Carmen, con mi bendición y un estrecho abrazo,

VICENTE LECUNA

Ya para cerrar esta carta recibo tu cable de ayer, en que me dices: «Apruebo transar asunto por bolívares mil cien el metro, abrazos.» Procederé en consecuencia.

VLEBN.

18 de junio

Señor

TITO SALAS

París

Querido Tito:

Primero que nada te felicito por el cuadro que te van a mandar a hacer: Creación de la Gran Colombia. La escena es en el Congreso de Angostura; una casa colonial, amplios salones, muebles coloniales, nada de cortinajes o algo muy sobrio, recuerda que es tierra de calor. Bolívar regresa vencedor de Boyacá y pide como premio de los esfuerzos de los patriotas la creación de la República de Colombia; Zea, presidente del Congreso, contesta a Bolívar un elocuente discurso, dijo estas palabras: «Cuando todo lo pequeño de esta época haya desaparecido y sólo queden los grandes hechos y los grandes hombres, el nombre de Bolívar se pronunciará en Colombia con orgullo y en el mundo con admiración.» Antes de estas palabras recordó el nacimiento de Roma y la grandeza que podía alcanzar una nación que se extendía del Atlántico al Pacífico. El retrato de Zea que trae Baralt es muy feo, parece un mico; Tovar hizo uno bueno para el Palacio Federal; supongo que te enviarán una fotografía; debes darle un aspecto solemne al acto y destacar la figura de Zea, elegante y altivo. El Libertador, emocionado e imponente; en el grupo deben ocupar puestos principales: Mariño, rubio joven y hermoso; Urbaneja blanco, de pelo negro; Peñalver, anciano de hermosa fisonomía. En otra carta te daré otros nombres. No sé quién se encargará de mandarte retratos. Haré lo posible, por mi parte.

PARTICION.—Supongo en tus manos mis últimas cartas en que te decía que nombraras otro apoderado. Después de eso he tenido dos conferencias con Abreu, que se interesa mucho, él me dio la razón en todo, pero habiendo conversado con tus hermanas, él cree lo mejor firmar la partición tal como la ha proyectado; dice que en definitiva los bienes se repartirán entre todos los varones, porque las hembras no tienen hijos. Luisa Antonia conviene en cederte la parte que tiene ella en el Toboso, como lo he exigido yo, pero como yo tengo mis escrúpulos, por mi carácter, te puse este cable:

«Luisa Antonia ofrece cederte mitad Toboso. Abreu, aconséjame firmar partición forma, conoces aun con partes desiguales en atención bienes; en definitiva serán todos para varones que tienen hijos. Si persistes en aceptar telegrafíame así: acepto partición, firma, caso contrario, telegrafíame: abstente. Lecuna.»

Todo esto me da mucha pena, pero lo he considerado de obligación.

Luis llegará junto con esta carta. Será para ti muy agradable su presencia, que gocen mucho. Mis respetos a Carmen y la bendición para Morella y para todos.

Tu afectísimo,

VL/EBN. *VICENTE LECUNA*

NOTA.—Por correo te mandé dos retratos, uno del doctor Zea, sentado en su sillón, obra de Tovar y Tovar, el otro de Diego Bautista Urbaneja, obra de Rivero Sanabria. Más o menos con la edad que tenía cada uno cuando el Congreso de Angostura. El principal es Zea, como ya te lo he dicho. Mañana empieza el carnaval y en estos tres días voy a repasar para escribirte luego cómo creo yo que debe ser la escena.

Ciudadano.

MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES

Presente

Yo, doctor Vicente Lecuna, mayor de edad y de este domicilio, en mi carácter de apoderado del ciudadano Tito Salas, a usted, con el debido acatamiento expongo:

Por el vapor francés «Bretagne», fondeado en La Guaira el 26 de agosto próximo pasado, procedente de St. Nazaire, llegaron a la consignación de los señores C. Escobar G. & Ca., por cuenta del doctor V. Lecuna, de Caracas, tres (3) bultos marcados I.H.B.L., números 3.966, 3.967 y 3.968, que contienen: «una tela pintada por el pintor Tito Salas, destinada al Panteón Nacional», «un bastidor para esta tela», «una caja de barniz para cuadros» y «un marco madera para la susodicha tela», con peso de cuatrocientos setenta y cuatro kilogramos (Ks. 474), cuyos derechos de importación alcanzan a Bs 1.096,90, así:

Bs. 1.041,80 por derechos arancelarios y Bs. 55,10 por derechos consulares; y por cuanto esta mercancía se ha introducido al país para el Gobierno Nacional, como bienes de la Nación y a efecto de utilizarla en la ornamentación del Panteón Nacional, tengo a honra dirigirme al Ejecutivo Federal, por el autorizado órgano de usted, en conformidad con el artículo 13 del Reglamento de Aduanas núm. 2, para solicitar, como solicito, la exoneración de los expresados derechos de importación. A los fines legales consiguientes, acompaño copias certificadas del manifiesto, de la diligencia de reconocimiento y de la planilla de liquidación, y, asimismo, copias simples de ambos documentos y de la relación descriptiva en dos ejemplares y cuatro (4) copias en carbón de la factura consular y conocimiento, en extracto. Es justicia que pido en Caracas a los quince días del mes de septiembre de mil novecientos treinta y nueve.

VICENTE LECUNA

Caracas, 17 de octubre de 1940.

Señor doctor:

LUIS GERONIMO PIETRI

Presente

Distinguido amigo:

Mi querido Tito Salas me encarga decir a usted lo siguiente:

1.º A él le han dicho que se piensa mover el tríptico de Boyacá para el museo. No le parece bien; primero porque el tríptico fue hecho especialmente para el salón donde está, considerado su tamaño, posición y la luz, y es una regla de arte que los cuadros deben mantenerse en los lugares del ambiente que los favorece. Detalle curioso que puede interesarle: nuestro general Miranda, gran conocedor de arte, preconizaba este principio, como consta en una obra de la época de un gran artista refiriéndose a colocación de cuadros en los museos. El señor M. S. Sánchez tenía hace años un ejemplar de esta obra.

2.º Si el Gobierno desea tener un cuadro de Tito en el museo, con mucho gusto le vendería él uno magnífico titulado «El milagro del

perdón», premiado en el Salón de París. Es una hermosa escena de Bretaña a la salida de una iglesia. El cuadro es de grandes proporciones y quedaría admirablemente bien en el museo, por la luz y demás circunstancias. El aspira por ese cuadro la suma de Bs. 24.000, que con gusto recibiría por cuotas, como usted y el señor presidente lo resuelvan.

Respecto a la situación del tríptico hace un conjunto admirable con los cuadros de Tovar del Salón Elíptico. El tríptico de Boyacá, en la escala de esos cuadros, es como el prólogo de la epopeya, pues usted sabe que el sueño y la empresa heroica de Boyacá fue el comienzo de las grandes acciones que se representan en el Salón Elíptico. Todos los extranjeros que visitan ese lugar admiran la sucesión de los hechos tan bien expuestos como se hallan al presente con el tríptico de Boyacá en su lugar.

Aprovecho la oportunidad para presentar un saludo cordial y respetuoso al magistrado y al amigo, que quiero y estimo.

VICENTE LECUNA

Donaciones a la Casa Natal

Caracas, 19 de diciembre de 1940

Señor

MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES

Presente

Poseedor desde hace algún tiempo de reliquias históricas de gran valor, he resuelto donarlas a esta casa. Hoy mismo se han puesto en la vitrina de la sala principal. Son las siguientes:

1.º Un ejemplar del tomo II, de los «Comentarios de Julio César», editado en Madrid, en la Imprenta Real, año 1789. Pasta original.

2.º Nueve volúmenes de las obras de Federico el Grande, editados en Postdam en 1805, a saber:

El volumen II de la «Historia de la Casa de Brandeburgo».

El volumen II de la «Historia de mi tiempo».

Cinco volúmenes numerados I, II, III, IV y V de la «Correspondencia con Voltaire».

Dos volúmenes numerados I, III de la «Correspondencia con D'Alambert». Esta obra fue encuadernada en cuero por mí porque las pastas originales habían desaparecido.

Ambas fueron del Libertador, como lo acredita carta del doctor José Félix Soto Silva, descendiente directo de Juan Vicente Bolívar y Palacios, de 15 de abril de 1937, que poseo. La primera me fue donada por el doctor José Félix Soto Silva, quien la heredó del general José Laurencio Silva, esposo de Felicia Bolívar, sobrina del Libertador, y la segunda la adquirí en 1902, a la muerte de don Fernando Bolívar,

sobrino del Libertador, y su secretario en 1829 y 1830. En esta fecha deposito la carta del doctor José Félix Soto Silva en el archivo de esta casa.

3.º Un ejemplar del Manual de los Estados Mayores del general Thiébault, traducido al español y editado en Madrid en 1818. Este ejemplar perteneció al capitan general Castaños, el vencedor de Bailén y tiene su firma; lo adquirí yo en Madrid hace algunos años. Esta obra considerada como clásica en su época, y adoptada por todos los ejércitos de Europa, lo fue también en nuestras tropas por decreto del Libertador dado en Angostura en el mismo año en que fue editada en español. Por estos motivos es digna de conservarse en la Casa Natal del Libertador.

4.º El bastón de mando del general José Antonio Páez, caña de la India con cordón tejido de cuero y puño de oro. Fue donado por el propio general Páez al coronel Lorenzo Bustillos, y por el hijo de éste, señor Wenceslao Bustillos a mí.

Suplico a usted apruebe la colocación que he dado a estas donaciones.

Dios y Federación.

VICENTE LECUNA
Conservador «ad-honorem»

VL/EBN.

Corredor y patio principal

1. Pila en que fue bautizado el Libertador en la Catedral de Caracas. Tallada en un solo canto del granito del Avila, por un artesano de la época colonial. El pedestal, de construcción moderna, es también de granito avileño. La pila se conservó hasta 1882 en la Catedral, en cuya fecha fue sustituida por otra de mármol. Pasó luego al Museo Bolivariano, y de allí se trasladó a la Casa Natal, concluida la reconstrucción de ésta.

2. Sofá de fabricación moderna. Estilo del siglo XVIII, inspirado en un modelo de la época.

3. Sillas con asiento y espaldar de cuero, de fabricación moderna, de estilo del siglo XVIII, según modelo original. Otras sillas idénticas se hallan en distintos lugares de la Casa.

Sala principal

4. «Apoteosis del Libertador». Obra de Tito Salas.
5. «Descubrimiento de América». Obra de Tito Salas.
6. «El Dorado». Obra de Tito Salas.
7. «El padre Las Casas, protector de los indios». Obra de Tito Salas.
8. «D. Diego de Losada, fundador de Caracas.» Obra de Tito Salas.
9. «Escena colonial». Obra de Tito Salas.
10. «El 19 de Abril». Obra de Tito Salas.
11. «Generales de la Independencia». Obra de Tito Salas.
12. Friso pintado por Tito Salas. Sus escenas se refieren a la vida de la colonia y a la época de la independencia. Son, empezando por el ángulo suroeste, junto al cuadro de la «Apoteosis del Libertador»: Isabel la Católica ofrece sus joyas a Colón, Combate entre conquistadores e indígenas, Muerte de Guaicaipuro, Las Misiones. Desembarco de Miranda, El triunfo del Libertador.
13. Rosetones dorados, tallados en madera de cedro que sostienen las arañas de cristal. El que se halla frente a la alcoba en que nació el Libertador es de la época colonial y estaba en la casa cuando se inició la reconstrucción: sirvió de modelo para fabricar los restantes.
14. Cortinas de damasco rojo con sus cenefas doradas. Las cenefas fueron de la casa del Vínculo de la Concepción, que existió en la esquina de Las Gradillas.
15. Sofá de caoba, forrado en cerda negra, estilo American Empire, del primer tercio del siglo XIX.
16. Poltronas de caoba, forradas en damasco encarnado, de fabricación moderna; estilo Luis XVI: se tomó el modelo de una poltrona antigua, existente en la Sala Capitular de la Catedral. Otras poltronas iguales se hallan en la sala menor.
17. Mesas de caoba con mármol. Tienen dorados de calcomanía en las chambranas y patas talladas con hojas de acanto. Donadas por la Universidad de Caracas.
18. Guardabrisas, de cristal labrado.
19. Vitrina de caoba, con cristal cóncavo y marquetería, estilo Luis XVI

de construcción moderna. Modelo inspirado en una cómoda antigua, propiedad del doctor Aguerrevere.

Vitrina

20. Miniatura del Libertador. Marco blanco, veteado. Donación de don Luis Coll Pacheco. Moderna. Inspirada en un retrato que durante tiempo se creyó hecho del natural en Londres el año 1810. Recientes investigaciones del señor Alfredo Boulton, han demostrado que el retrato original en el cual está inspirada esta miniatura fue obra de la pintora cubana Rita Matilde la Peñuela, y hecho a mediados del siglo XIX.
21. Sello de la Gran Colombia. De cobre, perteneció a Leandro Palacios.
22. Medalla de plata ahumada, con el busto del Libertador. Leyenda: «Bolívar. Libertador. 1783-1830». Al reverso: Cabeza de centurión romano: inscripción latina: «Suo nobis exemplo Roman levamen evit et magistra». Medalla hecha por A. Motti.
23. Chapas de la urna del Libertador. En un cuadro con vidrio y cañuela negra. Donación del señor A. J. Wallis.
24. Miniatura del Libertador. Inspirada en la de Ugalde. Marco de Caoba. Adquirida del doctor Lope Tejera.
25. Medalla de oro. La República Bolívar, agradecida al héroe, cuyo nombre lleva. Ovalada, con gráfila. En el centro, la figura del Libertador, sosteniendo un gorro frigio, de pie sobre un trofeo y destacándose sobre el cerro de Potosí, por detrás de cuyo vértice nace un sol. Debajo: el nombre «Potosí». Reverso: dos ramas de laurel entrelazadas que abrazan la leyenda: «La República Bolívar agradecida al héroe cuyo nombre lleva». Donación de la Sociedad Bolivariana de Venezuela.
26. Miniatura del Libertador. Obra de Juan Bautista Ugalde. Marco negro. Ugalde era natural de Caracas. Muy joven, después de la batalla de Carabobo, se fue a España y se estableció en Madrid, donde fue discípulo de Madrazo. El señor Maury, catalán, comerciante en La Guaira, le encargó a Ugalde en Madrid esta miniatura de Bolívar. Después de la muerte de su hijo, el pintor Emilio Maury, pasó a manos del señor Manuel Segundo Sánchez, quien la cedió a la Casa Natal.
27. Pelo del Libertador. Contenido en un marco con incrustaciones.

28. Miniatura de Anacleto Clemente Bolívar. Marco de caoba. Donación de la testamentaria de doña Josefa Martínez, segunda esposa de Anacleto. Esta miniatura fue hecha en el año 1824, en Bogotá. Anacleto, hijo de Pablo Clemente y de María Antonia Bolívar, era sobrino del Libertador.

29. Medalla del 25 de septiembre. Busto de Bolívar. De plata, circular. Anverso: busto de Bolívar sobre una base. Reverso: un ojo dentro de un triángulo encima de la inscripción: «L. D. P. Salvó la vida del Libertador Simón Bolívar la noche del 25 de septiembre de 1828.» — Según carta de Nicolás M. Tanco, dirigida al director general de la Renta de Tabacos de Venezuela, fechada en Bogotá el 3 de noviembre de 1829, varios amigos del Libertador decidieron abrir una medalla para perpetuar la memoria de la salvación de la vida de S.E. en la noche del 25 de septiembre. Una de las medallas fue ofrecida al general Lino de Clemente.

30. Medalla de plata. Con la inscripción: «La gratitud de Chuquisaca». Al anverso: Busto de Bolívar, con la leyenda: «Simón Bolívar, padre de la Patria». Circular, con gráfila. Un busto del Libertador mirando a la izquierda, rodeado con la inscripción «Padre de la Patria, Simón Bolívar.» Al reverso, dos figuras alegóricas. Una de ellas, un hombre, apoya la mano izquierda sobre un globo terráqueo en que se ven las Américas. La otra, una mujer, presenta una corona de laurel. Estas figuras circundadas por la leyenda: «La gratitud de Chuquisaca a su Libertador. 1825».

31. Pelo del Libertador. Tomado en Santa Marta, por Mariano Ustáriz en 1842. Contenido en un marco de metal dorado. Donación del general Eleazar López Contreras.

32. Mazo en su estuche. Ofrenda de la comisión que vino a Caracas con motivo de la inauguración de la estatua de Henry Clay. Placa metálica en el estuche: «Presented by Congressman Maurice H. Thatcher. — Commissioner U. S. A. upon unveiling of Statue of Henry Clay. — Caracas, December 9, 1930». Placa metálica en el mazo: «Head of gavel made from ash Tree which grew on Ashaland Estate of Henry Clay at Lexington, Kentucky U. S. A.».

33. Dos botones de uniforme, de bronce. El 1.º, «Morir o vencer», tiene en el centro un sol levante, y siete estrellas en la parte superior. Fue encontrado en el campo de batalla de la Puerta. El 2.º, «Boyacá», tiene un gorro frigio, con dos manos que se estrechan, y un sol

encima. Al reverso, la inscripción: «London. Quality». Donación de Pedro Rodríguez Padrón.

34. Medalla con el busto del Libertador. Leyenda: «El Cuzco a su Libertador, 1825». «Simón Bolívar, Libertador de Colombia y del Perú.» Cinta con los colores amarillo, azul y encarnado. Un busto de Bolívar, mirando a la izquierda, cincundado por la leyenda: «Simón Bolívar Libertador de Colombia y del Perú». Reverso: en un círculo casi del tamaño de la medalla, ruinas de un templo y el sol alumbrándolo a la izquierda. En la semicircunferencia superior la inscripción: «El Cuzco a su Libertador», y en la inferior, dos ramas que se juntan por la cifra 1825.

35. Dos medallas doradas. Con la inscripción: «A su Libertador Simón Bolívar. El Perú restaurado en Ayacucho. Año de 1824.» Una de ellas es mucho más artística que la otra. Esta firmada A. D. La más basta lleva una cinta con los colores actuales de Bolivia, y está firmada: Dávalos.

36. Carta del Libertador al general José Félix Blanco. En un cuadro con vidrio y cañuela dorada.

37. Reliquias del Libertador. Contenidas en una caja forrada de terciopelo rojo, con tapa de vidrio. Traídas por Bartolomé Palacios, uno de los comisionados para conducir a Caracas los restos del Libertador en 1842. Se trata de las reliquias siguientes: Pelo, fragmentos de hueso, bordados de uniforme con que fue enterrado, adornos y tornillos de la urna. Donación de Inocente Palacios Hernández.

38. Pelo del Libertador. Contenido en un medallón de pasta negra con un escudo de Venezuela en alto-relieve. Donación de Julio Planchart y Vicente Lecuna.

39. Medalla de plata. Con la inscripción: «El Cuzco a su Libertador.» Es parecida a la Medalla dorada núm. 34, pero es de plata y no lleva cinta.

40. Medalla de la Sociedad Bolivariana del Ecuador. Conmemorativa del Centenario. 1930. De níquel.

41. Una cruz hecha con cabellos del general Salom. En un medallón. Marco de madera, con vidrio. Donación de los nietos de dicho general.

42. Cofre de metal, que contiene tierra del campo de batalla de Pichin-

cha. Donación del doctor L. F. Borja, presidente de la Sociedad Bolivariana del Ecuador.

43. Plato y cucharita dorada. Pertenecieron al Libertador. Inscripción cincelada al reverso del plato: «Simón Bolívar». En la cucharita «S. B.». Donación del general Eleazar López Contreras.

44. Vinajera. Usada por el Libertador, compuesta de once frascos. Adquirida de los herederos del señor Juan Bautista Pérez y Soto.

45. Llave de oro del Cuzco. Donación de la familia Marturet Santana. Inscripciones: «Me fecit Petrus Calderón», y: «A. S. E. el Libertador. La presentó José Mariano Ugarte, intendente de Quispicanchi». Perteneció al coronel Juan Santana, secretario del Libertador. Al entrar Bolívar en el Cuzco, le fueron presentadas cuatro llaves, una por cada uno de los puntos cardinales: él las repartió todas entre varias personas que lo acompañaban.

46. Ejemplar de la Constitución Boliviana. Hecho en seda. Donación de la familia Marturet Santana. Bogotá. — Impreso por S. S. Fox. — Plazuela de San Francisco. 1826. — Este ejemplar perteneció al coronel Juan Santana, secretario del Libertador.

47. Cofre de madera con reliquias del Libertador. Reliquias traídas de Santa Marta a Caracas, por don Mariano Ustáriz. Contiene: Cojín tomado de la urna que condujo los restos a Caracas. Un pedazo de la urna de zinc. Un listoncito de madera de la misma. Un rectángulo de mármol. Un fragmento de vestido que cubría el cuerpo del Libertador. Anexo: Justificativo de la autenticidad de estas reliquias.

48. «Obras de Federico el Grande». En francés. Edición de Postdam, 1805. 9 volúmenes: «Correspondance avec Voltaire». 5 volúmenes. «Correspondance avec D'Alembert». 2 volúmenes. «Historie de Mon Temps». Tomo II. 1 vol., «Historie de la Maison de Brandebourg». Tomo II. 1 vol. Pastas modernas de cuero. Conservadas por don Fernando Bolívar, sobrino del Libertador. Estas obras pertenecieron al Libertador. Donación del doctor Vicente Lecuna.

49. «Comentarios a la guerra de las Galias». De Julio César. Tomo II. Madrid. Imprenta Real, 1789. Texto latino; traducción castellana de don Manuel de Valbuena. 450 páginas. En pasta original. Este libro perteneció al Libertador. Donación del doctor Vicente Lecuna, a quien lo obsequió el doctor José Félix Soto Silva, nieto de Felicia Bolívar y del general Laurencio Silva.

50. «Tratado de ejercicios y maniobras de infantería». «De orden superior». Madrid, en la Imprenta Real. Año 1808». 429 páginas. Faltan páginas núms. 1-2 y 421-426. Empastado en el mismo volumen: «Explicación de las láminas relativas al tratado de ejercicios...» Mismo p.d.i. (1) a (141) págs. Láminas: I a LXVI. Este volumen perteneció al coronel D. Vicente de Sucre y a sus hijos José Jerónimo y Antonio José de Sucre. Donación: doctor Vicente Lecuna y Ciro Vallenilla Ramírez.

51. «Manejo mecánico de un regimiento de infantería, en cuatro partes». Autor: don Antonio Torregrosa. Aprobado por el señor capitán general Francisco Javier Castaños, en 1812. p. d. i. Coruña. En la oficial del Exacto Correo. Año de 1813. 170 páginas. Perteneció a José Jerónimo Sucre. Donación del doctor Vicente Lecuna y de Ciro Vallenilla Ramírez.

52. «Manual de Estados Mayores». Traducido del francés. Fue su autor el general Thiebault. 366 páginas. Madrid, 1818. Imprenta de don Miguel de Burgos. Este ejemplar perteneció al capitán general Castaños. La obra fue adoptada por el Estado Mayor del Ejército Libertador, por decreto de Bolívar, dado en 1818. Donación del doctor Vicente Lecuna.

53. La Biblia. Traducción del padre Scio. En pasta original. Londres. En la imprenta de B. Bellasley (sic) Bolt Court. Fleet Street. 1821. En la portada se lee, escrito en tinta, el nombre de su propietario, Esteban Palacios, tío del Libertador.

54. Jarra y jofaina. De porcelana azul, fabricadas en Spode. Con retratos del Libertador. Donación del doctor Vicente Lecuna.

55. Bastón de mando del general Páez. Caña de la India. Puño de oro. Ofrecido por el propio general Páez al coronel Lorenzo Bustillos. Su hijo, señor Wenceslao Bustillos, lo regaló al doctor Vicente Lecuna, quien lo donó a la casa.

56. Fuente de porcelana. Lleva la leyenda: «Ser libre o morir». De la fábrica de Spode. Donación de la señorita Mansfield, hija de un antiguo diplomático británico.

57. Reliquias de la urna del Libertador. Contenidas en un sobre. Estas reliquias de la urna fueron distribuidas en Valencia en el acto de la inauguración de la Biblioteca de Carabobo, en 1876.

58. Placa metálica de Leandro Palacios. Donación del doctor Rafael Revenga.

59. Peine y pañuelo. Pertenecieron a Mariano Ustáriz. Es tradición que el pañuelo cubrió la faz del Libertador muerto.

Alcoba de la sala

60. «San Simón apóstol» Cuadro al óleo, pintado en el siglo XVIII. Perteneció a María Antonia Bolívar. Donación de la familia Clemente.

61. «Virgen de Monserrat». Oleo antiguo. Marco dorado, con un escudo pintado en la parte superior. Este cuadro perteneció a monseñor Juan Antonio de la Virgen María y Viana, quien fue obispo de Caracas entre 1792 y 1798.

62. «La Inmaculada Concepción». Cuadro de la escuela de Murillo, pintado en España. Autor desconocido. Perteneció al Palacio Arzobispal de Caracas. Monseñor Felipe Rincón González, arzobispo de Caracas, lo donó a la Casa Natal del Libertador, dejando una copia del cuadro en el palacio. Marco de la época, dorado.

63. Cama de caoba, de columnas torneadas, con tallas hojas de acanto en espiral, que rematan en piñas. Tiene dorados de calcomanía en el copete. Cortinas de damasco rojo, sobrecama de raso, bordada. De la época. En la cabecera se halla la imagen de Nuestra Señora de la Concepción. Es un alto relieve tallado en madera, coloreado. Los pliegues del vestido están formados con tela rígida cubierta de pintura.

64. Mesa de caoba con adornos dorados y mármol.

Galería

65. «Juana Bolívar». Hermana del Libertador, nacida en Caracas en 1779, murió en 1847. Retrato al óleo. Busto. Obra de un excelente pintor, el mismo que hizo el retrato de María Antonia Bolívar. Pintado hacia 1840. Desgraciadamente muy maltratado. Documento precioso porque nos permite apreciar el tipo vasco de doña Juana, y sus cabellos rubios. Marco dorado y vidrio. Donación de la familia Goiticoa-Amestoy, descendientes de Juana Bolívar.

66. «María Antonia Bolívar». Cuadro al óleo. Busto. Retrato original, hecho en Caracas del natural hacia 1840, por un pintor alemán de paso en la ciudad. Marco dorado y rojo. María Antonia Bolívar es del tipo Palacios, como Simón. Nació en Caracas, en 1777. A los quince años de edad, en 1792, casó con don Pablo de Clemente. Murió en 1842. Donación de la señorita Antonia Esteller.

67. «Valentina Clemente Bolívar». Retrato al óleo. Original. Marco dorado y rojo. Era hija de María Antonia Bolívar y de Pablo Clemente Francia. Casó con Gabriel Camacho, en Curazao. Fue madrina del general Guzmán Blanco. Donación de la señorita Antonia Esteller, nieta de Valentina Clemente.

68. «Don Feliciano Palacios y Sojo». Retrato al óleo, de cuerpo entero. Copia hecha por el artista Vera para la Casa Natal, con autorización de la familia López de Ceballos, poseedora del original: éste fue pintado en 1726, según consta en la inscripción siguiente, colocada en la parte inferior derecha del cuadro: «Don Feliciano de Soxo Palacios, a treinta y siete años de su edad, año de 1726.» Autor desconocido. En el extremo superior derecho hay un escudo con las Armas de la familia Palacios. Marco dorado y negro. Don Feliciano Palacios y Sojo, bisabuelo materno del Libertador, fue el primer Palacios nacido en Venezuela. Nació en Caracas en 1689. Desempeñó importantes cargos en su ciudad natal. Falleció en 1756.

69. «El padre Sojo». Retrato al óleo. Busto. Copia hecha por el pintor Vera para la Casa Natal del Libertador, por cortesía de la familia López de Ceballos y Palacios, poseedora del original; éste puede haber sido pintado en Roma, en la época en que el padre Sojo estudiaba música en dicha ciudad. Autor desconocido. Marco dorado y rojo. El presbítero Pedro Palacios Sojo conocido tradicionalmente como el padre Sojo, fue el fundador de los estudios de música en Venezuela. Murió en 1799.

70. «El matrimonio del Libertador». Obra de Tito Salas. Donación de la Cámara de Comercio en 1921.

71. «La Inmaculada Concepción». Cuadro al óleo. Pintado en España por autor desconocido del siglo XVII. Marco dorado. Perteneció a la iglesia de Santa Rosalía. Cedido a la Casa Natal del Libertador por el presbítero Luis Rada.

72. Mesa barroca de caoba, con patas en forma de lira, del siglo XVII.

73. Maqueta de la estatua ecuestre del Libertador erigida en Nueva York.

74. Sillas de la época, de origen desconocido. De caoba, con patas cruzadas terminadas en garras de león; el asiento y espaldar son de cuero. Obsequio de Antonio J. Hernández.

75. Sofá de caoba, estilo Luis Felipe, tapizado en tela negra de crin.

76. Poltronas de caoba con asientos de esterilla, fueron de la Universidad de Caracas. Mediados del siglo XIX.

77. Cómoda de caoba, bombeada, con adornos de marquetería, del siglo XVIII.

78. Rinconera de pared, de caoba, con dorados.

79. Fanal de cristal tallado, de la segunda mitad del siglo XVIII.

Primera habitación de las damas

80. «Virgen de Guadalupe». Pintura de la escuela mejicana colonial. En el extremo inferior izquierdo del cuadro aparece la siguiente inscripción: «N.s. Enriq.z Fac.t». Marco dorado, de la época. Este cuadro perteneció al marqués de Mijares.

81. «Don Juan Vicente Bolívar y Ponte, padre del Libertador». Retrato al óleo. Medio cuerpo. Cuadro ejecutado en Madrid por autor desconocido. Marco de caoba encerado. Don Juan Vicente de Bolívar y Ponte nació en 1726. Desempeñó empleos distinguidos, entre otros, los de teniente gobernador y coronel de Milicias. Casó en 1773 con doña María de la Concepción Palacios. Murió en 1786. El retrato perteneció a la familia de Pablo Secundino Clemente, hijo de Pablo Clemente y de María Antonia Bolívar. Donación del doctor Vicente Lecuna.

82. «Retrato de una monja de la familia Bolívar». Cuadro al óleo. Medio cuerpo. Autor desconocido; marco de caoba; perteneció a la familia de Pablo Secundino Clemente, hijo de Pablo Clemente y de María Antonia Bolívar. Donación del doctor Vicente Lecuna.

83. «Nuestra Señora del Carmen», óleo pequeño. Donación de la familia Goiticoa-Meneses.

84. Cómoda de caoba, con dorados de calcomanía. De principios del siglo XIX.

85. Escaparate de caoba, con dorados de calcomanía. Primer tercio del siglo XIX.

86. Mesas consolas, de caoba, estilo American Empire. Con guardabrisas de cristal labrado, donación del señor Luis Zuloaga Llamozas.

Patio de luz

87. Fanal estilo antiguo, construido con un guardabrisas.

Segunda habitación de las damas

88. «La Santísima Trinidad». Cuadro de autor desconocido. Oleo antiguo. Marco de caoba charolado.

89. «Inmaculada Concepción». Oleo antiguo de la época colonial. Heredado por el doctor José Delgado Gigueredo, descendiente de José Ignacio Palacios Blanco, tío del Libertador.

90. «Benigna Palacios Bolívar». Retrato al óleo. Medio cuerpo. Pintado en Lima en 1853 por Pablo Petrovits. Marco dorado. Donación de María Goiticoa Amestoy Palacios de Meneses, Mercedes Goiticoa de Feo y Luisa Goiticoa de Mendoza. Benigna Palacios era hija de Juana Bolívar y de Dionisio Palacios. Casó con el general Pedro Briceño Méndez, y muerto éste, en segunda nupcias con el doctor Pedro Amestoy.

91. «Virgen del Rosario, con el Niño Jesús». Oleo de autor desconocido. Pintado en 1766, según nota al dorso del cuadro. Perteneció a Juana Bolívar. Marco dorado; donado por María Goiticoa Amestoy Palacios de Meneses.

92. Escaparate de caoba con bisagras de cachimbo.

93. Mesas consolas de caoba, estilo American Empire.

94. Guardabrisas de cristal para mesa.

95. Cómoda antigua de caoba, de cuatro gavetas, con dorados.

96. Rinconera de pared con dorados.

Comedor

97. Mesa de comedor de caoba pulida, con patas en forma de garras de león. Estilo de los muebles usados en la segunda mitad del siglo XVIII

98. Rinconera de pie con patas en garra de águila, del siglo XVIII.

99. Urna de quebracho, que contiene tierra de la Casa Natal del General San Martín.

100. Side-board (aparador) de caoba, antiguo. Perteneció a F. Javier Ustáriz.

101. Rinconeras de pared, con dorados de calcomanía.

102. Fanal de vidrio. El gancho de hierro que sostiene el fanal era de la hacienda de la familia Bolívar en San Mateo.

Primer cuarto de enfrente

103. «Retrato del Libertador». Busto. Grabado. Obra de M. N. Bate, quien hizo este grabado por encargo de William Walton, publicista inglés, inspirándose en un retrato original que éste poseía. Marco de madera enchapada. Leyenda y pie de imprenta del grabado: «Simón Bolívar. Supreme Chief of the Republic and Captain General of the Armies of Venezuela and New Granada. Engraved by M. N. Bate, from, an original drawing late in the possession of Wm. Walton, Esquire». Pie de imprenta: «London. Published February 1, 1819, by Mes. Colnaghi & Co. Cockspur Street». Adquirido por el doctor Vicente Lecuna.

104. Retrato del Libertador. Busto. Oleo ofrendado a la casa por una dama peruana. Marco de metal, dorado. Al pie del retrato figura una placa, con la nota siguiente: «Simón Bolívar. Oleo por José Gil de Castro, en Lima (1824). Donación de la señora Anita Fernandini de Naranjo a la Casa Natal del Libertador. Lima, 1952.» A la derecha el escudo de Venezuela, a la izquierda el del Perú.

105. Retrato del Libertador. Pintado sobre lámina de lata, al óleo, en Quito, muy probablemente por Antonio Salas. Marco de madera tallada. Este cuadro perteneció al general Salom.

106. «Bolívar en sus últimos días». Cabeza del Libertador. Estudio del notable pintor Arturo Michelena. Donado por su viuda, señora Lastenia Tello de Michelena.

107. «General José de la Cruz Paredes». Retrato al óleo. Medio cuerpo. Lleva prendidos en el pecho el Busto del Libertador, las Medallas de Boyacá y de Ayacucho, y la Estrella de la Orden de los Libertadores.

Marco dorado. Donado por la señorita María Antonia Anderson Paredes, nieta del general Paredes.

108. «Ana Josefa Ustáriz de Ustáriz». Hija del coronel Miguel Ustáriz y de una dama de la familia Monserrate. Esposa de Mariano Ustáriz. Retrato al óleo, obra de Martín Tovar y Tovar. Marco dorado. Donado por su nieto, Juan Francisco Padrón Ustáriz.

109. «Bolívar en 1827». Obra de Tito Salas.

110. «Mariano Ustáriz Palacios». Retrato al óleo. Obra del célebre maestro Martín Tovar y Tovar. Marco dorado. Mariano Ustáriz era primo hermano del Libertador; hijo de Francisco Javier Ustáriz y de María Paula Palacios Blanco. Esta era hermana de María Concepción Palacios Blanco, madre del Libertador. Mariano Ustáriz fue gobernador de Caracas. Muy joven, tomó parte en la emigración de 1814, y estuvo presente en el degüello de Maturín, donde perecieron sus padres. El cuadro fue donado por su nieto, Juan Francisco Padrón Ustáriz.

111. «Antonio Muñoz Tébar». Retrato al óleo, por Lovera. Es uno de los pocos cuadros que se conservan de este notable pintor. Marco de caoba. Este retrato perteneció a Luis Muñoz Tébar, ingeniero y cartógrafo eminente. Antonio Muñoz Tébar nacido en 1792 fue ministro de Hacienda del Libertador en la época de la Guerra a Muerte. Murió en la batalla de La Puerta, en 1814. El cuadro lo representa en su despacho. El escribiente que figura en el fondo se llamaba Unceín, y el portero, de pie, se llamaba José Talavera. Donado por la señora María de Jesús de Muñoz Tébar.

112. «Juan Alderson». Retrato al óleo. Marco dorado. El cuadro está firmado por J. Neagle. 1825. Juan Alderson fue comerciante en Guayana y en Apure durante la guerra de la Independencia, en 1817 y 1818. Llevaba a las Antillas cueros de res y mulas, y traía mercancías varias, ropas, etc., y a veces pólvora y fusiles. Posteriormente se estableció en Caracas. Donación hecha por los herederos del general Alejandro Ibarra, bajo la condición expresa de que este cuadro se coloque al lado del retrato del Libertador en uniforme, que perteneció a dicho señor Alderson. (Núm. 113.)

113. Retrato del Libertador. Medio cuerpo. Autor desconocido. Debió ser pintado hacia 1818 ó 1819. Marco dorado. Perteneció al señor Juan Alderson, amigo personal del Libertador. Donado por los herederos del general Alejandro Ibarra.

114. Escaparate con hojas de vidrio, de caoba. Escudos tallados de la Gran Colombia, Bolivia y Perú. Contiene parte del Archivo del Libertador.

115. Escaparate antiguo de caoba, con dorados. Contiene parte del Archivo del Libertador, y el Archivo del mariscal de Ayacucho.

116. Mesa barroca de patas de lira. Siglo XVII.

117. Butacón de caoba forrado en cerda negra. Perteneció al marqués del Toro.

118. Fanal de cristal tallado, de cintura. Siglo XVIII.

Segundo cuarto de enfrente

119. «Mi delirio sobre Chimborazo». Obra de Tito Salas.

120. «Don Francisco Mijares de Solórzano y Rojas». Oleo. Cuerpo entero. Autor desconocido de la época colonial. Marco de caoba angosto. En el extremo superior derecho figuran las armas de la familia. En el extremo inferior izquierdo del cuadro figura la siguiente inscripción: «Don Francisco Mixares de Solórzono y Rojas, provincial y alcaide mayor de la Santa Hermandad de la ciudad de Santiago de León de Caracas, Provincia de Venezuela. Caballero de la Orden de Alcántara.» Donado por la sucesión de Félix Rivas.

121. «Don Juan Mijares de Solórzano». Primer marqués de Mijares. Oleo. Cuerpo entero. Autor desconocido de la época colonial. Marco de caoba angosto. En el extremo superior izquierdo hay el escudo de los marqueses de Mijares. En el extremo inferior del cuadro está la siguiente inscripción: «El Sr. Maestre de Campo Dn. Juan Mijares de Solórzano, primer Marqués de Mijares. Tituló año de 1694 y se retrató en 1701 a los 48 de su edad.» Donado por la sucesión de Félix Rivas, pariente de los condes de San Javier y de los marqueses de Mijares. Don Félix Rivas fue uno de los fundadores de la Urbanización del Paraíso, después del terremoto de 29 de octubre de 1900.

122. «Juan de Francisco Martín». Retrato al óleo. Medio cuerpo. Autor desconocido; pintado probablemente en París, donde el señor J. de Francisco Martín residió varios años, como ministro «ad-honorem» de la Nueva Granada. Marco dorado. Natural de Cartagena. albacea del Libertador. Salvó su archivo. Donación de José María Quiñones

de León, embajador de España en París, nieto de Juan de Francisco Martín.

123. «Conde de San Javier». Retrato al óleo. Cuerpo entero. Está en traje talar, de estudiante. Cuadro pintado probablemente en Méjico, en cuya universidad se graduó de doctor en ambos derechos. Fue profesor en la Universidad de Caracas. Marco dorado. Tiene en la mano una carta con el siguiente sobreescrito: «Al Sr. Conde de San Xavier, mi Padre, que Dios muchos años guarde. Caracas.» Su título dio nombre a la Esquina de «El Conde» y al barrio del mismo nombre, pues poseía una extensa hacienda en el lugar en que se encuentra ahora este barrio. Esta familia es descendiente del fundador de Maracaibo, Alonso Pacheco. Donado por la sucesión de Félix Rivas.

124. «Retrato de Bolívar». Cuadro al óleo. Busto de perfil. Uniforme rojo. Pintado por Bolivia de Francisco, hija de Juan de Francisco Martin y esposa de Quiñones de León. Madre del embajador de España en París. Cuadro firmado: «Bolivia, 1857». Marco dorado rectangular. El cuadro es de forma ovalada. Donado por José María Quiñones de León, embajador de España en París, nieto de Juan de Francisco Martín.

125. «General José María Zamora». Retrato al óleo. Medio cuerpo. Obra de Martín Tovar y Tovar. Firmado: «M. Tovar, 1855». Marco dorado. Fue jefe de escuadrón de la División Zaraza en la guerra de la Independencia y general en la guerra Federal. Perteneció al partido conservador. Donación de la señora Concepción Zamora de Sartori.

126. «Miguel Jerez de Aristeguieta». Oleo atribuido a Lovera. El retratado era hijo de don Miguel Jerez de Aristeguieta y Palacios, primo de don Juan Félix Aristeguieta Bolívar. Marco de caoba. Donación del señor Simón Barceló.

127. «Gabriel Camacho». Esposo de Valentina Clemente Bolívar. Donación de la familia Camacho-Bolívar.

128. «Felicia Silva Bolívar». Retrato al óleo. Este cuadro fue considerado por error como un retrato de Felicia Bolívar, hija de Juan Vicente Bolívar y Palacios, la cual casó con el general José Laurencio Silva. Posteriormente se ha llegado a la conclusión de que debe tratarse de Felicia Silva Bolívar, hija de los mencionados. Donación de señor Francisco Soto Silva.

129. Mesa barroca de patas de lira.

130. Butacón antiguo, forrado en cuero. Del siglo XVIII.

131. Caja de hierro, de fabricación francesa, enviada de Colombia.

132. Escaparate de caoba con dorados. Contiene parte del archivo del Libertador.

133. Mesa de caoba, con las patas talladas en hojas de acanto. Siglo XIX.

134. Mesa antigua, con las patas talladas.

Oratorio

135. Altar del Oratorio: composición del señor Tito Salas. Los elementos de que está formado pertenecían a un Altar del siglo XVIII de la iglesia de San Francisco, derribado en 1890 para abrir una de las puertas, la de la izquierda; dicho altar había sido ofrendado por los militares a la iglesia. El señor Tito Salas se ingenió para hacer el del Oratorio de la Casa Natal, empleando elementos del otro, que era mucho mayor. El cuadro central que representa a la Santísima Trinidad es, asimismo, de Tito Salas.

136. Reclinatorios, de caoba forrados en cerda negra.

137. Mesa con patas garra de águila, encima de la cual se halla un expositor de madera tallada y dorada, estilo rococó. Un agnus en madera tallada y dorada. Todo del siglo XVIII, donado por la iglesia de San Francisco, de Caracas.

138. «San José con el Niño Jesús». Oleo pintado por Javier Flores en 1774, según reza en la parte inferior del cuadro. Marco de madera, dorado y negro. En el extremo inferior derecho del cuadro hay la leyenda que sigue: «El Ilustrísimo Sr. Doctor don Mariano Martí, Dignísimo Obispo de esta Diócesis, concede 40 días de Indulto al que devotamente rezare a esta Imagen un Padre Nuestro y un Ave María.» Adquirido del señor Leopoldo García Quintero.

139. «La Santísima Trinidad». Oleo de autor desconocido. Marco calado de madera, dorado.

140. «El descendimiento». Oleo de autor desconocido. Marco de caoba encerada. Perteneció a la familia Tovar. Fue adquirido de la iglesia de la Vega.

141. «Mater Dolorosa». Oleo sobre tela sin marco, preparado para poder ser llevado en las procesiones o rogativas públicas. Autor desconocido. Donación del señor Guillermo Suárez.

142. Fanal de cristal tallado.

Corredor anterior a la cocina

143. Arcón colonial con adornos de hierro. Del siglo XVII.
144. Escaparate que perteneció a Juana Bolívar. De caoba encerada.
145. «Side-board» (aparador), del siglo XIX.
146. Mesa redonda de caoba, con mármol, de tres patas.

Cocina

147. Silla de manos colonial, con decoraciones en los marcos de las vidrieras, de estilo rococó. Siglo XVIII. Donación de la sucesión de Félix Rivas.
148. Botijón de barro cocido, estilo antiguo.
149. Mesa de crucero, antigua, con dos gavetas y patas de lira, del siglo XVIII.

Caballeriza

150. Puerta de tableros, de la época colonial. Perteneció a la casa de la negra Matea, aya del Libertador, en la calle de la Amargura.

Galería de las batallas

151. «La toma de las Flecheras». Obra de Tito Salas.
152. «El abordaje del intrépido». Obra de Tito Salas.
153. «La emigración de 1814». Obra de Tito Salas.
154. «La batalla de Araure». Obra de Tito Salas.
155. Escaparate de cuarterones, de caoba, del siglo XVII o de los primeros años del XVIII.
156. Cómoda de cuarterones, del siglo XVII o de principios del XVIII.
157. Baúles antiguos forrados en cuero. Donación del señor Juan Barrios, de Barquisimeto.
158. Urna de bronce con pedestal de mármol. Contiene tierra del Monte Sacro. Donación de la colonia italiana con motivo del centenario de

la muerte del Libertador. La loba de plata fue donada por el alcalde de Roma.

159. Consola Luis Felipe, y espejo con marco de caoba y filetes dorados. Pertenecieron a la familia Montilla. Donación de don Juan P. Borges Montilla.

160. Sofá de caoba forrado en cerda, estilo Luis Felipe.

161. Sillones de caoba, estilo antiguo, con asiento y espaldar de cuero.

162. Silla de manos, con dorados, del siglo XVIII. Perteneció a la madre del Libertador. Conservada por la esposa de don Juan de la Madriz; éste adquirió la casa de los Bolívar en 1806, y es tradición que en ella quedó la silla de manos que había pertenecido a doña Concepción. Donación de don Eduardo Larralde Madriz.

163. Mueble del siglo XVIII, escritorio ò santuario, con dorados. En la hoja derecha de la puerta tiene el escudo de la familia Bolívar, y en la izquierda el de los Lovera-Otáñez. Según un miembro de esta última familia, el mueble perteneció a Josefa Bolívar Ponte, tía del Libertador, y a su esposo, Juan Gabriel Lovera-Otáñez. Este mueble fue hallado en Guarenas. Donado por el general Eduardo G. Mancera.

164. Urna de cedro tallada, con pedestal, contiene tierra de la Casa Natal del general Rafael Urdaneta. Donación del Concejo Municipal de Maracaibo.

165. Fanales de cristal tallado.

Sala menor

166. «Bautizo de Simón Bolívar». Obra de Tito Salas.

167. «La confirmación». Obra de Tito Salas.

168. «Una lección de Andrés Bello». Obra de Tito Salas.

169. «La muerte de la esposa del Libertador». Obra de Tito Salas.

170. «El terremoto de 1812». Obra de Tito Salas.

171. Friso. Representa escenas de la familia Bolívar. Obra de Tito Salas. Visto desde el ángulo suroeste, junto al cuadro del «Terremoto de 1812». Simón de Bolívar el Viejo ante el rey. Los Bolívar, encomenderos de San Mateo. El coronel Juan Vicente Bolívar y Ponte pasa revista a un cuerpo militar. El juramento del Libertador en el Monte

Sacro. Bolívar y su esposa en los Valles de Aragua. Una sesión de la Sociedad Patriótica.

172. Vitrina de caoba, con vidrio cóncavo, y marquetería. Estilo Luis XVI, de construcción moderna.

173. Mesa de caoba, con patas torneadas, y dorados de calcomanía.

174. Sofá American Empire con calcomanías, tapizado en crin.

175. Cortinas y cenefas. Véase el núm. 14.

176. Poltronas de caoba. Véase el núm. 16.

177. Rosetones y arañas. Véase el núm. 13.

Vitrina

178. Estandarte de uno de los escuadrones de caballería que a las órdenes del general Laurencio Silva se hallaron en la batalla de Ayacucho. El general Silva se lo ofreció al coronel Diego José Jugo, al regresar el ejército del Perú. Lleva bordado: «Vencedor en Ayacucho. Libertador del Perú», y entre ambas inscripciones, el escudo de Gran Colombia. Cedido por la señora Mercedes Toro de Jugo.

179. Miniatura del general José Austria. Marco de madera, tallado. Donada por el doctor J. J. Abreu en nombre de la familia Revenga.

180. Miniatura del general Pedro Briceño Méndez. Medallón circular. Aro de metal dorado. Marco de caoba. Perteneció a la familia de su viuda Benigna Palacios. Adquirido de la señora María Goiticoa Amestoy de Meneses. El general Briceño nació en Barinas el año 1794, y murió en Curazao en 1835. Donación del doctor Vicente Lecuna.

181. Miniatura de Fernando Bolívar. Sobrino del Libertador. Firmada por Lachaisnée, y hecha probablemente en Filadelfia. Marco de caoba y de metal dorado. Obsequiada por el doctor José Félix Soto Silva. Donación del doctor Vicente Lecuna.

182. Busto del Libertador, de perfil. Medallón de bronce, en relieve, por David D'Angers, 1832. Marco de caoba. Leyenda: «Simón Bolívar». «Me separé del mando cuando me persuadí que desconfíabais de mi desprendimiento». (Ultima proclama). Este medallón, copia fiel del original que existe en el museo del Louvre, París, lo mandó hacer, para depositarlo en la Casa Natal, el doctor Vicente Lecuna.

183. Miniatura del general Ambrosio Plaza. Miniatura original, que perteneció al propio Plaza, y fue hecha en Bogotá. El general Ambrosio

Plaza, nació en Caracas en 1790, y pereció en 1821 en la batalla de Carabobo, que selló la Independencia de Venezuela. Marco de caoba. Adquirida de Jacinto Pachano Plaza. Donación del doctor Vicente Lecuna.

184. Miniatura de Pablo Secundino Clemente. Hijo de Pablo Clemente Francia y de María Antonia Bolívar. Donación del doctor Vicente Lecuna.

185. Miniatura de Valentina Clemente de Camacho. Marco de caoba, rectangular. Obsequio de Antonia Esteller Camacho. Donación del doctor Vicente Lecuna.

186. Miniatura de Bernardo Blanco Strickland retratado en su juventud. Marco de pasta. Nació en La Cruz (Canarias), el 2 de octubre de 1768. Casó en Caracas con María Antonia Aristeguieta Blanco. Abuelos del general Guzmán Blanco. Donación del doctor Vicente Lecuna.

187. Miniatura de Teresa Rodríguez del Toro. Marco de caoba, circular. Aro dorado. Al reverso está escrito lo siguiente: «Retrato de Teresa Rodríguez del Toro.» Madre de Rosita Toro, la esposa de Anacleto Clemente Bolívar. Donación del doctor Vicente Lecuna.

188. Miniatura de Isabel Blanco Aristeguieta. Hija de Bernardo Blanco Strickland y de María Antonia Aristeguieta. Esposa del coronel Bernardo Jurado. Marco de caoba; cerco de metal dorado. Obsequiada por la familia Pacheco Jurado. Donación del doctor Vicente Lecuna.

189. Caja para rapé. De oro. Las caras están labradas con finos adornos. Donada por el doctor J. J. Abreu en nombre de la familia Revenga.

190. Busto de Francisco de Paula Santander. Medallón de bronce en relieve grabado por David D'Angers, 1830. Donación del excelentísimo señor embajador de la República de Colombia, doctor Fabio y Lozano, el 5 de marzo de 1947.

191. Miniatura de Gabriel Camacho. Marco de metal dorado. Obsequiada por Antonia Esteller Camacho. Donación del doctor Vicente Lecuna.

192. Caja para rapé. De oro. En la tapa hay un alto relieve de gran valor artístico. En una esquina de éste aparece la inscripción: «I. Parbury-Londini-Fec. 1745.» En el interior de la caja están grabadas las palabras: «To the honorable J. R. Revenga-From his sincere friend-A. Goldschmidt». Donación del doctor J. J. Abreu, en nombre de la familia Revenga.

193. Miniatura de Josefa Herrera Palacios. Medallón rectangular. Marco

de metal dorado. Hija de Bernardo Herrera y de Carmen Palacios. Nació en San Thomas en 1816. Escrito en tinta al reverso: «Josefa Herrera a los 18 años en 1834.» Donación del doctor Vicente Lecuna.

194. Miniatura de Leandro Palacios. Perfil. Miniatura circular. Marco de caoba. Donación del doctor Vicente Lecuna.

195. Tabaquera de plata. Perteneció a Pablo Secundino Clemente Bolívar, cuyo nombre aparece cincelado en la tapa. Donación del doctor Vicente Lecuna.

196. Cuadro de caoba, que contiene un mechón de pelo del Libertador y dos navajas de afeitar con cabos de oro, de su uso. Estas últimas fueron obsequiadas por don Fernando Bolívar al general José Austria. El cuadro fue donado por el doctor J. J. Abreu, en nombre de la familia Revenga.

197. Miniatura de José Rafael Revenga. En un medallón, J. R. Revenga nació en El Consejo en 1786, y murió en Caracas en 1852. Fue secretario de Bolívar, ministro y diplomático. Donación del doctor J. J. Abreu en nombre de la familia Revenga.

198. Retrato de Concepción Amestoy de Goiticoa, en forma de medallón muy pequeño. Hija de Benigna Palacios Bolívar y de Pedro Amestoy. Marco de metal dorado, ovalado. Donación del doctor Vicente Lecuna.

199. Vicenta Iriarte de Clemente. Daguerrotipo. Contenido en una cajita de pasta negra, forrada con terciopelo rojo. Segunda esposa del general Lino de Clemente. Donado por el doctor J. J. Abreu en nombre de la familia Revenga.

200. Miniatura de Juan Rodríguez del Toro. Donación del doctor Vicente Lecuna.

201. Busto del Libertador, de oro, con una cinta tricolor, bandera de Bolivia. Es la medalla «El Perú restaurado en Ayacucho. 1824». Con un broche de oro, que tiene en relieve un busto de Bolívar y una estrella de la Orden de los Libertadores. Perteneció a José Rafael Revenga. Donación del doctor J.J. Abreu en nombre de la familia Revenga.

202. Retrato de Feliciano Palacios y Blanco. Tío carnal del Libertador; hermano de doña Concepción Palacios. Retrato del natural, hecho en París. Firmado: Auguste Legrand. Marco dorado y cañuela. Donación del doctor Bartolomé López de Ceballos y Palacios.

203. Estrella de Libertadores. De oro, con esmaltes. Perteneció al general José de Austria. Donada por el doctor J.J. Abreu en nombre de la familia Revenga.

204. Estrella de Libertadores. Perteneció a José Rafael Revenga. Donación del doctor J.J. Abreu en nombre de la familia Revenga.

205. Estrella de Libertadores, de oro. Perteneció al general Lino de Clemente. Inscripciones, rústicamente grabadas: «Libertador de Venezuela» y al reverso: «Lino de Clemente». Donada por el doctor J.J. Abreu en nombre de la familia Revenga.

206. Medalla del 5 de Marzo, con cruz blanca. Perteneció al general José de Austria. Inscripción: «Ejército Libertador». Donación del doctor J.J. Abreu en nombre de la familia Revenga.

207. Estrella de Libertadores, pequeña. Perteneció al coronel Miguel Arismendi.

208. Miniatura de Concepción Valdés de Yarza. Marco de metal dorado y labrado. Donación del doctor Vicente Lecuna.

209. Sortija de oro, con piedra ovalada en la que figura una escena mitológica. Donación del doctor J.J. Abreu, en nombre de la familia Revenga.

210. Miniatura de Valentina Esteller. Hija de Conchita Camacho Clemente de Esteller, y nieta de María Antonia Bolívar. Murió a los dieciocho años de fiebre amarilla. Marco de caoba, grande. Donación del doctor Vicente Lecuna.

211. Brazalete, zarcillos y prendedor, de oro y cerda. En dos estuches. Donación de María Teresa Castillo de Palacios.

212. Medallón de oro. En estuche de terciopelo, con la inscripción: «Recuerdo de mi esposo, José Félix Ribas Palacios.» Contiene pelo de éste. Perteneció a la señora de Villavicencio, esposa de José Félix Ribas Palacios. Donación del doctor Vicente Lecuna.

213. Album. Contiene fotografías de parientes del Libertador.

214. Sello de la Gran Colombia. En laca. «Legación de la Gran Colombia en Londres.» Donado por el doctor J.J. Abreu en nombre de la familia Revenga.

215. Caja para rapé. De laca. De uso de J.R. Revenga. Donada por el doctor J.J. Abreu en nombre de la familia Revenga.

216. «Comentarios a la Guerra de las Galias», de Julio César; obra que

perteneció al Libertador. Tomo I. Texto en latín y en castellano, con mapas y grabados. Un poco descuadernado. En la página de guarda tiene esta nota autógrafa: «Este libro no se manda componer porque en este estado se puso en la hamaca del Libertador Simón Bolívar, donde lo tenía siempre y leía de continuo en los campamentos. J. Austria». Donado por el doctor J. J. Abreu, en nombre de la familia Revenga.

217. Moneda de cobre del año 1815, encontrada por el profesor J. M. Cruxent en la Loma del Libertador, que él ocupaba cerca del sitio de Casacoima en agosto de 1817.

218. Anteojos, con estuche. Son los que usaba J.R. Revenga. Donación del doctor J.J. Abreu, en nombre de la familia Revenga.

219. José Rafael Revenga, en su lecho de muerte. Dos daguerrotipos. En cajitas de madera con forros de terciopelo rojo. Donación del doctor J. J. Abreu en nombre de la familia Revenga.

220. Devocionario en francés, «Journée du Chrétien», que perteneció al general Lino de Clemento. Tiene estampada su firma autógrafa. Impreso en Lyon (Francia). «Imprimerie d'Aimé de la Roche. MDCCLXX.» Donación del doctor J. J. Abreu, en nombre de la familia Revenga.

221. Novena del Carmen. Reimpresa por Tomás Antero en 1828. Caracas. 25 páginas. Perteneció a María Antonia Bolívar, así consta de su propia letra en la portada. Donación del doctor Vicente Lecuna.

222. Sello de metal. «Legación de Colombia en España». En una caja de madera. Fue usado por J. R. Revenga. Donación del doctor J. J. Abreu en nombre de la familia Revenga.

223. Sello de bronce de la Gran Colombia. Donado por el doctor J.J. Abreu, en nombre de la familia Revenga.

224. Recuerdo de la urna, en que estuvo Bolívar en la Catedral de Caracas, antes de que sus restos fuesen trasladados al Panteón Nacional. Adjunto: un cuadernito con notas.

225. Daguerrotipo, que se supone ser de Fermín Toro. En cajita de madera, forrada de terciopelo rojo. Donado por el doctor J.J. Abreu, en nombre de la familia Revenga.

* * *

28 de abril de 1942

Señor don

JOSE DE LA CRUZ HERRERA

Buenos Aires

Muy distinguido amigo:

Me refiero a su apreciable del 6 de abril que he leído con mucho gusto. Celebro que esté instalado en esa gran ciudad, gozando, por lo menos en ciertas épocas, de climas menos ardorosos que los nuestros.

Es muy interesante lo que me dice de los juicios emitidos sobre el Bolívar de Ludwig. Es una obsesión en ciertos escritores el empeño de rebajar a Bolívar para realzar a San Martín. Por lo visto contra esta especie de manía es necesario dejar pasar el tiempo.

Le mando el último folleto que he publicado en contestación al señor Carbia, padrino y defensor de Colombres Mármol y de sus cartas apócrifas.

Reciba afectuosos saludos de su sincero amigo,

VICENTE LECUNA

VL/ebn.

Notas para el cuarto tomo inacabado del historiador Vicente Lecuna «Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar»

Biografía del señor Emil Ludwig

Página 115. Dice que Bolívar se fue a vivir a la plaza de Puerto Cabello, cuando ocurrió la sublevación en 1812, porque se fastidiaba en el Castillo. Es un error gravísimo. Bolívar era comandante de la plaza de Puerto Cabello con jurisdicción sobre la costa. Su deber era estar en la plaza, no en el fuerte que llamamos comúnmente Castillo. La plaza era una plaza fuerte, estaba situada en una isla, separada del continente por un canal con puente levadizo*.

Página 199. El Consejo de Estado fue establecido en Guayana después de la muerte de Piar y no antes.

Página 200. Piar no se colocó al lado de Bermúdez sino al lado de Mariño, disidente a la sazón.

Página 205. Dice que en 1817 Bolívar perdió toda la región del Orinoco, falso.

Página 206. Que Bolívar atrajo a su causa a un tal Plata irlandés, y que luego se vinieron 6.000 británicos. No conozco ese nombre.

* Dijo mi padre una vez que el descubrir este documento de la alegría que sintió, empezó a dar vivas, desde la alta escalera donde estaba montado, y si alguien no corre a sostenerla se hubiese ido al suelo. Se encontraba en el Archivo de Caracas.

Refiriéndose a este período de 1817 Ludwig pinta a Bolívar como un tránsfuga sometido a todos sus caudillos, aunque superior a todos en genio político y expone la toma de Guayana como obra de los otros, cuando fue suya, y pinta su situación militar como incierta cuando ya era estable, y de aquí el aspecto de aventurero inconstante, según la exposición y al mismo tiempo de un mágico que impone su poder, conceptos todos muy distantes de la realidad, debido a falta de estudio de la historia y de que siguió en este período a algún autor extranjero de tantos que han escrito basados en leyendas falsas (Ducoudray Holstein) y en diatribas realistas de la época de la guerra (José Domingo Díaz).

Página 210. «Bolívar no despertaba amor de sus semejantes, seguramente porque en medio de los advenedizos de su oficialidad, seguía siendo el gran señor.» Esto es completanente falso. Aunque Piar se llevó a Guayana la división desembarcada en Ocumare, no pudo nunca destruir en ella el sentimiento de lealtad a Bolívar, hasta el punto de que un cuerpo conservó hasta la llegada de Bolívar el nombre de «Guardia de Honor del Jefe Supremo».

Página 214. Dice que todos los delegados del Congreso de Angostura fueron nombrados por Bolívar. Falso de todo punto. Lo prueba el hecho de los muchos enemigos que tuvo en este Congreso, casi todos los representantes de Oriente eran mariñistas. Lo mismo sucedió en el Congreso de Cúcuta y en la Convención de Ocaña. Sea acierto, sea error, Bolívar jamás influyó en la designación de diputados.

Página 238. Confunde a Tomás Montilla, amigo constante de Bolívar, con Mariano Montilla su antiguo contendor de 1815. Esto lo induce a poner en boca de Bolívar frases impropias.

Páginas 152, 198 y 199. Bolívar sin conocimientos del oficio de soldado... Es un error. La memoria de Cartagena, los oficios de la época, 1813, revelan el conocimiento profundo de los clásicos militares. Es cuanto se necesita para mandar en la guerra.

Página 160. No es cierto que Monteverde enviara comisionado para capitular. Los envió Fierro.

Página 161. Adopta la leyenda de que Bolívar entró a Caracas el 6 de agosto de 1813 en un carro romano, tirado por doce niñas. Invención molévola de Ducoudray Holstein. Bolívar entró a caballo hasta su casa en la esquina de las Gradillas, como consta en la «Gaceta».

Página 168. Dice que Bolívar luchó en 1813 y 1814 por su país y también por su patrimonio, y que los granadinos (página 174) no acusaban de haber sacrificado millares de sus paisanos con la sola mira de salvar su patrimonio. Todo falso, ridículamente falso.

Página 169. Afirma que según algunos oficiales casi nunca estaba en la refriega. Esto no lo ha dicho sino Miller para atribuirse el triunfo de Junín y lo repiten los argentinos con placer satánico para desconceptuar a Bolívar; ningún criollo podía decirlo, porque era notorio todo lo contrario. Páez mismo lo acusa de demasiado propenso a los combates.

Página 171. Atribuye injustamente a Bermúdez el derrocamiento de Bolívar y Mariño en Carúpano en septiembre de 1814, cuando Bermúdez se hallaba en Maturín. Adopta también la falsa leyenda de la generosidad de Bianchi en Carúpano al reclamar a los dos caudillos. Leyenda de Ducoudray Holstein.

Página 251. El señor Ludwig dice muy seriamente «Como Bolívar jamás amó la guerra ...» Es un concepto falsísimo. El la amaba con pasión. Como dice Baralt era hecho como el fuego del cielo para brillar en medio de las tempestades...

Página 257. Dice que en Carabobo Bolívar tenía 8.000 hombres. No tuvo sino 6.000. La acción no duró una hora sino muchas horas.

Página 266. «Bolívar en un acceso de indignación entregó a Miranda su amigo y superior a la sombría muerte que lo esperaba.» No expresa la verdad. Bolívar lo prendió para castigarlo. Lo entregó Casas.

Página 277. «El encuentro de Bolívar y San Martín no podía conducir sino a una guerra, o terminar por su desistimiento.» En esta frase esboza Ludwig lo que va a sostener enseguida, es decir, la tesis argentina de que San Martín abandonó el Perú por su acto de abnegación para que Bolívar lo libertara. Yo he probado lo contrario en mi trabajo sobre Colombres Mármol.

Página 293. El autor comienza a citar como auténticas las leyendas inventadas o tergiversadas por los argentinos. Irritados éstos por su falta en el Perú y el triunfo de Bolívar al año siguiente, llenos de envidia inventaron cuentos y leyendas, recogidas por Espejo y otros argentinos, una de éstas es la del coronel Rojas tomada por Ludwig, de Mitre, divulgador de tales cuentos y leyendas.

Página 296. Trata de explicar psicológicamente, siempre influido por la tesis argentina de que Bolívar venció a San Martín por su espíritu brillante, luminoso y alado. Todo esto es bello pero falso.

Página 296. Acepta que San Martín le ofreció a Bolívar servir a sus órdenes, falso.

Página 300. A San Martín lo abatió la superioridad de Bolívar... Esto puede ser verdad, pero no influyó en nada en la separación de San Martín del Perú. San Martín nunca pensó que Bolívar tuviera necesidad de ir al Perú. Creía que las fuerzas que dejaba eran suficientes.

Página 310. Era natural que el señor Ludwig pasara del período de San Martín en el Perú al de Bolívar, describiendo la destrucción del ejército de San Martín en las batallas de Ica, Torata y Moquehua. Sobre este interregno que duró un año y que es indispensable exponer, no dice ni palabra.

Página 324. Debía decir algo de la traición de los argentinos en el Callao y de la carrera de todo el tren oficial hacia el bando español para explicar las célebres palabras de Bolívar en Pativilca *¡Triunfar!*, pero no dice ni una palabra.

Página 343. Dice algo monstruoso por lo falso y el completo desconocimiento del carácter de Bolívar. Afirma que él se fue a la costa y dejó el mando del ejército a Sucre «porque sus generales le rogaron no arriesgar su gloria en circunstancias tan difíciles y confiar el mando a uno de ellos». Esto prueba que el señor Ludwig no tiene idea de quién era Bolívar, pues a todos nos consta que jamás huyó del peligro. En este punto debe seguir alguna leyenda argentina. Luego agrega otro disparate enorme: «que la caballería patriota estaba formada de argentinos, chilenos, peruanos, y principalmente venezolanos y hay que añadir además tropas venidas de México, del Brasil y de las Islas». Esto último es ridículo.

Página 345. Pinta a Bolívar dando gritos y saltos como un loco al recibir la noticia de Ayacucho. Anécdota evidentemente adulterada. Agrega: que a Bolívar «lo irrita esta batalla ganada sin él». Esto desnaturaliza su carácter. Añadir que el plan de batalla era de Bolívar, era ridículo, es desconocer la naturaleza de la guerra.

Página 253. La declaración puesta por Ricardo Palma en boca de Bolívar y adoptada por Ludwig es apócrifa y está en contradicción con todo lo que escribió Bolívar en Potosí sobre la misión argentina de Alvear. El mismo Ludwig califica de quiméricos los proyectos que le atribuye Palma.

Páginas 371 y 372. Cita Ludwig estas palabras de Bolívar, como dirigidas a Santander, cuando lo fueron a Sucre: «Nadie ama la gloria de usted tanto como yo, etcétera.»

Página 465. Cita una carta de Bolívar que supone dirigida a Sucre cuando fue para Mosquera.

Caracas, 6 de marzo de 1941

VICENTE LECUNA

VL/ebn.

Este estudio es tomado del archivo del doctor Lecuna. Dice así: «Notas para Enrique Planchart».

El fallecimiento del Dr. Lecuna le impidió hacer el 4.º Tomo de esta obra Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar.

Venezuela, Patria de los hombres más importantes de América

Barón Alejandro de Humboldt. De viajes a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo.

El título de Libertador

La ciudad de Mérida, libre de la tiranía de Monteverde el 23 de mayo de 1813, proclamó a Bolívar, Libertador de la Patria. Más tarde, con motivo de las victorias de Bárbula y las Trincheras, en sesión solemne de la Municipalidad de Caracas, el gobernador político del Estado, doctor Cristóbal Mendoza, propuso con aprobación de la Asamblea «aclamar solemnemente al brigadier de la Unión y general en jefe de las armas libertadoras, por capitán general de los ejércitos de Venezuela, vivo y efectivo (...) y con el sobrenombre de Libertador de Venezuela, para que use de él como de un don que consagra la Patria agradecida a un hijo tan benemérito». Así se aprobó por unanimidad el 14 de octubre de 1813 *.

Fundada la República de Colombia por el Congreso de Angostura, el 17 de diciembre de 1819, con la unión del Virreinato de la Nueva Granada, la Presidencia de Quito y la Capitanía General de Venezuela, el Congreso de Angostura, ausente Bolívar, ya en viaje hacia la Nueva Granada, dio un decreto de recompensas el 6 de enero de 1820, y en su número, 1.º dice así:

* Documentos relativos a la vida pública del Libertador. Caracas. Imprenta de Devisme Hermanos, 1826. Tomo I, págs. 99 a 102.

El Soberano Congreso deseando dar al jefe y al Ejército Libertador de Cundinamarca un testimonio del reconocimiento nacional, ha venido en decretar y decreta lo siguiente:

«Artículo 1.º—El general Bolívar queda condecorado con el título de Libertador, de que usará en todos los despachos y actas del Gobierno, anteponiéndolo al de Presidente, y lo conservará como una propiedad de Gloria en cualquier otro destino, y en el retiro mismo de los negocios públicos *.

De manera que el título de Libertador no se lo dio Bolívar como expresa Mitre el infatigable libelista argentino. Se lo dio el pueblo de Mérida, al respirar el aire de la libertad sin la amenaza del régimen realista; lo confirmó el pueblo de Caracas, durante los días trágicos de la guerra a muerte, y lo decretó el Congreso de Angostura, por premio de la consagración absoluta del Vencedor de Boyacá, al servicio de la nación —La Gran Colombia— «para que lo usara como propiedad de Gloria aún en el retiro de los negocios públicos».

Mas no es esto todo: el pueblo y el ejército desde los primeros años de la guerra lo llamaba sencillamente el Libertador. Con este sobrenombre se le designaba en las conversaciones corrientes, en el seno del hogar, en los combates, en el Congreso, en el Gobierno.

El pueblo todo lo ha designado siempre «El Libertador», y así lo seguimos nombrando.

Pero como los argentinos no pueden permitir que Bolívar esté por encima de San Martín, denominado con justicia Protector de la Libertad del Perú, título bastante glorioso, lo han bautizado de Libertador cien años después de muerto, y no lo designan de otro modo. También han creado una condecoración del busto del Libertador a semejanza del nuestro, fundado en 1826, en el Perú. Y a Bolívar le quitan su título cada vez que lo mencionan. Es caso único en la historia.

VICENTE LECUNA
Caracas, 1954

Del catálogo de errores y calumnias, I, pp. 309-310 Lecuna.

* Correo del Orinoco n.º 49, del 15 de enero de 1820. Ultima pagina.

(...) Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza.

(...) Hay soberanos arranques de personalidad como éste de Bolívar, en la carta en que repudia la Corona Real que le ha propuesto Páez: «Yo no soy Napoleón, ni quiero serlo. Tampoco quiero imitar a César; menos aún, a Itúrbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo.»

Y ésta constituye una de las desemejanzas que abren tan ancho abismo entre Bolívar y San Martín. Un Bolívar que después de la entrevista de Guayaquil abandonara el campo a su émulo, o que, una vez consumada su obra militar renunciara a influir decisivamente en los nuevos destinos de América sería un contrasentido psicológico, un enigma irresoluble de la naturaleza humana. En cambio, estos desenlaces de renunciamiento son cosa espontánea y congruente en los héroes, aunque de noble y austera virtud como San Martín, espíritus de vocación limitada y reflexiva. Así, nada más natural, en uno y otro de los dos capitanes de América, que el voluntario eclipse y el mayor encendimiento de gloria con que resuelve Bolívar la histórica entrevista de 1822 *.

En la extensión de los recuerdos que han dejado los hombres en virtud de empresas gloriosas, nada hay más grande que Bolívar (...).

JOSÉ ENRIQUE RODÓ
ARIEL.—Ensayo, Bolívar.

* Entrevista de Guayaquil, dos volúmenes. Obra de don Vicente Lecuna. Por este motivo le han dedicado un monumento en la Plaza de Guayaquil, Ecuador, al historiador Lecuna.

Puebla de Bolívar

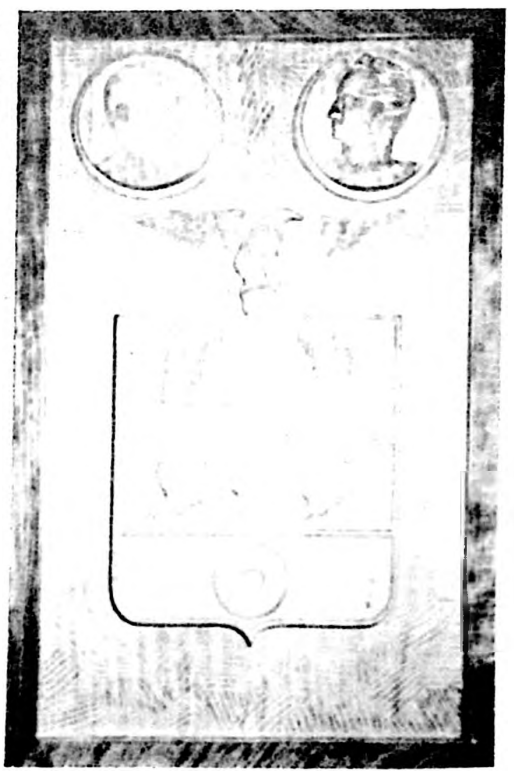
En su primer viaje a España, Vicente Lecuna, fue principalmente a investigar el solar originario de los Bolívar. Después de sus averiguaciones, llegó a la llamada «Puebla de Bolívar», situada en el Municipio de Marquina, en el Señorío de Vizcaya. Hizo amistad con varios vecinos de la zona, destacándose el Capellán del lugar Presbítero Domingo Ugartechea*, al final convinieron, por el momento, en que, como no había escuela para niños necesitados, conseguir que el Gobierno de Venezuela subvencionara su construcción y sostenimiento. También consiguieron el regalo de un frontón para la Puebla**.

Así se hizo y el doctor Lecuna, por medio del doctor Pedro Manuel Arcaya, Ministro del General J.V. Gómez, logró que el Gobierno decretase, además, un Monumento en recuerdo de Bolívar. De ahí que, al día siguiente de la inauguración de este Monolito, le diesen allí a las dos calles contiguas los nombres de Lecuna y Arcaya.

* Una vez fallecido este Padre continuó como Párroco de la Puebla de Bolívar su hermano Francisco María que tomó en su profesión en la Orden Carmelitana el nombre de José Domingo de Santa Teresa. Siempre mantuvo una gran inquietud en el campo de la música; compositor de misas, cantos, himnos, entre ellos el himno a Simón Bolívar; asimismo realizó una gran labor divulgadora y pedagógica de composición musical, manteniendo una estrecha relación con muchos autores vascos de la época dorada.

** Las fotografías de la página siguiente han sido proporcionadas por Don Miguel M.ª Arriola, quien ha continuado generosamente la obra del Doctor Lecuna para el acercamiento entre la tierra solariega de los Bolívar y los países bolivarianos.

Monolito en la Puebla de Bolívar, y calles Lecuna y Arcaya



Placa de Bolívar con Lecuna, por Angel Casillas (Obsequio de La Puebla)

Caracas, 11 de diciembre de 1928

Señor Presbítero

DOMINGO DE UGARTECHEA

Puebla de Bolívar

Mi respetado Padre y amigo:

Llegué aquí a fines de octubre y a los dos o tres días fui a visitar al señor Presidente de la República, y de viva voz le expliqué el propósito de usted y la conveniencia de mandarle la suma que usted solicita para la Casa escuela. También hablé con el señor doctor Pedro M. Arcaya y le entregué la carta de usted y los planos, y esperé para mandar la carta de usted al señor General Gómez, a que el doctor Arcaya tuviera ocasión de hablarle del proyecto. Yo le envío copia de la carta mía para el General Gómez y de la contestación de éste en una tarjeta. Desgraciadamente el doctor Arcaya no pudo tratar ese asunto el día que llegó mi carta y ha tenido que hacer un viaje a Coro, donde se celebra el IV centenario de la primera misa dicha en este país, fiesta a que han concurrido todos los Obispos y el señor Arcaya ha asistido a ella como coriano y Ministro del Interior. Debe regresar el 18 del presente. Yo no perderé ninguna oportunidad de recordarle su asunto. Tengo muchas esperanzas de que el resultado será favorable.

Aquí hemos tenido al señor Cabanas Oteiza con unos cuadros de la Puebla de Bolívar que ha adquirido el Gobierno. Y ha sido muy placentero recordar en esos paisajes la simpática Puebla de Vizcaya.

Cada vez que sepa algo relativo a su asunto tendré el gusto de escribirle.

Lo saludo afectuosamente y me repito su s.s. y amigo:

VICENTE LECUNA

DOMINGO UGARTECHEA
Capellán
LAMIACO-Lejona
(Vizcaya)

Lejona (Vizcaya), 24 de marzo de 1954

Dr. Don VICENTE LECUNA, Hijo
CARACAS

Mi muy amado y respetable señor:

Por carta recibida de su empleado Ercoreca algo tarde he tenido noticia de la cristiana muerte de su querido padre (q.e.p.d.) perfecto caballero en todos los conceptos y muy amigo mío.

Grande ha sido la impresión que me ha causado su santa muerte y nada digo lo que causaría en todos sus familiares que le querían entrañablemente. Tarde o temprano, es ese el destino de todos, y tenemos que pedir a Dios resignación para sobrellevar ese tremendo golpe, resignación que no nos negará nuestro buen Dios.

De mí sé decir desde el primer día que supe su fallecimiento, no dejo de pedir en la Santa Misa por su eterno descanso. En mi archivo guardo cuidadosamente toda su correspondencia desde su primera carta 12 de marzo de 1929 hasta la última que fue el 26 de octubre de 1953 en la que trata, como en todas las demás, hacer todo cuanto puede en bien de la Puebla de Bolívar, cuna de los antepasados del Libertador Simón Bolívar.

He aquí sus últimos párrafos: «...Del Ministerio del Interior me acaban de informar que el nuevo Embajador de Venezuela en España, doctor Simón Becerra, lleva los reales para la construcción de la Nueva Casa-Escuela en la Puebla de Bolívar. Supongo, pues, que ya estarán los interesados en posesión del dinero. Escríbame lo que Vd. sepa sobre el particular, pues yo estoy tan interesado como Vd. por mi amor a España, a la Puebla y por tratarse de un proyecto de Vd. tan noble y generoso. No deje de escribirme de cuando en cuando. Su amigo de corazón, VICENTE LECUNA.»

Repito mi pésame a todos los hermanos y familiares y queda incondicionalmente atto. aff. s.s. en Cristo,

P.D. Remito esta carta por mediación de mi buen amigo JESUS BASAÑEZ que parece ser va a esa su Casa como Contador y que me merece toda mi confianza por su condición de buen cristiano y su competencia en su profesión.

DOMINGO UGARTECHEA

Lista de libros

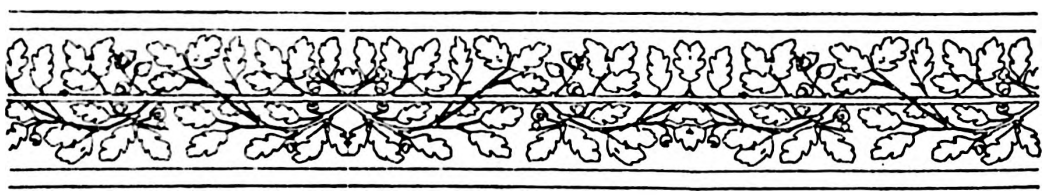
1.º *Papeles de Bolívar,* 1 tomo.
2.º *Recopilación de las cartas, oficios, proclamas del Libertador,* 12 volúmenes. Indice analítico de esta obra, 1 volumen.
3.º *Genio militar de Simón Bolívar,* 1 volumen.
4.º *Entrevista de Bolívar y San Martín, en Guayaquil,* 2 tomos.
5.º *Relaciones políticas y diplomáticas de Bolívar con Chile y Buenos Aires,* 2 tomos.
6.º *Refutación a las cartas apócrifas de Bolívar (2),* por Colombres Maímol, 2 volúmenes.
7.º *Crónica razonada de las guerras de Bolívar,* 3 tomos.
8.º *Decretos del Libertador,* 3 tomos.
9.º *Correspondencia del Libertador,* 3 volúmenes.
10.º *Selected writings of Bolivar,* 2 tomos, traducidos al inglés.
11.º *Historia de la Casa Natal del Libertador. Su restauración. Historia del archivo. Donaciones a la casa,* 1 libro.
12.º *Errores y calumnias en la historia de Bolívar,* 3 tomos.
13.º *Documentos referentes a la creación de Bolivia,* 2 volúmenes.
14.º *Proclamas y discursos del Libertador: «Cartas de Santander»,* 3 volúmenes.

* * *

Sus actividades como historiador fueron notables, por su devoción al Libertador y la incesante tarea de compilación de documentos referentes a la gesta bolivariana, selección y publicación de los mismos con sus respectivos comentarios; solamente con los estudios militares preparados por el doctor Lecuna y publicados en el Boletín de la Academia Nacional de la Historia —presidente de dicha academia— podrían editarse 6 volúmenes de 400 páginas cada uno; pero, no obstante, la amplitud de su obra, la sola publicación de «Cartas del Liberador» bastaría para colocar a Vicente Lecuna en el alto sitial que ocupa en América.

SALVADOR D. CAMBRELENG

Diario «El Universal», 24 de septiembre de 1977



VI

Etica Patriótica y Financiera

Vicente Lecuna en la plenitud de su actividad a favor de la economía del país

Las lecciones de Vicente Lecuna

DE Vicente Lecuna, que murió hoy hace cuatro años, nos quedan grandes lecciones tan valiosas como su obra histórica extraordinaria. Lecciones de varón que alcanzó la cima de hombre-hombre, según el apotegma de Zaratustra. Los griegos, cuando descubrían una personalidad de recio encumbramiento, escribían «he aquí un hombre que puede ser dios para el hombre».

Su niñez y juventud se desarrollaron en pobreza; a la madurez, ya tenía alguna fortuna; la primera lección suya, la menor. No quienquiera llega a rico; que quienes lo son en la sociedad capitalista y burguesa no corresponden sino a uno en cada diez mil individuos. Pero un sólo enriquecimiento cae dentro de la moral: aquél que no proviene ni del asalto, ni del depojo, ni de los negocios turbios, ni del engaño, ni de la fuerza; sino del llevar inteligentemente las sumas conquistadas con trabajo a eso que el Evangelio, en una de sus parábolas, llama convertir un talento en diez (¿No hay cierto símbolo en el hecho de que los griegos hubiesen llamado talento a la moneda?); Lecuna, al graduarse de ingeniero, nada tenía en bienes, y se impuso de lo poco que ganaba un economizar metódico, tenaz, con el cual formaría la suma inicial para el lanzamiento de una empresa.

Al fondo de esa tenacidad, alienta una facultad creadora que se alumbra con la fe en dos poderes propios: el de la mente y el de la voluntad. Creer en que se puede llegar, indica optimismo; ponerse en marcha, significa dominio de los obstáculos y del propio dolor. ¿No hay, acaso, un padecimiento en el ahorrar sistemático, cada vez que por su causa se

eliminan placeres, distracciones, disfrute de la vida? ¿Y no es forma escogida de energía educar el propósito, hasta volverlo inquebrantable?

Otro aleccionamiento suyo, más encumbrado que el anterior, fue el haber sabido con precisión para qué quería fortuna. No existe esclavo mayor que el millonario, si va por esa senda a causa exclusivamente del dinero. La moneda es medio; tomada como fin seca el alma y mata. Ni todo el oro del mundo hubiese sido capaz de producir un Cervantes, un Paganini, un Heine o un Kepler, en la misma proporción en que ningún genio sin dinero hubiera realizado lo que la Fundación Rockefeller en el mundo.

Quien considere que el dinero se hizo invirtiéndolo para disfrutarlo a manera de los parásitos en el no realizar nada sirviendo a la sociedad, esta suerte de criterios consta entre lo más vituperable; corresponde a lo estéril que la naturaleza maldice.

Lecuna destinó el dinero a esa indispensable libertad de acción por cuya virtud buena parte de las horas de labor podían consagrarse a trocar la existencia de una obra. Regía un banco, pero el resto del tiempo salvado de la angustia de no disponer de lo necesario para subsistir, vertíase íntegro en investigar, en comprar documentos y libros; todo dentro de un único propósito: restablecer la exacta verdad histórica en torno al Libertador. Encerrado en su biblioteca, eliminadas las distracciones sociales; extrajo por cerca de cuarenta años la savia sin la cual no sabríamos hoy a ciencia cierta cuál fue lo auténtico respecto a Bolívar. Puntos oscuros, falseamientos intencionados y yerros involuntarios, quizá, requerían la réplica irrefutable, la clarificación prístina, por pasión de la verdad, y además por el más caro de los bienes venezolanos.

Y queda aún una tercera lección importante, la de haber hecho confluir tres saberes suyos: el de la ingeniería, ciencias matemáticas y la Historia a un único fin.

Con el elogio de estos grandes merecimientos ejemplares recordamos hoy a Vicente Lecuna, que no se nos ha ido sino a medias, físicamente. Lo de su alma poderosa se nos quedó inacabable, íntegro.

ALFONSO RUMAZO GONZÁLEZ
Diario «Rumbos». Caracas.

Dice Emilio Beiner, a quien el doctor Lecuna dejó la Presidencia del Banco: —«Este no es meramente un instituto bancario, sino también «una escuela de la vida, trabajo y dignidad que nos legara el doctor Lecuna». ...Soy accionista con ahorros de mi propio sueldo y gran sacrificio de mi parte.

Feliciano Pacanins expresa con justicia: —«Los funcionarios y empleados del Banco de Venezuela siempre recordaremos sus vigorosas frases de aliento, sus sabias y honestas doctrinas de administración, su inquebrantable y recto carácter de hombre de bien. En nuestros oídos tendremos sus consejos y presentes sus prácticas y decisiones para el bien de la Patria y de todo el conglomerado social y económico. Con el mayor dolor y cariño recordamos cada instante su despedida cuando nos abandonó para irse a la inmortalidad: —«Hijos, ya puedo morir tranquilo porque dejo en buenas manos esta institución y porque he llevado hasta donde era humanamente posible la obra emprendida desde mi más tierna juventud para eterna glorificación de nuestro Simón Bolívar: El Libertador.»

* * *

El Dr. Vicente Lecuna fue un protector, el mejor maestro, para los que tuvimos la fortuna de estar a su lado; bajo su paternal ejemplo.

EDUARDO SOSA FERNÁNDEZ

* * *

He aquí un párrafo de una carta fechada en Valencia, el día 10 de abril de 1936, dirigida por don Carlos Duarte al señor don Vicente Lecuna: «Conmigo ocurrió un incidente que es digno de recordarse. Con motivo de una carta que yo escribí a los agentes del banco en Curaçao, surgió una mala interpretación de parte de usted y en la ofuscación del momento usted me despidió del banco. Después usted investigó el asunto más a fondo y llegó a la conclusión de que no había nada de particular y que, por lo tanto, había cometido una injusticia. Inmediatamente fue usted a casa a darme una satisfacción (yo era un muchacho de pantalones cortos) y suplicarme que volviera a tomar mi puesto. Como yo me negara, usted habló con mi mamá para que influyera en mí. Al fin volví al banco y todo se olvidó. El error es humano. Para rectificar se requiere un espíritu por encima del orgullo y el amor propio mal entendidos. Reciba un afectuoso abrazo de su amigo

CARLOS DUARTE

El viejo Lecuna

«...Exacto como ingeniero; exacto como banquero; exacto como ciudadano, superior como venezolano y como bolivariano, ninguna obra puede perpetuar en el futuro, de manera más firme y honda, la raíz venezolanista de Lecuna, que la continuación de su tarea de defensa y enriquecimiento de la verdad bolivariana. El culto a la verdad, a través de la vida del héroe que más orgullo puede producir hoy a la comunidad hispánica, seguirá siendo así, sobre la tumba de Lecuna, una como antorcha material que supla, aun por modo deficiente, esa hoguera de amor bolivariano y de amor a la verdad histórica que constituyó el signo de la existencia de quien es ahora, con más títulos, un auténtico maestro bolivariano. Como tal, debemos exhibirlo ante las nuevas generaciones, por desgracia más inclinadas al bolívar signo fiduciario, que al Bolívar genio de las razas que en América conviven.

Viene a mi memoria un retruécano de monseñor Torres Coronel, antiguo profesor de literatura en el Colegio Federal de nuestra querida Valencia. En un discurso en el Teatro Municipal de la capital de Carabobo, allá por el año 1936, monseñor Torres Coronel concluía diciendo que era ya la hora de los «hombres que quisieran más a la Patria de Bolívar que a los bolívares de la Patria».

La frase es oportuna cada vez que se piense en la egregia figura del doctor Vicente Lecuna. Nadie como él, en la Venezuela contemporánea, supo combatir, de modo tan elocuente, el espejismo de los bolívares para dar paso a la claridad única de don Simón.

«El Universal», Caracas, 23 de marzo de 1954.
por José González y González.

El balance de los servicios a Venezuela, de Vicente Lecuna, deja en el corazón de la Patria una deuda de reconocimiento.

E. GIL BORGES
Washington D.C. 9-11-1931

* * *

Lecuna, gran patriota de probidad y rectitud.

CARLOS F. GRISANTI
Roma, 16 de marzo de 1936

* * *

...En Venezuela hay muy pocos hombres que merecen llamarse hombres de voluntad, muy pocos hombres que tienen una personalidad definida, y que se atreven a decir «no». Uno de esos pocos es el doctor Vicente Lecuna.

ERNESTO SIFONTES
26 de enero de 1929

* * *

El máximo historiador de Bolívar, tesorero de la nación a los trece años, ingeniero al cumplir los diecinueve años de edad, y maestro de escuela en Petare. Guardaba 20 bolívares de su primer sueldo mensual de 60 y rechazó como presidente del Banco de Venezuela un cheque de Gómez. Sobrino-nieto del gran mariscal de Ayacucho, descendiente de «grandes cacaos», sufrió miseria en su infancia.

MIGUEL DE LOS SANTOS
«El Nacional» de 20-2-1964

Destacadas figuras de Venezuela

Traemos hoy a nuestra portada la figura eminentísima del doctor Vicente Lecuna, ingeniero, financista e historiador. Como financista tiene una gran labor al frente de la directiva del Banco de Venezuela, donde comenzó como presidente de la Junta en el año 1915, época difícil para dicho instituto porque para esa fecha estaba en su etapa inicial la primera conflagración mundial, que sacudió nuestra economía; además la administración del banco «había abierto las puertas a operaciones sin garantía». Bajo estas circunstancias, el doctor Lecuna tomó como su primera preocupación el hacer una revisión de cosas y no de números. El instituto tenía varios meses sin repartir dividendos y en el ramo de cuentas corrientes se calculaba una pérdida de Bs. 246.000,00; en el de cartera, Bs. 20.000,00, y de Bs. 1.182.973,00 por deudores dudosos. Sin embargo, ya para el primer semestre bajo su dirección se emprendió la tarea de comunicar aliento a los negocios y sobre todo de difundir el billete, que carecía de la debida circulación, ya que se daba el caso de que en regiones agrícolas como la del golfo de Paria circulaban billetes ingleses al mismo cambio del oro estadounidense. Para entonces el Banco de Venezuela podía emitir billetes hasta por Bs. 14.000.000,00, y estaba sólo reducida a la mitad, o sea, a Bs. 7.000.000,00. Para el segundo semestre del año 1915 comenzaba a adquirir auge el billete por toda la República. Los negocios del Banco fueron en ascenso y en el mismo semestre arrojó una utilidad líquida de Bs. 833.571,00. Y así es como comienza su labor el doctor Lecuna, de recibir al Banco en una situación conflictiva, como lo deja ver el informe del instituto para el año 1914, donde se declaraba que prácticamente estaba perdida la mitad del capital, hasta lo que hoy presenciamos, o sea un Instituto Bancario poderoso, con sucursales y agencias en todas partes de la República, favoreciendo profundamente el movimiento económico nacional.

Junto con esa labor de oro, plata y billetes, el ilustre economista emprende la gloriosa tarea de recopilar y publicar extensos volúmenes donde da a conocer los documentos de las proclamas y discursos del libertador Simón Bolívar. Once tomos de las cartas del libertador, compiladas, ordenadas, anotadas, compulsadas y comentadas, con un índice magistral en el volumen X, que no podía hacerse sino por las personas más versadas en el tema bolivariano, demuestran su capacidad de historiador. Esta sola publicación justificaría el homenaje de toda una nación que estime a sus fundadores. Toda la obra bolivariana del doctor Lecuna son mensajes entregados a la conciencia hispanoamericana para que refle-

xione sobre el pensamiento de Bolívar. Los dos tomos de los documentos referentes a la creación de Bolivia, son otra piedra sillar en la historiografía del continente. Por esta obra definitiva, envió Bolivia al doctor Lecuna una proclamación de gratitud. Los estudios militares publicados en el Boletín de la Academia de la Historia; los tres tomos de las Cartas a Santander; los trabajos sobre la entrevista de Guayaquil, demuestran su nobleza de escritor bolivariano. Su propia obra culmina ahora con los tres tomos de la «Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar». Toca a los críticos del arte militar valorar estos estudios en los cuales el doctor Vicente Lecuna, Ciudadano Eminente de la ciudad de Caracas, redondea sus disposiciones sobre las Campañas de la Independencia.

Diario «Algo»
Caracas, 14 diciembre 1951

Nota. Siento no tener la firma de este escrito.

Banco de Venezuela

...Dichosísimo aquél que corriendo por entre los escollos de la guerra, de la política y de las desgracias públicas, preserva su honor intacto.

SIMON BOLIVAR

* * *

La vida de Vicente Lecuna transcurría como un reflejo de lo que es la lucha por la vida en la naturaleza. Tormentas inesperadas que semejan arrastrar cuanto hay de fuerte en este mundo de aparente inconmovible firmeza; y él expuesto a todos los cataclismos en que puede hundirse su poder...; así eran sus días aciagos. En otras ocasiones, el consuelo de ver avanzar sus ideales, a pesar de las incontables dificultades existentes.

Su fuerte personalidad era comparable a una muralla ciclópea ante las tempestades que intentaban sacudir su fortaleza, manteniéndose inhiesta a todos los arrebatos del tiempo.

Eran sus aspiraciones de todo aquello que llevara hacia el bien; conducta que toda alma noble desea hacer surgir, a cada instante, en sí mismo.

La Sociedad de venta de maderas entre Vicente Lecuna y su primo hermano y cuñado Don Vicente Vallenilla Lecuna* la llevaban su pariente en Puerto Cabello y Vicente Lecuna en Caracas. El Dr. Lecuna había trabajado varios años como ingeniero para el Ferrocarril Alemán, y tenía muy buenas relaciones con los ingenieros y constructores que habían colaborado en las obras de construcción de dicho Ferrocarril lo que le permitió hacer numerosas transacciones. Asimismo tuvieron gran demanda las maderas aserradas, al iniciarse las actividades de la Sociedad, para las reparaciones de los daños causados por un sismo.

En Puerto Cabello estaba el centro de compras de las trozas, tanto de maderas del país: caoba, cedro, jabillo, etc., como de maderas de pino, importadas en goleta desde Nueva Orleáns. Ambos socios mantenían correspondencia diaria a través del Ferrocarril, y empleaban este mismo medio para transportar la madera aserrada. Con el dinero producto de las ventas, organizó Lecuna un servicio de traslado de fondos entre Caracas y Puerto Cabello, que tuvo gran acogida entre las casas comerciales de dichas ciudades, y dio lugar a operaciones efectivas y a bajo costo. La sociedad fue disuelta por motivos particulares de Vicente Lecuna.

Según adelantamos *, los ahorros conseguidos en muchos años de trabajo, permitieron a Lecuna comprar una Acción del Banco de Venezuela; se unió entonces a un grupo de accionistas, descontentos de la administración que dirigía al Instituto de forma harto ineficaz que había conducido a una suspensión forzosa de dividendos. En estas fechas, el Banco tenía un Capital de Bs. 12.000.000, representado por 600 Acciones de 20.000 Bs. cada una. Los tres mayores accionistas eran los Generales Emilio Fernández, Tosta García y Matos, con 10 Acciones cada uno. Emilio Fernández fue uno de los más consecuentes y decididos partidarios de la candidatura de Vicente Lecuna.

En el transcurso de los 36 años en que el Dr. Lecuna presidió la administración del Banco, se cumplieron con exactitud sus principios, ejerciendo la administración con la «Junta Plena», constituida por tres ejecutivos: Presidente y dos Vicepresidentes; éstos dedicaron todas sus actividades al Banco a tiempo completo; además cuatro Directores, representantes de grupos importantes de accionistas que, a su vez, fueran comerciantes, industriales o inversionistas con amplios conocimientos y buen criterio para una eficiente colaboración en la buena administración del Instituto. Es interesante destacar que cada Director mantuvo el derecho de veto para negar cualquier operación bancaria que no considerara conveniente; jamás se permitieron votos salvados; una sola opinión contraria era suficiente para negar un crédito.

* Ver capítulo II. Infancia, adolescencia y juventud.

He aquí cómo informaba el propio Dr. Lecuna de los acontecimientos que dieron lugar a que se hiciera cargo del Banco de Venezuela:

«Desde hacía años se rumoreaba que la administración del Instituto marchaba mal, pero nadie tomaba ninguna iniciativa; yo lo intenté, sin encontrar apoyo alguno en nadie y así continuaron marchando las cosas hasta que comenzó la campaña del General Matos, simultáneamente con las gestiones que yo hice para entrar a la Junta Directiva, con el apoyo moral del Sr. Román Cárdenas. En la Asamblea del 22 de agosto de 1914 fui derrotado junto con el señor Ramiro Rendiles a quien los disidentes presentamos como candidato para Secretario. En esta lucha, fuimos vencidos con la representación de las acciones de Europa y la de aquellos accionistas de Caracas que por hábito o por sus relaciones personales le daban sus votos a los que habían venido manejando al Banco. Nosotros adoptamos la candidatura del Sr. Rendiles para Secretario porque este Sr., a la vez que antiguo empleado del Instituto y haber mostrado dedicación y competencia en el departamento de las cuentas del Gobierno, que es el que tiene más trabajo; era, además, el empleado más enérgico y el único que no debía ni un céntimo a las cajas del Banco.»

«El Banco Caracas representante de cuarenta acciones del Banco de Venezuela, nos dio sus votos para poder triunfar así en las elecciones siguientes del 22 de febrero. Aún así nuestra mayoría fue exigua. Yo obtuve doscientos sesenta y nueve votos contra doscientos cuarenta y cuatro que alcanzó el candidato de los antiguos Directores.»

«Inaugurada la nueva Junta, inició una campaña contra los innumerables y ruinosos pequeños abusos y facilidades a que el comercio y la clientela del Banco estaban habituados y que formaban parte del programa de los antiguos Directores para sostener a su lado la representación de los principales núcleos de acciones. Sostuve, igualmente, el principio de que todos los negociados creados por los antiguos Directores debían resolverse en una Asamblea General por los propietarios del Banco, y no en secreto en el seno de la Junta; pues opinaba que debía asentarse el precedente de que los Directores no deben tener negocios con el Instituto y que el modo de lograrlo era lanzando aquellos negocios a todos los vientos y sometiéndolos a la aprobación de las Asambleas Generales. Aunque mis compañeros de Junta eran personas honorables, ninguno de ellos tenía ideas tan radicales. Es del caso observar que entre nosotros, que vivimos todos como familia en una ciudad de menos de cien mil almas, tales procedimientos traen naturalmente compromisos que muy pocos se atreven a arrostrar y que requieren energías poco comunes; sea por esto último sea porque, como decían

algunos el escándalo no convenía a los intereses del Banco, nadie quiso, ni en la Junta Directiva ni en la Consultiva, apoyar la proposición que hice muchas veces como Presidente del Instituto de abrir un juicio.

Desde el primer momento de mi entrada a la Junta consideré que mi misión principal consistía en darle carácter a la administración del Banco y éste se ha logrado de un modo absoluto pues todos los abusos y facilidades a que me he referido más arriba han desaparecido de un modo terminante. Hoy no se hacen diferencias para nadie en la compra y venta de giros; no se dan créditos a personas influyentes ni a relacionados o amigos de los Directores del Banco sino con garantías ampliamente satisfactorias; no se permite que los Directores tengan negocios de ninguna clase, habiéndose llegado en este punto a un límite que algunos consideran exagerados pero que se mantiene inflexible; se ha introducido un orden desconocido antes en el tren de empleados; se han cobrado las cuentas atrasadas con toda energía sin temor de crearse enemistades influyentes y sin tener en cuenta relaciones de amistad ni de parentesco; se han pedido garantías para todas las cuentas que no las tenían o que las tenían insuficientes; y, por último, se estableció el principio de que la administración del Banco la ejerce la Junta toda y no el Presidente y el Secretario solamente, como sucedía antes, siendo para esto necesario celebrar Juntas diarias. Y es de advertir que este sistema no resulta dispendioso porque cada Director sólo gana veinte bolívares por cada Junta a que asiste.»

«Los resultados de esta administración severa, aunque apenas comienzan a advertirse, han dado ya sus frutos, como puede verse en el Informe del 23 de agosto último y en el balance de julio, en el cual las utilidades han sido mayores que en los meses correspondientes de los años anteriores en que no había guerra europea.»

«Paralelamente con estos trabajos tuve que sostener, como ya dije anteriormente, fuertes discusiones con las Juntas Directivas y Consultivas para que se tratasen en Asamblea General los asuntos de los ex-Directores, teniendo que manifestar que iba a hacer uso de la atribución que me daban los Estatutos de presentar dichos asuntos en mi propio nombre, para que fuese aceptada mi idea. Así pude convocar la Asamblea del 28 de mayo en que expusimos la verdadera situación del Instituto y la historia de los negocios que habían causado pérdidas, con la exposición de los desfalcos cometidos.»

«Desde los primeros días de su administración, y después de un detenido examen del estado de las cuentas del Instituto, la Junta Directiva creyó conveniente destinar un apartado de las utilidades mucho mayor que el que prescribe la ley, que es el 10 por 100, para rehacer los fondos de Reserva y de Garantía, que desaparecerán probablemente cuando se liquiden todas las cuentas dudosas. Se pensó desde luego de un apartado de 33 por 100 de las utilidades líquidas, más, consultado el punto con los varios grupos de accionistas, y oída la Junta Consultiva, se resolvió destinar solamente el 25 por 100.»

«Al adoptar el apartado de 25 por 100, la Junta Directiva tuvo en cuenta lo siguiente:

«1.º Que detenidas las causas de pérdidas e iniciada una reacción vigorosa contra los procedimientos de lenidad empleados anteriormente, el Banco ha empezado a reponerse, y que las utilidades, como ya se ha visto en el Informe citado, van en aumento gracias al plan inflexible que se sigue.»

«2.º Que los accionistas de Venezuela, que forman la mayoría del capital y que son, por lo general, personas de poca fortuna, pues apenas tienen una o dos acciones, habiendo entre ellos muchas mujeres y menores, necesitan urgentemente de la renta que les producen los dividendos del Banco. Y que había un año que no recibían nada, y todos sin excepción clamaban por los dividendos.»

«3.º Q ue en el caso de no repartirse dividendos, las acciones bajarían a menos de su valor real, con el consiguiente detrimento del crédito del Instituto y las consecuencias consiguientes, y la ruina de todos aquellos accionistas que no podían estar esperando varios años el reparto de dividendos.»

«4.º Q ue el reparto prudente de dividendos evitaba las especulaciones consiguientes de los que, estando en el secreto de las cosas, se aprovechan del pánico de los valores y contribuyen a su depreciación.»

«5.º Por último la Junta consideró que el criterio más acertado era la adopción de un término medio entre ambos extremos, atendiendo eficazmente a la necesidad de rehacer los fondos de Reserva y de Garantía y a la no menos urgente de producir una renta a los tenedores de acciones.»

«Este proyecto de la Junta Directiva ha sido aprobado por unanimidad de votos.»

* * *

—«Hija, no podía contemplar cómo se quedaban en la calle familias enteras, sin ni siquiera poseer hogar propio. Reuní a la Junta y pedí que, al menos, le fuera adjudicada a cada familia una casa habitación. Mucho tiempo después —continuaba diciéndome mi padre— fui a ver a una familia, por petición de X X, que me pidió le acompañara, para su negocio. Salió una señora de cierta edad y al verme, dijo que me bendecía cada día por aquella casa que les había hecho dar. En cambio —finalizó mi padre— cuando encontraba al marido por la calle ni siquiera me saludaba: así es la ingratitud humana.»

La vida de Vicente Lecuna frente a frente al general Juan Vicente Gómez era un enfrentamiento de titanes; el proceder del doctor Lecuna, opuesto en algún momento a aquella fuerza sin igual en la historia de Venezuela, por su forma de mandar y lo inmutable de sus designios, que fue este Dictador, le trajo muchos problemas. Por no aceptar jamás este gobernante ninguna manifestación de protesta de sus conciudadanos, muchos venezolanos que vivieron esta época fueron arrojados en prisión; muchos hombres importantes tuvieron que exilarse del país. Vicente Lecuna durante cada día de este largo período no sabía si a la mañana siguiente podría conservar la línea de actuación basada en sus principios; porque ya no era solamente el acatamiento aparente al jefe del Gobierno, sino a algunos de aquellos políticos que rodeaban al Dictador, aunque se presentaban hombres respetables, adolecían de debilidades que les hicieran sucumbir; era muy difícil para el señor Lecuna oponerse ante el Gobierno a la repartición a particulares de concesiones de petróleo tanto a venezolanos como extranjeros. El doctor Lecuna luchó desesperadamente para que no fuesen adjudicadas dichas fuentes de riqueza que deberían ser para beneficio del País. A menudo comentaba el señor Lecuna visiblemente disgustado: —«¡Cuántos van claudicando; es impresionante!»

También era de notar en el compromiso que lo ponían los aduladores del Gobierno cuando le llevaban al Banco de Venezuela las consabidas «adhesiones» para que encabezara la lista y pedir la reelección del general Gómez para Presidente de la República (ya que el período presidencial sólo duraba siete años). Firmaban muchas personalidades de los ministerios, banca, comercio, etcétera. Era inquietante para el presidente del banco el grave aprieto en que él quedaba, al negarse, por el alto cargo que representaba en la Nación. Nuestro padre pasaba algunos días con cierta agitación, sin llegar a perder su serenidad; volvía a él la calma una vez pasados aquellos momentos críticos.

No sólo eran estos problemas sus únicas preocupaciones. Su estricta conducta de su proceder como banquero. Se refería a que jamás hizo el más mínimo negocio ni para él ni para sus hijos aprovechándose de tantas facilidades y oportunidades que se le ofrecían a diario. En cambio, al favorecer el ahorro a sus empleados más modestos, muchos de ellos se beneficiaron en estas ocasiones.

También hacía ayudar con créditos del banco a los agricultores del Interior del País y a todos aquéllos que, honrados trabajadores, se lo mereciesen; en cambio negó siempre estos créditos a algunos políticos que pensaban que por su posición se les haría fácil. Una de estas negativas fue para el propio general Gómez*; en la ocasión en que le exigió tres millones de bolívares; hoy, dada la riqueza del país, no parece importante esta suma.

Tengo que reconocer ciertas facetas positivas de este gobernante, a pesar de lo dicho antes acerca de su política. El general Gómez al paso del tiempo puso gran confianza en el doctor Lecuna; seguramente pensaba que la Hacienda de Venezuela estaba en buenas manos; también debía admirar su fuerte carácter, su tesón de trabajador infatigable y honestidad tantas veces probada. Siempre tuvo respeto a nuestro padre y por esto le guardo cierto reconocimiento. Aprecio, como se puede ver en el folleto titulado «El Historiador Vicente Lecuna y nuestra riqueza petrolera», documentos publicados por Vicente Lecuna hijo, y que se publica de nuevo en este libro. También el que trato en otro apartado que se titula «El escándalo bancario de 1911. Presunto monopolio de Boló Pachá relatado y destruido por el doctor Vicente Lecuna». Ambos presuntos monopolios anulados por Vicente Lecuna. El general Gómez en estas dos ocasiones y en otras oportunidades antes de proceder a aceptar tal o cual negocio dudoso para el país, decía: —«Se le consultará al doctor Lecuna»—. Así se salvó a la República de dos monopolios gravísimos que hubiesen enajenado la economía venezolana.

* * *

El Presidente del Banco de Venezuela fue algo especial con sus empleados. Quiso eliminarles una hora de trabajo, supliéndola con clases de inglés y gimnasia. Si había algún enfermo grave, como sucedió en varias

* Muchos años después me contó el señor Hermoso Tellería, que su padre que era entonces directivo del Banco le relató lo que había dicho el general Gómez: «Muy bien hecho del doctor Lecuna, mañana le enviaré el crédito necesario.»

ocasiones, el señor Lecuna reunía a la Junta, y, por supuesto, se admitía lo que él había ya resuelto: el banco se hacía cargo de todos los gastos. Se preocupaba de la salud de sus empleados y hasta de algunos familiares de los mismos.

* * *

En el año 1928, cuando una revuelta política de los estudiantes contra Gómez, se le agregaron a éstos muchos jóvenes empleados de diferentes sitios de Caracas, entre ellos varios del Banco de Venezuela: Eduardo Siblesz, Rafael Alemán*, Héctor Borges Requena. Julio C. Díaz, Manuel Benítez Landaeta, Edgardo García Arocha, José Antonio Fernández Rodríguez y Luis Johnson, y otros que aparecerán en las próximas páginas. En medio del desorden popular que hubo, el señor Lecuna le quitó de sus manos a los policías a muchos de estos jóvenes.

Estos empleados fueron llevados, presos, a trabajos forzados, hasta el año 1931. Nuestro padre siguió pasando el medio sueldo a las madres necesitadas, de dichos jóvenes.

El general Gómez lo supo y mandó a destituirlo del Banco, relación de la que me ocuparé en estos escritos; cuando a los dos años de esto fue reincorporado al Banco por el mismo general Gómez, encontró entre la deplorable situación financiera del banco, un detalle, al parecer banal para otras mentalidades, pero inadmisible para el doctor Lecuna. Se trataba de una máquina donde los empleados, por medio de una tarjeta, tenían que fichar la hora de entrada y salida. El doctor Lecuna mandó retirar la máquina, diciendo sencillamente: —«Esto es humillante.»

El doctor Lecuna fue elegido presidente del Banco de Venezuela, por unanimidad de su junta, el año 1915; ostentó este cargo cuarenta y dos años; sólo su delicada salud por su avanzada edad le obligó a retirarse.

* Estos dos, Eduardo Siblesz y Rafael Alemán, una vez liberados, pasaron a ser compañeros y socios de Vicente Lecuna hijo, en el Almacén Lecuna y Cía.

El escándalo bancario de 1911

Presunto monopolio de Boló Pachá relatado y destruido por el doctor Vicente Lecuna

Cuenta don Vicente Lecuna que, transcurridos muchos años después del célebre Protocolo Rojas-Pereire, volvieron a suscitarse las mismas cuestiones, al inaugurarse el Gobierno del general Juan Vicente Gómez en 1908. Aspirábase a conseguir capitales europeos para desarrollar el país en diversas direcciones. Se quería fomentar la navegación interior y exterior, explotar los territorios todavía vírgenes al Sur del inmenso Orinoco, las minas de carbón de Barcelona y otras riquezas naturales. «Y al efecto, grupos políticos indujeron al Gobierno a enviar a Europa al general Ramón Delgado Chalbaud a buscar esos capitales considerados tan necesarios para el desarrollo del país.»

«Todavía se ignoraba la influencia de la naturaleza física en nuestras tierras en su mayoría estériles; y de la excesiva sequedad de la atmósfera, fatal para la producción agrícola. No se proyectaron construcciones de ferrocarriles, tan necesarios al desarrollo agrícola. Los actos principales eran contratos para establecer bancos de recaudación y de administración y de crédito territorial, con facultad de emitir grandes cantidades de cédulas. Todo se reducía a crear dinero.»

«Como consecuencia de sus gestiones practicadas en Europa, el general Ramón Delgado Chalbaud cayó en las redes de un financista francés, de grandes planes, y de éxito variable, de nombre Paúl Boló, y denominado Boló Pachá, por gestiones y negocios realizados en Egipto. Con este personaje, nuestro enviado suscribió un contrato del cual los políticos esperaban grandes bienes.»

Boló Pachá se comprometía a fundar un Banco, Sociedad Anónima, bajo título de «Banco Nacional de Venezuela», con un capital de treinta millones de bolívares destinados a desempeñar las funciones de «Banco Oficial del Gobierno» en todas las operaciones de tesorería, es decir, en la percepción de todas las rentas y contribuciones y pago de las disposiciones oficiales del Gobierno. En suma, estaba destinado a reemplazar las funciones realizadas desde 1870 por el Banco de Venezuela.

* * *

¿Quién era Boló Pachá?

Sobre el personaje cuyo nombre y cuyos proyectos bancarios en Venezuela eran tema central de los comentarios caraqueños de 1911, fue Lecuna coleccionando todos los datos que la prensa europea y nacional de aquellos años (1911-1917) publicada sobre la vida, milagros y fin de Boló Pachá. Estos datos los agregó a su informe y a través de ellos se logra la más interesante silueta del aventurero marsellés.

«El Nuevo Diario» de Caracas, al dar cuenta de su fusilamiento, el 9 de noviembre de 1917, lo pinta así:

«Paúl Boló, hermano de uno de los más célebres predicadores aristocráticos de Francia —monseñor Boló—, relacionado con las altas jerarquías políticas de su país y del extranjero, nombrado Pachá por el Jedive de Egipto, antaño enjuiciado por abuso de confianza y desfalco, otras veces agitador de los viticultores de Champaña, falsificador de vinos espumosos, viajante bajo diversos nombres, fundador de empresas periodísticas, contratista de minas, hombre fastuoso, tiene en su biografía las alzas y bajas extremas de esos temerarios especuladores, resaca de los tumultuosos centros transaccionistas, individuos que fluctúan entre la opulencia y el calabozo del presidio.»

* * *

Gómez Carrillo describe una escena de la vida de Boló

A comienzos de 1917, empieza a circular en Madrid un periódico llamado «La Paz», dirigido por el francés Gastón Reutier. La publicación es de tendencia germanófila y los franceses, indignados, sospechan que el dinero con que sostiene lo suministra Von Krohn, adjunto naval alemán en

Madrid, a través de Boló Pachá, a quien acusan de relaciones con el enemigo.

Por esos días Boló era figura de primerísimo orden en los grandes salones de Madrid. Entonces lo vio Gómez Carrillo, quien lo hizo objeto de estupenda crónica: ¡Boló Pachá! ¿Quién no lo conoce en Madrid? ¿Quién no lo ha visto en el restaurante del Palace, rodeado de banqueros, de diplomáticos, de aristócratas? ¿Quién no ha oído en el Ritz, en las noches de moda, su voz autoritaria? En sus labios, siempre risueños y protectores, barájanse sin cesar, con la más efectuosa familiaridad, los nombres de Poincaré, de Romanones, del Papa, del rey de Italia, de Charles Humbert...

Yo le aconsejo a Raymond (Poincaré)... Yo le he dicho a Alvaro (Romanones)...

* * *

Boló Pachá pretende hacer negociaciones en Venezuela

En el número de las historias que publicó en esos días «Le Matin» y que reprodujo la prensa de Caracas («El Universal», Caracas, noviembre de 1917) está la del ex-diputado italiano Cavallin, que condenado por bancarrota fraudulenta, vino a refugiarse a Venezuela. Este Cavallin es quien le da noticias a Boló acerca de la existencia de un país en el cual se pueden hacer negocios fantásticos y es quien pone en contacto al delegado oficial venezolano que va a París con el famoso aventurero.

Cuenta Lecuna que al regreso del general Ramón Delgado Chalbaud de su misión a Europa, el contrato de los bancos de Boló Pachá suscrito ad-referéndum en París fue objeto de «grandes discusiones en el Gabinete». El general Manuel Antonio Matos, ministro de Relaciones Exteriores, le hacía oposición. Otros ministros le defendían acaloradamente. Uno o dos permanecían neutrales. En ese estado estaban las cosas, cuando se reunió el Congreso de 1911. Las discusiones habían sido muy ardientes en los últimos días.

Lecuna había estudiado el proyecto, tenía ideas claras sobre los alcances del mismo y era de los que censuraban el plan. No creía que una suma como la proyectada para el Banco pudiera transformar el país y le parecía profundamente peligroso el contrato con una compañía extranjera para entregarle la total administración de las rentas públicas, por así decirlo, y la ejecución del presupuesto de gastos de la República.

Lecuna regentaba desde 1900 una venta de madera, que fue convirtiendo, a lo largo de diez años, en un pequeño banco hipotecario, de manera que conocía bastante a fondo las particularidades del negocio de préstamos y colocaciones en Caracas, tanto garantizadas con fincas, como los préstamos con garantía de billetes de las deudas de Venezuela acreditadas en aquella época por el pago puntual de los intereses por el Gobierno. Este conocimiento del mercado le permitía conocer la realidad de los negocios fiscales activos de Venezuela.

Cuando la aprobación de los proyectos de Boló Pachá se daba por segura, Lecuna solicitó una audiencia del doctor Román Cárdenas, ministro de Obras Públicas en ese año.

Y apunta Lecuna: «A Cárdenas le conocimos en la universidad, pero como era mayor que nosotros no tuvimos amistad. El había pasado largos años en el Táchira, desempeñando su profesión de ingeniero civil y ocupándose de problemas de economía política por sus aficciones científicas, pero sin ninguna aplicación práctica.»

«Al doctor Román Cárdenas le interesaron mucho todas las noticias y observaciones comunicadas por nosotros en esta audiencia —apunta Lecuna—, y le causaron grave impresión mis palabras finales pronunciadas con la seguridad del convencido: —«CUANDO EL GOBIERNO HAYA FIRMADO EL PROYECTO DE BANCO DE BOLO PACHA, EL PRESIDENTE DE VENEZUELA ABDICARA MAS DE LA MITAD DE SU PODER, PORQUE EN CASO DE DIVERGENCIA EL NO TENDRA FUERZA SUFICIENTE PARA CONTRARRESTAR LA INFLUENCIA DE UNA COMPAÑIA FRANCESA RESPALDADA POR LOS CAÑONES DE FRANCIA.»

«Terminada nuestra conversación, al despedirnos, el doctor Román Cárdenas, aludiendo a un informe histórico que nos había pedido el director del Ministerio sobre las leyendas del monumento de Santa Ana (Trujillo), al estrecharnos la mano me dijo estas palabras: «Sepa usted que entre usted y yo hay un lazo... el bolivianismo.» Agregó esta última frase para desimpresionar a los empleados que se acercaban y no concibieran ideas equivocadas al respecto.

Y concluye Lecuna la interesante historia de su intervención en el caso del banco de Boló Pachá diciendo: —«A veces la fortuna se decide a favor del bien y deja a un lado la maldad»—. Dio la casualidad que esa tarde el

doctor Cárdenas, conversando con el general Matos, le comunicó estas ideas y las frases relativas a «los cañones de Francia», y cuando el general Matos las repitió, como propias, al general Gómez, en la mañana siguiente, antes de la reunión del Gabinete, el general Gómez, a quien no habían podido convencer las razones de los partidarios del banco, y había invitado a Matos a una conferencia preliminar para oírlo de nuevo, le dijo estas solemnes palabras: «Se acabó el proyecto de banco francés», y, efectivamente, fue negado en la sesión del Gabinete celebrada horas más tarde.»

* * *

El fin de la aventura

A mediados de 1917, cayó Boló Pachá en manos de la policía francesa acusado de un tremendo delito: traicionar a su patria en plena guerra. El escándalo iba a envolver hombres de la significación nacional de Caillaux y Humbert.

A fines de febrero de 1918, sin inmutarse lo más mínimo Boló Pachá, convicto de alta traición, oyó al coronel Voyer, presidente del Consejo de Guerra, pronunciar la sentencia que lo condenaba a muerte, en medio del imponente silencio que reinaba en la Sala de la Audiencia.

La decisión de los jueces fue unánime: sólo deliberaron unos cuantos minutos y al entrar en la Sala del Tribunal era fácil comprender que estaba sellada la suerte de Boló Pachá.

De «Tiempos de Gómez» por
RAMÓN J. VELÁZQUEZ

Negativas a Gómez

Copia de la correspondencia dirigida por el doctor Vicente Lecuna al General Juan Vicente Gómez

Tomada de sus copiadores particulares

Años de 1915 hasta 1928 en plena revolución contra Gómez. Petición del doctor Vicente Lecuna, presidente del Banco de Venezuela, a J. V. Gómez, presidente de Venezuela; la libertad de presos políticos.

* * *

Motivó estos asuntos la destitución del doctor Lecuna a la Presidencia del Banco, que él había organizado. Escribiéndole, pasados dos años que «desearía el general Gómez se restituyera de nuevo como Presidente de dicho Instituto», ofreciéndole un automóvil de ministro. El doctor Lecuna le contesta: «acepto la presidencia del Banco porque es obra mía; pero su situación económica es tan precaria que su presidente debe ir a pie».

Negativas a créditos en el Banco, cuyos Estatutos no estaban de acuerdo

Caracas, 5 de marzo de 1915. Tarjeta del coronel José Vicente Gómez, inspector general del Ejército. Tenía un crédito de Bs. 100.000 con la casa de la Plaza España y fianza del general Eloy Anzola. Pide que le liberten la Casa. Negado.

24 de agosto de 1916. Proposición del general Gómez por conducto del doctor Cárdenas, crédito de Bs. 280.000 a 3 meses de plazo de 6 por ciento anual. Se le pide otra firma y se le insinúa la del general Juan C. C. Gómez.

Doctor Domingo A. Coronil: 12 julio 1915; renueva solicitud de crédito por Bs. 40.000, con Hacienda «Trapichito» en Los Teques. Negado.

Victor y Eliseo Castro: 5-10-25; recomendados por Gómez, para un crédito con hacienda y potreros en el Táchira, con intereses al 6 por ciento. Negado. El banco no presta dinero sino al 9 por ciento.

General Juan Vicente Gómez: 4-5-28; se le informa por escrito el estado abultado de su cuenta, y la escasez de nuestras disponibilidades.

General Juan Vicente Gómez: 8-5-28; cheque de Bs. 2.000.000 suyo a/f. José Vicente Gómez. No pagarlo.

Eloy M. Pérez: Recomendado por Gómez (tarjeta del 10-12-21); propuso reforzar la garantía de su crédito con hacienda cacao aspirando aumento de Bs. 15.000. En sesión del 13-1-22 se resolvió: darle plaza hasta 30 de junio para que cancele, siempre que refuerce con esa hacienda, y negarle el aumento.

Huelga febrero 1928: Sesión del 27-2-28; relación detallada de los sucesos del día 24-2-28, y en especial sobre los 10 empleados del banco, detenidos y remitidos al Sombrero. (Se dispuso: enviarles auxilio de cama, ropa y dinero, y ofrecimiento de ayuda en todos sentidos.)

5 de marzo de 1927. El general Gómez recomienda, en tarjeta del 4 de marzo, al doctor Pedro José Araújo para el desempeño de la Agencia de Maracay. Se le contesta que es muy buena persona, activo, inteligente, que puede adquirir la práctica necesaria en poco tiempo. Que es regla del Banco que los agentes den fianza. Que el señor Parés Espino tenía dada una por Bs. 50.000 y que se le escribe al doctor Araújo en ese sentido.

26 de febrero de 1928. Le participo a Gómez que 10 empleados del Banco que tomaron parte en la huelga han sido enviados al Sombrero; le suplico los ponga en libertad.

29 de febrero de 1928. Gómez me contestó que hablara con Velazco. Velazco nos manifestó que estaba haciendo una información.

18 de noviembre de 1929. Dándole las gracias por el recibimiento que hizo a las señoras Alemán, Rendiles, Benítez, Borges y Loynaz Sucre*, madres de los empleados presos del banco y de su ofrecimiento de soltarlos.

18 de noviembre de 1929. Le doy las gracias por el recibimiento que hizo a la señora Alemán, Rendiles, Benítez, Borges y Loynaz, madres de los jóvenes que están detenidos y de la promesa de usted de poner a dichos jóvenes en libertad.

No los puso en libertad.

El 15 de marzo de 1930 me mandó a renunciar la Presidencia del Banco.

* Eduardo Siblesz había sido puesto en libertad y desterrado, por ser de origen inglés.

(Extracto del Acta de la Sesión del 27 de febrero de 1928.)

(...)Se notó la falta de algunos y se llamaban por teléfono temiendo que les hubiera pasado algo por la suma agitación en la calle, cuando un gran grupo de detenidos por la policía en la esquina de Colón pasó por el Instituto y el Presidente pudo distinguir solamente al joven Edgardo García Arocha. Se fue sobre los policías y les dijo: «Denme este muchacho que es de aquí», pero contestaron que no era posible: eran dos filas de policías armados de machetes. (...)En cuenta la Junta de que los jóvenes Eduardo Siblesz, Rafael Alemán, Edgardo García Arocha, J. Antonio Fernández Rodríguez, Francisco Rendiles, Manuel Benítez, Luis Johnson, Alejandro Loynaz, Héctor Borges y Julio Díaz, empleados de muy buena conducta y estimación en este Instituto, detenidos por la policía, con motivo de las manifestaciones del viernes pasado han sido enviados hacia el Sombrero, se aprobó lo dispuesto por el Presidente, de enviarles en automóvil auxilio de cama, ropa y dinero, por la suma de B.\ 5.000 a reserva de seguir suministrándoles lo necesario a su conservación y salud y de hacer a su favor las gestiones del caso.

Se levantó la sesión.

El Secretario:
I. PALACIOS

El Presidente:
V. LECUNA

(Extracto del Acta de la Sesión Extraordinaria del 28 de febrero de 1928.)

«Señor General Juan Vicente Gómez, & & &, Maracay. Respetado General. En los disturbios del día viernes 24 del presente, diez empleados del Banco de Venezuela fueron arrestados por la policía entre los grupos de las calles. Son los jóvenes Eduardo Siblesz, Rafael Alemán, Edgardo García Arocha, José Antonio Fernández Rodríguez, Francisco Rendiles, Manuel Benítez, Luis Johnson, Alejandro Loynaz, Héctor Borges y Julio Díaz, que según nos han informado han sido enviados al Sombrero. Nosotros suplicamos a usted la libertad de estos jóvenes porque todos han observado siempre muy buena conducta, mucha aplicación al trabajo, desempeñan puestos importantes (...).

(Extracto del Acta de la Sesión del 2 de marzo de 1928.)

(...)Se leyó un telegrama del General Juan Vicente Gómez fechado el 29 de febrero en Maracay concebido en estos términos: «Señores Vicente Lecuna, J. M. Herrera Mendoza, F. A. Guzmán Alfaro, P. Hermoso Tellería, E. Daboin y L. Duarte Coll é Inocente Palacios Hernández. Recibido. Acérquense ustedes al señor Gobernador del Distrito Federal y recaben de dicho funcionario la libertad de los jóvenes que me indican. Amigo de ustedes. J. V. Gómez» (...).

La Villa: 3 de febrero 1928

Respetado Dr. y amigo:

Deseo que al recibo de estas líneas se encuentre muy bien. Lo mismo don Inocente y demás Jefes y Compañeros.

Nosotros hemos pasado bastantes penalidades, pues estuvimos presos en la China, a casi 100 kms. de El Sombrero en pleno llano, en sus campamentos de presidiarios, asesinos y ladrones. Ahora estamos bien, muy considerados. Afortunadamente todos los compañeros sin excepción han conservado el espíritu en todo momento.

Todos los empleados del Banco que estamos aquí deseamos manifestarle nuestro más profundo agradecimiento por sus bondades y cariñosas manifestaciones. Asimismo a nuestros demás Jefes y Compañeros, en especial Julio Díaz y Rendiles.

Saludos a D. Inocente y Esther.

affmo., ss. y amigo.

RAFAEL ALEMÁN

Caracas 27 de febrero de 1930

Señor general:

JUAN VICENTE GOMEZ

Maracay

Respetado general:

Me permito reiterar a usted mis súplicas en favor de la libertad de los jóvenes Rafael Alemán, Edgardo García Arocha, Julio Díaz, Héctor Borges, Manuel Benítez, José Antonio Fernández, Francisco Rendiles y Alejandro Loynaz, empleados del Banco de Venezuela y detenidos desde hace meses, por los motivos que usted sabe en la Rotunda de esta ciudad.

Las familias de esos muchachos, así como la Junta Directiva del Banco de Venezuela y yo mismo sabremos agradecer a usted por toda la vida su magnanimidad al devolver a sus hogares afligidos unos jóvenes que serán en lo futuro elementos de paz y de trabajo para el país.

Asimismo ruego encarecidamente a usted la libertad del joven Manuel Enrique Sánchez, hijo de un alto empleado del Banco Holandés, persona de orden y quien en toda ocasión ha servido los intereses de la causa que usted personifica.

Anticipándole el testimonio de mi profundo agradecimiento, soy su invariable amigo y servidor.

VICENTE LECUNA

Capítulo sobre las ideas económicas y sociales que para el bien de Venezuela pensó y sostuvo el doctor Vicente Lecuna*

I

Una voz patriota en 1920

Hace más de medio siglo, exactamente el 20 de mayo de 1920, se expidió en Caracas un telegrama de singular contenido. He aquí su texto completo:

TELEGRAMA

Caracas, 20 de mayo de 1920

Señor general

JUAN VICENTE GOMEZ

Maracay

Respetado general y amigo:

Desde hace unos doce días hago esfuerzos para que se presente de nuevo en la Cámara del Senado el proyecto de Ley sobre explotación de petróleo que, como informé a usted de viva voz, aumenta la participa-

* Artículo aparecido en el folleto aparte incluido en el periódico de Caracas «El Nacional» de 3 de diciembre de 1975, y firmado por los señores don Vicente Lecuna, hijo, y don Pedro Grases. No se incluye el apartado de datos biográficos (número II) para evitar reiteraciones a lo expuesto en el capítulo: «Infancia, adolescencia y juventud de Vicente Lecuna.»

ción para el país a 15 por ciento del proyecto bruto de las minas y declara reservadas, y sólo explotables por la nación, del Delta del Orinoco y las bocas de ríos navegables. Pero como hay en la Cámara interesados en algunas concesiones oponiendo dilatorias no he logrado nada, y observo que sus amigos están desorientados por no conocer el pensamiento de usted.

La gravedad que entraña el hecho de que se aprueben concesiones en el Delta que seguramente serán traspasadas a extranjeros, y de que no se sancione en este año una Ley que considero como salvaguardia de la República, me mueven a escribirle estas líneas seguro de contar con su benevolencia y decisión por este asunto de interés vital.

Su seguro servidor y amigo:

VICENTE LECUNA

Constituye este documento una decidida y enérgica llamada de atención al hombre todopoderoso que ejercía el mando absoluto sobre todo el país, desde su residencia de Maracay. En los inicios de la explotación de la industria petrolera en Venezuela, se formula en las líneas transcritas una angustiada advertencia con miras al futuro nacional. Sus principios son bien claros: A) Mayor participación del Estado en las rentas de las zonas en producción; B) Reserva para la Nación de las regiones ricas en petróleo; C) Oposición a las concesiones de nuevas explotaciones, que «seguramente serán traspasadas a extranjeros», y D) Invocación del *interés vital* del asunto petrolero, para cuya defensa se promovía la sanción de una ley que fuese «salvaguardia de la República».

Todos estos principios fundamentan la evolución del pensamiento venezolano sobre la industria petrolera en el proceso que ha vivido hasta el presente año de 1975, cuando se cierra afortunadamente el ciclo de la nacionalización del petróleo.

Las palabras del doctor Lecuna suenan a grave admonición ante el Poder Público para que se preserve en bien de Venezuela y de sus gentes el tesoro de sus riquezas naturales. ¿Quién osaba advertir tan claramente al detentor de toda autoridad que «sus amigos están desorientados» en asunto de *interés vital* para la Nación? ¿Quién era el venezolano que emitía opinión tan tajante sobre el tema de petróleo? ¿Quién se atrevía a recomendar un programa de previsión del patrimonio de todos los venezolanos en fecha tan lejana como es la de mayo de 1920?

El doctor Vicente Lecuna no había cumplido sus cincuenta años; desempeñaba a la sazón la presidencia del Banco de Venezuela; y había

sido elegido presidente de la Cámara de Comercio de Caracas. Estaba en la plenitud de su madurez ciudadana y su nombre, labrado a base del esfuerzo de todos los días, era respetado por sus compatriotas como persona de recia personalidad, responsable de la organización y dirección del banco que iría a ser el más importante del país; además, como fruto de su profunda devoción al libertador, le había consagrado su primer libro, *Papeles de Bolívar*, publicado en 1917, el cual, junto con sus monografías históricas, le abrió las puertas de la Academia Nacional de la Historia, de la que fue electo individuo de número en 1919. Había promovido la dignificación y restauración de la Casa Natal del Padre de la Patria, cuyos documentos reunía y prosiguió reuniendo con paciencia benedictina y tesón ejemplar. El archivo del Libertador compromete la gratitud de Venezuela y del continente hacia el doctor Lecuna por todos los tiempos por venir. A sus cincuenta años de edad, añadía a su riguroso carácter la autoridad moral de un ciudadano preocupado por notables empresas de bien público.

El mensaje que el doctor Lecuna dirige en 1920 al general Gómez sobre el tema del petróleo (y otros que vamos a ver sobre el asunto) está impulsado por el mismo fervor venezolanista que pone en sus estudios históricos. No piensa en su interés personal, hasta el punto de que en más de una oportunidad —como habrá de anotarse— rechaza toda participación en los negocios de la industria petrolera.

Su norma fundamental la expresa en forma rotunda el 7 de febrero de 1928:

Los proventos enormes del petróleo puede muy bien hacerlos el Gobierno sin necesidad de ninguna compañía auxiliar.

Avidísimo lector, fue inclinando sus preferencias hacia los temas del pasado venezolano, en particular sobre la vida y obra de Bolívar, cuya gesta libertadora se convirtió en auténtica veneración por toda su vida. Contaba el doctor Lecuna que de su padre había heredado la inclinación a estudiar la historia de las guerras y el arte militar. Conoció a fondo los clásicos de la estrategia y dominaba la teoría de las campañas de los grandes capitanes. De este modo fue paulatinamente progresando en el estudio de la acción de Bolívar, de Sucre y de los héroes de la Independencia, a quienes dedicó ininterrumpidamente su obra escrita de investigación histórica. Hoy es un clásico en este campo.

La personalidad del doctor Lecuna iba afirmando sus méritos innegables en la sociedad venezolana de su época. Notable ingeniero, próspero en

sus empresas económicas, patriota acucioso, conocedor de la historia de la Emancipación y forjador de ideas de trascendencia nacional, todo ello le había granjeado el respeto y la consideración de sus conciudadanos.

En 1915 es elegido presidente del Banco de Venezuela, donde lleva a cabo la ingente tarea de convertir la institución en una piedra angular de la economía nacional. De 1919 a 1928 desempeñará la presidencia de la Cámara de Comercio de Caracas.

La autoridad moral del doctor Lecuna se asienta en sus virtudes, en su preparación y en su talento. Honesto, infatigable, exigente pero no inflexible, con alma de patriota alcanza un relieve singular en su tiempo, que da fortaleza a sus criterios, oídos con respeto por sus coetáneos. Todo ello explica la firme rotundidad con que expresaba sus opiniones, incluso ante el temido general Gómez, en cuyas manos estaba el destino de la nación.

Sin vacilación y sin miedo expresaba el doctor Lecuna lo que entendía como recto, provechoso y adecuado al bien de Venezuela. A base de esta premisa, podemos comprender todo lo que entrañaban sus juicios acerca del petróleo, desde 1920, en la serie de documentos que van a ver ahora la luz pública.

(...)

III

El petróleo, riqueza de la nación

En diciembre de 1922 se produce un extraordinario fenómeno en Venezuela que va a llamar la atención del universo entero. En el ignorado Distrito Bolívar, a orillas del Lago de Maracaibo, revienta el pozo Los Barrosos-2 que revela la existencia de enormes cantidades de oro negro para atender la avidez y las necesidades de un mundo en trepidente evolución, pocos años después de finalizada la Primera Guerra Mundial. A partir de entonces —diciembre 1922— se inicia la gran explotación del petróleo en Venezuela, pues hasta este momento la producción venezolana era de un millón de barriles de crudo por año, mientras que los pozos mexicanos habían alcanzado ya la cifra de 193 millones anuales. Nuestro país entra con el pleno derecho que le da la inmensa riqueza de su subsuelo a ser nación petrolera. Se abre una etapa de grandes proventos para esta tierra considerada hasta entonces como nación ganadera y agrícola, cuyo nombre se conocía sólo por su café y por su cacao. O por los héroes de la

emancipación y las historias interminables de sus caudillos a lo largo de un siglo de vida independiente.

La mentalidad de hombres como el doctor Vicente Lecuna debían sentir la necesidad absoluta de ampararse en su hondo sentido de patriotas, para ver con claridad que la pugna entre las grandes potencias podía traducirse en presiones irresistibles por parte de aventureros poco escrupulosos que verían el camino fácil del enriquecimiento personal a costa de los bienes de la nación.

Para oponerse a que se malbaratase el patrimonio de la República, con clara visión del porvenir, animado por la fuerza de sus convicciones, se decide el doctor Lecuna a plantear ante el Poder Público, ostentado por la persona del general Juan Vicente Gómez, las ideas que ha forjado en sus meditaciones sobre la economía venezolana, ante la perspectiva de su futura riqueza petrolera. Entiende como un deber, deber de ciudadano, el exponer ante quien tiene capacidad de decisión el resultado de sus reflexiones. Posiblemente, habrá pensado también que incurría en grave riesgo... El poder absoluto no admite habitualmente los consejos ajenos.

El doctor Lecuna nos ha dejado documentos de valor excepcional para saber a ciencia cierta la intención y el alcance de las gestiones que realizó cerca del general Gómez para lograr que se asegurase para Venezuela un mayor beneficio de su industria petrolera, y evitar que el país perdiese a través de concesiones inadecuadas el aprovechamiento de las ricas reservas de petróleo, patrimonio de la colectividad.

Hay que tener en cuenta que sus advertencias son muy anteriores a la clara demostración de los incalculables filones de aceite pesado que Los Barrosos-2 descubrió en Venezuela en diciembre de 1922.

Esgrime el doctor Lecuna unas cuantas convicciones fundamentales:

1. El legítimo derecho a mayor participación del Estado.
2. No otorgar concesiones en la explotación petrolera.
3. Administrar el Gobierno directamente la industria en exclusivo beneficio de la nación.

Este conjunto de ideas está planteado desde 1920 en los textos que ahora se publican para ofrecerlos al examen y reflexión de los venezolanos, que han decidido en 1975 ejercer plenamente la soberanía del país sobre la más decisiva fuente de bienes que puede asegurar el porvenir de la nación.

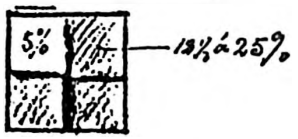
Estudio comparativo
de las leyes de explotación de petroleo

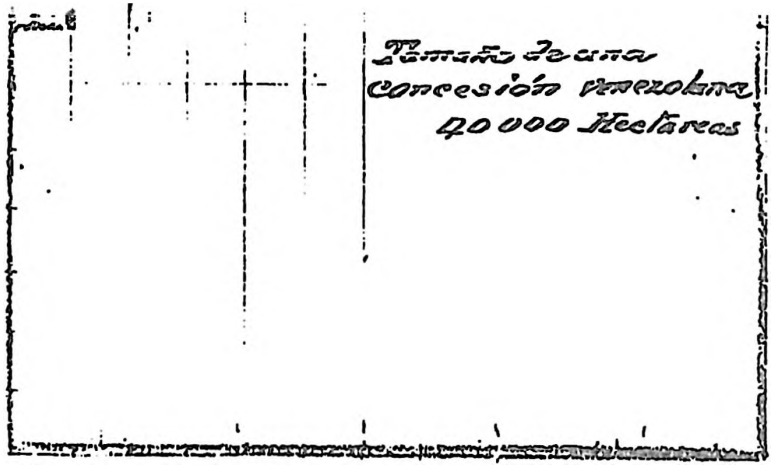
Idea fundamental.

Los Estados Unidos consumen en su propio pais todo el que producen sus minas. Al gobierno no le interesa encarecer un artículo que consume su escuadra, ni seria política inteligente encarecer el combustible de sus industrias; sin embargo el impuesto medio es de 15%.

Venezuela se halla en caso muy distinto: ella no aprovecha nada del petroleo que se llevan. Solo le queda la participación que exija la ley para la República

Tamaño de una concesión americana 1056 Hec.





Explorada una concesion los Estados Unidos solo dan al explorado $\frac{1}{4}$; y las otras $\frac{3}{4}$ las sacan á licitación.

La participación del Estado es de 5% en la $\frac{1}{4}$ concedida y de 12½% á 25% en las otras $\frac{3}{4}$. El termino medio es 15½ %

$$\frac{12\frac{1}{2}+25}{2} = 19$$

$$3 \times 19 + 5 = 62$$

$$\frac{1}{4} \text{ de } 62 = 15\frac{1}{2}\ \%$$

Venezuela da la mitad de las parcelas

La participación fijada en el proyecto de ley es de 15% es decir casi exactamente igual a la americana.

Manuscrito original del doctor Lecuna en que defiende sus ideas sobre la conservación del petróleo por la República de Venezuela.

El juicio de la historia habrá de reconocer al doctor Vicente Lecuna la perfecta comprensión del valor del petróleo para la Venezuela moderna y habrá de comprobar asimismo la honradez de los móviles que le impulsaron su conducta para prevenir cualquier decisión que pudiese hipotecar el porvenir de la economía venezolana, si la nación cedía la explotación de un recurso natural que pertenece a todos los ciudadanos. Nunca podrá saberse con exactitud hasta qué punto influyeron en el ánimo del general Juan Vicente Gómez las sensatas advertencias y recomendaciones del doctor Vicente Lecuna*. Pero el más obstinado habrá de convenir que las palabras escritas por el doctor Lecuna llevaron hasta el dictador de Maracay la voz del más correcto patriotismo, con las necesarias llamadas de atención frente a los daños incalculables que provocarían en el país las decisiones erradas sobre asunto de tanta trascendencia.

IV

Gestiones del doctor Vicente Lecuna cerca del general Juan Vicente Gómez en febrero y marzo de 1920

El doctor Lecuna ha dejado escrita la relación de las entrevistas sostenidas con el general Gómez, en Maracay, en el curso de los meses de febrero y marzo de 1920. En el documento constan las impresiones derivadas de la Conferencia Financiera Interamericana celebrada en Washington; las comunicaciones, por escrito, al doctor Gumersindo Torres y, de viva voz, al general Gómez, a fin de aumentar el porcentaje que percibía la

* El doctor Luis Francisco Calvani publicó en 1947 el opúsculo *Nuestro Máximo Problema*, en el que recoge varios artículos y estudios aparecidos en la prensa de Caracas, desde 1940, dedicados al tema del petróleo en Venezuela. Al reproducir un artículo de 1940, aparecido en «El Universal», añade en nota:

«Consigno aquí con el mayor gusto, y lamento no haberlo hecho cuando publiqué este escrito, que el general Gómez me manifestó en mas de una ocasión que el doctor Vicente Lecuna le hacía con frecuencia muy buenas recomendaciones acerca del asunto petrolero.

»Una de ellas fue la de no otorgar concesiones sin haber hecho antes estudios técnicos en el terreno; otra, la de elevar el royalty al 25 por ciento, por lo menos; y otra, la de no otorgar contratos de este mineral a extranjeros en Delta Amacuro y otras regiones estratégicas. 'Fue él —me dijo— quien me abrió los ojos sobre el proyecto de Andújar.' Le contesté: No lo conozco, general', y él me ofreció mandarme una copia. Nunca la recibí; y lo siento porque hubiera deseado exponer aquí en qué consistía ese proyecto.»

Es importante el testimonio del doctor Calvani relativo a la reacción del general Gómez ante las advertencias del doctor Lecuna en materia petrolera. El lector vera que son las que se recogen en el presente artículo.

nación en las pocas explotaciones petroleras existentes en Venezuela. Es notable el estudio comparativo del régimen de participación del Estado, en Venezuela y en Norteamérica, trazado por su propia mano, para hacer más fácil la comprensión de los argumentos. Se refiere asimismo al peligro de las concesiones de explotación y comenta la ley que estaba en curso en el Congreso, que no siguió lamentablemente los prudentes avisos del doctor Lecuna.

He aquí el documento:

Conferencias con el general Gómez sobre petróleo

«En febrero y marzo de 1920 asistí en los Estados Unidos a la Conferencia Financiera de toda la América. Fuimos por Venezuela, Enrique Pérez Dupuy, Veloz Goiticoa y yo. Durante los trabajos, al Comité de Venezuela asistían los más conspicuos financistas del petróleo, entre ellos el famoso Bedford, el jefe administrador de la fortuna de Rockefeller. Era un cincuentón alto y delgado, cortejado como un presidente de la República. Allí nos impusimos del valor inmenso del petróleo y de las minas de Venezuela. Escribí al doctor Gumersindo Torres dándole detalles, entonces ministro de Fomento, y al regresar en tres conferencias con el general Gómez, a una de las cuales asistió casualmente Tito Salas, que me acompañaba, le demostré lo excesivamente generosa que era la ley de Venezuela en favor de los concesionarios y logré que él conviniera en aumentar, en una nueva ley, el porcentaje de la nación a 15 por ciento y que no diera concesiones ni en las Bocas del Lago de Maracaibo, ni en las del Orinoco, reservando esos terrenos para explotarlos la nación directamente. No pude lograr que conviniera también en prohibir la enajenación de las reservas y destinarla a explotaciones directas por la nación o por compañías mixtas de venezolanos y extranjeros.

* * *

«El proyecto de ley con las modificaciones aceptadas se llevó al Congreso, le dieron una lectura, lo mandaron a imprimir, pero no lo imprimieron; imprimieron otro completamente distinto, porque mientras tanto habían logrado los interesados en concesiones que el general Gómez abandonara las ideas que yo le había inculcado.

En las conferencias con el general Gómez le presenté este cuadro dibujado en lápiz de color para que viera prácticamente el tamaño de una

concesión venezolana y el tamaño de una concesión americana. Venezuela cobraba 10 por ciento para el Estado y los americanos, término medio 15 1/2 por ciento según va explicado en el mismo cuadro. La Ley americana la estudió Zumeta en la biblioteca de New York, mientras yo estaba en Washington en la conferencia y a mi regreso me dio muchos informes, de los cuales conservo solamente el que está aquí de su puño y letra.

(El informe de César Zumeta lo publicaremos en el libro que próximamente saldrá a la luz pública.)

El doctor Vicente Lecuna se niega a solicitar concesiones en su propio beneficio

Es sumamente ilustrativo el documento redactado por el doctor Lecuna en el que hace constar la decisión de no solicitar en su provecho concesión alguna, puesto que sostenía que la industria petrolera debía ser exclusivanente «en favor de los intereses públicos».

Véase el texto, explícito en sí mismo:

«Por este ardimiento mío en favor de los intereses públicos, en relación con las explotaciones de petróleo no quise apadrinar en 1922 la solicitud de 18.000 hectáreas ubicadas entre dos grandes concesiones, eminentemente fructíferas. Los datos los trajo del Zulia un ex-discípulo mío, ingeniero al servicio de compañías petroleras. Como en esos días llegó de Europa un buen amigo buscando qué hacer, se lo presenté al ingeniero e inmediatamente se fueron a Maracay, logrando a través de un allegado del general Gómez que les otorgaran la concesión de donde resultaron las fortunas de los tres.

«También me negué a una proposición que me hizo el señor doctor Victorino Márquez Bustillos, presidente provisional de la República, quien me trataba con mucha benevolencia, que siempre he agradecido. Me llamó el doctor Márquez a Miraflores para que yo me encargara de negociar las concesiones de petróleo que el Gobierno le había concedido y otras que esperaba obtener. Creía el doctor Márquez que por medio de los banqueros de New York le sería fácil obtener buenas oportunidades para colocar con ventaja esas concesiones. Aunque yo deseaba servirlo por la amistad deferente que siempre me había manifestado, no quise encargarme de esas gestiones, por la misma razón expuesta en relación al caso anterior.»

Telegrama de 20 de mayo de 1920 dirigido al general Gómez relativo al proyecto de Ley en discusión en el Senado y al grave peligro de otorgar concesiones.

TELEGRAMA

Caracas, 20 de mayo de 1920.

Señor general

JUAN VICENTE GOMEZ

Maracay

Respetado general y amigo:

Desde hace unos doce días hago esfuerzos para que se presente de nuevo en la Cámara del Senado el proyecto de ley sobre explotación de petróleo, que, como informé a usted de viva voz, aumenta la participación para el país a 15 por ciento del producto bruto de las minas y declara reservadas, y sólo explotables por la nación, el Delta del Orinoco y las Bocas de ríos navegables. Pero como hay en la Cámara interesados en algunas concesiones oponiendo dilatorias no he logrado nada, y observo que sus amigos están desorientados por no conocer el pensamiento de usted.

La gravedad que entraña el hecho de que se aprueben concesiones en el Delta que seguramente serán traspasadas a extranjeros, y de que no se sancione en este año una ley que considero como salvaguardia de la República, me mueven a escribirle estas líneas, seguro de contar con su benevolencia y decisión por este asunto de interés vital.

Su seguro servidor y amigo.

VICENTE LECUNA

Contestación del general Gómez, de 29 de mayo de 1920

General JUAN VICENTE GOMEZ

Comandante en Jefe del Ejército Nacional

Saluda cordialmente a su distinguido amigo el señor doctor Vicente Lecuna, le avisa el recibo de su carta de 20 del presente y se complace en manifestarle que habló aquí con el ministro de Fomento acerca de sus particulares y él lleva las impresiones del general Gómez acerca de ellos.

Maracay, 29-5-1920

Carta del doctor Vicente Lecuna de 19 de junio de 1920 al general Gómez con la transcripción de una correspondencia del doctor Santos A. Dominici.

Caracas, 19 de junio de 1920.

Señor general

JUAN VICENTE GOMEZ

Maracay

Respetado general y amigo:

Hoy he recibido una carta de nuestro amigo el doctor Santos A. Dominici, fechada en Washington el 7 del presente, que me permito copiar a continuación, por la importancia de los conceptos emitidos en ella, y seguro de que usted los apreciará en su justo valor.

Dice así el doctor Dominici: «Hoy remito al Ministerio de Relaciones Exteriores la traducción de la nueva sección 25 de la ley de Reserva Federal, que trata de las Sociedades Bancarias autorizadas para hacer negocios de banco en el extranjero. Envío a usted inclusa una copia de ella. He pensado que, en defensa propia, deberíamos imitar el egoísmo que manifiestan los yanquis en todas sus leyes. Todavía es tiempo, me parece, de corregir un tanto la generosidad con que hemos puesto nuestros recursos naturales, la base de la riqueza nacional, en manos del extranjero. Y conste que yo creo firmemente que

al capital extranjero deben dársele todas las facilidades, así como la inmigración; pero eso puede hacerse sin sacrificar el porvenir del país.»

«Volviendo a dicha reforma de la Ley de Bancos en los Estados Unidos, se me ocurre que ustedes podrían impedir o disminuir la succión que los bancos extranjeros están ejerciendo en el país. Dichos bancos hacen una buena parte de sus negocios allí con los depósitos de los venezolanos: el resultado final es que extraen una ganancia considerable sin emplear en el desarrollo de nuestras industrias mucho capital propio. Si, por ejemplo, se impusiera en nuestra Ley la obligación de que, para estar autorizado para recibir depósitos, la mitad del capital del banco debe ser suscrito por venezolanos, remediaríamos tal desventaja, la cual, si hoy por hoy no se siente mucho, tomará dentro de algunos años grandes proporciones.»

«Respecto a la explotación de nuestras minas de petróleo, celebro que se ocupen ustedes en ver de proteger los intereses de la patria. Ello es cada vez más urgente en vista de la importancia económica y política del petróleo en el mundo y en vista de la renovación que con tal motivo hacen actualmente todos los países de sus leyes sobre la materia. He ido mandando todo lo relativo a esa legislación en los Estados Unidos al Ministerio de Relaciones Exteriores, quien, según creo, lo ha pasado a los Departamentos de Hacienda y Fomento. Ultimamente remití dos ejemplares de un informe del presidente de los Estados Unidos al Senado sobre las restricciones impuestas en el extranjero a la explotación de minas de petróleo. Siento muchísimo que no sea fácil conseguir ahora duplicados de esas publicaciones; usted podría consultarlas en el Ministerio de Hacienda.»

«Le recomiendo la última Ley sobre minas de petróleo, etc., de Colombia, la cual es bastante buena.»

Lo saluda atentamente y se repite a sus órdenes su afectísimo amigo y s. s.

VICENTE LECUNA

Carta del doctor Vicente Lecuna, de 8 de febrero de 1922 al doctor Gumersindo Torres, ministro de Fomento.

Caracas, 8 de febrero de 1922.

Señor doctor

GUMERSINDO TORRES *

Ministro de Fomento

Presente

Muy apreciado doctor y amigo:

Le envío adjunto un memorándum que contiene unos párrafos de una carta de la Agencia del Banco de Venezuela en Maracaibo que me parecen de mucho interés en el asunto petróleo por todo lo que ellos indican respecto a las compañías petroleras y al porvenir del Zulia en esta materia. Es muy interesante lo que se refiere a la canalización de la barra, pues es más conveniente a los intereses venezolanos la canalización que no la instalación de una tubería particular. Es también interesante la referencia a la ocultación por las compañías de la cantidad e importancia de los nuevos pozos descubiertos.

Su atento servidor y amigo.

VICENTE LECUNA

* * *

COPIA

Maracaibo, 2 de febrero de 1922.

PETROLEO

«No hemos podido obtener los datos que nos piden en su telegrama n.º 237 sobre número de minas en producción. Es creencia de personas que se consideran versadas en el asunto que las compañías petroleras tratan de ocultar en lo posible, unas de otras, y con mayor afán del

* El doctor Gumersindo Torres, Ministro de Fomento, tampoco quiso hacer negocio con el petróleo: en su honor pongo esta nota, que recuerdo habérsela oído al doctor Lecuna.

público, la cantidad e importancia de los nuevos pozos descubiertos para no alarmar la opinión con la riqueza (tan barata) que tienen adquirida, pero hay plena seguridad, y de ello tiene conocimiento el mismo Gobierno de que las exploraciones han rendido considerables nuevos yacimientos, y que hay cien veces más producto, a la vista, que el que se está sacando y puede exportarse con los medios actuales. Se piensa en la instalación de una tubería, de amplio diámetro y enorme costo, para sacar el petróleo fuera de barra y poder cargarlo en grandes buques tanques. Esto si no se procede, que sería lo más acertado enmendarle la plana a la naturaleza, abriendo o canalizando la endiablada barra.

«Con más tiempo y calma seguiremos buscando los datos que nos piden, pero más precisos y prontos podrían obtenerlos allá en el Ministerio de Fomento, que los recibe mensualmente.»

JOSÉ MANUEL BENÍTEZ

* * *

Carta del doctor Lecuna al doctor Gumersindo Torres de 26 de abril de 1922.

Señor doctor

GUMERSINDO TORRES

Presente

Mi estimado amigo:

El señor Rowe, director de la Unión Panamericana, me ha enviado un trabajo sobre el petróleo, sumamente importante del señor White, geólogo en jefe del Gobierno de los Estados Unidos. En este trabajo, leído ante los representantes de la América Española, el primer geólogo americano recomendó a las naciones latinas estudiar la geología de su suelo a fin de formar un concepto cabal de la riqueza de cada uno, antes de contratar su explotación. El señor White lamenta los métodos seguidos actualmente por la mayoría de los países hispano americanos, porque según él dichos métodos no son los más convenientes a nuestros intereses.

Por la importancia de esta opinión, la autoridad indiscutible e insospechable del que la emite, y por haber oído ya a usted ideas análogas, me apresuro a comunicarle la noticia avisándole al mismo

tiempo que el trabajo del señor White se publicará en el próximo número de la Revista de la Cámara de Comercio.

Reciba usted las más expresivas gracias por la solución que usted ha dado a la petición del ingeniero inglés Sollas que me permití recomendarle.

Le renuevo la protesta de mi amistad y más viva simpatía, por las gestiones de usted en pro de la conservación por nuestra patria de las minas de carbón de Naricual y del Ferrocarril de Guanta, que importa a nuestra nacionalidad conservemos en nuestro poder libres de toda clase de concesiones.

Su afectísimo amigo y seguro servidor.

VICENTE LECUNA.

* * *

Carta dirigida al general Gómez, de 18 de mayo de 1922, suscrita por el doctor Vicente Lecuna y el señor Enrique Pérez Dupuy.

Señor general

JUAN VICENTE GOMEZ

Maracay

Respetado general y amigo:

En el último Boletín del Ministerio de Fomento hemos visto un proyecto de ley de petróleo que suprime la participación de 10 por ciento del producto bruto acordado a la nación por la Ley actual y establece un impuesto de Bs. 2 por tonelada, siempre que el precio de ésta sea de Bs. 20 y veinte y cinco céntimos de aumento por cada Bs. 10 que aumente el precio de la tonelada. Esta modificación en la participación del Estado reduce extraordinariamente el ingreso que debe tener el país, hasta dejarlo en una suma relativamente exigua. En efecto, suponiendo que el precio del petróleo sea de Bs. 120 la tonelada, la participación se reduciría de Bs. 12 a Bs. 4,50.

Los dos países que han puesto más cuidado en la explotación de sus recursos naturales han llegado a un grado de grandeza y de cultura que ha sido el asombro y la envidia de sus vecinos. Estos países son el Reino de Prusia y la República de Chile, los cuales han sacado, durante el último siglo, la mitad de su presupuesto de las minas y demás propiedades del Estado.

Nosotros llevamos este camino, bajo la sabia dirección de usted, con la ley actual de petróleo, siempre que nuestras minas produzcan todo lo que se espera de ellas como han vaticinado geólogos de primer orden, pero si se llevase a cabo la modificación que se plantea en la ley de petróleo, esta futura grandeza, uno de los mayores timbres de gloria para usted, se reduciría notablemente.

El argumento de que la ley es demasiado fuerte, como aseguran los compradores de concesiones, es perfectamente infundado. De esto tenemos nosotros la seguridad absoluta por habérnoslo asegurado así en el propio Washington las primeras autoridades en la materia, quienes nos dijeron que nunca debían estos países dar concesiones con una participación para el Estado que fuese inferior al 10 por ciento del producto bruto. La lealtad y la franqueza usada con nosotros los hispanoamericanos por los hombres de gobierno de los Estados Unidos contrasta con la inexactitud de aseveraciones de los especuladores en petróleo, quienes, como es natural, por lo general no tienen más miras ni más sentimientos que aquellos que les inspiran las utilidades de su propio negocio. No sucede así con los grandes ciudadanos que poseen los Estados Unidos. Estos son los que influyen en la política interna y externa de ese gran país, y es su voz la que nosotros debemos tener en cuenta para aprovechar su experiencia. El trabajo del señor David White, leído ante la Unión Panamericana de Washington por su autor, es un brillante ejemplo de lo que dejamos expuesto. El primer geólogo del Gobierno americano nos aconseja que antes de entregarnos en manos de concesionarios hagamos un estudio de nuestro propio territorio a fin de que efectuemos los contratos con pleno conocimiento de la riqueza que poseemos y no a ciegas, como lo estamos haciendo actualmente. Este trabajo de gran valor científico y moral por la eminente posición de su autor ha sido enviado a nosotros por el señor L. S. Rowe, director de la Unión Panamericana y consejero de la Secretaría de Estado en el departamento correspondiente a las Repúblicas Hispanoamericanas. Por la alta posición de estos dos personajes, el señor Rowe y el señor White, el consejo que nos dan vale más que la opinión de los que quieren comprar concesiones baratas de petróleo, y es absolutamente desinteresado. Vale tanto el petróleo que, estamos seguros, que cuando los solicitantes de concesiones sepan que nuestro Gobierno no cede fácilmente comprarán muy bien todas las concesiones al precio que querramos, dejando el 10 por ciento para el país.

De todo lo expuesto se deduce que la modificación que se piensa

introducir en la ley de petróleo tendrá por consecuencia reducir las enormes utilidades que nos prometíamos para el porvenir, nuestra futura grandeza y la propia gloria de usted.

A pesar de lo que dejamos expuesto y dada la importancia vital de este asunto, que no es exagerado decir, constituye una de las resoluciones más trascendentales en la administración de estos últimos tiempos, e inspirándonos en la sabia y acertada conducta de usted en otras ocasiones como ésta, le proponemos nombrar una comisión de personas honorables y competentes sin interés en las concesiones para que haga un estudio y rinda informe sobre la materia.

Tenemos el honor de presentar a usted un número del Boletín de la Cámara de Comercio en que se reproduce el trabajo del señor White.

Nuestro patriotismo y los sentimientos de amistad y de agradecimiento que nos animan hacia usted es el único móvil que nos ha inducido a escribirle esta carta.

Nos repetimos, señor general, sus adictos amigos y s. s.

VICENTE LECUNA-ENRIQUE PÉREZ DUPUY.

* * *

Respuesta del general Gómez, de 22 de mayo de 1922 a la carta precedente.

General JUAN VICENTE GOMEZ

Comandante en Jefe del Ejército Nacional

Saluda a sus amigos, los señores doctor Vicente Lecuna y Enrique Pérez Dupuy, les avisa el recibo de la interesante carta fecha 18 del presente, se impuso de sus particulares, y les dice: que aprovechará la estadía del doctor Márquez Bustillos en esta ciudad para hablarle acerca del asunto.

Maracay: Mayo 22 de 1922.

V

Frustración de un monopolio en 1928

En febrero de 1928 el súbdito español Antonio Andújar estuvo en gestiones en Venezuela para organizar una compañía de explotación petrolera, muy ambiciosa, pues pretendía de hecho que le fuesen otorgadas reservas nacionales con el propósito de establecer «una o más refinerías»; centralizar la renta del producto en el país, «administrar la renta de petróleo del gobierno»; y vender los productos que no necesite en sus refinerías a compañías nacionales o extranjeras, o a gobiernos extranjeros, mediante el pago de una comisión. Para ello aspiraba a levantar «capital nacional o capital nacional y extranjero» y también «contratar la explotación con compañías nacionales o extranjeras en los casos en que no pueda o no le sea fácil explotar directamente».

Es evidente la intención monopolística de la empresa concebida por el señor Andújar, quien, según consta en una nota personal del doctor Vicente Lecuna, había logrado «el apoyo de altos personajes, entre ellos el del general José Vicente Gómez»; pero el general Gómez, «cuando le hablaron del asunto, entre otras cosas dijo que él quería saber la opinión del doctor Lecuna». Los interesados en el proyecto del señor Andújar le exigieron celebrar una junta en el Banco de Venezuela y el doctor Lecuna convino en realizarla con la condición de que dos personas que él designaría asistieran a la reunión. Fueron el señor Enrique Pérez Dupuy y el doctor Juan José Mendoza.

Consta en la nota del doctor Lecuna:

«Desde el primer momento yo me pronuncié en contra del proyecto de remate y el señor Pérez Dupuy tuvo un pleitazo con el español; se dijeron pesadeces. Tanto yo como Pérez Dupuy condenábamos el proyecto.

«Mi carta al general Gómez del 7 de febrero de 1928, y el proyecto presentado al grupo de proponentes del remate explica muy bien todo lo que pasó.»

Transcribimos íntegramente el texto de la referida carta, que no requiere mayor comentario. Basta sólo observar que las ideas centrales de esta correspondencia ratifican y reiteran los principios sustanciales que el doctor Lecuna venía manifestando en todos sus documentos sobre el tema petrolero desde 1920.

He aquí el contenido de la carta:

Caracas, 7 de febrero de 1928.

Señor general

JUAN VICENTE GOMEZ

Maracay

Respetado general:

En días pasados algunos caballeros muy estimables me convidaron para formar una compañía que se ocupase de negocios de petróleo y con el objetivo principal de obtener del Gobierno nacional, por todo el tiempo de las explotaciones, la concesión de la renta petrolera que corresponde al Gobierno. Este proyecto es del señor Antonio Andújar, súbdito español, quien nos manifestó, a todos los reunidos con ese objeto, que una vez instalada la compañía creía fácil obtener la concesión en referencia.

El señor Andújar expuso con mucha claridad la importancia del negocio, basado en la necesidad que tienen Francia, Italia, España, Argentina y otros países de proveerse de petróleo fuera de las grandes organizaciones americanas, y que estaba seguro de que en Europa proporcionarían el dinero suficiente para establecer refinerías, negocio que debería alcanzar grandes proporciones en los años venideros por el incremento natural de la renta de petróleo.

Yo manifesté que no creyendo conveniente al Gobierno, y por consiguiente al país, ceder la renta en cuestión no podía tomar parte en la compañía que se proyectaba, cuyo objeto inmediato consistía en aquel negocio, y fundé mis razones en las siguientes consideraciones:

1.º Los proventos enormes que nos anunciaba el señor Andújar y los cuales considero bien calculados, puede muy bien hacerlos el Gobierno sin necesidad de ninguna compañía auxiliar.

2.º El plan del señor Andújar consistía en traspasar la concesión que él solicita a la compañía venezolana que quería formar con nosotros. Pero yo observé que esta compañía al recibir cuantiosas sumas de compañías europeas para su desenvolvimiento, dejaría de ser nacional, puesto que el capital tendería a imponer su voluntad.

3.º Como regla general la administración directa de las rentas es más conveniente que la cesión de su administración a terceros.

4.º También manifesté que yo no creía que el Gobierno accediese a las proposiciones del señor Andújar.

Por la importancia de la materia he creído conveniente poner a usted en conocimiento de las opiniones que dejo referidas.

Saludo a usted atentamente y con la mayor consideración me repito su s.s. y amigo,

VICENTE LECUNA

La respuesta del general Gómez, fecha 14 de febrero de 1928, es rotunda y concluyente:

General

JUAN VICENTE GOMEZ

Presidente de los Estados Unidos de Venezuela

Saluda a su amigo, doctor Vicente Lecuna, para acusarle recibo de la estimable carta de 7 del que cursa; e impuesto debidamente de lo que se sirve comunicarle, le significa que el Gobierno Nacional resolvió definitivamente, no aceptándolo, el negocio que insinuara el señor Andújar.

Maracay, 14 de febrero de 1928.

Así terminó la aspiración a un monopolio sobre las rentas petroleras de Venezuela.

VI

Un ideario perseverante

De los documentos transcritos en el presente trabajo se desprende como conclusión más eminente, la de que el doctor Vicente Lecuna mantuvo constantemente el mismo conjunto de ideas y convicciones en relación con la riqueza petrolera venezolana, desde sus primeras comunicaciones fechadas en 1920 hasta los concluyentes razonamientos consignados en su carta de 7 de febrero de 1928, al oponerse al malhadado proyecto del señor Andújar.

El principio fundamental que sustenta sus conclusiones es el bien de la patria, para el cual recomienda en todo momento lo que entiende más conveniente para la economía nacional. En ningún instante aparece el menor interés personal. Al contrario: rechaza siempre cualquier participación en el negocio petrolero y defiende persistentemente el interés público por encima de las apetencias de los individuos.

Creemos que Venezuela debe conocer en sus detalles y con la lectura de los documentos cuál fue el pensamiento de ciudadano y patriota que sostuvo en su vida el doctor Vicente Lecuna. El amor a la patria impulsó siempre todas sus empresas.

Caracas, 3 de diciembre de 1975.

Estudio comparativo de las leyes de explotación de petróleo.

Idea fundamental.

Los Estados Unidos consumen en su propio país todo el que producen sus minas. Al Gobierno no le interesa encarecer un artículo que consume su escuadra, ni sería política inteligente encarecer el combustible de sus industrias; sin embargo, el impuesto medio es del 15 por ciento.

Venezuela se halla en caso muy distinto: ella no aprovecha nada del petróleo que se llevan. Sólo le queda la participación que exija la Ley para la República.

Notas de Vicente Lecuna a Juan Vicente Gómez

30 de abril de 1925

Señor general

JUAN VICENTE GOMEZ
Maracay

Respetable general:

El señor doctor M. Centeno Graü me pidió opinión sobre la influencia que tendría un banco nuevo de emisión en la marcha de los negocios del Banco de Venezuela. Yo le dije que un nuevo banco le quitaría algunos negocios al de Venezuela, pero que el daño no sería grande.

Ahora respecto a una nueva emisión de billetes, creo de mi deber exponer a usted algunas consideraciones: la multiplicidad de la emisión bancaria está proscrita por todos los tratadistas modernos, la han prohibido las naciones que tenían bien organizada su moneda antes de la guerra, y las que todavía conservan un buen sistema monetario. Los sabios americanos, que fueron hace dos años a arreglar las finanzas de Colombia, establecieron el principio de un sólo banco de emisión. Lo mismo ha hecho el Perú. La multiplicidad de bancos de emisión produjo en México consecuencias terribles.

Si los gobiernos se reservan el derecho de hacer la moneda de oro y de plata, para tener siempre moneda uniforme y sana, con más razón se debe buscar la uniformidad de la moneda de papel, respaldada sólo por una parte en oro y dos partes en valores. La experiencia ha probado

que el control oficial es muy difícil cuando hay muchos bancos de emisión. Por todo esto considero que el establecimiento de nuevos bancos de emisión crearía problemas para el porvenir, alterando lentamente el sólido sistema creado por la administración de usted.

Le saluda atentamente su seguro servidor y amigo,

VICENTE LECUNA

General

JUAN VICENTE GOMEZ

Saluda a su amigo, doctor Vicente Lecuna, al avisarle recibo de la estimable carta de 30 de abril retrospectivo, de cuyo contenido se impuso atentamente, y le aprueba las observaciones que le comunica sobre el establecimiento en el país de un nuevo banco de emisión.

Maracay, 5 de mayo de 1925

MRC

Caracas, 25 de agosto de 1938

Señores

Doctores Manuel R. Egaña, Emilio Beiner y Xavier Bello

Miembros de la Comisión de Estudios Fiscales y Financieros

Presente

Estimados señores y amigos:

Deseando llevar al ánimo de ustedes algunas reflexiones acerca de la idea del establecimiento de un banco central entre nosotros, considerada dicha idea en relación con las peculiaridades de nuestro país y las modalidades de nuestros gobiernos, determinadas ambas por antecedentes, condiciones y costumbres que no pueden modificarse de un momento a otro, me tomo la libertad de dirigirles estos apuntes,

contando con la benevolencia de ustedes y el deseo que los anima por el bien público.

De mucho tiempo atrás se viene discutiendo en diversos países la cuestión de si conviene o no la existencia de bancos del Estado con fondos exclusivos de éste, o al menos, con un predominio de su capital sobre el aporte de los particulares. Hace casi un siglo, cuando las masas francesas quisieron por primera vez, en la revolución de 1848, tomar parte activa en la cosa pública, con derecho propio reconocido, el apóstol del socialismo, Luis Blano, formuló las reivindicaciones obreras que más o menos se han realizado en los años corridos del presente siglo, y junto con ellas enunció la idea de transformar el Banco de Francia en Banco del Estado, cosa que el buen sentido de los franceses, de todos los partidos, rechazó y han continuado rechazando por considerar inconveniente y peligroso el poner exclusivamente en manos del Estado la facultad de emitir moneda de papel. El razonamiento opuesto a esta tendencia iniciada por Blano es muy conocido y sus conclusiones tienen innegable evidencia: las necesidades públicas, siempre crecientes y difícilmente contenibles, agotan los presupuestos mejor previstos y absorben y consumen cuantos arbitrios inventa el Estado, predisponiendo a éste, en ciertos casos, a medidas extraordinarias y arriesgadas, sobre todo si encuentra el camino allanado para tales medidas.

En pueblos de costumbres morigeradas y de positiva solidaridad social, en los cuales los partidos políticos, sólidamente constituidos, sirven de contrapeso a los ímpetus de los gobernantes, el sistema de un banco de emisión propiedad del Estado podría sostenerse, a pesar de lo expuesto, sin grandes riesgos, pero no sucedería lo mismo en organismos embrionarios y débiles como el nuestro. Entre nosotros la influencia del Poder Ejecutivo puede, en un momento dado, provocar medidas de consecuencias funestas, lanzando al público no billetes de banco, sino billetes del Estado, sin ningún respaldo, y sin siquiera la garantía de un organismo político sólidamente constituido. Un banco exclusivo del Estado no opondría resistencias, como lo haría un instituto en el cual prevaleciendo los intereses públicos, no esté exclusivamente en manos del Gobierno la facultad de disponer de las emisiones de billetes.

Nunca se insistirá lo bastante sobre este tema esencial de que deben tenerse en cuenta, primordial y fundamentalmente, las deficiencias y debilidades que aún caracterizan a nuestro ambiente político, cuando se trate de crear una legislación, so pena de incurrir en errores graves, y de exponer al país a perjuicios irremediables. Especialmente

en cuestiones de crédito y de moneda una medida imprudente, inspirada en sistemas exóticos, sin tener en cuenta las condiciones del país, puede ocasionar crisis económicas cuyo alcance y duración no podrían preveerse. Recordemos siempre que al crear en Guayana el Estado venezolano, el Libertador sentó el principio de que no debíamos copiar instituciones extranjeras, sino crearlas de acuerdo con nuestras circunstancias. «¿No dice el Espíritu de las Leyes, preguntaba en su discurso de Angostura, que éstas deben ser propias para el pueblo para que se hacen?, ¿que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra?, ¿que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos?, ¿referirse al grado de la libertad que la Constitución puede sufir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su comercio, a su número, a sus costumbres, a sus modales? He aquí el código que debíamos consultar y no el de Washington.»

*Parecería que esta observación del Libertador fuese ya anticuada, y que en el estado actual de la civilización no se cometiesen los errores que él censuraba, pero no es así. Aun en los pueblos más cultos de la tierra subsiste, con su acción profundamente perturbadora, la manía de copiar instituciones de otros pueblos. El eminente banquero francés René Luche se expresó como sigue en el VI Congreso Internacional de Ciencia y de Técnica Bancarias, celebrado en París, hace apenas pocos meses, en octubre de 1937, bajo el alto patronato del Ministerio de Finanzas de Francia: «Existe actualmente en nuestro país la tendencia de adoptar sistemas seguidos en otras naciones, sin cuidarse de las tradiciones francesas que justifican las instituciones y las reglas particulares vigentes en Francia. El pueblo francés repugna la importación de doctrinas. Tiene una manera de vivir propia de él. Quiere que las doctrinas nuevas se acomoden a sus costumbres, a sus tradiciones, y se niega a las exigencias de doctrinas de otros países que no se adaptan a su temperamento, contrariando en esto a teóricos muy distinguidos que pierden de vista las características de los negocios y de las costumbres en nuestro país *.»*

Es decir, que la tendencia en cuestión no es privativa de esta

* Problémes Contemporains de Banque et de Bourse. Banques Centrales, Marché Monétaire, Marché Financier. VIe. Congrés International de Science et de Technique Bancaires, sous le Haut Patronage du Ministére des Finances de France. Paris. Octubre 1937.

época, ni sólo de nuestro país, pues existe en naciones tan grandes y civilizadas como Francia, y por lo mismo debemos combatirlas con tanto mas empeño cuanto mas inconsistente es nuestra masa social en comparación de la francesa y cuanto mayores, y no controlados poderes, tienen nuestros gobiernos a diferencia de los limitados y controlados de que disponen los gobiernos europeos. ¿Podra convenirnos imitar instituciones del Canada, y aún de la Argentina, pueblos de constitución social robusta, de situación económica estable y poblados por razas uniformes en las regiones templadas, cuando nosotros por caracter, costumbres y practicas políticas, somos esencialmente diferentes? ¿Tenemos nosotros el espíritu de continuidad, las costumbres conservadoras y la estabilidad necesaria para mantener en su pureza por tiempo indefinido un banco central propiedad del Estado?

Las consideraciones expuestas son expresión de la experiencia y no dudo que ustedes las encontrarán fundadas. Debemos también considerar que el Banco Central no debe ser un artificio de crear moneda de papel sin respaldos liquidables, sino un organismo cuyos billetes estén garantizados con oro y créditos vivos liquidables en corto plazo, pues la experiencia ha mostrado que aun cuando los billetes tengan una parte garantizada en oro si el resto corresponde a préstamos no liquidables fácilmente la moneda se deprecia hasta el límite de aquella garantía y ya sabemos los grandes perjuicios que significaría para la economía nacional la desvalorización de la moneda. Todas estas consideraciones conducen a la conclusión de que en Venezuela sería un riesgo el establecimiento de un banco de emisión, propiedad del Estado, o en el cual el Estado predominara por completo. El Gobierno actual posee cuantiosos recursos en el Tesoro, y juicio político, pero nada nos garantiza que los sucesivos reúnan estas notables ventajas.

El sistema del Banco de Venezuela, que ustedes conocen muy bien, funcionó con regularidad durante las administraciones de Guzmán Blanco, Alcántara, primera de Crespo, Hermógenes López y Rojas Paúl; pero en las subsiguientes —Andueza Palacios, segunda de Crespo y de Andrade— el Gobierno agotó los recursos del crédito. Fuertes discusiones entre el Ejecutivo y el Banco en ciertos momentos crearon situaciones desagradables para los directores del Instituto, pero el Banco sostuvo sus derechos y las emisiones de billetes se mantuvieron en los límites de la Ley, excediéndose el Gobierno en su crédito únicamente sobre los propios recursos del Instituto. En esta situación llegó el Gobierno de Castro, y arrastrado el presidente por cortesanos ignorantes de la realidad bancaria, exigió préstamos que el Instituto no podía

satisfacer sin excederse en sus emisiones de billetes. Agrandándose el desacuerdo, los directores del Banco fueron arrestados, y entre dos filas de soldados atravesaron a pie las calles de la capital, camino de la estación del ferrocarril y del castillo de Puerto Cabello; pero el general Castro reaccionó violentamente, devolvió a los presos de la estación, los puso en libertad, surgió un arreglo racional, suficiente para las necesidades del momento y se salvó al país del papel moneda.

El prestigio de Castro no sufrió nada, antes bien ganó en la opinión pública, y sintiéndose fuerte por sus dotes de gran guerrero, y guiado por un buen sentido económico, pues como es bien sabido él no tenía conocimientos especiales de la materia, sin oír ya los consejos de maleantes e interesados, suspendió ciertos gastos extraordinarios hasta pagar al Banco de Venezuela las acreencias de éste contra las administraciones pasadas y la propia suya y gloriosamente para su gobierno mantuvo la integridad de la moneda. Nadie le ha hecho esta justicia, yo me complazco en tributársela.

El Banco de Venezuela como Banco Auxiliar de la Tesorería, autorizado a recibir los impuestos nacionales, a hacer los pagos del Gobierno, y a efectuar préstamos temporales al Tesoro, se estableció en 1842; las propagandas malsanas de algunos que se titulaban liberales, la incomprensión de otros y las pasiones políticas lo destruyeron, por desgracia para el país y para la administración pública en 1848; renació en 1870 y su mayor transformación tuvo lugar de 1915 a 1920, paralelamente a la organización de las rentas públicas, realizada en ese período por el Ministerio de Hacienda. En el transcurso de tantos años el Instituto se ha adaptado a las condiciones de cada época, ha acumulado experiencia y ha satisfecho las necesidades públicas en cuanto ha sido necesario. En 1915 redujo todas las comisiones, extendió los créditos a toda la república, limitados antes al Distrito Federal y a la plaza de Puerto Cabello, fundó agencias en todo el Interior a fin de extender el uso de los billetes, y no existiendo en aquella época el Banco Agrícola extendió sus créditos a la agricultura, y gestionó activamente la creación de un Instituto especial hasta que el Gobierno fundó el actual Banco Agrícola y Pecuario. Estas consideraciones revelan que el Instituto ha estado siempre dispuesto a adoptar las modificaciones que indiquen las circunstancias, y asimismo en el presente no se puede dudar que los accionistas acojan con gusto cuantas reformas sean necesarias para convertirlo en un banco central moderno.

El sistema de percibir el Banco de Venezuela los impuestos nacionales, directamente de los contribuyentes, y garantizarlos desde ese

momento con su propio capital, es una seguridad que ha evitado al Gobierno cuantiosas pérdidas. El crédito abierto al Gobierno igual al monto del capital del Banco, movilizable en cuenta corriente con los ingresos y egresos del Tesoro, es una combinación ingeniosa perfectamente bancaria, adaptable a un banco de emisión y de gran comodidad para el Gobierno. Estas dos características fundamentales hacen ver la trascendental utilidad que tiene para el país el actual sistema de relaciones entre el Gobierno y el Banco y recomiendan su conservación por el exclusivo interés del país. No es del caso mencionar aquí detalladamente los constantes y eficaces servicios que presta el Instituto al Gobierno como agente de la Tesorería.

Rápidamente estamos vendiendo las propiedades que recibimos en la última crisis, quedan muy pocos créditos congelados por liquidar, nuestras cuentas corrientes tienen carácter bancario y llenan las condiciones, hasta donde es posible en este medio, en unión de los créditos a plazo corto, para servir de garantía proporcional a los billetes; desempeñamos todos los servicios públicos a cabalidad, somos más fuertes que cada uno de los bancos centrales de las naciones similares a la nuestra y constituimos una entidad netamente venezolana, por el sistema exclusivamente nuestro, probado en cerca de tres cuartos de siglo de existencia. Es un honor para Venezuela poseer una institución tan antigua, que ha sabido conservarse y desenvolverse a través de tantas revoluciones y de cambios políticos, y que por su fuerza, mantiene al Gobierno un crédito importante, sin peligro de la moneda. El servicio del Banco de Venezuela en tan largos años, como Banco Auxiliar de la Tesorería Nacional, ha sido perfecto, como lo puede textificar cuantos ciudadanos han desempeñado el Ministerio de Hacienda.

La naturaleza de nuestro medio no permite la creación de un Banco Central limitado únicamente al redescuento. Aún en países como Francia el Banco Central efectúa operaciones con el público, sin cuya facilidad llevaría una vida precaria. Sentado esto, ¿qué objeto tendría fundar un nuevo instituto si es facil modificar al Banco de Venezuela, de manera que llene todas las condiciones que al presente se exigen a los bancos centrales?

Los franceses han mantenido incólumes los dos principios fundamentales establecidos por el Gran Napoleón, como bases principales de un banco central, a saber: 1.º que el capital de éste debe ser de propiedad particular, pues estando destinado a servir de apoyo al Gobierno no podría llenar esas funciones si el capital perteneciese al

Estado, pues nadie se apoya en sí mismo, y 2.º que debe efectuar operaciones financieras directas con el público a fin de estar siempre en contacto íntimo con la economía nacional. Recientemente se ha reprochado este último principio al Banco de Francia, pero lo ha sido únicamente por los bancos competidores y no por el público, como puede verse en el informe presentado por el señor René Luche al Congreso Internacional de Ciencia y de Técnica Bancarias a que nos hemos referido.

Los extremistas de esta época —comunistas o fascistas— quieren poner en manos del Estado la concesión de créditos de todo orden y esta idea sería plausible si en la práctica no trajera la inflación, el papel moneda y la desvalorización consiguiente. Semejante sistema produciría un bienestar momentáneo en ciertos sectores, acompañado de grandes especulaciones y después la ruina general, como sucedió en Francia durante el Gobierno del Regente, en el primer tercio del siglo XVIII, en el famoso ensayo del papel moneda del célebre Juan Law, cuyas consecuencias fueron funestas para la Francia. Nada es más conveniente a un país democrático, que quiera ser libre y mantener la libertad de trabajo, que conservar la integridad de su moneda, la estabilidad del cambio y la libre concurrencia en todos los órdenes de la actividad. La inflación y la desvalorización por los trastornos que originan, cuando no existe una gran resistencia lectiva, conducen primero a la dictadura y luego a la tiranía. Por la vía de la seguridad económica es por donde podemos encaminarnos al progreso político y social.

Que estas consideraciones fortifiquen en el ánimo ilustrado de ustedes el propósito de proyectar reformas sanas y legales y que al mismo tiempo llenen las necesidades que imponen el desarrollo del país.

De ustedes atentamente, seguro servidor y amigo,

VICENTE LECUNA

VL/EBN.

29 de diciembre de 1926.

Señor general

JUAN VICENTE GOMEZ

Maracay

Respetado general:

A pesar de que ha comenzado ya la cosecha de café, el cambio se mantiene todavía alto, seguramente porque las compras que ha venido haciendo el país en el exterior han sido mayores que los haberes de que disponíamos para pagar. Es muy probable que el cambio baje en la presente cosecha, pero quizá por poco tiempo y es de temerse que vuelva a subir.

Las sumas importantes en oro que trajimos nosotros de los Estados Unidos al Zulia, en la última cosecha, circularon en el Zulia y la cordillera y, seguramente, una parte se ha exportado clandestinamente en estos últimos meses en que el cambio ha tenido una prima alta de 3 por 100, porque la circulación de oro ha disminuido en dichas regiones.

Por otra parte, el país se ha absorbido con motivo de la cosecha, y de la creciente actividad que hay en el Zulia, toda nuestra emisión de billetes y gran cantidad del numerario en plata de que disponíamos, y sería muy sensible que en lo fuerte de la cosecha nos viésemos obligados a pagar en oro porque una parte de este oro podría exportarse clandestinamente cuando después de pasada la cosecha vuelva a subir el cambio. A fin de evitar este inconveniente podemos emitir billetes con respaldo total de oro y a este efecto hemos dirigido una petición al Ministerio de Fomento y dado las explicaciones del caso a los señores doctores Alamo y Centeno Graü. Siendo de interés público esta medida, más todavía que de interés para este Instituto, suplicamos a usted interponga su valiosa influencia a fin de que sea acordado el permiso tal como lo dispone el artículo 27 de la Ley de Bancos.

Todos, y especialmente este Instituto, por sus deberes con el Gobierno Nacional, debemos hacer los mayores esfuerzos a fin de conservar en el país una existencia importante de oro. Si la existencia de oro en este Banco se disminuye, nuestra moneda se debilita y puede iniciarse un alza del cambio permanente y desfavorable que sería de

consecuencias perniciosas para la economía nacional y el buen crédito del Gobierno.

Esta medida que proponemos lejos de debilitar la circulación la fortifica, porque los billetes que pretendemos emitir estarán garantizados en su valor total con oro acuñado.

Con la mayor consideración, lo saludo respetuosamente y me repito de usted seguro servidor y amigo.

VICENTE LECUNA

Vicente Lecuna y la Economía venezolana

Caracas, 23 de febrero de 1938.

Señor doctor

ESTEBAN GIL BORGES

Presente

Mi querido amigo:

Le envío el libro que contiene la Ley de Navegación de los Estados Unidos. Como le dije a usted, según los expertos noruegos, Venezuela estará oprimida por el Consorcio de Londres, en materia de fletes, mientras no dé una ley prohibiendo las bonificaciones que paga el Consorcio a fin de año a los comerciantes que han hecho uso de sus barcos. En efecto, mientras no se prohíban tales bonificaciones ningún comerciante podrá dar carga a un barco que no pertenezca al Consorcio porque perdería la bonificación, pero una vez promulgada la Ley, con las penas correspondientes, es seguro que «ipso facto» bajan los fletes, al establecerse la competencia. Le ruego tener a la mano el libro y devolvérmelo cuando ya usted no lo necesite. Perdóneme esta advertencia por el interés que yo le doy a este asunto y la esperanza de ver algún día promulgada la Ley a que me refiero.

Su afectísimo amigo y s. s.

VICENTE LECUNA

VL/EBN.

Caracas, 19 de julio de 1938.

Señor don

RAIMUNDO ARISTEGUIETA

Presente

Muy estimado amigo:

Su carta del 15 del presente es admirable bajo todos los conceptos. El plan que usted propone para fomentar la agricultura de algodón me parece magnífico, pero disentimos en un punto fundamental: yo creo que la protección del arancel debe ser previa. Sin esta medida, las que usted propone no producirían todo su efecto con la rapidez que se necesita. Para impulsar el progreso se necesitan medidas radicales y en este caso, la protección completa arancelaria sería la base indispensable. Trabajemos hasta obtenerla.

De todos modos yo estoy completamente a sus órdenes para colaborar con usted en su proyecto.

Su afectísimo amigo y s. s.

VICENTE LECUNA

VL/EBN.

Caracas, 20 de julio de 1938.

Señores:

HERMANOS BARBARITO

San Fernando

Muy estimados amigos:

Recibí el telegrama de ustedes; lo agradezco. Es urgente que ustedes se dirijan al señor presidente de la República con todas las firmas de los agricultores de algodón, pidiéndole la medida radical que proteja la agricultura contra la competencia de las telas extranjeras que arrui-

nando nuestros telares, arruinan nuestra agricultura. Este tema lo deben desarrollar explicando las particularidades de esa región.

Mándenme también un artículo especial para el Boletín de la Cámara de Comercio en el mismo sentido. Yo estoy haciendo otro, que saldrá en el próximo número el 1.º de agosto. De la actividad y empeño de ustedes dependerá en mucho las medidas que pueda tomar el Gobierno. No olviden decir que el Apure necesita fomentar su agricultura para llenar los fines a que lo ha destinado la naturaleza con su espléndida fecundidad, soberbios ríos y tierras fecundas como las de Egipto.

Los saludo efectuosamente y me remito su s. s. y amigo.

VICENTE LECUNA

VL/EBN.

Caracas, 18 de julio de 1938.

Señor

PEDRO ZARAZA

Acarigua

Estimado amigo:

En estos días publiqué un artículo titulado «La Batalla del Algodón», en que sostengo que la agricultura de algodón desaparece si no se ponen derechos de importación prohibitivos a las telas que se fabrican en nuestros telares, así como la azúcar tiene derechos de importación prohibitivos. Actualmente sucede lo siguiente: los telares no venden todo lo que necesitan vender para sostenerse y hacer una pequeña utilidad, porque las telas del Japón compiten con ventaja en el precio. Como los telares no venden lo suficiente, o mejor dicho, no venden bastante, compran poco algodón; el algodón se deprecia, los agricultores se desaniman y, al fin, desaparecerá la industria o languidecerá, limitándose a ciertos puntos nada más. En cambio, si se ponen derechos prohibitivos a las telas que producen nuestros telares, y se toman al mismo tiempo medidas que impidan a los telares abusar de esta protección que les dará el Estado, la agricultura de algodón se estabi-

liza y prospera y si se perfecciona puede llegar a exportar sus productos. Varios periódicos han reproducido mi artículo y algunos han hecho comentarios favorables y hoy he recibido dos telegramas de Oriente muy expresivos de muchos agricultores de algodón de aquella región, y esto me ha inducido a escribirle a usted esta carta para que la muestre a los interesados en las siembras de algodón y les insinúe de mi parte la idea de que se dirijan la presidente de la República, haciéndole una exposición sobre la conveniencia de poner dichos derechos prohibitivos, única forma de fomentar ese ramo tan importante de la industria agrícola. Yo no tengo ningún interés particular en la materia, pero me duele ver cómo la industria extranjera, imperando en estos mercados, obstaculiza nuestro propio desarrollo. Los dueños de telares han hecho algunas gestiones, pero en mi concepto no han trabajado con bastante actividad. Si a sus esfuerzos se unen los de esos señores de Acarigua, interesados en las siembras de algodón, no dudo que tengan éxito. Muéstrele la carta al señor Hilarión López. Yo creo que él puede influir mucho en este sentido. Proceda con rapidez.

Su afectísimo amigo y s. s.

VICENTE LECUNA

VL/EBN.

Caracas, 23 de julio de 1938.

Señor don

RAIMUNDO ARISTEGUIETA

Presente

Distinguido amigo:

Me gustaría mucho colaborar con usted y el señor Herrera Mendoza en el proyecto que usted me envía en favor de la agricultura de algodón, pero no tengo fe en ninguna gestión si previamente no se establecen los derechos prohibitivos. Mientras los telares no vendan lo

suficiente, los sembradores de algodón no tendrán salida bastante para sus productos. Por otra parte, yo creo que el Banco Agrícola y Pecuario es el llamado a proporcionar los suplementos, una vez que la venta de la materia prima esté asegurada. Podría hacerle muchas otras observaciones que usted con su espíritu avisado comprenderá perfectamente, pues se desprenden de las premisas anteriores y expuestas.

Créame como siempre su afectísimo amigo y apreciador.

VICENTE LECUNA

VL/EBN.

Caracas, 13 de junio de 1939.

Señor doctor

FRANCISCO J. PARRA

Presente

Distinguido amigo:

Me angustia la escasez de moneda corriente, en la Caja de esta Oficina Central, que le he expuesto a usted en estos días y, especialmente, hoy en la mañana. No ceso de pensar en esto, y a cada momento se me presenta más urgente tomar medidas adecuadas. No hay duda que ha sido un error comprar tanto oro para almacenarlo en el exterior, y sobre todo, dilatar la medida de reducir el cambio a la par, para que el oro entre y circule libremente.

Por el momento es urgentísimo, como le he dicho, autorizar a este Instituto, sin pérdida de momento, para emitir Bs. 20.000.000 en billetes con respaldo total de oro, y apresurar la venta de dólares que tiene el Gobierno.

Si dejamos venir los sucesos, sin tomar estas medidas y nos ponemos a pagar en oro, en tres días los particulares nos sacarán todos sus depósitos para llevárselos en oro y esto sería un grave trastorno.

Le ruego someter estas ideas al señor presidente de la República a fin de que se tomen estas medidas sin pérdida de momento.

Con sentimientos de alta consideración, me repito de usted atento seguro servidor y amigo.

VICENTE LECUNA,
presidente

VL/EBN.

Caracas, 15 de febrero de 1940.

Señor doctor

LEOPOLDO BAPTISTA

Director-gerente del Banco Agrícola y Pecuario

Presente

Estimado amigo:

En respuesta a su comunicación de fecha 13 de los corrientes, me complace decir a usted que la emisión de cédulas hipotecarias es hoy un sistema cuyas excelencias y beneficios no se discuten. Como usted lo anota en su referida comunicación, ese sistema sirve de estímulo al ahorro privado y acumula recursos que pueden luego ser facilitados, en forma de préstamos a largos plazos, a la agricultura y a la cría, permitiendo el desarrollo de estas dos grandes industrias, que constituyen en Venezuela las industrias madres.

Soy de usted atento servidor y amigo.

VICENTE LECUNA,
presidente

VL/EBN.

Caracas, 18 de febrero de 1941.

Señor coronel

J. A. CASTILLO PEÑA

Bucaral

Muy estimado amigo:

Al banco le parece muy bien que usted arregle las oficinas como para descerezar y trillar el café en ellas, pero el Banco cree que eso es muy costoso para que quede bien hecho, pues si la instalación no es perfecta y completa no resultaría buena la elaboración y vendría esto

en detrimento del precio. Por el momento el Banco cree que todo el café de esta cosecha debe venir a Caracas, a la empresa de San Bernardino, como las cosechas anteriores y le recomienda ir mandándolo lo más pronto que pueda a fin de aprovechar los buenos precios actuales. Estos precios para los descerezados de primera son actualmente de BS. 40 a Bs. 42 los 46 kilos. Si el café se demorara podría imposibilitarse la exportación porque los Estados Unidos han fijado un cupo para Venezuela y si este cupo se llena entonces no podrá exportarse más hasta el año que viene.

Un experto me ha referido que la pérdida que ha tenido usted en las vacas se debe a que las ha mantenido en el establo sin hacer ejercicio en potrero. Cuando se observa esta práctica las vacas, por falta de ejercicio, al parir, no botan la placenta y se mueren. Los vaqueros de los alrededores de Caracas que no tenían potreros usaban en estos casos varios remedios, entre ellos darle a las vacas en el momento del parto grandes cantidades de sal, única manera de evitar el inconveniente a que me refiero.

Su atento s. s. y amigo.

VICENTE LECUNA

Caracas, 1.º de mayo de 1942.

PARTICULAR

Señor doctor

ENRIQUE JORGE AGUERREVERE

Presente

Señor ministro:

Tengo el honor de contestar su atenta nota del 27 de abril que recibí ayer tarde con un memorándum contentivo de algunas sugerencias para la defensa económica nacional que usted me envía por encargo del señor presidente de la República, general Isaías Medina Angarita, con el objeto de que le dé mi opinión.

No creo conveniente la creación de instituciones jurídicas y fiscales como reza el memorándum, destinadas a favorecer el desarrollo de

la producción. Lejos de eso, opino que el Gobierno debe suprimir empleos e instituciones inútiles o de escaso resultado, y reajustar el presupuesto de manera de poder destinar sumas importantes a obras que faciliten la producción actual y su aumento, o nuevos ramos de producción.

Las ayudas técnicas en forma de estudios previos, análisis y ensayos de laboratorio, los pueden hacer los actuales ministerios del Estado sin necesidad de aumentar la burocracia, sino más bien disminuyéndola como va indicado.

El aporte de semillas, materias primas, maquinarias, tierras y plantas, como acertadamente recomienda en el proyecto, deben ser parte también de las actividades de los mencionados ministerios.

Las obras de irrigación tienen grande importancia y cuanto haga el Gobierno en este sentido será digno de los mayores aplausos.

El Gobierno le ha prestado bastante atención a los caminos públicos, pero en este ramo debe redoblar sus esfuerzos. Si, por ejemplo, se perfecciona la carretera de Caracas a los Valles del Bajo Tuy que pasa por Caucagua, y se lograra prolongarla hasta Río Chico u otro punto inmediato, los beneficios serían grandiosos, siempre que se estableciera la vía con la comodidad y perfección de una carretera a la americana que abarate los fletes y permita un tráfico intenso. Actualmente no es fácil conseguir hierro, pero los puentes se pueden hacer con materiales nacionales. Esta vía bien hecha abaratará notablemente los productos agrícolas, fomentará la producción, le dará valor a tierras fértiles que hoy no lo tienen y que pueden dedicarse a una producción intensísima de cuanto se necesita para la vida, y creo que, aun antes de estar concluida, la iniciativa particular se haría sentir de una manera sensible. Fincas de terrenos planos, con riego o humedad natural, propias para toda clase de cultivos, están hoy explotados insuficientemente, por la baja del cacao y la falta de una buena vía de comunicación.

El facilitamiento de créditos agrícolas es muy recomendable, pero siempre que se haga en condiciones de que sean inteligentemente aprovechados. El Banco Agrícola y Pecuario, como hasta ahora lo ha usado el Gobierno, es el organismo llamado a prestar su colaboración en este ramo, de muy difícil manejo.

Se debe estimular la iniciativa privada, pero no ponerle cortapisas, ni someter, como regla general, sus actividades a la consulta oficial.

Existen muchísimos artículos de industria cuya producción es de urgente necesidad desarrollar; más para esto no creo necesario crear

una junta que aconseje al Gobierno. Está muy bien que los ministros de Estado oigan a los particulares y a las corporaciones las sugestiones que tengan a bien hacerle, pero son los ministros quienes conocen las modalidades de la administración y las necesidades del país, los llamados a estudiar los proyectos oficiales y a ponerlos en práctica.

La industria del caucho nacional requiere medidas enérgicas, eficaces y rápidas. Que los cosecheros que se establezcan en la frontera no lo manden para el Brasil y que se encauce una corriente continua hacia Caracas, donde por fortuna se ha establecido la fábrica de la General. Sé que se han tomado medidas en este sentido, pero creo que se deben multiplicar, y vigilar su ejecución constantemente. No creo imposible que el Gobierno pueda establecer en el Alto Orinoco con lanchas de gasolina o con piraguas provistas de motor un servicio de comunicación frecuente y rápido.

La producción de manteca de puerco en muchas regiones, como por ejemplo, el Estado Barinas, podría fomentarse con medidas tomadas por el Gobierno; ¿cuáles serían éstas? El Ministerio respectivo es el llamado a estudiarlas por medio de agentes de sagacidad y sentido práctico que mande a los lugares, a fin de que pueda formar concepto exacto y tomar las medidas convenientes. Los presidente de Estado, en caso como éste o en otros similares, pueden prestar servicios eficaces.

El algodón en rama está prácticamente regulado y la producción actual no alcanza para el consumo de los telares; por tanto, lo indicado es dejar que el precio suba de los Bs. 70 fijados por el Gobierno a fin de que se multipliquen los sembrados.

Quizá sería posible negociar al Gobierno de los Estados Unidos la explotación de hierro nacional análogo al reciente celebrado en Brasil.

En el interior del país existe el temor de que las rentas reguladoras limiten los precios de algunos productos agrícolas. Creo que convendría un decreto del Gobierno prohibiendo terminantemente que se establezcan tales limitaciones. Así desaparecería el temor a que me refiero y se estimularían los cultivos; y a la Junta principal creo que se le debe dar orden de dejar enteramente libre el comercio de papelón, leche, carne y pescado. Está bien que se tomen estas medidas cuando lo requieran circunstancias especiales, pero en la actualidad conviene dejar enteramente libres de esa amenaza a los productores. Los precios de papelón y azúcar tienden a bajar espontáneamente, y la producción de leche, carne y pescado, se debe proteger ampliamente. Si se encareciese excesivamente alguno de estos artículos sería un mal menor, y en

el peor caso el Gobierno podría hacer una excepción y regularlo de nuevo.

En resumen, mi opinión es la de hacer las mayores economías en el presupuesto de empleados y los mayores gastos posibles en la mejora y construcción de caminos, en obras de riego, en protección a los cultivos o industrias que lo requieran, y al mismo tiempo proteger ampliamente la libertad de trabajo.

Desde luego no creo conveniente en los actuales momentos aumentar impuestos, ni menos crear el de la renta con el carácter general que se proyecta. Si éste es moderado apenas superará a los gastos que ocasione su propia recaudación, y si es fuerte será como poner una pesada losa sobre lo que pueden fomentar la producción. No son los pocos ricos de Caracas y otras ciudades solamente que se pondrían a contribución, sino todo el país que sufriría la carga. Sobre nuestra incipiente agricultura, agobiada por tantos inconvenientes, sería un grave error el menor impuesto.

¿Por qué no se limita el proyecto de ese impuesto, si es que se considera indispensable, a gravar las utilidades de las empresas industriales en general, entrando en éstas, naturalmente, las que producen las compañías mineras? Este impuesto, estableciéndolo en forma progresiva, sobre el total de las utilidades, resultaría muy suave para empresas de poco rendimiento y muy productivo respecto de las capitales considerables. La recaudación del impuesto en esta forma sería económica y fácil. A las compañías petroleras no les sería pesado, porque para fijar los impuestos correspondientes en su país de origen, se toma en cuenta lo que pagan en Venezuela, y se les resta para el cómputo; y hasta podrían salir beneficiadas si son menores sus utilidades, porque la imposición en sus países disminuye en proporción notable.

Me atrevo a estas observaciones por el alto honor que me concede el señor presidente al consultarme. Suplico a usted manifestarle de mi parte mi agradecimiento y sincera amistad.

Soy del señor ministro su seguro servidor y amigo.

VICENTE LECUNA

VLlebn.

Caracas, 17 de junio de 1939.

Señor doctor

JUAN JOSE ABREU

Procurador general de la Nación.

Presente

Distinguido amigo:

He leído con la mayor atención la magnífica exposición hecha por usted con motivo de la reclamación por bienes ocultos. Le envío mi sincera felicitación, y hago votos porque viva usted muchos años para bien y honor de la Patria.

Su afectísimo amigo y s. s.

VICENTE LECUNA

VL/EBN.

Caracas, 18 de septiembre de 1939.

Señor doctor

C. E. Mc GUIRE

Cosmos Club

Washington, D. C.

Querido amigo:

Ahora mismo mando a la Biblioteca Nacional la dirección del señor Gustave Pabst para que le remitan un ejemplar de las Proclamas y Discursos del Libertador. Yo mismo le enviaré la historia de la Casa de Bolívar. Dígale usted que yo estoy completamente a su orden.

¡Qué horrible, querido amigo, todo lo que usted nos anuncia en su carta! Y lo peor es que todo eso pasará. El cable nos anuncia que ayer

el ejército ruso entró en Polonia. Yo tengo la esperanza de que los Estados Unidos no vayan a la guerra, pero esto no es más que una esperanza y lo probable es que se realicen las profecías de usted, como han comenzado ya a realizarse, según las noticias de hoy.

Aquí estamos llenos de expertos, cinco funcionarios enviados de los Estados Unidos están trabajando en el Ministerio de Hacienda, y un alemán, naturalizado chileno, es el asesor de Egaña, en la cuestión del Banco Central. Yo no sé lo que harán los primeros. Quizá no se han acordado de usted porque usted dice la verdad, es decir, porque captando la realidad, se limitó a consejos útiles. Consuélese usted: el barón de Humboldt hace 140 años nos dio consejos maravillosos en su obra «Viaje a las Regiones Equinocciales» todavía no se han aprovechado.

Ahora mismo voy a mandar al doctor Francisco J. Parra, ministro de Hacienda, un extracto de las profecías de usted.

Ya salió la Ley del Banco Central y nombraron una Junta Organizadora del Instituto. Todos son buenos, entre ellos está el doctor Mendoza.

Reciba saludos muy afectuosos de todos los míos, y créame siempre su sincero y leal amigo.

VICENTE LECUNA

VL/EBN.

Caracas, 21 de agosto de 1939.

Memorándum para el señor doctor

FRANCISCO J. PARRA

Esta tarde se presentó en esta oficina un ciudadano con cuatro billetes nuestros de a Bs. 1.000, exigiendo el cambio de la mitad en oro y la mitad en plata, de acuerdo con la Ley de Moneda y la Ley de Bancos vigentes.

Le dijimos que por un convenio tácito entre el Gobierno y todos los venezolanos, los billetes no se cambiaban en oro sino en plata, con el objeto de impedir que se exportara el oro.

Alegó la Ley.

Se le contestó que el hecho de que el Gobierno tiene fijado el cambio a 3,19, no permitía pagar en oro, cuyo valor en bolívares es de 3,06 por cada dólar.

Insistió con palabras que nos hacen temer que pueda recurrir a los tribunales.

Debe tenerse en cuenta que en los países en que se practican pagos en oro se hace en barras de oro, como un recurso para evitar la salida de oro, y, en general, no se apela a los medios que dan las leyes cuando se trata de conservar el oro del país como es el caso de Venezuela.

Sometemos el caso al señor ministro para su consideración.

Atentamente.

VICENTE LECUNA

VL/EBN.

Caracas, 15 de junio de 1939.

Señor doctor

FRANCISCO J. PARRA

Presente

Distinguido amigo:

Por considerar importante la opinión del señor Daniel A. del Río, vicepresidente asistente del Central Hanover Bank and Trust Company of New York, respecto al Banco Central, copio a continuación, para conocimiento de usted, estos párrafos de una carta que nos dirige con fecha 7 del presente junio:

«Es natural que al haberse presentado el proyecto ese al Congreso debe ser ya de dominio público, por lo que mucho le agradecería, siempre que esto sea posible, me enviara usted una copia del mismo, a vuelta de correo.»

«Desconociendo completamente las bases del proyecto, si él va a traer como consecuencia la desvalorización de la moneda, debido a gastos excesivos del Gobierno, y como resultado, inflación del papel moneda, el país va a sufrir indudablemente una fuerte crisis económica.»

«Las compañías de petróleo a las cuales beneficiaría una depreciación de la moneda, siempre que ésta viniera, no por inflación monetaria o déficits presupuestables, sino por legislación adecuada cambiando la paridad monetaria en oro, van a sufrir considerablemente si el proyecto del Banco Central se aprueba en la forma que nos dicen. Porque es natural que siendo las compañías de petróleo los mayores contribuyentes en impuestos, cualquier déficit gubernativo tiene que ser necesariamente cubierto con nuevos impuestos en los cuales las compañías de petróleo participarían en el mayor porcentaje. Cualesquiera deuda anormal en que incurriera el Gobierno en el último análisis, tendría que ser cubierto por las compañías de petróleo en la forma de nuevas contribuciones.»

Con sentimientos de consideración, me repito su atento seguro servidor y amigo.

VICENTE LECUNA,
presidente

VL/EBN.

Caracas, 4 de octubre de 1946.

Señor don

ROMULO BETANCOURT

Estimado señor presidente y apreciado amigo:

Me permito distraer su atención para estos asuntos: Considero que sería oportuno que en las próximas fiestas decretara usted la segunda edición de las «Cartas de Bolívar» y la continuación del Archivo de Miranda. La acción de ambas unificadora de toda la América hispana es un motivo de actualidad que usted ha enunciado en actos solemnes. En el Boletín de la Academia de la Historia, del cual tengo el honor de enviarle un ejemplar, reproduzco un brillante artículo del profesor americano Harold A. Bierck, en el que afirma en conclusión que «Bolívar se destaca hoy como el símbolo de la unidad amerciana». Sería también conveniente revivir a la Sociedad Bolivariana con el mismo fin, para que se dedique a propagar las ideas de Bolívar a este respecto.

Si sus ocupaciones se lo permiten en breve audiencia podría precisarle algunos puntos pertinentes a estos nobles objetos.

Con sentimientos de alta consideración y sincera amistad, me repito su s. s. y amigo.

VICENTE LECUNA

VL/ebn.

* * *

Ayuda a amigos

Caracas, 3 de junio de 1946.

Señor Mayor

MARIO VARGAS
Encargado del Ministerio de Relaciones Interiores

Presente

Distinguido amigo:

La señora Isabel Muñoz Tébar, último vástago del insigne patriota doctor Jesús Muñoz Tébar; muerto en la batalla de la Puerta en 1814, y Antonio Muñoz Tébar, honrado a toda prueba en el Ministerio de Hacienda; esta señora, digo, recibía una pensión del Gobierno de Bs. 100 (cien bolívares); hemos recibido la orden de suspenderla. Yo le ruego a usted su valiosa influencia para restablecer esta pensión, por la circunstancia de desamparo en que se haya esta señora. Cuento haga usted este favor, se lo agradecerán cuantos aprecian los grandes servicios hechos a la Patria, y los ejemplos de virtud.

Con sentimiento de consideración me suscribo de usted, atento s. s. y amigo.

VICENTE LECUNA,
presidente.

VL/ebn.

Señor doctor

ALBERTO SMITH

La Habana

Querido doctor:

Se me ha ocurrido un negocio que me parece muy bueno para usted. El señor H. Castillo Sosa, miembro de la Junta Directiva de este Banco, necesita Bs. 30.000 y da en garantía un terreno situado en Sabana Grande con frente a la carretera, de 32 metros de frente y 43 de fondo. Tiene a cada lado un salón de comercio, cada uno de 9,80 metros por 16,80, dentro del perímetro demarcado anteriormente. El terreno es plano, buena situación, área total 1.377 metros cuadrados. Se estima allí a Bs. 25 el metro, son Bs. 34.425. Castillo va a construir en el centro un local grande para una fábrica de ladrillos de colores que estudió recientemente en los Estados Unidos. Lo mejor es el hombre. Castillo Sosa tiene cuatro acciones de este Banco y su mujer seis. No lo ahorcan por Bs. 400.000, quizá tiene más. Su madre, hija de don Santiago Sosa, tiene un capital regular en casas, y su mujer, hija de Manuel Badaraco y de una Couturier, también tiene fortuna. Es muy correcto, no le debe a nadie. Paga el 6 por 100. Es muy pagador. Como usted no tiene la suma completa, la puedo tomar del Banco de Venezuela mientras usted lo va abonando. Me parece magnífico el negocio. Estoy resuelto a hacerlo sin esperar contestación, en virtud de las instrucciones que me ha dado.

Su afectísimo.

VICENTE LECUNA.

Caracas, 2 de febrero de 1946.

Señor

ROMULO BETANCOURT

Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno

Presente

Estimado señor presidente y apreciado amigo:

Tengo a honra informar a usted sobre los asuntos que ha tenido la bondad de someter a mi consideración.

Consultadas personas de experiencia y conocimiento he obtenido contestaciones variadas. Algunos suponen que será fácil colocar en las actuales circunstancias Bs. 25.000.000 de deuda interna, con interés de 5,5 por 100; otros lo consideran dudoso por la circunstancia de no tener la Junta Revolucionaria de Gobierno la autorización de un Congreso. Yo me inclino a la primera opinión.

El segundo punto, influencia que pueda tener en la circulación la absorción de Bs. 25.000.000, según algunos, será sensible, mientras otros opinan que dada la magnitud de las sumas en juego en nuestra economía general la influencia será relativamente pequeña.

A este respecto se ha tenido en cuenta una circunstancia especial. Los depósitos en los bancos están disminuyendo con motivo de pagos de grandes cantidades de mercancías que vienen del exterior, y aumentando los saldos de cuentas corrientes. Esta, sin duda es causa de disminución de disponibilidades en el mercado, pero no creo que sea obstáculo al proyecto de colocación de la deuda proyectada.

Creo así dejar cumplido su encargo, pero alentado por el honor que usted me ha dispensado, me atrevo a someter a su consideración algunas otras ideas.

Los últimos gobiernos han provocado la acumulación de gentes y de intereses en Caracas, por la creación de una gran burocracia, construcción de grandes obras públicas y el consiguiente desarrollo de la capital. En las actuales circunstancias parece lo más conveniente cargar la mano a las obras en el interior.

Un ferrocarril de Valencia al Apure, pasando por Araure, Guanare y Barinas sería de trascendencia para el desarrollo de Venezuela. El Apure con todas sus enormes ventajas para la cría sólo tiene un millón de reses cuando le caben muchos millones; tiene terrenos admirables para la agricultura, pero carece de gentes que los cultiven. Toda la falda

de la Cordillera, desde Cojedes hasta Barinas está pidiendo colonizaciones de europeos meridionales que pongan a producir tantas tierras ricas como posee, atravesadas por muchísimos ríos desprendidos de la Cordillera. En caídas de agua las reservas de fuerza serían enormes. Todos estos elementos los pondría en acción la obra mencionada.

La apertura de la barra de Maracaibo es obra trascendental para el Occidente. Tanto el Zulia como la Cordillera y Lara se beneficiarían directamente, por su propio desarrollo y por el incremento del comercio de Colombia, si al Lago de Maracaibo pudieran entrar vapores de Europa y de los Estados Unidos.

A Guayana la han condenado al desierto y la miseria, el paludismo y el monopolio de navegación del Orinoco, vigente en tres cuartos de siglo. Prácticamente en el Orinoco, uno de los ríos más grandes del orbe, no hay movimiento. Como no hay gente en sus márgenes, no hay producción, ni carga que transportar, y como no hay carga, no hay navegación, pues no merecen este nombre los escasos barquitos que los recorren de tiempo en tiempo. En mi sentir, una de las obras más urgentes en Venezuela es establecer una navegación periódica y fija que transporte de balde, o casi de balde, los escasos productos actuales y las personas que quieran ir a trabajar. Solamente así se podrá acelerar el desarrollo de Guayana. Esta idea no es original; Inglaterra la ha aplicado con gran éxito en algunas de sus colonias. Las minas del Yuruari no han alcanzado su máximo desarrollo por falta de un ferrocarril al Orinoco.

Otro problema digno de la atención del Gobierno es el de la explotación de carbón mineral. Desde San Juan de los Morros hasta Barcelona se extiende una serie de minas de carbón, apenas explotadas actualmente cerca de Altagracia y desde hace tiempo en el Naricual. Un estudio inmediato por verdaderos técnicos ingleses o americanos podría conducir al establecimiento de una explotación en grande que detuviera, por lo menos en el centro de la República, la destrucción sistemática de los bosques por la fabricación de carbón vegetal.

En estas líneas me he tomado la libertad de expresar viejas ideas, tan desatendidas por nuestro Gobierno, animado por el interés que usted ha tomado en las cosas públicas. Sólo así me he resuelto a distraer su atención de tantos asuntos que le ocupan en estos momentos.

Con sentimientos de consideración y amistad me ofrezco completamente a sus órdenes.

VL/enb. VICENTE LECUNA

Desarrollo de Venezuela

Señores

Presidente y Secretario de la
Cámara de Comercio de La Guaira.

La Guaira

Estimados señores y amigos:

He recibido la atenta nota de ustedes del 22 de mayo en la que me preguntan mi opinión sobre la manera de desarrollar la producción, vencer las dificultades de trasporte y aumentar la población activa, y también cómo debe actuar la intervención del Estado y cuáles son las bases deseables de la política económica. Sería muy extenso considerar tratarlos en conjunto y exponer los medios que en mi concepto pueden provocar el desarrollo económico, el mejoramiento de las condiciones de vida y, en general, la prosperidad de los venezolanos.

La intervención del Estado en el desarrollo del país y en la marcha general de las operaciones económicas es indispensable, pero desenvolviéndose dentro de los límites fijados por la experiencia en aquellos pueblos que han alcanzado el máximun de prosperidad, y sin poner obstáculo a la actividad individual, cuya acción es indispensable en todo progreso armónico y fecundo.

Para pasar del estado embrionario en que se hallan nuestras industrias y comercio al de adelanto y riqueza general que anhelamos se requiere la construcción de grandes obras, y el establecimiento de empresas de explotación, que abran ancho campo de actividad a la población actual y preparen su engrandecimiento, facilitando toda clase de actividades individuales.

Una de las obras más importantes que se debe realizar en el estado actual de la economía venezolana, es la apertura de la Barra

de Maracaibo, a fin de dar entrada al Lago a los vapores de Europa y de toda la América. Esta obra abriría ancho campo de actividad no solamente a la región del Zulia, a la de los Andes y al comercio de Colombia, sino a toda la República, obrando indirectamente sobre aquellas otras secciones que no sean favorecidas directamente por la obra.

El establecimiento de una navegación propia aunando los recursos de Venezuela a los de Colombia y el Ecuador, empresa sabiamente protegida por el actual gobierno, es una medida que puede producir bienes positivos en el sentido que indicamos. Solamente falta incorporar a Panamá como parte esencial de la Gran Colombia.

Nuestros llanos ocupan la mitad del país habitado. Son áridos en muchas partes, pero tienen terrenos aprovechables para la agricultura y todos ellos sirven para la cría. Por su difícil naturaleza y defectos del carácter nacional, se hallan en abandono y atraso, faltos principalmente de gente y cultura, pero ¿cómo proporcionárselas? No hay otro medio que estableciendo colonias y el instrumento indispensable para esto es el de los ferrocarriles. Una línea férrea que se extienda desde Valencia hasta el Apure pasando por Guanare y Barinas, atravesaría tierras útiles para el cultivo. Los ríos que bajan de la Cordillera darían el agua y la fuerza eléctrica necesarias. A pesar de las inundaciones periódicas, el Apure, por su inmensa extensión, numerosos ríos y terrenos fértiles puede adquirir un desarrollo insospechable poniéndolo, por decir así, a la orilla del mar, por medio de un ferrocarril que proporcione comunicaciones rápidas, económicas y capaces de trasportar cantidades importantes de ganado en pie. Si este proyecto no transforma esas regiones mencionadas no vemos otro que pueda realizar el milagro. Los grandes países tienen en plena actividad sus ferrocarriles y construyen constantemente otros. México acaba de inaugurar dos líneas que suman 1.100 kilómetros, una en el Yucatán y la otra en el norte con su terminal en el Pacífico. Un ferrocarril al Apure no daría utilidad para una empresa particular, pero construido por el Gobierno favorecería las obras indicadas, permitiría la colocación de capitales en el Apure, el establecimiento de muchas industrias, el desarrollo de la cría y el trasporte de ganado en pie.

Una de las causas de la ruina de nuestra agricultura es el desmonte para los conucos y para la industria del carbón vegetal. Las mayores naciones se han desarrollado en la edad moderna sobre la base del carbón mineral. Ejemplos: los Estados Unidos, Inglate-

rra, Francia y Alemania. Hoy mismo se considera la región carbonífera del Rhur indispensable para la vida de Francia y de Alemania; más todavía, el desarrollo prodigioso de estas dos naciones en el último siglo, se debe a la utilización de esas grandes minas de carbón. Gracias a ellas ha crecido la riqueza, se ha multiplicado la población y se han creado industrias fundamentales en ambos pueblos. Nosotros tenemos una línea de minas de carbón en todo el corazón de la República, de más de 300 kilómetros de extensión, desde San Juan de los Morros hasta Naricual en Barcelona. Un estudio de esta fuente de riqueza es de la mayor urgencia: su explotación intensiva daría carbón a gran parte de Venezuela, y en un porvenir no lejano podría abastecer fábricas de acero, artículo indispensable en el desarrollo general. Teniendo minas de carbón y minas de hierro el establecimiento de esa importantísima industria es factible.

Estas ideas nos conducen a Guayana donde están las grandes minas de hierro. Esa región posee también caídas de agua gigantescas en el río Caroní, que podrían alimentar grandes empresas cuando se haya logrado traer gente y poblar la región. Para esto último es indispensable fomentar la navegación del Orinoco. Ya lo hemos dicho en otras ocasiones: el Orinoco uno de los ríos más grandes del Orbe, carece de navegación frecuente porque no hay carga que trasportar y no hay carga para una navegación adecuada porque no hay gente. Este estado de cosas estacionario durará indefinidamente si no se establece un remedio heroico, y no encontramos otro que el de una navegación oficial periódica, fija, que trasporte a precios ínfimos o de balde, según los casos, a hombres, mercancías y productos. Empezando con pocas lanchas de vapor o de gasolina se irían aumentando a medida que las necesidades comerciales lo requieran. Este sistema lo ha empleado Inglaterra en sus colonias con gran éxito en los años anteriores a la guerra.

Las ideas apuntadas no son sino una indicación de obras indispensables y una muestra de lo que se podría hacer en todo el ámbito de la República. Mientras no se realicen obras fundamentales no saldremos del estado estacionario de nuestra producción industrial y agrícola, la cual requiere para su desarrollo en vasta escala nuevos campos de actividad, facilidades para una gran inmigración europea, realizable en estos tiempos como consecuencia de la guerra en el Viejo Continente, y la acción de múltiples capitales, nuestros y extranjeros. Venezuela posee al presente rentas que le permiten

construir las obras indicadas y alcanzar el desarrollo y enriquecimiento de todos sus hijos en términos sorprendentes.

La Guaira misma necesita transformar sus servicios y mejorar sus condiciones de vida. Está demostrado que los muelles actuales no dan a vasto al movimiento comercial en esta parte central de la República. Es necesario volver al proyecto de Guzmán Blanco cuando contrató el Tajamar, basado en un gran puerto encerrado entre dos diques de los cuales sólo se llevó a efecto el que llamamos Tajamar de La Guaira. Aparte de las obras del puerto sobre las cuales ha dictaminado la Cámara de Comercio, La Guaira necesita mejorar sus condiciones físicas. Todos los puertos ingleses o franceses de las Antillas tienen espesos bosques en sus cerros, que refrescan el ambiente, mientras los nuestros han sido talados. Esta circunstancia y la naturaleza desértica del terreno han agravado el clima de La Guaira. Una represa que recoja las aguas de la inmexsa hoya de la quebrada de Tacagua en el sitio de Boquerón podía transformar una gran parte de la costa de La Guaira. La superficie de la hoya es de 80 kilómetros cuadrados. Recogiendo toda el agua de lluvia, de medio metro por año como mínimun, se reunirían 40.000.000 de metros cúbicos de agua, pero suponiendo que la pérdida por absorción del terreno y por evaporación sea de las dos terceras partes, se podrían almacenar 13.300.000 metros cúbicos de agua en cada año, cantidad suficiente para transformar por regadío las áridas llanuras de Catia. Expertos que recientemente han estudiado este proyecto encuentran el inconveniente de que durante las lluvias las aguas arrastran hasta el 30 por 100 de tierra, debido a la deforestación de extensas porciones de cerros. Por esta circunstancias se cree que el dique se llenaría de materia sólida en pocos años y parece no existir un dispositivo apropiado para ir sacando esta materia sólida a medida que vaya entrando en el dique, y como único remedio se presenta la reforestación de las partes descubiertas de la hoya para disminuir la erosión y evitar en gran parte el arrastre de tierra por las lluvias.

Quiere decir que este gran proyecto que transformaría a La Guaira, en clima, belleza y producciones, entraña otro problema, el de repoblación de árboles en los inmensos cerros devastados del camino de Caracas a La Guaira. Esta pintoresca vía está pidiendo una hilera de árboles en sus orillas. Actualmente existen unos 30 ó 40 cedros, sembrados a las márgenes de la carretera, están de diferentes tamaños y se dan admirablemente bien, de manera que

sembrando toda la carretera de cedros el éxito sería seguro y la belleza de la vía por sí sola daría un encanto especial a la región.

A primera vista la forestación de los cerros circundantes a la quebrada de Tocagua parece obra sobrehumana, pero si se examina bien es más cuestión de tiempo que de dinero y en pocos años se lograría el objeto. Estamos seguros de que una sociedad de comerciantes patriotas en La Guaira, que se ocupara de llevar adelante esta idea tendría un gran éxito en pocos años.

VICENTE LECUNA

Caracas, julio de 1946.
VL/EBN

Reconstrucción* del Banco de Venezuela

9 de octubre de 1947

Señor don

DOMINGO MONTBRUN

Presente

Distinguido amigo:

Para proceder a la reedificación del banco, urgente para dar amplitud a los servicios, es indispensable mudar algunos departamentos a un local inmediato en la misma acera del instituto. Se ha pensado, después de maduro examen, trasladar el de Información y Correspondencia, el de Agencias del Interior y el de Efectos de Comercio, y encomendar a usted, en su carácter de segundo jefe de oficina, la supervigilancia de dichos departamentos, seguro el instituto de que estando a las órdenes de usted se mantendrán en su integridad, con todos los documentos correspondientes, por la perfecta eficacia y reconocida capacidad que han distinguido siempre los importantes servicios que usted viene prestando al instituto, como uno de sus principales sostenedores.

Usted continuará ejerciendo el control de los giros internos y firmando por el instituto lo mismo que siempre.

Con sentimientos de consideración me repito su afectísicmo amigo y s. s.

VICENTE LECUNA,
presidente

VL/EBN.

* Escrito tomado de una fotografía del Banco de Venezuela, por el arquitecto catedrático Pedro María Rubio Requena.

La fachada principal se compone de dos cuerpos superpuestos en toda su longitud y con una disposición casi simétrica. La planta baja, noble, corresponde a un orden sobrio con un pórtico de gruesas columnas que constituyen la entrada principal. La planta superior se decora con una ornamentación sobrepuesta de orden jónico convencional europeizante rematada en un ático.

El edificio del Instituto, tal como ha perdurado durante todos estos años (hasta 1977-78) es consecuencia de las reformas llevadas a cabo por el doctor Lecuna en el año 1940. En esta fecha se procede a reedificar el banco en su interior con el objeto de ampliar sus servicios. Las obras de fabricación llevadas a cabo no se limitaron a una simple construcción, sino que consiguieron la creación de unos ambientes de gran belleza inspirados en la mejor tradición colonial española y venezolana.

Aumentó la extensión del Instituto, hacia la izquierda, con viejas casas que el banco compró, embellecido completamente con pisos de mármol blanco e igualmente las columnas interiores. La Presidencia, quedó en su mismo sitio en la planta baja a la derecha de la entrada. Sencilla, sin nuevos arreglos, el presidente compartió siempre este salón con el secretario del banco y después con el vicepresidente, como denominó el doctor Lecuna este mismo cargo. El salón de la junta lo mejoró con sobriedad y elegancia y además dos ascensores. La escalinata de mármol blanco iba acorde con todo este nuevo conjunto.

Una de las piezas en que se logró el mejor éxito en su embellecimiento fue el patio que describimos seguidamente.

El patio, en forma de peristilo algo cubierto, con columnas de mármol de color blanco de orden dórico, ornamentadas al modo neoclásico con hojas de agua en el equino, rosetones en el collarino y basas jónicas. El alero es de estilo virreinal, con zapatas, canecillos y cabios de obra limpia de caoba. Uno de los cabios de los lados se cierra con una elegante balaustrada al modo renacentista jónica, asimismo de mármol blanco. En el resto del vestíbulo se emplearon columnas de mármol rojizo y blancas del mismo estilo. Los mostradores en forma de pedestal corrido, siguen la molduración de las balaustradas jónicas del peristilo. Estas mismas columnas ornamentan la entrada del Instituto.

El patio está cerrado parcialmente por una claraboya que tamiza suavizando la fuerte luz tropical. El alumbrado artificial se da mediante unos faroles de hierro forjado y vidrio de estilo colonial. Después del

fallecimiento del doctor Lecuna, preside el conjunto un busto de don Vicente Lecuna que se erige en el centro del patio. El monumento, base de un pedestal de mármol con inscripción en bronce, se remata con el busto en bronce, obra del escultor Victorio Macho.

* * *

Banco de Venezuela

Vicente Lecuna y Tito Salas

El presidente del Banco de Venezuela, doctor Vicente Lecuna, a los pocos años desde que asumió en el Instituto su alto cargo al reorganizar la estructura interna del Banco con sus artesonados techos de caoba, sosteniendo los arquitrabes las hermosas columnas de mármol como se pueden ver hoy en sus espaciosos corredores; quiso embellecerlo además con obras de arte, encargando a Tito Salas el gran cuadro que se encuentra en la pared de la derecha a la entrada del Banco.

El doctor Lecuna sugirió el tema al pintor para que sirviera de ejemplo; lo titulaba el primer negocio en Venezuela; queriendo enseñar cómo defender las riquezas nacionales con esfuerzo y trabajo; no mediante un comercio engañoso y negativo. El tema del cuadro trata de cuando los conquistadores cambiaban espejitos y platos de loza a los indios por cuantiosos y ricos adarmes de perlas.

En años posteriores asimismo le fue encargado al pintor el tríptico La Agricultura. El doctor Lecuna admirador del poeta Andrés Bello y de su famosa «Silva a La Zona Tórrida» sugirió a Tito este tema, aún no tratado por ningún pintor. En el cuadro central, el poeta está sentado a los pies de un árbol contemplando el paso de los campesinos que llevan toda la riqueza en frutos que nuestra feraz tierra es capaz de producir. El cuadro colocado a la izquierda lo dedica a la recolección del cacao, y el que está hacia la derecha a la glorificación y cultivo del café, introducido por el padre Mohedano, señores Sojo y Blandín.

Palabras del señor Feliciano Pacanins con motivo de la inauguración de la estatua del doctor Vicente Lecuna (q.e.p.d.) en el jardín del Banco de Venezuela

Aquí está la efigie del doctor Vicente Lecuna, nuestro querido e inolvidable presidente (q.e.p.d.), ejecutada por el gran escultor español Victorio Macho y donada por su hijo el doctor Vicente Lecuna; en el jardín que tanto quiso y que una vez cuando utilizamos el otro jardín paralelo a éste, para el ensanche de los servicios de caja, nos hizo prometerle que si por alguna circunstancia se necesitaba de nuevo ensanchar los servicios, lo hiciéramos en cualquier otro lugar, pero jamás destruyendo éste.

Ahora, desde acá, con su mirada profunda, rostro sereno y gentil sonrisa, reveladoras de un carácter noble, honesto, leal, sano y bondadoso, pero justo y enérgico, continuará, con su ejemplo, haciendo que los presentes y futuros servidores del Banco trabajemos incansablemente por su bienestar y prosperidad, dentro de los sistemas, normas y procedimientos morales establecidos por él durante sus largos años de meritorios servicios.

Señores: que Dios lo tenga en su Santa Gloria en el lugar que legítimamente le corresponde, por haber sido en su vida perfecto cristiano y eminente ciudadano; y que Dios y él nos bendigan y protejan. Muchas gracias.

Movimiento Emancipador

Acordó Sesión Plenaria Gestionar Erección en Caracas de Monumento al Historiador don Vicente Lecuna

Los señores general Isaac Chiriboga (Ecuador), doctora Ella Dumbar Temple (Perú), doctor Miguel Aguilera (Colombia), doctor Augusto Guzmán (Bolivia) y Juan Antonio Susto (Panamá), presentaron en la sesión plenaria de ayer en la mañana de la Mesa Redonda sobre el Movimiento Emancipador de Hispanoamérica, la siguiente noble moción, que fue aprobada por unanimidad:

Considerando: Que en la heroica ciudad de Caracas, cuna y tumba del egregio historiador bolivariano don Vicente Lecuna, llamado el Albacea de Bolívar, el pontífice del bolivarianismo, títulos que se justifican por su incomparable producción sobre el pensamiento y la obra ingente del Libertador.

Que este gran historiador entregó al conocimiento universal las cartas, las proclamas, los mensajes, la relación de las campañas, la formación y organización de los archivos de la Casa Natal del Libertador y la austera crítica histórica de los documentos de la emancipación de los que emergen clarificadas las enseñanzas legadas por el Libertador.

Acuerda: Gestionar ante los Gobiernos de los países que son miembros del I.P.G.H. y ante esa propia noble Institución la entrega de una contribución moral y económica para que se erija en Caracas, un monumento de relieve continental en glorificación de este apóstol de la gran causa humana del bolivarianismo:

Dejar constancia del pleito y rendido homenaje que los historiadores rinden a la memoria y a la gloria de este insigne venezolano.

Acto en la Sociedad Bolivariana

Discurso de don Pedro Grases *

Un hombre con el sentido griego clásico del saber, fue el doctor Vicente Lecuna, eminente matemático que por la vía de la pasión bolivariana llegó a ser el máximo historiador y recopilador de la obra del Libertador.

Cuantos conocieron a tan eminente ciudadano y todos aquéllos que han escrito acerca de su carácter y sus obras, han subrayado la tenacidad y constancia con que procedió siempre. ¡Qué admirable conductor del Estado hubo en la persona del doctor Lecuna! Y en su condición de historiador dio tal ejemplo de disciplina y continuidad que ha de ser tomado como paradigma por los jóvenes que quieren dedicarse a la investigación. Un tema de estudio por él emprendido no fue nunca abandonado hasta su total esclarecimiento.

Así dijo el profesor Pedro Grases, en su discurso pronunciado hace pocos días en el recinto de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, durante el acto conmemorativo que fue celebrado para rendirle homenaje de recuerdo y admiración a la figura egregia del doctor Vicente Lecuna, en el décimo aniversario de su muerte.

El profesor Grases comenzó por situar la figura del eminente historiador en el tiempo y en su época, para que comprendidas mejor fueran sus tareas específicanente bolivarianas y así relató sus comienzos como maestro en el burgo de Petare, sus puestos notorios en organismos e institutos

* Acto celebrado en la sede en Caracas de la Sociedad Bolivariana de Venezuela el 12 de marzo de 1981. Precisamente el 5 del mismo mes el Congreso de la República de Venezuela aprobó por decisión unánime, a propuesta del diputado Marcos Falcón Briceño, rendir reconocimiento al doctor y profesor Pedro Grases como expresión de gratitud por dedicar lo mejor de su vida a exaltar los valores de la nacionalidad venezolana.

nacionales, tales como la Escuela de Artes y Oficios para hombres, Banco de Venezuela, Cámara de Comercio, Colegio de Ingenieros, Academia Nacional de la Historia, Sociedad Bolivariana de Venezuela, Casa Natal del Libertador y otros.

La formación intelectual del doctor Lecuna —dijo— fue eminentemente matemática, como corresponde a la carrera de ingeniero que coronó con brillantez en la Universidad Central de Venezuela. Si llega a historiador, es por la vía de la equivalencia o correlación que cree ver entre las leyes matemáticas y las leyes de la historia de la humanidad.

A su educación profesional, añadió Lecuna sus profundos conocimientos de las obras clásicas en teoría e historia militar, de las que era asiduo lector. Conocía ampliamente la literatura sobre las campañas famosas en el Viejo Mundo y había estudiado los tratados sobre estrategia y arte militar: Polibio, Jenofonte, Tucídides, Julio César, hasta los análisis de las luchas napoleónicas, le eran familiares. Y de los historiadores nacionales, muy a menudo le habíamos oído referir que prefería a Baralt, por haber demostrado una mayor aptitud en la comprensión e interpretación de las guerras de la Independencia.

Este particular gusto por los temas del arte militar fue llevándolo paulatinamente a los predios de la investigación histórica, sin que abandonara nunca sus preocupaciones de ciudadano integral, de patriota. Y de ahí sus «ideas creadoras» que le hacían escribir sobre ferrocarriles, inmigración, navegación de cabotaje e internacional, moneda, salud pública, etcétera.

Es que la tarea que supo llevar a cabo como bolivariano ha hecho olvidar, por su misma grandeza, las otras facetas de su acción. Pero es preciso que veamos ésta en su conjunto para percatarnos a cabalidad de todo cuanto significó el doctor Vicente Lecuna en la Venezuela moderna.

Su primer gran libro, «Los Papeles de Bolívar», tiene, según propia confesión, el impulso inicial de la obra copiladora que será la «Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar», que fue realizada en 1950.

Citó el profesor Grases la tarea de enmendar errores que prosiguió el doctor Lecuna a lo largo de toda su vida en las páginas del Boletín de la Academia Nacional de la Historia, en donde aparecen con sistemática frecuencia rectificaciones a lugares, fechas y personajes, equivocados en las cartas publicadas del Libertador.

Luego el orador analizó otras obras como los documentos referentes a la Creación de Bolivia, los once tomos de las Cartas del Libertador, las proclamas y discursos, las relaciones diplomáticas de Bolívar con Chile y Buenos Aires, la entrevista de Guayaquil y los apéndices documentales a su libro «Bolívar y el Arte Militar».

El doctor Lecuna —señaló para terminar— siempre tuvo presente que debía esclarecer lo más concreto, sin perder en ningún instante el enlace con la totalidad histórica de los hechos.

INDICE

PROLOGO 13

I. ANTEPASADOS DE VICENTE LECUNA 15

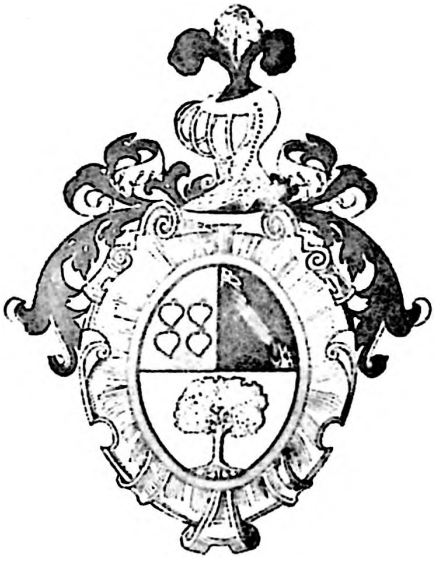
II. INFANCIA, ADOLESCENCIA Y JUVENTUD 31

III. VIDA FAMILIAR 45

IV. VICENTE LECUNA Y EL ARTE 89

V. OBRA BOLIVARIANA 115

VI. ETICA PATRIOTICA Y FINANCIERA 203



SE ACABO DE IMPRIMIR
EL DIA 5 DE JULIO
DE 1981
ANIVERSARIO
DE LA
INDEPENDENCIA
DE
VENEZUELA

Depósito legal: M. 22624-1981
Imprime: FECAR, S. A.
Paseo de la Castellana, 190
MADRID-16